



Al final de la mañana

MICHAEL FRAYN

TRADUCCIÓN de OLALLA GARCÍA

IMPEDIMENTA



AL FINAL DE LA MAÑANA



MICHAEL FRAYN

*Traducción del inglés a cargo de
Olalla García García*



IMPEDIMENTA

Una obra cumbre del mejor humor británico. Un clásico moderno sobre el periodismo de la vieja escuela, la vulgaridad, la insatisfacción y la lucha de clases.

«Esta novela te hace reír a carcajadas, pero sus chistes iluminan a los personajes y sus destinos con una claridad que hace que el corazón se te pare cuando acabas de reírte.»

The Times

El cielo iba oscureciéndose más y más a medida que avanzaba la mañana. Para cuando llegó el café, parecía una tarde de invierno, y todas las ventanas que daban a Hand and Ball Court estaban iluminadas. Bob estaba junto a la ventana del departamento de Dyson, contemplando con mirada ausente aquella penumbra apocalíptica mientras comía *toffees* de una bolsa de papel. Observaba cómo iba saliendo gente del callejón que comunicaba Hand and Ball Court con Fleet Street. A algunos de ellos los conocía, eran colegas suyos, que llegaban a sus respectivas horas de entrada para empezar el trabajo del día: Ralph Absalom, Mike Sparrow, Gareth Holmroyd. En aquella extraña oscuridad de media mañana, resultaban de una familiaridad algo ridícula. Era como encontrarse con un compatriota cuando uno está de viaje en el extranjero.

A su espalda, John Dyson parecía al borde de un ataque de nervios.

—¡Por Dios! —dijo Dyson, dejándose caer en la silla—. ¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Por Dios! ¿Por qué no enciende alguien la luz antes de que nos quedemos todos ciegos? En serio, creo que este sitio me va a provocar un ataque de nervios.

La única persona que había en la habitación, aparte de Bob, era el viejo Eddy Moulton. Estaba sentado frente a un archivador jaspeado lleno de periódicos de la época victoriana, de entre los que seleccionaba material para una columna diaria titulada «En tiempos de antaño». Hacía mucho que había superado la edad de jubilación, y no era de esperar que prestara mucha atención a Dyson. En cualquier caso, estaba dormido.

—¡Bob! —protestó Dyson—. ¿Por qué no enciende alguien la luz, por el amor de Dios?

—De acuerdo, John —musitó Bob automáticamente, sin moverse, todavía inmerso en las oscuras figuras del patio.

—¡Ay, Dios! —dijo Dyson. Era el jefe; Bob y Eddy Moulton eran sus empleados, ¡y él era quien tenía que pasarse todo el tiempo de acá para allá encendiendo y apagando las luces! No era de extrañar que estuviese tan saturado. No era de extrañar que a las cuatro de la tarde estuviera literalmente mareado, abrumado por la sensación de estar ahogándose entre tanto trabajo, hasta el punto de que tenía que aflojarse la corbata y desabrocharse el cuello de la camisa. Ahora que había encendido las luces, ya podía ver con claridad la cantidad de tareas que le esperaban sobre la mesa. Había borradores que corregir; galeradas pendientes de revisión; entradas para una representación de *Los piratas de Penzance* en el Banco Provincial Nacional y para una producción estudiantil de *Sweeney Agonista*, que le había hecho llegar el encargado de reseñas, por si le interesaba cubrirlas; invitaciones para asambleas ciudadanas y catas de quesos que le habían pasado el de noticias y el de la sección culinaria, e invitaciones para probar nuevas máquinas para jugar al golf y rampas para practicar esquí en casa, enviadas por el responsable de deportes. La sección de Dyson era el desagüe por el que se vaciaban los últimos posos de la prodigalidad publicitaria del mundo, una vez que esta ya había sido tamizada y filtrada por el resto del periódico, así que era él quien tenía que hacerse cargo de escribir las cartas de rechazo. No quería decirles a sus colegas que dejaran de endosarle los regalos que ellos desechaban, porque de vez en cuando le llegaba algún que otro billete de avión para viajar al extranjero, cosa que él y su plantilla sí aprovechaban.

Lo más urgente de todo eran unas notas garabateadas en unas ásperas hojas de papel de oficina. Las había escrito él para sí mismo. «Llamar a Muller x lo d águila», decían. «Preguntar a Sims si mentir sobre lo d fertiliz quím q mata erizos». «Comprab con Striker lo d inmac concepc VM» «LLAMAR A MORLEY P AVRGUAR DND DEMONIOS ST TEXTO PR VIERNES»

Pero ¿cómo iba a llamar a Morley para averiguar dónde demonios estaba su texto para el viernes? Cada vez que alargaba la mano hacia el teléfono, el aparato le sonaba en las narices.

—¿Diga? —suspiraba—. Dyson... Sí... Bien... ¡Que Dios te bendiga! ¡Bendito, bendito, bendito seas! Maravilloso... Perfecto... ¡Que Dios te bendiga...!

Y apenas había tenido tiempo de colgar y musitar «¡Menudo capullo!» cuando ya estaba sonando otra vez. Estaba teniendo un día espantoso. Y aprovechaba para decírselo a Bob en cuanto le quedaba un momento libre.

—¿Tendría alguien la amabilidad de llamar a Morley —suplicó— y averiguar dónde demonios está su texto para el viernes?

Las palabras se propagaron por el aire vacío. Su urgencia se desvaneció en la esquina opuesta de la habitación.

—¡Bob! —dijo.

—John —respondió Bob educadamente.

—He dicho que si alguien tendría la amabilidad de llamar a Morley, Bob.

Bob se metió otro *toffee* en la boca. En aquel instante, Reg Mounce —el temible Reg Mounce— atravesaba Hand and Ball Court aporreando los adoquines del suelo con la puntera de los zapatos, por si acaso aquella materia inanimada era capaz de albergar alguna sensación.

—En este momento ando un poco liado —dijo Bob, con aire ausente—. Tengo que ponerme a escribir una cosa justo ahora.

Dyson se levantó de la silla. Intentaba poner en perspectiva el trabajo que se le había acumulado sobre la mesa evaluándolo desde las alturas. Suponiendo que el teléfono no sonase durante un minuto..., ¿a quién llamaría primero? Quizás a Morley..., aunque probablemente Sims ya hubiera vuelto de su paseo... No, mejor a Striker, porque hoy tenía un comité a las doce. Pero Striker se tiraría por lo menos diez minutos perorando sobre la Inmaculada Concepción, y entonces ya no llegaría a tiempo de pillar a Morley...

El teléfono volvió a sonar.

—¡Pero por Dios! —gruñó—. ¿Diga? Soy Dyson... Vaya, llevo toda la mañana intentando contactar contigo. Sí... Llevo toda la mañana intentando

contactar contigo... Exacto... Llevo toda la mañana intentando contactar contigo...

Para cuando colgó, ya no recordaba qué era lo que tanto le preocupaba antes. La pila de tareas pendientes, seguro; eso era lo que solía quitarle el sueño. Miró con ansiedad el montón de galeradas pendientes de revisión que había a su espalda. Solo tenía siete columnas de «El día a día del campo» listas para imprenta, y se había jurado a sí mismo que nunca bajaría de doce. Tenía una columna de «La meditación del día» para cada uno de los tres números siguientes —a no ser que Winters la hubiera fastidiado con la Inmaculada Concepción, en cuyo caso solo tendría dos y media—, pero se suponía que debería haber reunido un total de catorce «Meditaciones» de reserva. Tendría que ponerse a trabajar en los «Campos»; tendría que hacer «Meditaciones». Pero ¿y los crucigramas? Hizo cuentas, abatido. ¡Dios santo, solo le quedaban ocho! Las rotativas lo acosaban sin descanso; él las alimentaba, desfallecido, con los textos que iba consiguiendo a base de enormes esfuerzos y cuyas reservas se le agotaban con tanta rapidez. ¡Y las rotativas seguían pidiéndole más y más...! ¡No tardarían en darle alcance...!

Volvió a hundirse en su silla y se golpeó la frente con las palmas de las manos.

—En serio, a veces me pregunto cómo esperan que siga así —dijo—. ¡Trabajo y trabajo como un esclavo para mantener a flote esta sección, me deslomo sacando adelante la labor de tres personas! ¡Voy a matarme a base de trabajar, literalmente! ¡Y con qué me encuentro? ¡Con que no obtengo ni siquiera un poco de colaboración! ¡Voy dando tumbos de acá para allá, y todo con la mitad del personal que necesito! ¡Tengo que compartir secretaria con Boyle, Mounce, Brent-Williamson y la mitad de los especialistas del periódico! ¡De verdad que estoy al borde de un ataque de nervios!

Bob se guardó la bolsa de *toffees* en el bolsillo.

—Vale, John... —dijo—. Si quieres, le doy un toque a Morley.

Dyson dejó de sentirse al borde de un ataque de nervios.

—¡Que Dios te bendiga! —dijo—. Eres un cielo, en serio. Siento haberme puesto así. Ya sé lo ocupado que estás. Todos estamos ocupados. Todos

soportamos una gran presión. Lo siento, Bob.

Bob se puso a rebuscar entre la maraña de números telefónicos que Dyson había garabateado en un viejo trozo de papel secante. Siempre dejaba aquel papel en un extremo de la mesa.

—Es el 5891 de Gerrard's Cross —dijo Dyson. Se levantó y se dirigió hacia la ventana, donde permaneció agitando los dedos con impaciencia, como si estuviese tocando un fagot invisible—. Marca GE 4. No es un ataque personal contra ti, Bob, ya lo sabes. Es la frustración que me provoca este trabajo.

Bob marcó GE y luego la F de frustración. Colgó y volvió a empezar.

—No sé cómo te las arreglas para estar siempre tan tranquilo —dijo Dyson—. ¿Es que tú nunca sientes que este trabajo te parte en dos?

Bob marcó GE 2. Pensó que sí había ciertos aspectos del hecho de trabajar con Dyson que a veces les hacía sentirse mareados. Volvió a empezar.

—Me dejo en este trabajo todas las horas que Dios me da —continuó Dyson, con amargura—, pero, de alguna forma, nunca doy abasto. Es como intentar llenar un cubo sin fondo. En cuanto logras cubrir los contenidos de la semana, se te escapan, se usan, se olvidan... y la siguiente semana ya está encima...

—¿Puedo hablar con el canónigo Morley, por favor? —dijo Bob al teléfono.

—La televisión. Esa es la respuesta, Bob. Hazte un nombre, invierte un poco de tu tiempo libre saliendo en pantalla por la noche, y podrás dictar tus propias condiciones. Si la gente como Brent-Williamson y Mitchell Farjeon puede hacerlo, no veo por qué yo no. Sé tanto sobre Indonesia como, por decir algo, Brent-Williamson sobre libros.

Bostezó y miró su reloj de pulsera.

—Bueno, te dejo al mando, Bob. Ahora tengo que pasarme por los estudios de la bbc en Bush House. Me toca dar mi charla radiofónica para los oyentes de África Occidental. Si alguien pregunta por mí, dile que me he ido a la sala de composición.

Bob asintió. Dyson se puso el abrigo y se guardó las gafas en el bolsillo interior del pecho para protegerlas de la lluvia. Parecía lúgubre, nervioso, y daba la impresión de tener casi cuarenta años.

—¿Hola? —dijo Bob al teléfono—. ¿Hablo con el canónigo Morley?

—Ármale una gorda —señaló Dyson—. Dile que el borrador tiene que estar aquí mañana con el primer correo. Si no, va a saber lo que es bueno. Volveré para la comida.

El portazo que dio Dyson al salir despertó al viejo Eddy Moulton. Había estado soñando con un periodista al que conoció en otros tiempos; se llamaba Stanley Furle y no iba a ninguna parte sin un bastón con empuñadura de oro y un clavel en el ojal. Cierta día, Stanley Furle se cayó por las escaleras del sótano del edificio Falstaff y se dio un golpe en el ojo con el puño del bastón, dejándose amoratado. El viejo Eddy sonrió al recordarlo. Mojó la pluma en tinta y empezó a copiar, con su caligrafía apretada y cuidadosa, un informe que se había publicado justo hacía cien años —que en realidad se cumplirían el jueves de la semana próxima— sobre una caldera que había explotado en Darlington y se había cobrado quince vidas. Ya no había nada que pudiera sorprender de verdad al viejo Eddy Moulton, pero se sintió algo desconcertado al comprobar que había caído la noche.

Durante la última y oscura hora de la mañana, varios miembros de la plantilla fueron surgiendo del Hand and Ball Passage. Entraban por la puerta principal con aire serio y responsable, saludaban al conserje, se metían en el ascensor y desaparecían en los pisos superiores para telefonar a sus amigos y endosarse sus cheques antes de volver a salir para almorzar. Entre ellos se coló furtivamente un hombrecillo bastante orondo con una gabardina contrahecha y un amorfo sombrero tirolés. Mantenía la vista baja, fija en la acera oscura y brillante, como si intentase esquivar las miradas ajenas o evitar pisar los espacios entre los adoquines. No cruzó por el centro de Hand and Ball Court, sino que siguió las paredes, palpándolas subrepticamente y arrastrando los pies. Era el tipo de persona que suele llegar a las oficinas de los periódicos con fajos de papeles marrones en los que ha escrito mensajes de Dios o del espacio exterior con planes para la regeneración espiritual del mundo.

Se deslizó entre los batientes de la puerta mientras el conserje miraba hacia otro lado, pasó frente al mostrador de recepción con la cabeza ligeramente ladeada, de forma que su rostro quedase cubierto por la flácida ala de su sombrero, y, arrastrando los pies, se coló en el ascensor, entre una muchedumbre de copistas, mensajeros y contables del departamento de salarios. Tenía una cara brillante, cubierta de manchas, y unas gafas con montura de alambre que se mantenían una pulgada por encima de su oreja izquierda. Parecía estar fuera de lugar entre las elegantes chaquetillas de los mensajeros y las cuidadas camisas de los contables, con sus mangas recién lavadas y planchadas. Mantuvo la cabeza medio girada, de forma que no pudieran verle el rostro, fingiendo estar absorto en la placa de latón que mostraba el nombre y la dirección de los fabricantes del ascensor. Se bajó en el cuarto piso y echó a andar con rapidez por un pasillo cubierto por una desgastada moqueta bermellón, donde pasó frente a oficinas provistas de pesadas puertas pintadas de marrón oscuro. La iluminación del pasillo resultaba insuficiente; el aspecto general de aquel lugar recordaba vagamente al de un edificio en tiempos de guerra. En algún sitio, un hombre hablaba consigo mismo, o quizá por teléfono. «Pues... Pues... Claro... Claro... Pues...» Dos individuos venían por el pasillo en sentido contrario, con las manos en los bolsillos y sendas pipas en las bocas, mientras comentaban lo que había ocurrido cuando el viejo Harry Stearns le había dicho a Bill Waddy lo que pensaba sobre la semblanza que el periódico había hecho de Mitchell Farjeon. El individuo del sombrero informe se giró y permaneció frente a una de las puertas marrones, como si esperase a que le dieran permiso para entrar, hasta que los dos hombres pasaron y desaparecieron, dejando a sus espaldas una estela de risas y humo alquitranado de tabaco Balkan.

Al final del pasillo, el visitante llegó a una puerta con una G pintada sobre la madera; el esmalte estaba amarillento por el paso de los años. Llamó a ella deferentemente, con las puntas de los dedos.

—¡Adelante! —dijo una voz femenina.

El recién llegado abrió la puerta justo lo necesario para introducir por ella el diámetro de su estómago y se apretujó para entrar en la habitación.

Dentro había una mujer enorme, de rostro achatado y plácido, sentada tras un escritorio.

—Buenos días —dijo el hombre, quitándose el sombrero con timidez.

—Buenos días —replicó ella, tan tímida como él.

El visitante, diligente, cerró la puerta tras de sí, sonrió amablemente, cruzó la estancia de puntillas hasta una oficina interior y se introdujo en ella con cuidado. Se oyó el ruido de una llave en la cerradura.

La mujer enorme del escritorio descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Señor Dancer? —dijo—. El director ya ha llegado.

Mounce, el responsable de la sección de imágenes, estaba descargando la ira divina sobre su plantilla. Tenía ira divina disponible a raudales, pero, por ahora, tan solo un miembro de la plantilla sobre el que descargarla: un pequeño y dócil fotógrafo llamado Lovebold, unos veinte años mayor que él. En el departamento de imágenes había gran cantidad de material gráfico. El que decoraba las paredes se componía en exclusiva de mujeres desnudas: algunas, suministradas como material publicitario por agencias independientes y compañías de productos fotográficos; otras, recortadas de revistas a las que Mounce estaba suscrito. Las imágenes seleccionadas para publicarse en el periódico estaban dispuestas sobre las mesas. Eran fotografías de catedrales, de pintorescos pueblecitos de los montes de Costwold, de atardeceres en lagos, de gaviotas en pleno vuelo, de chiquillos viendo actuar a payasos, y de patrones de luz y sombra formados por entramados de vigas de acero, por escarcha, por la actividad del tráfico nocturno, por chispas de soldaduras, por sistemas de engranajes y por rayos de sol sobre ruinas antiguas. Mounce estaba examinando la remesa de material que Lovebold acababa de bajar del cuarto oscuro. Mostraba patrones de luz y sombra formados por los aparejos de barcos de vela.

—¿Qué se supone que es esta mierda? —preguntó, insultante.

—Pensaba que esto era el tipo de mierda que querías —dijo Lovebold.

—Pues no. Es una verdadera mierda.

—Pues se suponía que teníamos que conseguir mierdas como esta.

—No por eso dejan de ser una verdadera mierda.

Mounce volvió a inspeccionar las copias y se las devolvió a su empleado con una mueca.

—Muy bien, vale —dijo—; llévatelas y ponles algún pie de foto.

Lovebold examinó con detenimiento las imágenes.

—Estaba pensando en algo como «Sinfonía de cuerdas» —aventuró.

—¡Joder! —exclamó Mounce.

—Bueno, ¿qué otra cosa se te ocurre?

—No se me ocurre nada. Si «Sinfonía de cuerdas» es lo mejor que puede inventar tu infecto cerebro de mosquito, rotúlalas así.

—¿O qué tal «Sinfonía para cuerda»? ¿No hay de esas en las orquestas?

—¡Y yo qué sé! No son más que un puñetero montón de fotos. Me importa un bleo qué puñetero nombre les pones.

—¿Y «Sinfonía cordal»? Como la *Sinfonía Coral*.

Mounce se dirigió al otro extremo de la habitación sin responder. Se sentó en su mesa, dando la espalda a Lovebold, y se puso a clasificar una pila de fotos de agencias externas.

—Sinfonía cordal —exclamó al poco rato—. ¡Dios mío, dame paciencia! Si esto fuera un periódico de verdad y no un asilo para viejos, os ibais a enterar todos de lo que vale un peine. Si esto fuera el *Express* y no una pila de papel higiénico usado, os habría echado a la calle, a ti y a tus presuntuosos amiguitos, en el momento en que os puse los ojos encima.

—Me voy a rotular esas fotos —dijo Lovebold, mientras se dirigía cautelosamente hacia la puerta.

—¡Sinfonía cordal! ¡Dios mío, dame fuerzas!

—Tan solo dime lo que quieres, Reg, y lo haré.

Mounce giró en redondo su silla de oficina, indignado.

—¡Vaya, gracias! —exclamó—. No estoy aquí para darte la teta, ¿sabes? Ni para limpiarte el culo. Intenta tener aunque solo sea una pizca de iniciativa, hijo. En el *West Midlands Post* habrías durado ni una semana. ¿Sabes lo que hice una vez, cuando trabajaba allí?

—¿Te refieres a cuando intentaste saltarte un cordón policial diciendo...?

—Me refiero a cuando casi conseguí saltarme un cordón policial diciendo

que era el patólogo del Ministerio del Interior. ¿Y sabes cómo conseguí trabajo en ese periódico?

—Entraste por la puerta...

—¡Entré por la puerta y les dije que me dieran el puesto a mí! En cualquier caso, qué más da. Estoy malgastando saliva contándole todas estas cosas a un cabeza de chorlito como tú.

Mounce volvió a sumergirse en las fotos de las agencias externas.

Sin hacer el menor ruido, su empleado desapareció por la puerta y la cerró a sus espaldas.

—¡Lovebold! —gritó Mounce—. ¡Vuelve aquí!

El aludido regresó a la habitación, suspirando en silencio.

—Dame un billete de cinco, ¿quieres? —le dijo su jefe.

Lovebold volvió a suspirar.

—Me temo que no tengo ninguno, Reg —respondió.

—¡Venga ya!

—No llevo ninguno de cinco encima —aseguró Lovebold. Se sacó del bolsillo trasero un billete de una libra y le mostró el forro vacío.

Mounce cogió el dinero.

—No me vengas con chorradas —dijo—. Enséñame lo que llevas en el resto de los bolsillos.

—Vamos, Reg. Sé razonable.

—Vamos a ver qué guardas en los bolsillos de tu chaqueta, para empezar.

—Muy bien —cedió Lovebold, desalentado. Se sacó del bolsillo del pecho un pequeño fardo de billetes bien apretado y separó cuatro de ellos.

—¡Ajá! No puedes tomarle el pelo al tío Reggie —dijo Mounce.

Lovebold fue a buscar una justificación de gastos, ahora que el tema aún estaba fresco en la mente de Mounce. La rellenó al azar, anotando dos noches en Wolverhampton con desayuno y entretenimiento para los contactos, por una suma total de seis libras, ocho chelines y cuatro peniques. Se la dio a Mounce para que la firmara.

Mounce entrelazó las manos y cerró los ojos.

—Señor, te agradecemos profundamente —dijo— los dones que estamos a punto de recibir.

Una relación directa, amistosa, de hombre a hombre, con la plantilla, reflexionó, mientras garabateaba su firma; esa era la forma correcta de hacer las cosas. Eso incluía alguna que otra bravata —con eso te ganabas el respeto del personal— y mirar hacia otro lado de vez en cuando —con eso te ganabas su afecto—. Y si alguna vez se les ocurría defraudarte, siempre podías ponerlos de patitas en la calle diciendo que habían falsificado sus cuentas de gastos para estafar al periódico.

Hacia la hora de la comida el cielo volvió a aclararse. Cuando el viejo Eddy Moulton se despertó, justo antes de la una, tuvo la impresión de que ya había llegado el día siguiente. Las jornadas pasaban muy rápido cuando uno se hacía viejo, reflexionó. Empezó a copiar un documento de información política sobre las intenciones de lord Derby.

El ruido que Dyson había hecho al entrar era lo que lo había despertado.

—¿Alguien ha conseguido sacarle algo a Morley? —preguntó el recién llegado. Daba la impresión de estar muy animado. Su entrada parecía haber traído a la habitación el bullicio del mundo exterior.

—Ha prometido entregarlo mañana —respondió ese Alguien, levantando la vista del libro que estaba leyendo para reseñar—. ¿Cómo ha ido lo tuyo?

—¡De maravilla! Me encanta la radio, me siento como pez en el agua. ¿Sabes, Bob? Siempre me da pena llegar al final del programa. Sería capaz de pasarme todo el día con lo mismo.

Colgó el abrigo en el perchero y se frotó las manos con vigor, todo sonrisas.

—Me siento completamente recargado —exclamó—. Noto una especie de oleada de energía psíquica. Esta tarde voy a ponerme con los crucigramas.

Se sentó frente a su escritorio y empezó a apilar papeles y a cambiar de orden las diferentes pilas.

—De hecho, Bob —dijo—, estoy empezando a tener bastantes seguidores en África Occidental. Esta semana, el productor ha recibido una carta de una chica de Conakry, nada menos, pidiendo una foto mía. No voy a mandársela, claro.

—¿Por qué no?

—¿Crees que debería hacerlo? Tal vez sí. Crees que debería, ¿verdad?

—No veo por qué no.

—Pues ya sabes, porque parece una de esas cosas típicas de una estrella de cine. No puedo perder el tiempo mandando fotos a admiradoras.

Bob bostezó.

—¿Y si comemos algo? —dijo.

—Está bien. O sea, no es como si uno tuviera un publicista que se encargara de esas cosas. Ando bastante escaso de tiempo. Pero tú crees que debería, ¿verdad?

—Claro. ¿Adónde vamos? ¿Al Gates?

—Supongo que podríamos, sí. Quizá no esté bien desilusionarla. ¡Eddy, nos vamos al Gates! ¿Te encargas tú de vigilar esto?

De uno en uno y de dos en dos, todos aquellos hombres serios y responsables fueron saliendo por la puerta principal para ir a comer. El redactor jefe de la sección internacional, el de la literaria, el corresponsal diplomático y el de *rugby* se habían puesto de acuerdo para compartir un taxi hasta el Garrick. El redactor jefe, el señor Dancer, fue a un café para trabajadores de la calle Whitefriars. Los cargos principales del departamento publicitario, moviendo ostentosamente sus paraguas cerrados, desfilaron por la acera con solemnidad para ir a degustar un blanco del Rin en El Vino. El director salió arrastrando los pies sin que nadie reparase en él, y cogió el autobús número 15 hasta el Athenaeum.

En el *pub* Gates of Jerusalem, que estaba justo al doblar la esquina de Hand and Ball Court, Bob y Dyson se encontraron con Bill Waddy, el responsable de la sección de noticias, acompañado de Mike Sparrow, Ralph Absalom, Ted Hurwitz y Andy Royle. Formaban parte de la cuadrilla que solía comer allí. Gareth Holmroyd, el redactor ayudante de la sección industrial, estaba invitando a cerveza negra a Lucy, de la biblioteca, y a Pat Selig, la correctora de la página femenina. En el extremo opuesto del bar, Mounce estaba hablando con una chica de ojos marrones y pelo rubio y

lacio; al verlos, levantó su jarra hacia Bob y Dyson y les guiñó un ojo. Era justo el tipo de local en el que uno esperaría encontrarse a aquella gente: al trío Waddy-Absalom-Hurwitz, a Gareth Holmroyd o a Mounce, intentando camelarse a cualquier chica de escaso atractivo.

Bill Waddy estaba contando una historia.

—En fin —les explicaba—, le dije a aquel tipo con sus estrellitas de coronel: «¿Dónde narices estamos?». John, Bob, ¿qué vais a tomar?

—No, no —replicó Dyson—, esta ronda la pago yo.

—No, no, yo me encargo.

—No, no. Insisto.

—No, no, de ninguna manera. ¡Señora Dunfee!

La aludida, que le estaba sirviendo vodka a la chica de Mounce, no le hizo el menor caso.

—Bueno —siguió Bill Waddy—, entonces le dije a aquel sujeto, que, por cierto, tenía uniforme de coronel: «¿Dónde diablos estamos?».

—¿Sí? —dijo la señora Dunfee.

—Estooo... otras dos amargas, señora Dunfee. ¿Alguna pinta?

—Media para mí, Bill —dijo Dyson.

—Otra media para mí —dijo Bob.

—Dos medias pintas, señora Dunfee. Entonces yo dije (y debo señalar que aquel personaje llevaba uniforme de coronel...).

—Dos libras y dos peniques —dijo la señora Dunfee.

—Pues le dije... Me temo que solo tengo un billete de una libra, señora Dunfee. Le dije...

—Tendrá usted los dos peniques.

—Sí, eso sí. Entonces le dije...

—Gracias, Bill —dijo Dyson, cogiendo su cerveza—. ¡Salud!

—¡Salud! —brindó Bob.

—¡Salud! —exclamó Bill Waddy—. En fin, que le dije al individuo...

—¿Y dónde pasó todo eso, Bill? —inquirió Dyson.

—Eso es justo lo que yo le estaba preguntando a aquel tipo del uniforme de coronel.

—¡Uy! Lo siento, Bill.

—Pues le dije: «¿Dónde demonios estamos, coronel?», a lo que él respondió: «¡No tengo ni la más remota idea!».

—¡Fantástico! —dijo Dyson—. Bob, ¿te apetece un bocadillo?

Los dos se dirigieron a la barra de los tentempiés.

—A lo mejor podría preguntarle a Mounce si alguno de sus chicos estaría dispuesto a sacarme unas fotos —comentó Dyson, dirigiendo una mirada distraída a Mounce, en el otro extremo del bar.

—Pero si es un capullo —dijo Bob.

—Oye, ¿por qué no te animas a hacer tus pinitos en la radio? No nos supondría ningún problema conseguirte algo en los estudios de Bush House.

—No creo que me gustase. Pero gracias, John.

—Te encantaría. Es una sensación fabulosa, eso de que te conozcan en sitios de África Occidental. Voy a confesarte algo que nunca le he dicho a nadie: me gustaría ser una de esas horribles personas que salen aireando sus opiniones en televisión.

—Ya te he oído decir eso miles de veces. Creo que es una idea espantosa.

—Pero piénsalo en términos prácticos, Bob: cien guineas por una simple aparición en pantalla... ¡y sin tener que escribir ningún guion ni nada!

—Ni siquiera así.

Dyson lo miró con admiración.

—Hay en ti una veta de santidad que no te había visto antes, Bob. Y, por supuesto, escribes como los ángeles. ¿Otra media pinta?

Sobre las dos y media, aquellos hombres tan serios y responsables habían vuelto ya a Hand and Ball Court, caminando con mayor lentitud ahora que la jornada empezaba a pesarles sobre los hombros. A eso de las tres, habían conseguido escribir unas pocas líneas. Bob estaba redactando la reseña de un libro para el *New Statesman*; Dyson, un guion radiofónico sobre prospecciones petrolíferas destinado a centros escolares. Encerrado en su despacho de la cuarta planta, también el director escribía. Su oficina era un auténtico caos. Cualquier superficie elevada estaba cubierta de pruebas arrugadas y montones de galeradas que empezaban a amarillear, y el propio

suelo, de pilas de libros y viejas fotografías enmarcadas que se habían desprendido de las paredes. En ellas figuraban sus predecesores en el cargo, escolares alineados en filas, catedráticos universitarios y altos funcionarios. En una esquina había una mesa llena de copas plateadas, ganadas por la plantilla en competiciones de atletismo y boxeo; el director había arrojado su abrigo y su sombrero sobre ellas. Su escritorio había desaparecido tiempo atrás, sepultado bajo toneladas de papeles. Lo había abandonado a su suerte y se había trasladado a una mesa apoyada contra la pared. Sentado frente a ella, pulsaba rápidamente con dos dedos las teclas de una anticuada máquina de escribir portátil. Escribió:

«Señor Dancer. PRIVADO Y CONFIDENCIAL.

He estado dándole vueltas a nuestro eterno problema, pensando en el mejor modo de deshacernos de nuestro amigo Mounce. Como ya he recalado con anterioridad, no tengo ninguna experiencia en eso de llamar a los empleados a mi oficina para anunciarles que están despedidos. Tras largas y cuidadosas consideraciones, debo reconocer que no me veo capaz de reunir el valor necesario para empezar a llevar a cabo esa práctica, y mucho menos con Mounce, que me inspira un profundo temor. Además, eso iría en contra del espíritu de esta oficina, donde siempre se ha incidido en la estabilidad de los empleos. Pero en el caso de Mounce, que ha resultado ser nuestro mayor error desde Pavey-Smith (¿se acuerda usted de Pavey-Smith? Dejó embarazada a la encargada de la cantina, se apropió fraudulentamente de una nevera, encargó una cena para ocho en el Savoy a expensas del periódico y luego —¡menos mal!— se largó de aquí tras conseguir una indemnización de tres meses), creo que está justificado que adoptemos “tácticas de guerrilla”. Es decir, creo que deberíamos intentar “acosarlo”, siempre dentro de los límites que nos permita nuestra conciencia y nuestro sentido de la discreción, con la esperanza de que él mismo renuncie a su empleo y de-saparezca de nuestras vidas llevándose lo que (si lo hacemos bien) no tendría por qué ser más que una pequeña cantidad de dinero de la empresa. Dicho esto, confieso que no tengo la menor idea de

cómo deberíamos “acosarlo”. Pero seguro que usted será capaz de pensar en algo adecuado; no diría mucho a nuestro favor el que a un redactor jefe no se le ocurriera ninguna forma discreta de conseguir hacerle la vida imposible a alguien. Confío enormemente en su capacidad para solucionar este tema y apoyaré sin reservas cualquier plan que ponga usted en marcha, siempre y cuando dicho plan no implique: a) que yo tenga que encontrarme con Mounce cara a cara; b) el uso de violencia física; c) tener que llegar a una situación inmoral, o d) dar la impresión de que hemos llegado a una. Espero con impaciencia sus ideas al respecto.»

El director plegó la carta y la embutió en un sobrecito marrón, en el que escribió «Al señor don B. D. Dancer». Después la introdujo por una ventanilla que comunicaba con su secretaria, en la oficina externa. Durante el horario laboral, las notas que metía por esa escotilla eran su única forma de contacto con el mundo exterior.

—Hacia media tarde siempre me entra la modorra —dijo Dyson hacia media tarde, al tiempo que bostezaba y se reclinaba sobre la silla de oficina, con las manos entrelazadas en la nuca—. Tendría que dejar de tomar cerveza en las comidas. A mi edad, el organismo ya no las aguanta tan bien como antes.

—A mi edad, tampoco las aguanta el mío —comentó Bob, con otro bostezo.

—Por pura curiosidad, ¿cuántos años tienes?

—Veintinueve.

—¡Dios mío, sí que eres joven! ¡Dios mío, sí que eres joven! ¿Sabes cuántos tengo yo? Venga, di un número.

—Treinta y siete.

—Supongo que ya te lo había dicho, ¿no?

—Sí.

Dyson se recostó sobre el respaldo de su silla de oficina, y se quedó largo rato observando el techo, lanzando un bostezo de vez en cuando.

—Tú no tendrás fotos tuyas por ahí, ¿no, Bob? —preguntó al fin—. Ya sabes, para enviárselas a productores, editores y esas cosas...

—No. No me va mucho eso de hacer trabajos independientes.

Dyson frunció los labios y sacudió lentamente la cabeza.

—Cuando llegues a mi edad —dijo— y tengas esposa, hijos e hipoteca, tendrás que trabajar durante todas las horas que Dios te da. Sábados y domingos; mañana, tarde y noche. Entre un día y el siguiente, apenas si levanto un momento los ojos de mi escritorio. En serio, a veces me pregunto cuánto tiempo podré seguir manteniendo este ritmo. La vida de un periodista llega a su fin a los cuarenta, eso está claro.

Siguió observando el techo. A veces parpadeaba de forma pensativa y luego bostezaba; otras veces mantenía los ojos abiertos de par en par, como si estuviera ejercitando la piel que los rodeaba. Bob le estaba dando vueltas en la cabeza a la reseña de su libro. «El señor Berringer conoce bien Nueva York», escribió. Le vino una oleada de honestidad y lo corrigió por «El señor Berringer parece conocer bien Nueva York». La oleada de honestidad fue seguida por una de profesionalidad, y volvió a sustituirlo por «El señor Berringer conoce bien Nueva York». Se metió un *toffee* en la boca.

—Se te van a pudrir los dientes como sigas chupando esas cosas todo el tiempo —observó Dyson sin apartar la mirada del techo, al escuchar el familiar sonido del celofán y la segregación de las glándulas salivares de Bob. Él no respondió. El viejo Eddy Moulton también contrajo los labios en sueños.

—¡Ay, Dios! Esta tarde iba a ponerme con los crucigramas —dijo Dyson.

Lanzó dos bostezos seguidos.

—¡Ay, Dios! Te juro que apenas puedo mantener los ojos abiertos —añadió.

A las cinco de la tarde, Dyson entró en un súbito estado de gran agitación. Se incorporó de un salto y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro, frenético. El edificio entero parecía haber cobrado vida al fin. El despacho de los correctores estaba lleno a rebosar. Las máquinas de escribir de las copistas sonaban como metralletas. Los jefes de sección redactaban sus editoriales. Había colas ante los carritos de té.

Dyson salió y volvió con los periódicos vespertinos.

—Tengo la sensación de que es mi deber saber qué está pasando en el mundo —dijo, mientras se sentaba sobre la esquina de su mesa para hojearlos—. ¿Tú no tienes esa sensación, Bob?

—No.

—Cada tarde leo todos los periódicos. Siento verdadera ansiedad si me dejo sin mirar uno solo de ellos. Tú no lees ninguno, ¿verdad, Bob?

—Solo los resultados del críquet.

—Mira que eres capullo, Bob. No sé cómo puedes aguantar lo de trabajar en un periódico. Aunque, claro, escribes como los ángeles...

Se quedó callado mientras leía.

—Escucha esto —dijo de repente—: «Oscuridad de mediodía para los londinenses. Esta mañana una anomalía meteorológica ha traído la oscuridad a las calles del centro de Londres. Mientras el cielo se volvía negro, se han encendido las luces de las tiendas y las oficinas de la City y el West End. A media mañana parecía que hubiera caído la noche».

Observó a Bob con aire expectante.

—Ya lo sé —dijo este—. Yo estaba mirando por la ventana.

Dyson volvió a su periódico con una mueca.

—Menudo pedazo de capullo estás hecho, ¿eh, Bob? —comentó con admiración.

Pasadas las ocho de la tarde, las ventanas del edificio empezaron a vibrar. Por todas partes, las pantallas de las lámparas y los componentes metálicos zumbaban, repiqueteaban o tintineaban. El departamento de Dyson estaba vacío, iluminado tan solo por la amarillenta luz de sodio proveniente de las farolas de Hand and Ball Court. Una regla que sobresalía un poco del escritorio del viejo Eddy Moulton se fue desplazando de lado, muy despacio, hasta perder el equilibrio y caer al suelo.

Las rotativas del sótano se habían puesto en marcha para la primera edición.

Una vez que Dyson hubo leído un cuento a los niños y les hubo dado el beso de buenas noches, se acomodó en un sillón del salón para esperar a que le sirvieran la cena. Levantó la mirada y observó que, en una esquina de la habitación, parte de la escayola del techo se había desprendido y había desgarrado un gran trozo triangular de papel pintado. Había arreglado aquella pared hacía solo un mes, dos como mucho, por lo que su deterioro le pareció especialmente irritante.

—Dios ataca de nuevo —comentó con amargura.

—¿Qué? —dijo su mujer, que había aparecido en la puerta del salón con su delantal y sus guantes de goma, llevando un gran cuenco en las manos.

—Jannie, tú no habrás tocado eso de ahí, ¿no? No lo habrás arrancado tú...

—¿Tocarlo? ¿Arrancarlo? Si ni siquiera llego a la altura necesaria como para volver a encolarlo. ¿Cómo quieres que me las apañe para tocarlo o arrancarlo?

Y desapareció otra vez en la cocina.

«Pues podrías haberlo hecho mientras intentabas quitar las telarañas de ahí arriba con la escoba», habría querido contestar Dyson, pero sabía que ella ya no podía oírlo. ¡Dios, cómo lo irritaba eso de que Jannie le hiciera una pregunta y, antes de que él pudiera responder, se alejara donde ya no alcanzaba a escucharlo! Era una de sus costumbres más exasperantes.

Ella había vuelto a la puerta del salón.

—Pues por si te interesa saberlo —comentó—, la culpa la tiene la humedad que entra por ese desconchón que hay bajo la ventana de la habitación de

los niños, en la parte donde se cayó el estuco. Por eso se ha empapado el yeso.

Dyson se reclinó en su sillón; sus dedos tamborileaban tristemente sobre el brazo del asiento. Dios le había echado el ojo a aquella casa, no cabía duda. La estaba arrastrando hacia Su seno, de forma lenta pero segura. Se había introducido en ella a través de las paredes, en forma de lluvia; a través del suelo, en forma de humedades; y luego había descendido por la chimenea en forma de pájaros y se movía por toda la estructura de la vivienda cumpliendo Sus inescrutables designios, en forma de putrefacción, moho, ratones y tijeretas. Dyson había conseguido una breve ventaja táctica a base de pintura de emulsión y masilla polivalente Polyfilla, antes de darse cuenta de que Dios había logrado una profunda infiltración estratégica a sus espaldas. La triste realidad, comprendió Dyson, era que se trataba de una lucha desigual. Si Dios hubiera estado dispuesto a entablar batalla en igualdad de condiciones y gastar la mayor parte de Su tiempo y energías — como él hacía— en alimentar la reserva de crucigramas del periódico y explicar los rudimentos de la política británica a los africanos... ¿entonces sí, Dyson le habría hecho sudar la gota gorda!

Los Dyson habían comprado a propósito aquella casa tan vieja, tras una larga y sesuda reflexión, cuando Jannie se quedó embarazada por segunda vez. No querían vivir en una zona residencial de las afueras, en una de esas casas feas típicas de las zonas residenciales, junto a unos vecinos desagradables típicos de las zonas residenciales, a varias millas de distancia de la ciudad. Decidieron buscar una casa más o menos barata de estilo georgiano o Regencia en algún distrito decadente pero cercano al centro. Por muy humilde que fuese la zona, seguro que las clases medias no tardarían en colonizarla, al tratarse de un barrio de estilo georgiano o Regencia y ser razonablemente céntrico. De esa forma, ellos se asegurarían, a un precio que podían permitirse, una residencia atractiva y potencialmente elegante en el corazón de Londres; se ganarían el reconocimiento de sus amigos por irse a vivir entre la clase trabajadora; en breve plazo conseguirían vecinos agradables, de clase media y carácter tan aventurero e intelectual como ellos, y, entretanto, verían cómo su inversión

experimentaba un satisfactorio y tranquilizador aumento de valor.

En los primeros años de su matrimonio, cuando aún estaban satisfechos viviendo en un apartamento de alquiler, habían visto muchos sitios que se ajustaban a esa descripción. Mientras conducían por las calles de Londres, habían pasado frente a innumerables hileras de casas de estilo georgiano o Regencia que no habrían necesitado más que una mano de pintura de color pastel para poder entrar a vivir en ellas. Pero después, cuando se pusieron a buscar en serio, se toparon con algo curioso. Aquellas casas habían desaparecido como si nunca hubieran existido. Era como intentar volver a un lugar que uno recuerda de la propia niñez; aquellas innumerables hileras no se encontraban ya por ninguna parte; la apariencia del mundo se había alterado sutilmente. Sí que había casas de estilo georgiano o Regencia, claro, pero ya estaban ocupadas por los ricos. No faltaban barrios humildes, pero no los había de estilo georgiano o Regencia y, en cualquier caso, los precios ya habían subido más de lo que ellos podían permitirse, y la invasión de la clase media que habían previsto parecía improbable en aquellas zonas que parecían haber sufrido el Armagedón, en aquellas calles grises y sin flores, llenas de coches abandonados con los neumáticos pinchados, que parecían estar sangrando sus intestinos oxidados y cuya tapicería rasgada llenaba las cunetas. Las casas que habían visto en el pasado no pertenecían al mundo real, sino a ese otro mundo que vislumbramos por el rabillo del ojo y que se desvanece en cuanto apartamos la mirada.

Poco a poco empezaron a ceder y a hacerse concesiones respecto a su idea inicial, saltando siempre de la última concesión a la siguiente. Decidieron que podrían conformarse con una casa del primer periodo victoriano, siempre que estuviese en el centro. Después pensaron que podrían apartarse un poco del centro, siempre que la casa fuera del primer periodo victoriano. Igual que Tarzán se arroja de rama en rama a través de la jungla, los Dyson fueron saltando cada vez más lejos del centro de Londres y avanzando cada vez más a lo largo del siglo xix, hasta llegar al año 1887 y al número 43 de Spadina Road, en el distrito postal 23 del suroeste de Londres. Fue allí donde la curva descendente de la demanda se cruzó con la inflexible línea de la oferta. En cierto modo, podría considerarse que, al final, lo que habían

conseguido era una de esas casas feas típicas de las zonas residenciales, con unos vecinos desagradables típicos de las zonas residenciales, a varias millas de distancia de la ciudad; una casa que, además, no solo les había costado todo el dinero que habían logrado reunir para la hipoteca, sino que también los había obligado a invertir todos los ahorros y los préstamos que pensaban utilizar para modernizar y reparar la vivienda. Pero ellos no lo miraron desde esa perspectiva. Y, en cualquier caso, a esos vecinos tan desagradables pronto los echaría de allí la gran oleada de agradables arquitectos, periodistas, funcionarios y profesores universitarios que llegarían en masa siguiendo el ejemplo de los Dyson, y que sacarían a flote aquel distrito que estaba tocando fondo para elevarlo hasta el punto de valer 2500 libras al año.

Pero las clases medias no vinieron a Spadina Road, en el distrito postal 23 del suroeste de Londres. El número 41 de la calle, la casa que estaba junto a la de los Dyson, siguió ocupada por el señor Cox, que era camionero y vivía allí con su mujer, sus tres hijos, su cuñado, su cuñada, los tres hijos de estos últimos, una hermana con una ligera deficiencia mental y su anciana madre. El número 45, al otro lado, no solo no mejoró, sino que fue a peor. Las propietarias eran dos hermanas ancianas. Una de ellas murió, a la otra se la llevaron a una residencia y la vivienda se puso a la venta. La compró un nuevo propietario que venía de las Antillas y la dividió en apartamentos. Dyson, por su parte, estaba completamente a favor de las clases trabajadoras y de los antillanos. Aunque, en su caso concreto, aquellos antillanos pertenecientes a la clase trabajadora que vivían justo a su lado no eran gente de trato fácil. Y no podía evitar pensar que ese rechazo de la clase media intelectual, que se negaba a seguir su ejemplo mudándose a Spadina Road, implicaba que se estaba poniendo en tela de juicio su buen criterio. Invitó a casa a sus amigos y colegas durante los fines de semana, para que vieran por sí mismos las delicias del distrito. Todos estuvieron de acuerdo en que el distrito postal 23 del suroeste de Londres tenía una atmósfera similar a la de un pueblecito, así como un carácter propio y distintivo. Estuvieron de acuerdo en que si se atajaba por los callejones para ir al metro y la línea funcionaba sin problemas, podía llegarse al trabajo, en Fleet Street,

en menos de una hora. Estuvieron de acuerdo en que Ecosse St. George era un nombre antillano estupendo y en que tanto Ecosse St. George como su esposa Princess serían unos estupendos vecinos. Pero ninguno de ellos se mudó a Spadina Road.

Hay que señalar, en honor a la verdad, que al número 84 llegó un individuo que decía ser topógrafo. Los Dyson lo invitaron a cenar en su casa en cuanto tuvieron noticia de aquello y le contaron todo lo que uno necesitaba saber sobre el distrito —como dónde estaba el único carnicero bueno o qué había que hacer con los niños que entraban de noche y te defecaban en el sótano—. Pero resultó que, más allá de las mediciones propias de su profesión, lo que más le gustaba a aquel hombre era medir el fondo de una botella. Iba cuesta abajo, como la propia Spadina Road. No pintó su casa de color pastel y, después de un par de cenas viendo cómo los ojos del nuevo vecino se iban pareciendo más y más a dos huevos escalfados —desenfocados y marrones, eso sí—, Dyson empezó a pensar que su presencia no solo no le daba buen tono a la calle, sino todo lo contrario. No cabía la menor duda: Dios le tenía ojeriza a Spadina Road, en el distrito postal 23 del suroeste de Londres.

—Por cierto —dijo Jannie, que estaba otra vez en la puerta del salón—, han vuelto a tirar cosas por encima de la tapia.

Dyson se incorporó de un salto. La adrenalina había empezado a correr por sus venas.

—¿Quién ha sido? —preguntó con gran excitación.

—No lo he visto. Simplemente me he encontrado con las cosas que han tirado.

—¿No las has tocado?

—No.

—¿Las has dejado exactamente como estaban?

—Sí, claro.

—Entonces, cuando salga ahí, ¿me las encontraré tal y como han caído?

—Sí, sí, sí. Están justo detrás del segundo manzano.

Dyson salió al jardín corriendo como un poseso, sin pararse siquiera a coger una linterna. Era un jardín largo y estrecho, con árboles frutales

mustios y estériles, encogidos sobre sí mismos entre las altas tapias de ladrillos amarillentos, como perros enfermos sacados al patio. Se tropezó con unas baldosas sueltas entre la hierba agreste. La atmósfera nocturna tenía un brillo vago, amarillento, propio de la ciudad. Enseguida encontró lo que andaba buscando. Se puso de rodillas para examinarlo más de cerca, sin apenas notar la humedad de la hierba. Eran latas vacías; unas veinte o treinta. De cerveza Long Life, para más señas. Apretó los puños y soltó un gruñido de rabia, no a un volumen muy alto, pero definitivamente audible.

¡No iba a tolerarlo! Bien sabía Dios que a él todo el mundo lo pisoteaba, pero no iba a consentir que utilizaran su jardín de vertedero. Había que tomar medidas al respecto. Pero ¿contra quién? Esa era la cuestión. ¿Aquella basura venía de los Cox o de los antillanos? Con lo estrecho que era el jardín, resultaba imposible adivinarlo.

No creía que los culpables fuesen los antillanos. No lo sabía a ciencia cierta, por supuesto. Pero no quería ser el tipo de persona que iba por la vida pensando que sus vecinos antillanos le arrojaban latas de cerveza vacías al jardín. Él no era de ese tipo de gente, ni mucho menos. Si por un casual resultase que los antillanos eran los causantes, habría que actuar con mucho tacto. Una advertencia amistosa, nada más, y ni siquiera quería sacar el tema hasta estar absolutamente seguro de que eran ellos los responsables.

Pero si los culpables eran los Cox..., ¡por Dios que a ellos no iba a aguantarles esos disparates! A Cox ya se lo había preguntado sin paños calientes, pero él lo había negado. Aunque eso no demostraba nada. Si los Cox eran los responsables, conseguiría una orden judicial contra ellos. Mierda, en ese caso estaba más que dispuesto a cambiar las tornas y meterles un montón de basura en el buzón.

Examinó con atención la posición de las latas. Estaban un poco más cerca de la tapia antillana, pero eso, por sí solo, no demostraba nada. Estaban bastante desperdigadas. Vaya, eso sí que era interesante. Era más que improbable que las hubieran lanzado una por una; alguien debía de haberlas sacado de la casa en una caja y haber arrojado todo el cargamento de una sola vez. El hecho de que estuvieran tan dispersas apuntaba a que la trayectoria había sido larga. Y mientras las observaba con cuidado bajo

aquella débil luz icterica, se percató de que, en cierta forma, parecían provenir de un epicentro situado en el lado de los Cox. ¡Sí, exacto! Primero habían golpeado el suelo, más cerca de la tapia de los Cox —podía verse una especie de mancha más oscura en la hierba—, y luego habían rebotado hacia el lado de los antillanos, quedando diseminadas de aquella forma.

En un arranque de rabia justificada —ahora que podía permitirse una rabia realmente justificada—, Dyson recogió tantas latas como pudo y las arrojó por encima de la tapia de los Cox. Al caer, algunas de ellas golpearon contra lo que parecían piedras o baldosas. El ruido le hizo vacilar. Ya les había devuelto bastantes como para que aprendieran la lección, decidió; echaría el resto en el cubo de la basura. Se agachó para recogerlas. Pero en ese momento le pareció oír que la puerta trasera de los Cox se abría. Decidió que sería mejor ocuparse del resto de las latas a la luz del día, cuando pudiera ver bien lo que estaba haciendo, así que se incorporó y regresó a la casa con paso enérgico. Con las prisas, perdió pie en el segundo de los escalones de madera que había a la entrada de la cocina y se apoyó en el primero con más fuerza de lo normal. El escalón se rompió bajo su peso con un crujido de profunda satisfacción, como si Dios llevara tiempo esperando aquella pequeña oportunidad para fastidiarlo.

Bob subió las escaleras muy despacio; se deslizó dentro de su apartamento tan silenciosamente como le fue posible, con la esperanza de la que la señora Mounce no se diera cuenta de que ya estaba en casa. Ella no siempre lo oía llegar, así que valía la pena intentarlo. Se descalzó y avanzó con sigilo sin siquiera quitarse el abrigo, encendiendo solo la lámpara de estudio que tenía sobre la mesa y unas luces de apoyo fabricadas con botellas de brandy vacías. Encontró un chelín frío y polvoriento tras el tarro de cerillas multicolores que tenía en la repisa de la chimenea y encendió la estufa de gas. Luego corrió las cortinas y puso en el gramófono, a un volumen muy bajo, un disco en el que alguien tocaba melancólicamente un instrumento de cuerda. Recorrió la habitación con la vista. La verdad era que no tenía tan mal aspecto.

¿Tendría algo con que acompañar las chuletas de la cena? En calcetines y con el abrigo aún puesto, atravesó la estancia y examinó la minúscula cocina. Su mirada vagó por la única balda, que estaba forrada con papel de periódicos viejos. Al ver aquellos periódicos, con su gran excitación grisácea ante las nimiedades diarias de hacía seis meses, de pronto se sintió hundido. «Dios mío —pensó—, tengo que buscarme otro apartamento, de verdad.» Encendió un cigarrillo y cogió el bote de azúcar moreno. Se dirigió al espejo que había sobre la estantería de los libros y se quedó mirando su reflejo, con el tabaco en la mano izquierda y una cucharada de azúcar en la derecha.

Le pareció que tenía un aspecto algo cansado. Tal vez porque últimamente dormía demasiado. O porque venía a casa y se ponía a ver la televisión en lugar de ir al cine a refrescar el espíritu y la mente. También estaba echando un poco de tripa y notaba la piel de la cara ligeramente fofa. Se comió otra cucharada de azúcar y sonrió para ver el efecto. Tenía unos párpados bastante prominentes que se curvaban hacia abajo cuando sonreía y le daban un aire más soñoliento de lo normal.

Era horrible eso de empezar a echar tripa a los veintinueve años. Había sido joven durante toda su vida, y ahora, de repente, parecía que la juventud empezaba a escapársele gota a gota de las manos. Se tomó otra cucharada de azúcar. Debería ir a nadar de vez en cuando al St. Bride's Institute a la hora de la comida, con Ralph Absalom y la cuadrilla. Con unos pocos largos a la semana, seguro que pronto volvería a bajar de peso. Por Dios, pensó, pero si aquello ya empezaba a requerir cuidados... ¡y eso que aún le quedaban otros cuarenta años —o algo así— de funcionamiento!

Alguien arañó con suavidad la puerta de entrada. La señora Mounce lo había oído llegar a casa. Bob se metió otra cucharada más de azúcar y se miró desalentado en el espejo.

—¿Bob? —susurró la señora Mounce.

Él suspiró.

—¿Bob? —repitió ella, más bien ansiosa esta vez.

Bob atravesó la habitación y abrió la puerta.

—Hola —dijo, con un educado tono de sorpresa.

—Bob, cielo —respondió ella, sosteniendo un cigarrillo de esa manera

especialmente sofisticada que la caracterizaba, con la palma de la mano extendida junto a la cara, como si fuera a posarla sobre la mejilla—, ¿interrumpo algo?

Sus brillantes ojuelos marrones pasaron por encima de él y examinaron la habitación para ver si tenía visita.

—Adelante —la invitó Bob.

—En realidad, solo estaba mirando si tenías alguna cerilla de sobra para prestarme, cielo —dijo ella. Se deslizó hasta el sillón y se enroscó en él, sentada sobre las piernas dobladas. Hoy traía pantalones, observó Bob, aliviado. Las rodillas y los muslos de la señora Mounce estaban empezando a ejercer sobre él una notoria atracción.

—No me importaría beber algo, bomboncito —insinuó.

—No hay nada para beber —dijo Bob—. Puedes tomar una cucharada de azúcar, si quieres.

—¡Pero, bomboncito...! —protestó ella.

Bob tomó la silla del escritorio y se sentó frente a su visitante. Colocó el respaldo delante de él, interpuesto entre ambos, como si fuera un cauteloso domador de leones. Picoteó otra media cucharada de azúcar.

—¿Reg trabaja hasta tarde hoy? —preguntó.

—Pasaré la noche fuera. Está en un viaje de negocios.

—¡Vaya!

—¿Detecto una nota traviesa en tu voz, cielo?

—No.

—Pero no temas, bomboncito, porque voy a mantener mi puerta cerrada a cal y canto. Ya te lo aviso.

—¿Ah, sí?

—Ya me conozco yo a los hombres.

Se rio, expulsando el humo con un gesto cómplice. Bob lamió unos cuantos granos de azúcar sueltos que se habían quedado pegados en el reverso de su cuchara.

—No hay mucho que tú puedas enseñarme sobre los hombres, cielo.

—¿Ah, no? —replicó Bob, distraído.

Se estaba preguntando cuántos años tendría su interlocutora. Unos

cuarenta, calculaba, pero lo cierto es que se hallaba en mejor estado de conservación que él mismo. Era menuda y ágil, con unos ojos pequeños y marrones, brillantes como cuentas de cristal. Tenía unos pechos muy puntiagudos —o, por lo menos, un sostén muy puntiagudo— y también una muy puntiaguda nariz. El resto de su rostro daba la impresión de haberse congregado con expectación alrededor de ella; su labio superior, ligeramente alzado, dejaba ver unos incisivos superiores similares a los de un castor. Fumaba casi de continuo, con la mano derecha en su particular posición alzada y el brazo izquierdo cruzado delante del cuerpo para sostener el codo derecho.

—¡Ay, cielo, he tenido un día tan espantoso! —comentó.

—¿De verdad? —dijo Bob. La habitación se había caldeado bastante. Se quitó el abrigo y lo colgó tras la puerta. Después se recostó en la cama, que hacía las veces de sofá, con su cigarrillo y su bote de azúcar.

—¿No quieres que te cuente el día tan espantoso que he tenido?

—Sí, sí —dijo Bob—. Cuéntamelo.

—Intenta aparentar un poco de interés, cielo.

—Estoy aparentando interés.

—Por supuesto, no hay ninguna razón por la que tengas que escuchar mis problemas si no te apetece.

—Me apetece.

La señora Mounce se tomó un momento para pensarlo.

—Pues tenemos a unos obreros en el piso de arriba haciendo unos trabajillos que supuestamente terminarían en menos de una semana... ¡y ya llevan siete, y todavía no parece que vayan a acabar! Dotty se ha pasado todo el día escudriñándonos desde la puerta de su casa, ¡como si fuera culpa *mía*! ¡Como si *yo* les hubiera pedido que se pasaran el día dando martillazos a las tuberías!

Bob recibió toda aquella perorata como quien oye llover. Se limitaba a lanzar de vez en cuando un murmullo comprensivo, mientras iba sacando uno por uno granos de azúcar del bote con ayuda de la cuchara para luego mascarlos en la boca. La señora Mounce siempre tenía obreros en casa, y Dotty siempre estaba escudriñándolos desde la entrada de su vivienda,

dejando ver un ojo inquisitivo por la rendija de la puerta. No en vano era la propietaria del edificio, y sin duda quería tener alguna idea, por ligera que fuera, de lo que estaban haciendo con él. El nombre real de Dotty era Avdotya, la señora Avdotya Stypulkowski, pero la gente no quería hacer el ridículo intentando pronunciar semejante nombre. Así que la habían bautizado con ese otro; al fin y al cabo, significaba «chiflado», y ella lo estaba, y bastante..., además de ser bastante anciana y bastante polaca. Para más señas, era incapaz de comprender nada de lo que pasaba a su alrededor. A buen seguro, era incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo con su edificio.

El edificio estaba dividido en siete apartamentos amueblados: uno en el sótano y dos en cada uno de los tres pisos superiores. La propia señora Stypulkowski vivía en uno del bajo, y Bob en uno del primer piso. Los Mounce se habían mudado allí por sugerencia de Bob, cuando Reg llegó a la capital para incorporarse como responsable de la sección de imágenes del periódico. El piso bajo que había frente al de Dotty estaba vacío; ellos habían aceptado la propuesta, agradecidos. Después, paso a paso, habían empezado a colonizar todo el edificio. Para empezar, se habían anexionado el apartamento del primer piso que estaba frente al de Bob. Después se habían ido apropiando de los del piso superior, primero uno y luego el otro. Bob no tenía ni idea de cómo habían conseguido deshacerse de los anteriores inquilinos, ni a qué tipo de acuerdo habían llegado con Dotty en lo concerniente a la cuantía del alquiler. ¿Le estarían pagando la cantidad que correspondía a las cuatro viviendas? ¿O la señora Mounce la habría convencido para que aceptase un precio rebajado por el total? Era ella, la señora Mounce, la fuerza motriz responsable de aquel expansionismo. Su marido ya apenas aparecía por casa, y se pasaba fuera cada vez más noches y más fines de semana, haciendo trabajos independientes, quizá para poder pagar el alquiler extra. ¿Para qué quería ella cuatro apartamentos? No los subarrendaba. Nunca invitaba a amigos a quedarse una temporada. No tenía hijos —una vez le había dicho a Bob que era incapaz de concebir—. Se tiraba el día entero subiendo y bajando las escaleras comunes con un manojito de llaves de seguridad, entrando y saliendo de sus colonias. Dotty se quedaba

observándola desde su puerta del bajo, a través de una rendija, en completo silencio.

En el edificio habitaba casi permanentemente un ejército de obreros, que se iban mudando cada cierto tiempo de un apartamento a otro. Parecían estar especializados en el trabajo con paneles de conglomerado de madera. Instalaban paredes divisorias, repisas de chimenea o muebles de cocina, siempre del mismo material. Transformaron uno de los apartamentos del segundo piso en un estudio para el señor Mounce, instalando un mueble para un equipo de alta fidelidad y un conjunto de escritorios, todo ello en paneles de conglomerado. Convirtieron el apartamento del primer piso que estaba frente al de Bob en un bar, con la barra fabricada a base de conglomerado y las luces disimuladas tras bastidores del mismo material. Los domingos por la mañana, cuando el señor Mounce estaba en casa, a veces invitaban a Bob a tomar un trago. Reg se quedaba tras el mostrador e iba sirviendo vodkas. Se apoyaba en el tablero como uno de esos bármanes con tendencia a filosofar, y divagaba sobre la cantidad de tonterías de las que solía hablar la gente en los tiempos que corrían. Mientras tanto, Bob y la señora Mounce, que solían estar sentados en sendos taburetes elevados, cruzaban y descruzaban las piernas rozándose algún que otro pie, en las mismas narices de Reg. A su alrededor, el resto del mobiliario original de la señora Stypulkowski se iba cayendo a pedazos, sin que nadie se molestase en reponerlo.

De vez en cuando, los Mounce celebraban una fiesta los sábados por la noche a la que invitaban a otras parejas bastante parecidas a ellos mismos — hombretones hoscos con mujercitas vivarachas—; todos se emborrachaban con gran celeridad. Las mujercitas vivarachas se reían a carcajadas y enseñaban los ligueros. Los hombretones hoscos se apoyaban pesadamente en sus esposas y les manoseaban el trasero. Bob, a quien siempre invitaban, solía retirarse en ese momento, consciente de que se avecinaba un espectáculo apto solo para adultos. En una de esas ocasiones, al volver a su apartamento, se encontró con que se había dejado la puerta abierta y un hombretón hosco estaba en su cama con una mujercita vivaracha. Se disculpó por la intrusión y se fue a dar un paseo mientras esperaba a que

terminaran. En la entrada se topó con Dotty, que estaba escudriñando desde la rendija de la puerta de su casa. El ojo, silencioso y acusador, lo fue siguiendo a medida que él bajaba por las escaleras. «Lo siento», se disculpó Bob ante el ojo, impotente. Él era el que había traído a los Mounce a aquel edificio. Algún día —lo sabía muy bien—, expulsarían de su tienda a ese carnicero pálido del sótano que vendía al por mayor. El propio Bob también acabaría marchándose, antes o después. Entonces, no pasaría mucho tiempo antes de que los obreros de los paneles de conglomerado invadieran el apartamento de Dotty para convertirlo en una sala de costura o un cuarto de juegos. Y Dotty se encontraría en la calle con sus tres gatos, su crucifijo de plata, la espada y las medallas de su difunto esposo, las simpatías de la Asociación de Excombatientes Polacos, y sin casa.

Bob se dio cuenta de que su acompañante le había hecho una pregunta. Se sacó de la boca la cuchara del azúcar.

—¿Cómo? —dijo.

—Te he preguntado si habías cenado, cielo.

—No.

—¡Pobrecito mío! ¡Estarás muerto de hambre!

La señora Mounce saltó del sillón y se deslizó sinuosamente hasta la cocina, meneando el trasero con aires de importancia.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Bob, nervioso.

—Cocinarte la cena, cachorrito.

Bob se incorporó como impulsado por un resorte y se quedó sentado al borde de la cama.

—No me parece bien —dijo.

—Tú preocúpate tan solo de volver a tumbarte, cielo, y dime qué hay que preparar.

—Mira, es que no me parece bien.

Ella se acercó en un abrir y cerrar de ojos, lo cogió por las piernas y se las volvió a poner sobre la cama. Se inclinó sobre él y, ante aquella cercanía amenazadora, Bob volvió a tumbarse, temeroso de que le clavara en un ojo la nariz o uno de los pechos. Además, le dolía el estómago del hambre que tenía.

—Hay un par de chuletas de cerdo en el bolsillo de mi abrigo —dijo—, y encontrarás una lata de guisantes o de maíz dulce al lado de las sartenes.

Entonces se quedó mirando el techo. La señora Mounce encendió la televisión y en la habitación empezaron a retumbar voces expertas e imparciales, ahogando la música melancólica del gramófono. A través del ruido, Bob oyó cómo su visitante cantaba mientras se ponía manos a la obra; repetía una y otra vez las primeras frases de *Jealousy*. La grasa sucia que cubría el fondo de la sartén se deshizo, despidiendo su familiar aroma. De vez en cuando la señora Mounce salía de la cocina y se deslizaba por la habitación, con el cigarrillo encendido sobre la oreja derecha, una espátula en la mano izquierda y un trasero que captaba la luz de forma desmesurada.

—¡Ay, Dios! —suspiró Bob, desalentado.

En la mesilla de noche había una pila de revistas; eran números de *Vogue* y *Queen*. Cogió una de ellas y se puso a mirar los anuncios de ropa interior y complementos. Todas las mujeres de las fotos parecían combinar una buena educación y un alto nivel social con un atrofiado desarrollo pélvico. Tenían miradas dulces y remotas, como si estuvieran contemplando algo espiritual, y parecían no darse cuenta de que los soñolientos y libidinosos ojos de Bob las seguían mientras ellas paseaban sobre la larga hierba estival sin llevar otra cosa que un conjunto de ropa interior de color azul celeste, o bien mientras sujetaban un envase de desodorante *roll-on* de color rosa magnolia con los brazos cruzados delante de sus pechos desnudos. No tenían traseros. Bueno, sí, los tenían, pero eran traseros de nalgas hundidas, de expresión espiritual. Si tuviera a una de aquellas mujeres a su lado para cocinarle las chuletas de cerdo, pensó, se sentiría razonablemente satisfecho.

En la cena, tanto Dyson como su mujer acostumbraban a tomarse media pinta de cerveza embotellada cada uno. «Es nuestro lujo particular —decía Dyson—. El único capricho que nos permitimos.» El cálido foco que alumbraba la mesa los rodeaba, apartándolos de la oscuridad. Se tomaron su tiempo para el café, con los codos apoyados cómodamente sobre la mesa. A veces dirigían la mirada hacia el queso, otras hacia la cacerola de color verde

oscuro donde había estado el guiso, y otras se miraban entre sí, sin apenas hablar.

—Gawain se ha dado un golpe contra un árbol mientras volvía de la escuela —comentó Jannie mientras cortaba otra tajada de queso para picotear—. Le ha pedido disculpas al árbol.

Dyson estaba sacándole brillo a una manzana con la manga mientras pensaba en su hijo.

—¿Sabes? Me da la impresión de que la mitad de esos despistes son puro teatro —dijo—. Está actuando para nosotros.

—Creo que lo que acabas de decir es ridículo.

—Bueno, siempre nos está contando incidentes como ese, ¿no? Se ve a sí mismo como un payaso.

—Solo nos lo dice para asegurarse de que no nos preocupamos.

—Pero sí que nos preocupamos.

—Pero no le dejamos ver que sí nos preocupamos.

Dyson volvió a poner la manzana en el frutero y empezó a sacar brillo a otra. ¡Ay, Gawain, Gawain! Era un niño delgado y frágil que solía ir por el mundo como si estuviera en trance, con la boca entreabierta y la mirada perdida en la distancia, sin oír cuando lo llamaban ni percibir los objetos que había en su camino. No parecía haber tenido ningún problema en la escuela primaria, pero su padre temía que empezaran a meterse con él cuando llegase a la secundaria, al año siguiente. Dyson se culpaba a sí mismo por haberle puesto aquel nombre a su hijo. No era de extrañar que un niño llamado Gawain —o, en todo caso, un niño cuyos padres tuvieran el tipo de carácter que lleva a alguien a elegir ese nombre— les hubiera salido distraído. Dyson se daba cuenta ahora. Lo habían hecho con una intención de lo más romántica: para recordar en el gris e inmenso vacío del invierno londinense aquellos días de rojo otoñal y verde primaveral en que él y Jannie cursaban Literatura Inglesa en Cambridge. *Sir Gawain y el Caballero Verde*, con su simbolismo de fertilidad; los Hombres Verdes que espiaban con picardía a través de la exuberante frondosidad de la Edad Media inglesa; el amor cortés; las torres de ladrillo rojizo de Newnham College, la residencia femenina de céspedes estivales y prunos bruñidos; días de

anhelos y posibilidades. Dyson llevaba a cabo intentos esporádicos por reformar a Gawain llamándolo «Garry», pero era una causa perdida. Solo con mirar a Gawain, uno ya se daba cuenta de que no podía llamarse Garry. Ni siquiera su propio padre era capaz de creérselo.

Dejó la segunda manzana en el frutero y cogió una tercera.

—¿Y qué tal Damian? —preguntó—. ¿Cómo está?

Jannie suspiró.

—Jack, Jack, Jack. No hace más que hablar de Jack todo el día. «¿Ha sido Jack el que ha arrancado el papel pintado de la pared?» «¿Se va a comer Jack toda nuestra comida?» «Después del almuerzo, Jack va a ir a pasar dos semanas con su abuela...»

—Tal vez tengamos algo de descanso ahora que está fuera.

—No, volvió de casa de la abuela a la hora del té.

El nombre de Damian había provocado un efecto completamente distinto al de Gawain: había hecho que el menor de sus hijos hubiera salido bastante tosco y vulgar. Para Dyson, ese nombre había adquirido el significado de rollizas mejillas coloradotas, de risa lenta y ronca. Damian era un niño casi carente de imaginación, pero lo que imaginaba resultaba extremadamente tedioso. Lo que más le gustaba —con la posible excepción de la comida— era contar chistes recurrentes, que podían llegar a durar semanas antes de que se agotara por completo cada posible aplicación o permutación de la broma en curso. Debía de haber oído mencionar a un Jack en alguna parte, tal vez se tratara de algo que Gawain hubiera dicho, o de Jack Frost, el elfo que trae la nieve en invierno, o de Jack Sprat, el de la famosa nana, o de Jack, el hermano de Jill de la canción infantil. El caso era que lo había convertido en un Jack multiusos; un personaje sin forma, sin carácter y sin sentido, al que atribuía palabras y acciones pasmosamente aburridas, creando una telenovela diaria que solía desarrollarse sin descanso desde el desayuno hasta la hora de acostarse. La cargante presencia de Jack planeaba sobre las conversaciones familiares desde hacía meses. Y no es que Damian fuera una de esas personas insensibles a las opiniones de los críticos.

—Day, ¿no te parece que ya es hora de mandar a Jack a freír espárragos? —preguntó Dyson una vez, exasperado, después de haber pasado toda la tarde

de un sábado escuchando una historia sobre lo que Jack tenía en el estómago—. A todos se nos están revolviendo las tripas de tanto oír hablar de él.

A partir de entonces, Damian había tenido el detalle de empezar a repetir cada tanto: «Jack está friendo espárragos», «Jack se revuelve las tripas», «Jack se revuelve las tripas por el suelo», «A Jack no le ha dado tiempo de revolverse las tripas en el orinal, así que, ¿sabes qué, mami?, se las ha revuelto en el suelo». Teniendo en cuenta el talento de su hijo para aburrir hasta la saciedad al más pintado, Dyson ya se imaginaba su nombre impreso en el lomo de un grueso volumen fruto de toda una vida de concienzuda pedantería, o en el de una interminable y laudable novela sobre rencillas familiares y pasiones prohibidas a lo largo de siete generaciones en una imperiosa comunidad de Norfolk.

—Tendríamos que haber llamado a Damian Gawain, y a Gawain, Damian —dijo.

—Pobre Damian —se compadeció Jannie—, a veces siento lástima por él.

—¿Te acuerdas de Cambridge, de cuando quedábamos a tomar café en aquella sórdida cafetería de Market Square, después de tus reuniones con tu terrible supervisor en el Caius?

Jannie sonrió. Tenía la vista fija en la tabla de quesos; llevaba un buen rato dándole golpecitos distraídos con el cuchillo.

—¡Ah, qué tiempos! —dijo.

«Niebla matutina», pensó Dyson, «candados en las cestas de las bicicletas, cines que proyectaban viejas películas de los hermanos Marx...».

—Hoy he visto a Dick Hemming —comentó—. En Bush House.

—¿Dick Hemming?

—Pelo tieso hacia arriba, cejas pobladas... Quizá tú no llegaste a conocerlo. De Cambridge, del Jesus College.

Jannie dejó el cuchillo y apoyó las mejillas en los puños. Clavó la mirada en su esposo.

—Dick Hemming está en la bbc —dijo Dyson—. Lo veo a veces cuando voy a Bush House.

—Tú y yo nos conocemos desde hace casi media vida —comentó Jannie.

Dyson le devolvió la mirada. Se le hacía raro pensar en ella como en «su mujer». Aquella le parecía una categoría tan genérica, tan pública, que disolvía la persona de su esposa en una extraña «mujereidad» generalizada, creando una alianza entre ella y cualquier «buena mujer», «mujer de gobierno» o «mujer de la calle»; le parecía que aquel concepto la dejaba enclaustrada en una adusta hermandad femenina, unida por sus quejas comunes contra «sus hombres», la categoría a la que él pertenecía. Le resultaba difícil pararse a pensar en cómo era ella. Era alguien tan familiar... Era... Bueno, era Jan, era Jannie. Mientras la observaba, Dyson se sintió libre y, al mismo tiempo, bien sujeto; como una bola de rodamiento que, situada en un cojinete ancho y poco profundo, se mueve con facilidad hacia los bordes pero siempre acaba encontrando su camino hacia el punto central, como guiado por instinto y no por influencias externas.

—Si lo que quieres es empezar una competición para ver quién aguanta más tiempo sosteniendo la mirada del otro, ya te aviso de que voy a ganar — dijo ella.

Dyson bajó la vista un instante.

—Estaba pensando que alguno de los chicos de Mounce podría sacarme unas fotos —comentó—. ¿Te he dicho que a la bbc ha llegado una carta de una chica de Conakry pidiendo una foto mía?

Jannie no contestó, pero enseguida se echó a reír. Seguía observándolo con las mejillas apoyadas en los puños.

—¡Pues es verdad! —dijo Dyson.

—¿Qué tal está Bob?

—Bien.

—Deberías traerlo a cenar mañana por la noche. Esta semana aún no ha venido ningún día.

—No creo que se vaya a morir de hambre por eso.

—Prepararé un asado.

Jannie empezó a recoger la mesa, con aire pensativo.

—¿Se ha oscurecido el cielo por aquí esta mañana, a eso de las once? — preguntó Dyson de repente.

—Supongo que sí —respondió ella, con la cabeza en otra parte.

—En la City estaba todo tan oscuro como si fuese de noche. Lo han mencionado en el periódico de la tarde. Te lo voy a traer para que lo veas.

—¡Pobre Damian! —dijo Jannie—. Incluso a Gawain le resulta aburrido.

* * *

—Estaba muy rico —dijo Bob, mientras daba buena cuenta de la última cucharada de macedonia de frutas—. Muy pero que muy rico.

La señora Mounce podía tener sus defectos, reflexionó, pero, desde luego, sabía cómo abrir una lata de macedonia. Estaba sentada a la mesa, frente a él, con una enigmática sonrisa pintada en su cara pequeña y afilada. De vez en cuando giraba la cabeza y bajaba la comisura de los labios para darle otra calada a su cigarrillo.

—Lo has disfrutado, ¿verdad, cariño?

—Sí, estaba muy rico. Gracias.

—Ha sido un placer, bomboncito. No hay nada que una mujer disfrute tanto como cocinar para un hombre. Sobre todo si él sabe valorar su comida.

—Sí. Bueno, pues gracias.

Ella expulsó el humo a través de los dientes.

—Si hubiera sabido a qué hora venías —dijo—, habría preparado una cenita para los dos. Podría haber hecho algo realmente bueno. ¿Te gustan los fideos crujientes? ¿Y las gambas rebozadas? ¿Y las costillas fritas al estilo oriental? Vaya sorpresa, ¿eh? No sabías que se me da bien la comida china, ¿verdad, cielito? Pues sí. Y he cocinado para verdaderos expertos. ¿Conoces al señor Carlsson, el dueño de la Corporación de Servicios Carlsson? Es alguien muy importante en el mundo de las corporaciones del Lejano Oriente. Deberías conocer a personas así, cariño, podrían ayudarte a llegar muy lejos. En fin, le preparé pollo con almendras, gambas en salsa agridulce, fideos crujientes y brotes de bambú. ¿Y sabes lo que me dijo? Me dijo «Glenda, querida», porque, a diferencia de ti, él no es un tipo tieso, aburrido y apolillado, «Glenda, querida, conozco íntimamente el Extremo Oriente (Hong Kong, Singapur..., el lote completo) y nunca nunca he probado una

comida china tan exquisita».

—¡Ah! —dijo Bob. Se levantó, dejó los platos en la pila para que la señora de la limpieza los lavara a la mañana siguiente y tiró las latas vacías a la basura. La señora Mounce se deslizó sinuosamente hasta el sillón y se sentó en él, enroscada sobre sí misma, para ver la televisión. En la pantalla, una joven rubia de pelo largo disparaba a un hombre de rostro adusto que llevaba un abrigo oscuro.

—Te invitaría a que bajaras a mi apartamento —dijo—, pero mi maridito querido se pondría hecho una furia si se enterase de que he traído a casa a amigos varones. Es la personificación de los celos, ¿te lo puedes creer?

Fijó la vista en la pantalla, entornando los párpados para poder ver a través del humo que iba expulsando por la boca. Bob se acostó en la cama y eructó de forma discreta. Recordó que tenía en el bolsillo una carta de Tessa. La había recogido de la mesita del descansillo antes de subir las escaleras. La sacó y rasgó el sobre.

—¿Qué es eso? —preguntó la señora Mounce.

—Una carta.

—¿De alguien especial?

—No.

Desdobló el grueso fajo de folios azules, llenos a rebosar de una hermosa y redonda caligrafía. Le dio la vuelta para mirar la última página. Llevaba el número doce. Suspiró y volvió al principio. «La Rectoría, Staple Tarland, Somerset —decía—. Tel. Staple Tarland 17. Lunes.»

«Bob, cariño, Bob, amor mío —comenzaba la carta—. Te echo terriblemente de menos, pero de una forma realmente terrible, mucho más de lo que nunca habría pensado que fuera posible echar de menos a nadie. Ya han pasado tres semanas desde que te fuiste: 21 días, 19 horas y 12 minutos, para ser exactos, y parece que hayan pasado tres siglos. En realidad no tengo nada que contarte...»

—¿Te gusta que una mujer sea celosa? —preguntó la señora Mounce.

—No.

—Creo que está bien que las personas sean celosas, dentro de lo razonable. Así una sabe qué terreno pisa.

«En realidad no tengo nada que contarte —decía la carta—, pero te relataré la aburrida crónica de mis días para que veas lo mucho que tu pobre T te echa de menos. A decir verdad, no hago más que vagar por la casa con cara mustia, como una vaca enferma. Mamá dice que la convivencia conmigo se ha vuelto imposible, e incluso Papá se ha fijado. Dice que lo mío tiene que ser un enamoramiento, así que ya ves, se da cuenta de más cosas de las que tú te crees. Lo que quiero decir es que sabe que tú y yo tenemos una relación, aunque no se haga una idea exacta de *quelle affaire* es.»

Bob notó una sensación conocida, como si estuviera encogiéndose dentro de la ropa o hundiéndose lentamente en la tierra. Intentó combatirla saltándose un par de párrafos.

«Mamá dice que tengo que ir a casa de los Rothenstein el día 30, aunque solo sea por pura educación, y que, una vez allí, seguro que me divierto. Y yo digo “¡Qué bobada!”, porque sé que me aburriré como una ostra si TÚ no estás ahí para proporcionarme Entretenimiento y Regocijo. Pero supongo que al final tendré que ir, incluso si eso significa volver a la universidad con un par de días de retraso, y eso que en este trimestre hay exámenes (Dinámicas Sociales, Literatura Mundial e Historia de las Ideas, ¡grrrrrr, grrrrrr!). En fin, que viven (me refiero a los Rothenstein) cerca de Taskerton y tienen Montones y Montones de Dinero. Bueno, pues a Papá se le ha ocurrido una de sus Horribles Ideas Románticas, a saber, que A y yo deberíamos juntarnos con los dos chicos Gillington ¡y salir a cabalgar los cuatro! ¿Qué te parece? ¿Puedes imaginarnos a A y a mí sentadas de lado en la silla de montar, con nuestros vestidos de fiesta?»

Bob no solo era incapaz de imaginárselo, sino que era incluso incapaz de recordar quién era la tal A. La Rectoría estaba plagada de hermanas de Tessa, y todas eran tiernas y románticas y adoraban a los animales, y se llamaban A o V o G o B. Era como estar en un departamento del Servicio Secreto.

«Pero Papá dice que V podría llevarse nuestros vestidos en el coche, porque de todas formas su poni Jester tiene una pata mala, y además ella odia montar a caballo, tanto como yo debería odiarlo en estos momentos y a mi edad (creo), aunque te confieso que, como ya sabes, siento un ligero

placer culpable cuando cabalgo.»

Bob dejó la carta. No podía ocultárselo a sí mismo: sentía vergüenza ajena. Todas las cartas de Tessa le hacían sudar de pura vergüenza ajena. No le ocurría eso cuando hablaba con ella. Pero, claro, cara a cara Tessa no se expresaba de forma tan afectada. Quizá su habilidad con la pluma significara que la verdadera Tessa era la que aparecía en aquellas páginas. Bob intentó ser honesto consigo mismo: ¿se creía capaz de continuar una relación con una chica que escribía cartas como aquella?

—¿Malas noticias? —preguntó la señora Mounce.

—No —dijo Bob—. Sí y no.

Pasó un par de hojas e hizo un sondeo en la página cinco.

«Creo que le causaste muy buena impresión a Papá durante tu visita. No te mencionó hasta el sábado pasado. ¡Y yo que ya me creía que se había olvidado de ti por completo! Pero entonces, de repente y sin venir a cuento, mientras tomábamos el té, me preguntó a qué facultad habías ido. Yo le respondí que no lo sabía porque, por extraño que parezca, nunca me lo has dicho, y él dijo “¡Hum!”. Pero entonces le dije que habías ido a Cambridge y dijo “¡Ajá!”, lo que, viniendo de él, es todo un elogio, o, por lo menos, una señal de interés. Ya sabes que ahora es muy difícil que algo, aparte del partido liberal o la teología alemana, despierte su interés. No, parece que lo estoy pintando como a un viejo malhumorado y excéntrico, pero en realidad es un hombre de lo más dulce, un santo, y la persona a la que más quiero en el mundo, después de a ti, claro. Por cierto, ¿a qué facultad fuiste?»

Hojeó por encima algunas páginas más, para ver si contenían algo a lo que tuviera que contestar: una invitación, una pregunta que necesitara de respuesta, una cita... Las cartas de Tessa siempre lo ponían muy nervioso. En alguna parte, nadando en aquel océano de palabras, podía haber algún mensaje vital, perdido a la deriva, que él estuviera pasando por alto. Estaba seguro de que, una noche, ella llamaría a la puerta de su apartamento y él se quedaría con cara de tonto. «¡Pero Bob...!» ¡Ay, Dios! «Pero Bob, si te lo había escrito...» Aquel pensamiento casi le provocó una indigestión.

—Hay algo curioso en eso de los celos —dijo la señora Mounce—. Yo soy muy abierta de mente en todo lo referente a Reg, pero también puedo ser

tan celosa como una gata, cariño, créeme.

Bob volvió hacia atrás en el texto. En alguna parte tenía que haber una referencia a la última carta que él le había escrito. Había sido bastante divertida, o eso creía.

«... maravilloso recibir tu carta. La llevé sin abrir durante al menos una hora dentro de la blusa, ahí, cerca de mi corazón. ¡Qué torpeza la mía! De verdad que soy una persona de lo más torpe, indigna de conocer a alguien como tú. ¿Qué significa “sirjaspereño”? Lo busqué en el diccionario manual de Oxford, pero no pude encontrarlo. Tú escribiste: “‘Albricias, mi bella esquiva’, exclamó él en tono sirjaspereño”.» Era evidente que Tessa no había entendido su ocurrente referencia al sir Jasper de la famosa canción popular, la de la joven desnuda bajo sus sábanas blancas como azucenas. «Creo que “sirjaspereño” debe de significar algo que tiene que ver con el jaspe, ¿verdad? ¿Y quién es ese Capitán Cosmo que pilota la nave espacial *Estafilococo*? ¿Es alguien de quién tendría que haber oído hablar? ¿O te lo has inventado? Ay, me siento tan tonta cuando leo tus cartas, y tan indigna de ti... ¿Cómo puedes soportar estar conmigo? Intenté leer esa novela que me recomendaste, *Miss Lonelyhearts*, pero me ponía tan triste que tuve que dejarla. Ahora le estoy dando vueltas a esa otra, *Un rostro entre la multitud*; tengo que confesarte que es muy interesante por todo lo que revela sobre lo que ocurre en la “industria de las comunicaciones”. Incluso fui a la biblioteca para sacar la *Trilogía USA* de John Dos Passos, pero es tan enorme que no creo que pueda terminármela nunca. Tardaría todo un año en leer todos esos libros que mencionaste cuando nos pusimos a hablar de literatura americana. Nunca podré llegar a leer tantos libros como tú, por mucho que lo intente. A veces me desespero. Es la única razón por la que lamento tener nueve años menos que tú. Siempre estarás nueve años por delante en cuanto a lecturas y conocimientos sobre el mundo. ¿No te importa, querido Bob? Ya sé que sí. Ya sé cuánto te irritas cuando no entiendo lo que dices o no reconozco una alusión. Ay, no soy más que una niña estúpida, y lo siento. A veces casi llego a arrepentirme de que nos conociéramos. Sé que a veces te parezco tan irritante...»

Bob dejó la carta y se quedó mirando el techo, vencido por la tristeza y la

vergüenza.

—Ya sé lo que voy a hacer, bomboncito —dijo la señora Mounce—: haré que Dotty me dé una llave extra para tu apartamento.

—¿Ah, sí? —replicó Bob, mientras reflexionaba. Se sentía un ser indigno.

—Así a veces podré colarme aquí antes de que tú vuelvas del trabajo para tenerte algo preparado para cuando llegues.

Bob seguía pensando.

—Un hombre necesita a alguien que lo cuide un poquito, cielo. Alguien que lo mime de vez en cuando.

Bob suspiró.

La señora Mounce saltó del sillón y se le acercó.

—No pareces muy agradecido, pastelito —comentó, con un mohín de reproche. Se sentó al borde de la cama.

Bob dobló las rodillas para hacerle sitio, y ella se inclinó sobre él, con la mano del cigarrillo aún en alto. Bob apartó la vista. Se sentía como un miserable.

—Creo que he asustado un poquito a este chico, muchachos —dijo ella—. Creo que piensa que tengo malvados designios preparados para él.

Bob intentó sonreír. La señora Mounce adelantó la barbilla en ademán burlón.

—No te preocupes, cielo, no voy a morderte —ronroneó. Aspiró el humo del cigarrillo y lo expulsó despacio, mirándolo con los ojos entrecerrados—. ¡O tal vez sí! —añadió de repente, mientras se inclinaba hacia delante. Hundió los dientes en la pierna de Bob, justo sobre la rodilla.

Él soltó un alarido y se incorporó de un salto. El mordisco resultó increíblemente doloroso.

La señora Mounce también se había levantado como un rayo y ahora se dirigía hacia la puerta a toda velocidad, riéndose.

—Pensé que quizá eso te despertaría, bomboncito —dijo—. ¡Buenas noches!

Dyson se había acostado. Estaba echando un vistazo a las reseñas de libros del *Statesman* mientras esperaba a que Jannie se metiese en la cama y

apagase la luz. «La lenta de-sintegración y la inevitable crisis nerviosa de Glyn están manejadas con maestría... Magda, abandonada por su teniente, se va a vivir con un barón senescente, a un *schloss* que se desmorona en el Thüringer Wald; la atmósfera de decadencia y lujuria senil quedan expresadas de forma pintoresca... La creciente sensación de aislamiento y desesperación de Riki se presentan de forma convincente, pero su colapso parece alargarse demasiado...» Dyson paladeó las reseñas, el tacto de las sábanas, la suavidad y la calidez de la cama. Fuera del 43 de Spadina Road el mundo era senescente, se desmoronaba, provocaba desesperación y todos se dirigían hacia el colapso. Dentro, había suavidad, calidez, sábanas, y todos disfrutaban de una perfecta salud mental. Jannie, con el pijama puesto, se movía con calma por el dormitorio, llevando ropa de un lado a otro. La habitación entera estaba llena de ropa —suya, de Jannie o de los niños—. Una parte iba a la cesta de la colada; otra parte sería para los refugiados; otra parte estaba aún sin clasificar. «Necesitamos otra cómoda», pensó, sintiendo en su interior el regusto del lujo. Le resultaba enormemente satisfactorio ver toda aquella ropa por la habitación; quintales de ropa... toda conseguida gracias a sus ingresos. Camisas, calcetines, vestidos, medias, zapatos de baile plateados y gruesos abrigos de invierno... todo ello producto de su trabajo. La propia cama, la manta que había en la nevera, la electricidad que gastaban con tanta despreocupación, el teléfono, la compleja estructura de vigas, ladrillos y pizarra que albergaba todo lo demás; él, John Dyson, el mismo al que, de niño, algunos consideraban un poco estúpido, había conseguido adquirir todo aquello. Lo había logrado gracias a su pasmosa habilidad para alimentar la pila de crucigramas, para revisar temas de teología y vida rural, para explicar las intrincadas veredas de la política británica a los radioyentes de África Occidental, con lucidez, inteligencia y una pizca de encanto personal. La vida era plena y satisfactoria.

Jannie se metió en la cama despacio, suspiró al contacto con las sábanas y apagó la luz. Dyson apoyó la cabeza en el hombro de su esposa, y ella le acarició las cejas durante un rato. Él se preguntaba si la habría *jannificado* por el hecho de llamarla Jannie, igual que había *gawainizado* a Gawain. De niña, ella era Janice Atterbury, y nadie había intentado acortarle el nombre.

Se la imaginó yendo a la escuela cada mañana, en un autobús escolar verde de dos pisos; una Janice entre Janices, una Janice Atterbury entre Janices Leigh, Viviennes Williams, Heathers Marshall y Sandras Thompson. «Janice, te presto mis lápices de colores si me prometes que no se los dejarás a Heather.» «Janice Atterbury es una cerdita estirada.» «Atterbury, J. D. dribla adecuadamente, pero debe ser más agresiva a la hora de marcar al hombre y placar.» «Janice Dorothy Atterbury ha superado con gran satisfacción de sus examinadores las materias de Alemán (escrito y oral), Piano (grado V), Ballet (intermedio) y Primeros Auxilios (medalla de bronce de la Real Sociedad Humana).»

Se echó a reír, sacudiendo la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, medio dormida.

—Pensaba en ti de colegiala.

—Ah.

Y entonces él mismo había irrumpido en la escena para contaminarla, llamando a su puerta —en la placa ponía «J. D. Atterbury»— en Newnham, en una impetuosa tarde primaveral. «Jan, pasaba por aquí, así que he pensado que podría venir a saludar.» «Pero ¿a ti no te parece que las tribulaciones de sir Gawain resultan intensamente conmovedoras, Jannie?» «¿Has pensado en lo que ocurriría si el partido conservador volviera a gobernar, Jan?» «¿Te suena *de algo* el nombre de Bunk Johnson, Jannie?»

John Dyson y Jan Atterbury; aquellos dos nombres iban bien juntos, como todo su círculo de amistades comprendió enseguida. John Dyson y Jan Atterbury: John y Jan. Sus nombres parecían hechos el uno para el otro, como Huntly y Palmer, o Fortnum y Mason. En el trimestre estival del segundo año, a todos les había resultado difícil acostumbrarse a decir Jan Atterbury y Lionel Marcus. Era como enterarse de que Fortnum y Mason se había convertido en Fortnum y Freebody. En cualquier caso, con el paso del tiempo, la gente lo consiguió. Incluso Dyson se había acostumbrado. Lionel y Jan, o, mejor dicho, Jan y Lionel, ya que él, tan amable y complaciente, siempre iba un paso por detrás de ella... La relación entre ambos se convirtió en un tormento para Dyson durante su último año, tanto como el temor a tener que repetir curso o a no jugar un papel lo bastante brillante como

presidente del sindicato estudiantil.

Dyson pensaba que estaba despierto hasta que, al darse la vuelta, se dio cuenta de que se había quedado dormido. Después había habido tres nombres —Belinda Charles, Jan Atterbury y Margaret LeRoy— junto al botón del timbre de un apartamento en West Kensington. Y luego, tras un largo periodo en el que habían ocurrido muchas cosas —algunas tristes; otras, demasiado vergonzosas para recordarlas; otras, insignificantes— surgieron los nombres de John y Jan Dyson. No había duda de que había un abismo entre Janice Atterbury y Jan Dyson. Aquellas manos fuertes..., aquellos ojos marrones tan serios y a veces tristes... Mientras que él, según le parecía, apenas había cambiado nada desde los diecisiete o dieciocho años...

Su mente se sumergió suavemente en el sueño, como una pompa de jabón que se deslizase a la deriva desde el aro por el que se sopla. Su consciencia apenas percibió un lejano estruendo metálico, que se difuminó entre sus sueños. Era el ruido de las latas de cerveza Long Life. Alguien había vuelto a arrojarlas al jardín de Dyson.

Al día espantoso de Dyson lo siguió otro maravilloso. Para empezar, un productor de una cadena privada de televisión le llamó por teléfono a primera hora de la mañana y le propuso aparecer en un programa. Dyson no cabía en sí de gozo. Iba de un lado a otro del despacho con frenéticas muecas de regocijo.

—Esto es justo lo que siempre he querido, Bob —dijo—. ¿Te das cuenta? ¡Esto es justo lo que he estado esperando!

—Lo sé —respondió Bob—. Enhorabuena, John.

—Lo más probable es que esto no lleve a nada, claro está. No hay que hacerse demasiadas ilusiones al respecto. Probablemente acabe fastidiándola.

—Estoy seguro de que no, John.

—Tengo una gran experiencia en la radio, por supuesto. Eso debe de contar para algo. Me he estado preparando a conciencia para una oportunidad como esta, Bob. No es que me haya quedado esperándola de brazos cruzados, precisamente.

Miró por la ventana con las manos a la espalda, haciendo sonar las palmas.

—¿Qué tipo de programa es? —preguntó Bob—. ¿Algo sobre Indonesia?

—¿Indonesia?

—¿No es esa tu gran especialidad?

—Bueno, algo sé sobre Indonesia, ciertamente. Sé algo sobre muchos temas. Soy periodista, Bob.

Se sentó en su mesa, sintiéndose muy satisfecho de su profesión. Pero al

momento se levantó de un salto y se puso a caminar otra vez de un lado a otro del despacho.

—Es un programa de debate. Sobre las razas —dijo—. Parece que quieren a alguien con experiencia real sobre la vida en una comunidad multirracial.

Bob se quedó mirándolo.

—No sabía que vivieras en una comunidad multirracial, John.

—¡Ya sabes que tenemos vecinos antillanos en la casa de al lado! Y que hay cuatro viviendas antillanas en la calle. Ya lo sabes, Bob.

—Ah, ya veo. ¿Y cómo se han enterado de eso los de la tele?

—Pues el programa lo produce un hombre llamado Jack de Sousa. Su mujer y la mía fueron juntas a Newnham. Los invitamos un domingo a tomar el té. De hecho, casi decidieron comprarse una casa en la calle, de tanto como les gustó. En fin, que Jack quiere que participe en un debate sobre esa problemática. Parece que el moderador va a ser Norman Ward Westerman. ¿Lo has visto en la tele, Bob?

—No.

—Es un hombre increíble, Bob. Alguien por el que siento el mayor de los respetos.

Tuvo que pasar algún tiempo para que Dyson se calmara lo suficiente como para que Bob pudiera volver al trabajo. Estaba escribiéndole una carta a Tessa.

«Mi querida Tessa», puso, pero entonces recordó que muy pronto iba a romper su relación con ella. Arrancó el folio de la máquina de escribir y cogió una hoja nueva. «Tessa, querida», comenzó; entonces le vino a la memoria la carta que ella le había escrito, se sintió avergonzado y cogió otro folio. «Mi querida Tessa», escribió. Se quedó mirando por la ventana durante unos instantes, preguntándose qué demonios podría decirle. Entonces tecleó «De cómo el gigante Dyson sometió al tirano Cox», y lo subrayó.

«Cuando Dyson regresó, tras haber llevado a cabo sus hazañas en la City —escribió—, allá donde su alta educación y sus logros literarios habían causado la admiración de los lugareños, y sus infatigables dotes de conversación habían minado severamente las fuerzas de sus más leales

amigos, se encontró con que el dueño del señorío lindante con el suyo, el cruel y tiránico Cox, había estado arrasando el distrito y aterrorizando a sus habitantes con un espantoso bombardeo de latas de cerveza vacías. Sin detenerse más que para tomar un frugal refrigerio consistente en 47 paquetes de patatas fritas Smith, 3287 aceitunas rellenas y 4 o 5 carretas llenas de trozos de bizcocho y galletas que habían sobrado de la merienda de los niños, Dyson avanzó con denuedo y se enfrentó a Cox.

»“Ajá, Cox”, gritó con voz estentórea. “¡Muéstrate, por Santa Eulalia, que voy a abofetearte con un mandato judicial! ¿Dónde estás, pedazo de mierda obsesionado con tu madre? ¡Que voy a arrancarte de un golpe esas gafas mugrientas y a meterte una orden judicial por el bolsillo de la camisa! ¡Sal y ven aquí, desaguapís parafrénico, rociamocos subantropoide, o por san Archibaldo que te perseguiré pisándote los talones y entregaré un informe sobre el estado de tus cañerías al inspector de sanidad!”

»Pero el tirano Cox, negándose a reconocer el poder de tales argumentos, permaneció en su sitio, ante lo cual Dyson introdujo su nariz por la chimenea de Cox y estornudó con tal gallardía y tanto ímpetu que el tirano salió disparado por la ventana de la despensa, y aterrizó en la Trinity Road de Balham. Sin pérdida de tiempo, Dyson corrió en pos de su enemigo, arrojándole las latas de cerveza vacías y cualquier otra cosa que cayese en sus manos, incluyendo bolsas de té Tetley, bujías de las Fuerzas Aéreas americanas, libros atrasados en su fecha de devolución a la biblioteca, fajas reductoras y reproducciones auténticas de grandes maestros de la pintura clásica. Lo persiguió sin respiro a lo largo y ancho del país; es decir, por Clapham norte, Clapham sur y Clapham centro; por la calle Mitcham, el cruce de Mitcham y el pueblo de Mitcham; por Collier’s Wood, St. Helier, Thornton Heath y Norbury, sin prestar la menor atención a los semáforos ni las señales de los cruces peatonales y yendo a menudo en dirección contraria por las calles de un solo sentido.»

Para entonces, a Dyson ya le había ocurrido otra cosa buena.

—Hoy estoy teniendo un día maravilloso —dijo. Había colgado el teléfono y se estaba frotando las manos de satisfacción—. Nunca adivinarías con quién acabo de hablar.

—¿No?

—¡Con sir William Paice!

—¡Ah!

—El de los fondos de inversión inmobiliarios, ya sabes. Tienes que haber oído hablar de él, Bob. Es un ornitólogo aficionado muy conocido. Acuérdate, se casó con la hija de Glenormond.

—¿Y a ese lo conozco?

—¡Pero Bob...! Lord Glenormond, el de la compañía naviera. Por Dios, ¿es que no sientes ningún interés por las clases nobiliarias?

—Bueno..., ya sabes... —dijo Bob. Había encontrado en el bolsillo una bolsa de caramelos para la tos y, discretamente, se metió uno en la boca.

—¡Pero si son fascinantes! Y yo que creía que a un escritor como tú le parecerían apasionantes...

Bob hizo sonar el caramelo contra los dientes con la punta de la lengua.

—No es por esnobismo —aclaró Dyson—; a mí me parecen absolutamente fascinantes, pero desde un punto de vista sociológico. En fin, que he convencido a sir William Paice para que nos escriba un par de columnas de «El día a día del campo». Se trata de un golpe maestro, diría yo.

Bob volvió a su carta.

«Cuando llegaron a Sydenham —escribió—, Cox arrancó de un manotazo el capitel de Santa Güendolina y Todos Los Ángeles, giró sobre sí mismo y le asestó a Dyson un terrible golpe en el codo...»

—Las iniciales de sir William son W. G. R. P. —comentó Dyson, pensativo. Guardaba en su escritorio un ejemplar del *Who's Who*, y había empezado a rebuscar como loco en aquel listado de famosos y gente importante—. ¿Cómo crees que le gustaría firmar la columna? ¿Simplemente como «W. G. R. P.»? ¿O como «sir W. G. R. P.»?

—Ni idea —dijo Bob.

Pero, de todas formas, Dyson no lo estaba escuchando.

—¡Ay, Dios! —exclamó. Se levantó de un salto, agitado, y empezó a recorrer la oficina a zancadas otra vez—. ¡Qué día tan maravilloso!

El viejo Eddy Moulton se había despertado por el súbito chirrido que había provocado la silla de Dyson cuando este la había empujado hacia atrás.

Ahora estaba mirando pensativamente el artículo que tenía que copiar. Había estado soñando con alguien en quien no había vuelto a pensar desde hacía muchos años: un individuo llamado Stanley Furler. Una noche, se había caído por las escaleras del Club de la Prensa y se había puesto un ojo morado con el puño de plata de su bastón.

—Iba borracho, claro —le dijo a Bob, agitando la cabeza y sonriendo—. Pobre hombre, iba borracho como una cuba.

El teléfono de Bob sonó.

—¿Diga?

—Esta gilipollez es tuya, ¿verdad? —dijo una voz furiosa.

—¿Cómo?

—No me vengas con gilipolleces. Me imagino que esta sarta de chorradas son lo que tú entiendes por gastarle una broma a alguien, ¿no?

—¿Eres Reg Mounce?

—No me vengas con gilipolleces.

—Reg, ¿de qué me hablas?

—Bob, no me vengas con gilipolleces.

—No sé de qué me hablas, Reg.

Mounce vaciló.

—Eres tú el que me ha mandado esta gilipollez, ¿no, Bob?

—¿Qué gilipollez, Reg?

—Ya sabes cuál, Bob.

—Reg, te lo digo en serio. No sé de qué narices me estás hablando.

—Pues claro que lo sabes.

—Que no.

Mounce vaciló otra vez. A través del auricular, Bob oyó cómo aspiraba aire entre dientes.

—Pues algún cabrón me la ha mandado —dijo.

—Yo no, Reg.

—Pues algún cabrón habrá sido.

—Sí, pero yo no, Reg.

—¡Será cabrón!

Bob esperó.

—¡Cómo coja a ese cabrón...!

Hubo otra pausa.

—¡Será cabrón! —concluyó Mounce.

Y colgó.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Dyson, mientras Bob colgaba despacio el auricular.

—Ni idea.

Ahora fue el teléfono de Dyson el que sonó.

—Diga...

Dyson frunció el ceño mientras escuchaba la voz que venía del otro lado, y luego levantó las cejas hacia Bob.

—¿Qué gilipollez? —dijo—. Oye, ¿eres tú, Reg...? Pero ¿qué gilipollez, Reg...? Sí, pero ¿qué gilipollez...? Mira, Reg, por el amor de Dios, ¿qué gilipollez...? ¿Cómo quieres que sepa si yo te he mandado esa gilipollez si no sé de qué gilipollez hablas...? Sí, pero ¿qué es lo que ha hecho ese cabrón...? Sí, sí... Pero ¿qué es esa gilipollez que el cabrón te ha mandado?

Colgó el teléfono.

—¿Qué ha pasado? —dijo Bob.

—Ni idea —respondió Dyson.

El maravilloso día de Dyson iba cada vez mejor. Justo antes de la comida, un asistente del productor de su programa llamó desde la cadena de televisión para anunciarle que lord Boddy había accedido a participar en la retransmisión.

—¿Quién es lord Boddy? —preguntó Bob cuando se enteró.

Dyson estaba recorriendo otra vez la oficina de un lado a otro.

—¡Venga ya, Bob, eres imposible! Tienes que saber quién es lord Boddy.

—Lo siento, John.

—¡Eddy, Bob no sabe quién es lord Boddy! ¿Estás despierto, Eddy? ¡Eddy! Bueno, Bob, pues lord Boddy es un hombre muy, muy conocido. Es el

segundo de la familia en llevar el título de barón, ¿verdad? Ramsay MacDonald se lo concedió a su padre por algo relacionado con la Sociedad de las Naciones, ¿no?

—No lo sé, John.

—Creo que sí. En cualquier caso, el actual lord Boddy está enormemente interesado por el problema del color; aborda el tema en comités, comisiones reales y cosas así. Parece que también participará un tipo que trabaja como asistente social. Y alguien de color, por supuesto.

—Bueno, pues... enhorabuena, John.

Dyson sacó el *Who's Who* del cajón y lo revisó en silencio durante unos instantes.

—Su padre se llamaba Edward Boddy antes de obtener el título nobiliario —anunció—. Al actual lord Boddy se lo bautizó como Frank Walter. Casado, dos hijos. Publicaciones: *A favor del desarme* (1939), *¡Que la victoria sea nuestra!* (1942), *Los rusos: nuestros camaradas* (1945), *Comunismo en el mundo: un estudio sobre la tiranía* (1949), etc. *Raza: el desafío implícito* (1963). Ah y editor de *El hombre con los bombachos de tweed* (*Diarios y cartas del primer lord Bobby*).

—Ya veo —dijo Bob—. ¿Por qué no salimos a comer algo antes de que el teléfono vuelva a sonar?

—Muy bien. Escucha, esto es interesante. Es miembro de dos clubes: el National Liberal y el Real Club del Automóvil.

—¿Y eso qué tiene de interesante?

Dyson cerró de golpe el *Who's Who* y lo arrojó sobre su escritorio.

—Menudo capullo estás hecho, Bob —dijo con una mueca—. Eddy, estaremos en el Gates.

En el Gates of Jerusalem se encontraron con la cuadrilla habitual: Bill Waddy, Mike Sparrow, Ralph Absalom, Andy Royle, Ted Hurwitz, Gareth Holmroyd, Lucy la de la biblioteca y Pat Selig. Pero hoy todos se habían cristalizado alrededor de Mounce, que cambiaba su peso de un pie a otro sin descanso. Parecía verdaderamente irritado.

—Pues algún cabrón me la ha mandado —repetía una y otra vez.

El círculo de oyentes se estaba pasando de mano en mano una cuartilla arrugada con un texto mecanografiado.

—¿Habéis visto esto? —comentó Bill Waddy. Se la entregó a Dyson y a Bob, que acababan de unirse a ellos—. Algún bromista le ha enviado esto a Reg. Se lo ha encontrado en su mesa cuando ha llegado a su despacho esta misma mañana.

Era una carta en forma de memorando de oficina:

«Del director a R. Mounce. PRIVADO Y CONFIDENCIAL.

Tras dedicar al tema una cuidadosa reflexión y buscar consejo al respecto, he llegado a la conclusión de que debería empezar a buscar usted en otros lugares con vistas a futuros planes. No me parece que nuestra oficina tenga suficiente alcance para su talento. Como ya sabrá, nuestra costumbre es conceder un plazo de tres meses para el traslado, pero si usted sintiera el imperioso deseo de marcharse antes de esa fecha, sepa que nos encontrará razonablemente dispuestos a aceptar tal decisión. Tiene usted, según entiendo, derecho a una semana libre de la que aún no ha disfrutado. Por supuesto, se la pagaríamos al completo. O, si así lo prefiere, puede tomársela en concepto de vacaciones y dejarnos una semana antes de lo acordado.»

—Estaba en un sobrecito marrón dirigido «Al señor don R. Mounce». ¡Incluso venía con la fórmula que el director suele usar! —señaló Ted Hurwitz.

—¡Vaya si me gustaría ponerle las manos encima a ese cabrón! —dijo Mounce.

—¿No será cosa de alguno de tus fotografías? —sugirió Dyson.

—Ya hemos pensado en esa probabilidad, claro —respondió Bill Waddy—, pero resulta que ninguno de ellos sabe ni siquiera deletrear como es debido, ¿verdad, Reg?

—¡Qué cabrones! —dijo Mounce.

—El cabrón ha clavado perfectamente el estilo del director —comentó

Gareth Holmroyd.

—Por eso pensamos que tiene que haberlo hecho alguien que esté en contacto con el Despacho G —apuntó Bill Waddy.

—¡Será cabrón! —dijo Mounce.

—Podría considerarse algo serio —señaló Andy Royle— si este fuera un periódico como el *Daily Express*, donde sí que despiden a gente.

Todos sorbieron sus cervezas con aire pensativo.

—¡Eh, escuchad una cosa! —dijo Dyson, aprovechando la oportunidad.

—¿Otra de lo mismo para todos? —preguntó Ralph Absalom, aprovechándola también.

—Voy a salir en televisión —anunció Dyson.

—Creo que esta ronda es mía —comentó Mike Sparrow.

—¡Ta, ta, ta, ta! ¡De eso nada! ¿Lo mismo para ti, Lucy? ¿Pat?

—Voy a salir en pantalla.

—Esta vez tómate una pinta, John.

—Con Norman Ward... No, solo media pinta, por favor, Ralph... Con Norman Ward Westerman... Tienes mi vaso al lado del codo... Y lord Boddy.

—El bueno de Frank Boddy —dijo Gareth Holmroyd—. No, ya he bebido bastante, gracias, Ralph.

—Venga, otra más.

—Que no.

—Es un programa de debate.

—Venga, que sí. ¡Anímate, anda!

—He dicho que es un programa de debate, Gareth.

—No, de verdad que no, gracias, Ralph. ¿Qué era eso de un programa de debate, John?

—Es sobre el problema del color, con lord Boddy.

—¡Vaya! ¡No los había visto!

—¡Serán cabrones! —dijo Mounce, mientras miraba su cerveza y meneaba el vaso con suavidad.

—¿Crees que la gente debería hacerse miembro de un club, Bob? —preguntó

Dyson, mientras se recostaba sobre su silla de oficina y bostezaba. Todo estaba muy tranquilo en la sección.

—¿Qué tipo de club? ¿Un club nocturno?

—Eres un encanto, Bob. —Dyson bostezó y se rio al mismo tiempo. Después se puso serio otra vez—. El caso es que podría conseguir sin mucho trabajo que me admitieran en el Garrick. O en el Savage. O incluso en el Travellers. ¿Qué te parece, Bob? Uno necesita un sitio adonde ir por las tardes. Un sitio al que puedas invitar a la gente. O sea, si sales de vez en cuando por la tele, lo que podría ocurrir en mi caso... Es decir, supongamos que quisiera tener una charla tranquila con un productor... Digamos que quisiera comentarle una idea que se me ha ocurrido para un programa. O, supongamos, solo por poner un ejemplo, que el próximo jueves lord Boddy y yo congeniamos y quiero invitarlo a comer en algún sitio. ¿Adónde podría llevarlo?

—¿Por qué no al Gates?

—¡Oh, Bob, por el amor del cielo!

—Bueno, ¿y qué hay de malo en llevarlo a un restaurante?

Dyson miró por la ventana. Arrugó la nariz y frunció los labios.

—Por alguna razón, no me parece que un restaurante sea adecuado —dijo—. Sería demasiado *voulu*. ¿Entiendes a lo que me refiero? Tu invitado sabría que estás haciendo algo fuera de lo normal, como si albergaras la intención de pedirle algo. Mientras que, en el club, podrías sentarte en un sillón y leer el periódico mientras lo esperas. Podrías ir con él al comedor como si fuera lo más normal del mundo, como si lo hicieras todos los días. Sería lo más parecido a invitarlo a casa.

—Entonces, ¿por qué no invitarlo a casa, John?

Dyson suspiró.

—Pues, ya sabes, Bob. Hoy en día, cuando no se tienen sirvientes, y si tus hijos están ahí y hay juguetes despedazados por todas partes... Por cierto, casi se me olvida: Jannie dice que vengas a cenar a casa esta noche. ¿Te parece bien?

—Sí, sois muy amables. Gracias, John.

Dyson volvía a mirar por la ventana.

—O quizá sería mejor el Oxford and Cambridge —dijo—. Ya sabes, es un sitio bastante agradable.

Se acercó a la ventana, dando palmadas con las manos a la espalda, y observó a la gente que pasaba por Hand and Ball Court. De vez en cuando bostezaba con aire ausente.

—¿Crees que la gente debería llevar trajes hechos a medida? —preguntó al cabo de un rato—. Tal vez uno debiera preocuparse un poco más por cosas como esa cuando está en el ojo público.

Pero Bob estaba absorto en lo que estaba escribiendo. Dyson soltó otro bostezo, se dio cuenta de lo que estaba haciendo e intentó taparse la boca con la mano.

—Ay, Dios, esta tarde iba a ponerme a preparar algunas «Meditaciones» —dijo—. ¿A alguien le importaría echarme una mano? ¿Cómo andas de tiempo, Bob?

—Justo ahora estoy un poco liado —respondió Bob con aire ausente sin levantar la vista de la máquina de escribir.

Dyson volvió a bostezar sin poder evitarlo.

—Ay, Dios, ay, Dios —dijo—. Tengo que dejar de tomar cerveza en las comidas. Me deja para el arrastre.

«Y cuando Dyson y sus compañeros se sentaron a celebrarlo —le escribió Bob a Tessa—, la cerveza les humedeció el entendimiento y les nubló la laringe, y charlaron alegremente y discutieron con sabiduría hasta bien entrada la tarde. “¿Qué vas a tomar, viejo vejigacervecera?” “No, esta ronda me toca a mí, borracherallorona.” “¡Por san Séptimo que pago yo!” “¡Es mi turno, por santa Cintia!” “¡No, no, por santa Yolanda, insisto!” “Bueno, pues, entonces, media pinta, por san Sofanor!” “¡Por san Tiberio, no llevo dinero encima!” “¡Por san Almerico, son tres pintas, dos Guinness, un zumo de tomate y cinco bocadillos de jamón!” “No, por santa Teodolina, son cuatro bocadillos de jamón, tres panecillos con salchicha, cuatro Guinness de barril y un refresco de limón!” “¡Y una bolsa de patatas fritas, por santa Roberta!” “¡Y dos bolsas de patatas fritas, por san Brígido!” “¡Te he dado media corona,

por santa Lorinda!” “¡Por san Cecilio, era un florín!” “¡Por san Hilarión, ojalá
estuviéramos comiendo en el Oxford and Cambridge!”»

Cuando la puerta de la cocina se abrió, Jannie escondió instintivamente el cigarrillo a la espalda. John detestaba encontrársela fumando mientras cocinaba. Pero no era él, sino Bob.

—Jannie —dijo—, ¿puedo ayudarte en algo?

Ella volvió a sacar el cigarrillo.

—En realidad, no, Bob. Aunque puedes quedarte y charlar conmigo, si te apetece.

En el centro de la cocina estaba la gran mesa en la que se sentaban a comer. Tenía sillas con asientos de mimbre. Bob cogió una y se desplomó sobre ella con dejadez. El olor graso y marrón del *gigot aux haricots* llenaba la estancia. Jannie solía cocinar aquel plato cuando él venía. Era un verdadero glotón y había algo en aquel guiso que le llegaba al alma: esa untuosidad que las alubias absorbían al dorarse en la grasa del cordero... John odiaba el plato en cuestión.

—¿No puedo pelar unas patatas o algo? —preguntó.

—No. ¿Qué está haciendo John?

—Está leyendo el periódico. Es estupendo eso de que vaya a salir en televisión. ¿Estás contenta?

Jannie se apoyó sobre el borde del aparador y observó a Bob mientras fumaba. Se mordió el labio inferior con cierta ansiedad.

—Supongo que sí —dijo—. No lo sé.

—Está más contento que unas pascuas. Se ha pasado el día botando de un lado a otro en la oficina, como una pelota de goma.

—No creerás que va a hacer el ridículo, ¿verdad, Bob?

—Lo hará bien, Jannie.

—No puedo soportar la idea de sentarme a verlo. No sé cómo voy a ser capaz de mirar la pantalla con él ahí.

Bob cogió uno de los cuchillos que había en la mesa, preparada ya para la cena, y repasó con la punta las vetas de la madera.

—¿Cómo están los niños? —preguntó.

La preocupación que mostraba el rostro de Jannie se suavizó. Se echó a reír.

—¡Pobre Bob! —dijo.

—Nada de eso —respondió él—. Les tengo mucho cariño.

Jannie le sonrió, preguntándose si su invitado sería capaz de recordar siquiera cuántos años tenía cada uno de sus hijos. Los fines de semana en que Bob venía a casa, jugaba con ellos con tanta energía que los pequeños acababan gritando y llorando a causa de la sobreexcitación. Tenía buena mano con ellos, como solía decirse. Pero Jannie ya estaba acostumbrada a ese tipo de amigos (sobre todo los que no tenían hijos): se consagraban a los niños con verdadera devoción, pero, apenas un mes después, eran incapaces de recordar sus nombres, y llamaban a Gawain «Damian» y a Damian, «Adrian», o enviaban para el cumpleaños de Gawain, que cumplía seis, uno de esos elefantitos que los niños de dos años pasean tirando de una cuerda, o le traían a Damian un vestido de fiesta de terciopelo pensando que se llamaba Deborah y era una niña.

—Están bien —dijo—. ¿Y la señora Mounce?

—Bueno, no es que la cosa vaya demasiado bien ahora mismo. Anoche me preparó la cena. Llegó y se puso manos a la obra. No pude hacer nada para evitarlo.

—Creo que deberías tener cuidado con esa mujer.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero ¿qué puedo hacer?

—Te va a meter en problemas.

—¿Tú crees que de verdad está interesada en mí?

—¿Tú qué crees, Bob?

Él se echó hacia atrás en la silla y se puso a jugar con el molinillo de la

pimienta, hasta que reunió un montoncito bien molido en la palma de la mano. Sentado así, de aquella forma, parecía un cojín viejo, pensó Jannie, un abultado, desastrado y cómodo cojín viejo. Con sus jerséis de punto de cable de Marks and Sparks, sus anchos zapatos de ante y sus ojos dulces y distraídos, encajaba tan bien en el ambiente del 43 de Spadina Road que apenas si se daba uno cuenta de que estaba allí.

—Anoche me mordió —dijo. Se levantó la pernera del pantalón y le enseñó a Jannie la línea de minúsculas marcas rojas. Ella las observó con atención mientras intentaba imaginarse la escena: Bob retrocediendo por la habitación y la señora Mounce, a cuatro patas, gruñendo y ladrando, lanzando dentelladas a sus pantalones.

—¿Cómo narices acabasteis así, Bob?

Él se encogió de hombros.

—De repente me mordió. Eso es todo.

—Pero ¿cómo llegasteis a eso? Algo habría que os hiciera llegar a esa situación.

Bob suspiró.

—Me dijo: «No voy a morderte». Aunque supongo que luego cambió de idea.

—De verdad, Bob, que a veces eres un pasmarote.

Jannie cayó en la cuenta de que no había preparado la ensalada. Se puso a lavar la lechuga mientras Bob se ocupaba del aliño: se había lanzado lujuriosamente a la caza de aceite y vinagre en el armarito de las especias.

—¿Cómo está Tessa?

—Bien. ¿Crees que le iría bien un poco de canela?

—No. ¿Y ella sabe algo de todo este asunto?

—¿Qué asunto?

—El de la señora Mounce.

—No, no. ¿Y un poco de estragón?

Bob siempre se mostraba evasivo a la hora de hablar de Tessa, lo que hacía sospechar a Jannie que iba en serio con ella. Aquel secretismo también le daba ganas de averiguar algo más sobre la joven y le provocaba un impulso irreprimible de tomarle el pelo a Bob.

—Ya sabes que si viene a Londres —dijo— puede quedarse en la habitación libre que tenemos aquí.

—Eres muy amable, Jannie.

Aunque, por supuesto, pensó enseguida, sintiéndose estúpida, Tessa se quedaría con Bob, y ahora él pensaría que ella lo desaprobaba.

—Solo si es lo que ella quiere —añadió—, por supuesto.

—Sí, sí —dijo Bob. Parecía avergonzado.

—Quería decir... Bueno, ya sabes lo que quería decir.

—Sí, Jannie. Echo un poco de azúcar al aliño, ¿verdad?

—Quiero decir que aquí hay una cama..., por si alguna vez le apetece usarla.

—¿Azúcar, Jannie?

Sostenía en alto el tarro, con gesto inquisitivo. Ella se quedó mirando aquel objeto durante unos instantes, mientras pensaba en ese apartamento de Manchester en el que ella y John habían pasado una semana fantasmagórica antes de casarse. Perteneecía a un individuo llamado Flowers; la única razón por la que habían ido a Manchester era que aquel hombre les había ofrecido su vivienda. Hacía un frío terrible. Habían pasado la mayor parte del tiempo en la cama. Por las tardes daban un paseo por las calles gélidas y mugrientas. Jannie conservaba en la mente imágenes de aquellos ladrillos antes rojos pero que ahora estaban negros como el hollín; de aquellas calles silenciosas y vacías, al final de las cuales se veía una grisácea niebla invernal; de aquellas tiendecitas de barrio con restos de decoraciones navideñas de papel; de aquel humo arenoso que descendía de las chimeneas. Era justo después de Navidad; ella llevaba un par de guantes de piel nuevos que le había regalado su hermana. Recordaba haberse quedado llorando frente a la ventana del apartamento, pero no la razón por la que lloraba... ni casi ninguna otra cosa, en realidad. Excepto que el colchón olía a humedad y que cuando estaban en la cama durante esas mañanas largas y frías podían ver, a través de la ventana, el chapitel de la iglesia congregacionalista.

—Media cucharada, Bob —dijo.

—¿En qué estabas pensando?

—En cosas. Es curioso cómo...

Puso la lechuga en una fuente y se secó las manos, mirando la baldosa suelta que había encima del fregadero, pero sin verla. Aún podía sentir en las fosas nasales la textura arenosa de aquel humo de carbón que descendía sobre ella en aquellas macilentas tardes de enero. Aún podía oír el ruido ascendente que hacían los motores de los autobuses locales cuando arrancaban en la parada que había en la esquina, provenientes de sitios de los que ninguno de los dos había oído hablar, y que atravesaban la creciente oscuridad del atardecer invernal en dirección a destinos igual de desconocidos para ellos.

—¿Cómo qué, Jannie? —preguntó Bob. Había sacado una cucharada de azúcar del tarro y la estaba lamiendo con lentitud.

Ella apartó de la mesa otra silla y tomó asiento.

—Cómo de repente te asalta un recuerdo de forma tan vívida —dijo— que, por un momento, tienes la impresión de que puedes capturarlo. Pero...

Vaciló, consternada ante lo difícil que le resultaba expresar con palabras aquellos sentimientos fugaces e imprecisos.

—Pero cuando intentas pensar en qué es lo que has capturado —añadió—, no es fácil averiguarlo.

Bob se tomó otra cucharada de azúcar.

—¿Qué estabas recordando, Jannie?

—Tiempos sombríos. Muchas de las cosas que te vienen a la mente de esa forma son momentos de desolación. A veces me pregunto si por aquel entonces ya me daba cuenta de lo desoladores que eran...

Jannie observó cómo Bob se llevaba a la boca otra cucharada de azúcar. Él siguió aquella mirada, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y apartó enseguida el tarro.

—Lo siento —dijo—. No me había dado cuenta de lo que hacía.

—Vas a engordar, Bob.

—Ya he engordado.

Jannie apoyó la barbilla sobre la mano ahuecada.

—¿Te llevas mejor con las mujeres que con los hombres, Bob? —preguntó.

—Me llevo bien con todo el mundo, a decir verdad.

Ella lo examinó con curiosidad. Estaba rollizo, sin duda. Cuando giró la

cabeza para mirarla, se le plegó la piel bajo la mandíbula, formando una incipiente papada. Era tan distinto a John en todo que resultaba asombroso que ambos formasen parte de la especie humana. Le vino a la mente cómo su esposo se afeitaba por la mañana, en chaleco y pantalones. Oscuro, enjuto —casi demacrado—, inclinándose ansioso hacia el espejo, como si temiese que su reflejo pudiera desaparecer sin previo aviso.

—¿Cómo es Tessa? —preguntó.

—Pues, bueno... —dijo Bob, algo incómodo.

—¿Morena o rubia?

—Morena.

—¿De qué color tiene los ojos?

Bob frunció el ceño.

—Creo que marrones —respondió, mientras volvía a jugar con el molinillo de la pimienta.

—¿Y es atractiva?

—Oh, sí.

—¿Qué edad tiene?

—Pues unos veinte.

Jannie sintió ganas de echarse a reír.

—¿Por qué no las has traído nunca a casa? —preguntó.

—Porque nunca ha venido a Londres. Está en una especie de internado en Bath.

—¿Y tú vas a visitarla allí?

—Bueno, son un poco reacios a dejar que las alumnas salgan. Es una especie de colegio privado para señoritas, en realidad.

Jannie no pudo evitar estallar en carcajadas.

—Bob, Bob, Bob...

—¿Qué?

—Tú. Teniendo un lío con una chica de colegio de señoritas.

—Ya lo sé.

John entró en la cocina con tres vasos de jerez medio llenos.

—He encontrado un culín en una botella que había al fondo del armario de la costura —explicó—. ¿Qué estáis haciendo vosotros dos por aquí?

—Pues coquetear —dijo Bob con un suspiro.
—¡Muy bonito! —comentó John.
—Tengo que ganarme la cena —respondió Bob.

Bob y Jannie se pasaron la cena tomándole el pelo a Dyson, que se iba irritando cada vez más.

—No se trata solo de dinero —dijo. Clavó el tenedor con tanta fuerza en su plato de alubias que algunas se desperdigaron por la mesa—. Aunque sí puedo decir que el próximo jueves voy a ganar veinticinco guineas por no hacer nada más que quedarme sentado durante media hora en un estudio de televisión, en vez de estrujarme el cerebro durante todo el fin de semana escribiendo un guion radiofónico para el Servicio de Ultramar de la bbc, por el que me pagan diez guineas.

—Pensaba que me habías dicho que una figura televisiva ganaba cien guineas por programa —comentó Bob.

—Y eso es lo que ganaré —respondió Dyson, irritado— si tengo éxito con esto y me creo un nombre. De eso se trata. No solo del dinero.

—Aunque tampoco desdeñas el dinero —señaló Jannie.

—No lo desdeño, por supuesto que no.

Se calló para tomar otro bocado de cordero.

—Entonces, ¿cuál es la verdadera finalidad de todo esto? —preguntó Jannie.

—Bueno —respondió Dyson mientras masticaba con fuerza—, tengo que admitir que me gustaría crearme un nombre, por el simple hecho de tenerlo.

—¡Oh, John! —exclamó Jannie, soltando una carcajada. Bob se sonrió en silencio.

—Muy bien —gruñó Dyson—, podéis burlaros si queréis. Pero lo único en lo que pienso es en las ventajas prácticas que puede traernos todo este asunto.

Sus dos acompañantes volvieron a reírse.

—Mira, Jannie —dijo Dyson, con absoluta seriedad—, ¿te acuerdas de que cuando quisimos que Gawain entrara en la escuela Almeira Road no lo

conseguimos? Porque todos los padres de clase media que viven en la zona intentaban que admitieran a sus hijos en ese mismo centro, y resulta que nosotros vivimos en la frontera del distrito. Bueno, pues responde con sinceridad: ¿de verdad crees que habríamos recibido la misma respuesta si yo fuese Norman Ward Westerman o lord Boddy?

—¿Quieres decir que en ese caso habrías podido tirar de algunos hilos? — preguntó Bob.

—No habría necesitado hacerlo; otras personas habrían tirado de esos hilos por mí. «Si lord Boddy estuviera en nuestra asociación de padres y maestros», pensarían, «podríamos ganar influencia en el ayuntamiento». O se imaginarían lo simpático que resultaría comentarles a los padres que vinieran de visita: «Este es Noel Westerman, el hijo de Norman Ward Westerman, ya saben. ¡Menudo pilluelo está hecho! ¿Verdad que sí, Noel?». Y luego vendrían las consabidas palmaditas en la cabeza de Noel, que tan buenos contactos tiene.

Bob y Jannie lo miraban sin pestañear.

—Escuchad, si yo no fuese un John Dyson cualquiera, sino *el mismísimo* John Dyson, la gente no se molestaría en encargarme guiones radiofónicos para el Servicio de Ultramar de la bbc por diez guineas, porque sabrían que yo ya ocupo todo mi tiempo escribiendo artículos para *Playboy* y *Esquire* a mil dólares cada uno, y cobrando cien guineas por cada aparición televisiva. Es una cuestión de simple economía práctica.

—Hablas del asunto con mucha vehemencia, John —dijo Bob.

—Sí que lo hago. Claro que hablo de ello con mucha vehemencia. Mirad, no quiero ser tan famoso como para tener que ir firmando autógrafos por todas partes, o para no poder montarme en un autobús por miedo a que me asalten. La moderación es buena en todos los aspectos de la vida. Pero si yo fuera *el mismísimo* John Dyson, ¿creéis que los restaurantes no liberarían una mesa para mí, por muy abarrotados que estuviesen? Si yo fuera *el mismísimo* John Dyson, ¿no creéis que me resultaría más fácil conseguir asientos en el teatro? Ya sé que los dos pensáis que soy un majadero por decir cosas como estas, pero tengo razón...

—Come algo, John —intervino Jannie—. No has tomado ni un solo bocado

en los últimos diez minutos.

—... tengo razón al decir que hoy en día no es la excelencia la que lleva a conseguir la fama, sino la fama la que lleva a conseguir la excelencia. Uno se crea una reputación, y es esa reputación lo que le permite alcanzar las condiciones necesarias para llevar a cabo un buen trabajo.

—A veces dices un montón de bobadas, John —apuntó Bob, con delicadeza.

—¡Nada de bobadas! ¡Escuchad bien lo que os digo! Seamos sinceros con nosotros mismos. Yo soy un eslabón pequeño pero vital en el negocio de producir uno de los diarios más importantes del mundo. Pero ¿no haría un mejor trabajo si no tuviera que ir de la ceca a la Meca para poder completar mi sueldo? ¿Sí o no?

—John, cariño —señaló Jannie—, come. Los demás ya hemos terminado.

—O fíjate en ti mismo, Bob —dijo Dyson—. Eres escritor.

—¿Que yo soy escritor? —se sorprendió Bob.

—No sabía que fueras escritor, Bob —dijo Jannie.

—Bob es un *estupendo* escritor —puntualizó Dyson. La voz casi se le quebró de emoción ante su propia generosidad—. Quizá, incluso, un *gran* escritor.

—Pero si no he escrito nada —protestó Bob, incómodo.

—¡Exacto! ¡Exacto! —Dyson se inclinó hacia delante, presa de una enorme agitación—. ¡Porque trabajas todo el día como un esclavo en esa oficina, llevando a cabo tareas estúpidas y absurdas para mí! ¡Ahí tienes la explicación!

—Bueno, yo no diría eso...

—Te someto a mucha presión, ya lo sé. Te hago trabajar como un mulo. Pero escribe como los ángeles, Jannie. ¡Y yo le hago trabajar como un mulo! Te someto a mucha presión porque también lo hago conmigo mismo, Bob.

—En realidad, John, eres muy razonable...

—No, no, soy un tirano, y lo sé. Pero no creáis que no entiendo lo que eso conlleva porque sí lo hago. Sé que los dos pensáis que soy un cretino egoísta por tener tantas ganas de ser famoso. ¡Pero no lo hago solo por mí mismo! También quiero la celebridad para Bob, para que pueda liberarse de mí.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Jannie—. ¿Quieres que también me haga

famosa para que pueda liberarme de ti?

Dyson soltó el cuchillo y el tenedor, con el ceño fruncido. Toda su exaltación se había desinflado.

—Muy bien, búscame las cosquillas —dijo, malhumorado—. Vale, ya lo sé: mi teoría no es irrefutable, ni la tengo todavía perfeccionada hasta el último detalle...

Apartó el plato.

—¿No vas a comer más? —preguntó Jannie.

—Es demasiado grasiento para mí. Siempre se me indigesta. No sé por qué te empeñas en seguir preparándolo.

Jannie recogió la mesa. Su mirada se cruzó un instante con la de Bob y le hizo un gesto, levantando el labio inferior en una mueca burlona. Él desvió la vista, mientras hacía un esfuerzo para no sonreír. Dyson seguía sentado, con cara de malas pulgas; se estaba frotando las manos y lanzaba miradas furibundas a la mesa.

—¿Por qué no nos llevamos el postre a la sala de estar y nos lo tomamos viendo la tele? —sugirió Jannie.

—Sí, ¿por qué no? —la secundó Bob.

—Por la tele solo echan un montón de basura —respondió Dyson.

—Podría haber un debate sobre problemas raciales —comentó Jannie.

—Uy, qué sarcástica.

—Hoy ponen una película antigua —indicó Bob.

—Entonces ve a encender la tele, Bob —dijo Jannie.

—¡Incultos arrogantes! —gruñó Dyson con acritud—. No sois más que unos ignorantes que se las dan de intelectuales. No, peor aún: sois los más mediocres de entre todos los ignorantes que se las dan de intelectuales.

La película hizo que Dyson se quedara dormido. Bob se giró para comentarle algo y se lo encontró con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, a la luz azulada y parpadeante de la pantalla.

—No tendríamos que haber insistido —dijo.

—No, seguro que le estaba gustando —comentó Jannie—. Siempre se queda dormido cuando algo le gusta. Abre otra botella de cerveza, Bob.

—¿Quieres un poco?

Pero Jannie volvía a estar absorta en la película.

—Tomaré un trago —dijo, al cabo de un rato—. ¿Cómo se llama la actriz que hace de reportera? ¿Podría ser Myrna Loy?

—No, no —respondió Bob, mientras servía la cerveza—. Sé cómo se llama. Enseguida me acordaré.

Volvió a acomodarse en el sillón con su cerveza. Estaba rebosante de cordero, alubias y bienestar. Se sentía como si el universo le hubiera reservado un lugar propio que estuviese hecho justo a su medida.

—¿Podría ser Carole Lombard? —dijo Jannie.

—No, no. Tengo el nombre en la punta de la lengua.

En la pantalla, habían llevado un teléfono blanco a la mesa de un club nocturno. Una estrella del espectáculo se veía rodeada de reporteros al salir por la puerta reservada a los artistas. Había un magnate que gruñía; unos ojos que brillaban empañados por las lágrimas; rascacielos y lujosas *suites* de hotel...

La vida estaba en suspenso...

En cierto momento, Damian gritó en sueños. Luego todo volvió a quedarse en silencio. Un rato después, Dyson resopló; Jannie se inclinó sobre él y le acarició el pelo.

—¿No será Jean Arthur, verdad? —dijo.

—No. Creo que el hermano es ese tipo de *Historias de Filadelfia*.

—¿Esa en la que sale Katharine Hepburn?

—No. La de Katharine Hepburn es la misma en la que sale Cary Grant.

En cierto momento, les llegó desde algún punto del exterior un ruido lejano, como el que harían varias botellas de leche vacías al chocar entre sí.

—¿Os han tirado basura por encima de la tapia otra vez?

—Eso parece.

—¿No tendríamos que despertar a John y decírselo?

—No tardará mucho en descubrirlo por sí mismo.

Bob abrió otra botella de cerveza.

—¡Pobre John! —dijo Jannie.

Dyson llevó a Bob a casa en su viejo Standard Vanguard. Iba conduciendo por los barrios residenciales más cercanos a la ciudad, con sus calles húmedas y desiertas, amarillentas bajo la luz de sodio de las farolas. Bob se sentía reconfortado por aquel paisaje variado, tranquilo y familiar. Atravesaban grandes avenidas de color ambarino, con tiendas de electrodomésticos también amarillas. En las vitrinas de las abundantes sastrerías se veían maniqués sin rostro que se inclinaban discretamente hacia delante; lucían prendas de estambre oscuro con un matiz similar al de la yema de huevo. Había mansiones victorianas amarillas, con jardines delanteros asfaltados para proporcionar plazas de aparcamiento amarillas a los coches amarillos de los propietarios. Luego llegaron a los dominios de las farolas de vapor de mercurio. Estacionamientos con coches azulados de segunda mano; azuladas vallas torcidas; azuladas iglesias unitarias; pequeñas fábricas azuladas —algunas, con fachadas similares a las de los teatros; otras, rectilíneas y de cristal—, construidas en extraños ángulos azulados respecto a las zonas circundantes. Ahora habían vuelto a las luces de sodio; pasaban frente a edificios amarillentos levantados antes de la guerra: torreones, patios y mansiones con tejas amarillas y revestimientos del mismo color.

Se veía a poca gente, pero muchos coches. En cuanto se acercaban lo bastante a Dyson, todos se ponían a conducir de mala manera. Lo adelantaban cuando menos se lo esperaba; aparcaban junto a la acera y le cerraban el paso; parecían querer seguir recto en los semáforos y luego decidían girar a la derecha. «¡Por el amor de Dios!», rugía Dyson. Daba volantazos, pisaba y soltaba el pedal del acelerador sin saber muy bien qué hacer. Estaba inclinado hacia delante en el asiento del conductor, tenso a más no poder, como si le resultara difícil ver por dónde iba; a menudo limpiaba el parabrisas con el pañuelo. En cierto momento, algo se cayó de la guantera, golpeó el pie de Bob y rodó bajo el asiento con un sonido metálico. Dyson se agachó para buscarlo en la oscuridad, y el coche cruzó tranquilamente la línea blanca que marcaba la mitad de la calle.

—No te preocupes, Bob —dijo—. Esa cosa siempre se está cayendo de la guantera. Por cierto, esas manchas marrones del guardabarros no son de

óxido, que lo sepas.

—¿Qué manchas marrones?

—Pensaba que te había visto mirándolas antes de montarte. Parecen de óxido; al principio a mí también me engañó su aspecto. Pero fíjate qué interesante: es la primera capa de pintura. Si te paras a pensarlo, te darás cuenta de que es algo extraordinario: el coche tiene quince años, siempre está a la intemperie y la primera capa de pintura aún está intacta.

—Extraordinario, sí.

—No se trata solo de la pintura, claro. En aquella época todo se hacía según criterios de calidad superiores a los actuales. Entonces no se dedicaban a recortar gastos como ahora. Es algo que merece la pena recordar si alguna vez decides comprarte un coche.

Dyson se bamboleó hacia la izquierda para entrar en una avenida, vigilando por encima del hombro el tráfico que venía por la derecha, lo que provocó que el vehículo se subiera al bordillo. El golpe que dio la rueda trasera al caer otra vez sobre la cuneta hizo que la ventanilla de Bob se bajara sola.

—Toma, cierra y sujétala con esa cuña de papel —dijo Dyson—. No sé qué habrá pasado. Supongo que algún idiota se habrá dejado un ladrillo en esa parte de la calzada.

Al pasar junto a un descampado amarillo, al motor le dio por apagarse, y el coche avanzó a trompicones durante un rato, hasta que terminó por quedarse parado.

—¡Qué raro! —comentó Dyson. Apretó el botón de arranque. Volvió a apretarlo. Siguió apretando hasta que el sonido del motor de arranque dejó de oírse. Los dos se quedaron sentados un rato en silencio.

—El dios George ataca de nuevo —dijo Bob. Así denominaba él a esa fuerza del destino que insiste en gastar bromas pesadas al pobre ser humano.

En un súbito ataque de rabia, Dyson saltó fuera del coche, cerró la puerta de un golpe y abrió violentamente la tapa del capó. Bob lo siguió con cierta aprensión. Dyson estudiaba el motor oscuro, caliente y aceitoso con una mirada feroz, como si estuviera a punto de empezar a hacerlo pedazos con las manos desnudas.

—Quizá haya sido cosa del bache que hemos pillado antes —apuntó Bob, vacilante.

Dyson se enderezó y desvió hacia él su mirada furibunda.

—¿Acaso tienes la menor idea sobre coches? —le preguntó, cortante.

—No, John.

—Entonces sé un buen chico, anda, e intenta no hacer comentarios estúpidos.

Volvió a inclinarse sobre el motor.

—Por si te interesa —dijo—, probablemente sean los platinos. O puede que tenga algo que ver con las bujías.

Puso la mano en el motor, tocó algo caliente y dio un respingo hacia atrás.

—¡Joder! —siseó, mientras se chupaba los nudillos.

—John —dijo Bob—, ¿puedo hacerte una pregunta muy ingenua? ¿Estás seguro de que no se le ha acabado la gasolina?

—¡Cierra la boca, Bob! —dijo Dyson. Estaba escudriñando el motor, intentando averiguar qué era lo que había tocado.

—Pero ¿no sería buena idea echarle un vistazo al indicador de gasolina?

Dyson se incorporó despacio.

—Mira, Bob. Estoy hecho polvo. Estoy cabreadísimo. Estoy a punto de arrearte un puñetazo. Todo lo que podía salir mal hoy ha salido mal. Ha sido el día más espantoso de mi vida. Y ahora llegas tú a tocarme las narices con tus estúpidas sugerencias sobre algo acerca de lo que no tienes ni puñetera idea.

Volvió a sumirse en la inspección del motor. Bob no quiso recordarle que, hasta entonces, todo aquel día había sido maravilloso para él, y que todo, sin excepción, le había salido a pedir de boca.

Se deslizó discretamente al interior del coche, pulsó el botón de ignición y miró el indicador de gasolina.

—¡El contador no funciona! —estalló Dyson—. ¡Sé con exactitud cuánta gasolina me queda porque sé con exactitud cuánta he echado y cuántas millas he recorrido! Eché dos galones el sábado y puedo decirte sin la menor duda que por lo menos le queda un cuarto de galón. Espero que estés contento con eso.

Cuando Dyson volvió a ocultarse de nuevo bajó el capó, Bob se deslizó de puntillas hasta el maletero y lo abrió. Debajo de un montón de trapos viejos, periódicos e impermeables encontró un bidón de gasolina vacío. Se lo escondió bajo el abrigo, cerró el maletero con cuidado y se encaminó de puntillas, siguiendo la acera amarilla, hacia una gasolinera amarilla.

—No voy a esperarte —le gritó Dyson cuando estaba a cincuentas yardas de distancia—. En cuanto acabe de arreglar el coche, me largo de aquí.

* * *

Dyson se desnudó sin hacer ruido en la oscuridad, para no despertar a Jannie, mientras suspiraba ruidosamente con la esperanza de despertarla. Cuando se metió en la cama, su esposa se giró hacia él y lo abrazó.

—¿Qué hora es? —preguntó, soñolienta.

—La una y media. Me he quedado sin gasolina.

Ella deslizó la mano por su pecho, por su estómago, y lo agarró de forma suave e irresistible por las raíces.

—No, Jannie... —dijo—. De verdad que no... En serio, estoy para el arrastre... No, Jannie, en serio, tal y como están las cosas ya, voy a estar hecho polvo por la mañana... ¡Pero, Jannie...! ¡Jannie...! Bueno, supongo que... solo... Oh, vale...

Dyson se preparó con sumo cuidado para su aparición televisiva. Se pasó todo el fin de semana conduciendo por los barrios residenciales más alejados del centro, llevando en el coche a Jannie y los niños. También llamó a sus familiares y les dejó caer la noticia en el curso de la conversación.

—Las pobres tienen tantas ganas de saber en qué ando ahora... —le explicó a Jannie entre dos llamadas telefónicas a sendas tías, mientras avanzaban a sacudidas a través del tráfico.

Durante la semana, ya en la oficina, encontró razones de lo más peregrinas que le obligaban a llamar a sus amigos y conocidos más influyentes: Sims, el insulso abogado del periódico; sir William Paice; Brent-Williamson, el redactor jefe de la sección literaria; Huysmanns, el de la embajada francesa...

—Espero que el jueves por la noche pongas la televisión —les decía a todos y cada uno de ellos, con socarronería—. ¿Qué? Pues porque voy a salir... Sí, ¿verdad que es absurdo? A las once menos cuarto en una cadena privada... Un horrible programa llamado *El ángulo humano*...

La mirada de Bob lo desconcertaba. Dyson decidió darle la espalda mientras hablaba, o bajar la vista y sonreírle al auricular.

—Qué malo soy, ya lo sé —decía al colgar el teléfono. Eso o—: Lo siento, Bob, ya sé que me estoy comportando de una manera verdaderamente escandalosa.

Y entonces marcaba otro número.

También pensó muy seriamente en la imagen que debía dar. ¿Debería

inclinarse hacia delante y denunciar las cosas apasionadamente? ¿O reclinarse en su silla y limitarse a responder con una sonrisa plácida a las estupideces de la humanidad? Ensayó en el espejo de casa una sonrisa plácida; parecía que estuviese pidiendo disculpas. Lo intentó con una expresión de compromiso apasionado; era imposible distinguirla de una mueca malhumorada. Y en ambos casos las yemas de los dedos se le empapaban en sudor ante la simple idea de realizar aquellos gestos frente a una cámara.

Luego estaba la cuestión de qué decir. Empezó a anotar pensamientos y epigramas apropiados en trozos de papel de oficina. No es que tuviera intención de aprendérselos de memoria; pensó que podría metérselos en el bolsillo de la chaqueta y tocarlos de vez en cuando durante el programa para transmitirse seguridad a sí mismo, a sabiendas de que, en el peor de los casos, siempre podría sacarlos y refrescarse la memoria.

«El probl d la soc multirracial —escribió— es esencialmt la versn modrn del probl consagr de tribus transfrm en nación.»

La mayor dificultad estribaba en evitar lo obvio, eso estaba claro. No le pagaban veinticinco guineas para que les contara a los espectadores algo que ellos fueran capaces de pensar por sí solos.

«El pobl es q no tenemos bast prejuic. Debem preparar a nos mismos pa tener grand y profund prejuic contr los prejuic.»

Volvió a ensayar frente al espejo. Aquello le causaba una gran inquietud. Si uno de los decanos o los canónigos con los que colaboraba le hubiera escrito esas cosas en «La meditación del día», se lo habría leído a Bob parodiando el tono clerical y luego lo habría tachado con un gruñido. Pero ahora se trataba de un programa de televisión, no de un artículo periodístico. Había que aplicar criterios distintos.

El problema era que todos iban a estar de acuerdo. Aparecerían sentados en círculo, se lamentarían de los prejuicios raciales y sugerirían cómo evitarlos. ¿Y si él ejerciese de abogado del diablo? Anotó un par de puntos prudentemente controvertidos: «Comida ind es delic per huele much», «Reconozc q me es dific entend el ingl d mis vecin».

Decidió que se guardaría las opiniones liberales en el bolsillo izquierdo y

las provocadoras en el derecho. Así podría llevarse la mano rápidamente a uno u otro, según lo que la ocasión requiriese. Y chistes, claro; necesitaría algunos. Podría llevar una lista en el bolsillo interior de la chaqueta. El concepto de color abría varias posibilidades humorísticas. «Los científicos han establecido que no importa el color de la piel a la hora de determinar la inteligencia de un individuo; eso no depende del color del cristal con el que se mira.» O algo por el estilo. Profesionalidad, eso era lo importante: prepararse sería y concienzudamente para poder seguir la dirección en la que se desarrollase el debate, incluso si adoptaba el tono más ligero e informal.

Siempre que el teléfono de Dyson sonaba, la llamada venía de la cadena televisiva. ¿Podría proporcionarles algunos datos sobre sí mismo para el departamento de prensa? Esperaban que pudiera reunirse con los demás invitados para cenar todos juntos en el estudio, antes de la emisión. Le mandarían un coche a las siete y media. Ya podían confirmarle quiénes serían los miembros restantes del equipo: la señorita Ruth Drax, una asistente social, y el señor Lewis Williamson, un abogado de Trinidad. El coche pasaría a buscarlo a las ocho. Le habían enviado por correo una lista de los temas que se iban a debatir. Ahora el coche llegaría a las siete.

Cada vez que sonaba el teléfono, a Dyson le empezaban a sudar los dedos. También a Bob. Cada vez que Dyson se miraba en el espejo de la cocina e intentaba imaginarse que estaba en la pantalla del televisor, su estómago y el de Jannie se revolvían a la par. Jannie empezaba a plantearse si realmente sería capaz de ver el programa.

—¿Por qué no vas a casa el jueves por la noche y animas a Jannie, Bob? —le dijo Dyson una mañana, en la oficina—. Yo te lo agradecería enormemente. Lo está pasando fatal con todo este asunto, pobrecilla.

—Yo también lo estoy pasando bastante mal, John.

—Entonces podréis animaros el uno al otro. También yo lo estoy pasando terriblemente mal, y no tengo a nadie que me anime. Qué curioso: nunca lo paso mal cuando tengo que ir a un programa de radio. ¿Y tú, Bob?

—Yo no voy a programas de radio, John.

—Claro que no. Solo siento unas ligeras náuseas justo antes de que se encienda la luz verde; nada de qué preocuparse. Pero reconozco que cuando

me pongo a pensar en el jueves por la noche me entran tantos nervios que me siento enfermo. ¿Tú has salido alguna vez en televisión, Bob? No recuerdo si lo has hecho o no.

—Ya sabes que no, John.

—Eres muy sensato, Bob. Haz caso de mi consejo: mejor quédate con la radio de toda la vida.

Bob tenía sus propios problemas.

«Bob, cariño —le había escrito Tessa—, ¡qué carta tan rara me enviaste! Ya sé que resulta muy estúpido por mi parte, pero me ha sido imposible entender de qué trataba. ¿John Dyson se peleó de verdad con un hombre llamado Cox o te lo has inventado? Casi me pareció una de esas historias que se leen en los libros. Mi impresión, que casi no me atrevo a explicarte por si acaso resulta que estoy diciendo un disparate, es que estabas imitando el estilo de algún escritor para ver si soy capaz de reconocerlo. No te enfades si me equivoco, querido Bob, pero ¿no será uno de esos autores americanos que tanto te gustan? ¿Alguien como Dos Passos o James Joyce?»

Mientras tanto, la señora Mounce estaba estrechando el cerco más y más. Tal y como había amenazado con hacer, había conseguido que Dotty le diera una llave para el apartamento de Bob. Entraba y salía de allí mientras él estaba fuera; le ordenaba la habitación, le preparaba la mesa para la cena y, sin duda, también leía su correo e inspeccionaba sus cajones para ver si guardaba un cinturón ortopédico para las hernias, o quizá un montón de preservativos. Le dejaba platos que había cocinado especialmente para él, con notas debajo. «Que te aproveche la comida, cariño», decían las notas, o «Lo siento, Bob, se me ha roto la jarra de la leche, ya te compraré otra»; «Me he llevado uno tus discos de Frank Chacksfield, te prometo de todo corazón que no lo rayaré». También había encontrado otra nota —esta vez no bajo un plato, sino bajo la almohada, doblada dentro de su pijama—, con el mensaje: «¿Qué tal el mordisco, Bob? Lo siento, cielín, pero lo estabas pidiendo a gritos».

Él llegaba tarde a casa todas las noches a propósito. Iba a cines de arte y

ensayo en Kilburn, Tooting o Putney a ver viejas películas de Hitchcock que ya había visto antes, y cenaba en algún restaurante barato de origen indio o chipriota. Pero daba igual que fuera espantosamente tarde o que Bob llegara a casa con el mayor de los sigilos, ella solía darse cuenta y entraba arañando la puerta justo cuando él acababa de quitarse los pantalones, o cuando estaba echando en una bolsa la empanada de carne y riñones que ella le había preparado para tirarla a la basura en la oficina al día siguiente. Le daba vergüenza que su visitante lo viera con la bata de andar por casa, pero sintió un bochorno aún mayor cuando fue ella quien apareció con su ropa de dormir: un complicado conjunto diáfano del que sobresalía de forma anómala aquel brazo siempre preparado para el cigarrillo, como una extraña proyección que surgiera de un regalo de navidad mal envuelto.

—Espero que no seas tímido, cariño —le dijo. Se descalzó lanzando por los aires sus zapatillas de andar por casa, de tacón alto. Luego se acurrucó con sensualidad en el sillón—. Me has pillado en paños menores.

—Lo siento —dijo Bob.

—Aunque estoy segura de que ya habrás visto a muchas chicas en paños menores, ¿verdad?

Bob replicó con un sonido apagado y evasivo.

La señora Mounce expulsó provocativamente el humo de su cigarrillo, entornando los ojos para evitar el escozor.

—Y apuesto a que también las has visto *sin* paños menores, bomboncito. Oh, no tienes que responderme. Ya sé que no eres uno de esos niños de mamá puros como las azucenas. Reconozco a un hombre de verdad cuando lo veo, créeme. Podría contarte un par de cosas al respecto, cariño, de verdad que sí. Puedo parecer una de esas mujercitas recatadas que se queda en su casa cuidando del hogar, pero, cielo, podría contarte un par de cosas que te pondrían incluso las orejas de punta.

Bob se lo veía venir: estaba a punto de arrinconarlo. Estaba a punto de ponerlo entre la espada y la pared, en una situación en la que resultaría tremendamente descortés decirle que no, y nada, ni en su educación ni en su formación, lo había preparado para ser descortés con nadie, y menos aún con una mujer. Aquel pensamiento hizo que el estómago le diera un vuelco;

era tan desagradable como la perspectiva de ver a Dyson en televisión.

Lo peor era que el señor Mounce había empezado a mirarlo de forma rara. O eso le parecía. Había comprobado que, cuando se tropezaba con él en la oficina o en las escaleras del edificio, su habitual mirada agresiva había adquirido una nueva dimensión, como si estuviera barruntando algo. Un sábado por la mañana Bob se lo encontró frente a frente, a la entrada del baño comunitario que había en la entreplanta.

—Quiero que un día tú y yo tengamos una pequeña charla, Bob —le dijo.

Él se había quedado paralizado de terror. ¡Que un marido ultrajado lo acusara de ese modo a bocajarro! Nunca había pensado que pudiera llegar a ocurrirle algo así.

Salió del edificio a toda prisa y no volvió a aparecer por allí durante todo el fin de semana. Acariciaba la idea de buscarse otro apartamento; de hecho, llamó a algunas agencias en el área de Bayswater y les pidió el listado de viviendas disponibles. Los precios eran desorbitados. Se ofrecían minúsculos apartamentos de soltero por 500, 650, incluso 1000 libras al año, más 1600, 2000 o 2500 libras en concepto de mobiliario y equipamiento. ¿De dónde salía la gente capaz de pagar aquellos precios? ¿Qué tipo de trabajos tenían? ¿Y cómo era posible que hubiera tantos? Algunos anuncios se limitaban a pedir «una suma razonable para cubrir mobiliario y equipamiento». Pero ¿a cuánto ascendería eso? Él podía ofrecer... ¿qué? No más de 50 o 60 libras. ¿Era esa una «suma razonable»? No tenía el valor de preguntarlo.

Desistió de seguir buscando apartamentos y se fue al cine. Después tomó un té, callejeó durante una hora, bebió un par de Guinness en un *pub* para expulsar del cuerpo el frío cortante del aire vespertino y se comió un *biryani*. Luego se dirigió a una fiesta. Casi todos los sábados por la noche había una, organizada por algún integrante de su círculo de amigos. Eran una de esas pandillas —algo apolillada, como Bob reconocía; de hecho, todos lo reconocían— que se había formado cuando asistían a la Universidad de Cambridge, y de la que ya se habían marchado todos los miembros que habían resultado tener una personalidad más madura o más emprendedora. La media docena —más o menos— que aún quedaba se aferraba a los últimos jirones, ya deshechos, de la vida del estudiante universitario, en un intento

de resguardarse de los fríos vientos del mundo exterior. La fiesta que celebraban esa noche sería igual que todas las demás. Dave Meadows pondría en el gramófono viejos discos de Brubeck. Mike Ramsden sacaría su guitarra y cantaría viejas canciones de Tom Lehrer. Ian Strachan se encerraría en el dormitorio con Caroline Pickthorn, y Peter Staithes orinaría por la ventana y lanzaría botellas vacías al hueco del sótano. El lunes por la mañana todos desaparecerían para ir a trabajar al Shell Centre, al Unilever House o a algún lúgubre departamento externo de la bbc, bostezando con rebeldía.

Bob se quedó hasta las tres bebiendo vino tinto de mesa de una botella en cuya etiqueta figuraba el nombre de «Vino Tinto de Mesa», charlando con Janet Moss sobre la vida, la muerte y sus respectivas relaciones con sus respectivos padres. Después se quedó dormitando en un sillón durante unas pocas horas, hasta que se sintió demasiado frío y rígido como para soportarlo. Se levantó, preparó té para todos y se dio cuenta de que no había nada que comer para el desayuno.

El domingo pasó como una neblina, largo, gris e irreal. Fue a desayunar a una cafetería y se quedó allí todo lo que pudo, leyendo los periódicos dominicales. Estuvo paseando por Kensington, Earl's Court y Chelsea hasta que le dolieron los pies. Quedó a tomar unos tragos con Mike Ramsden y Caroline Pickthorn. Comió solo en un restaurante de espaguetis y volvió a dar otro paseo. Lo único que recordaría después de esa caminata sería que la central eléctrica de Lots Road expulsaba humo blanco hacia el cielo grisáceo, y que un viento frío azotaba el río en el Embankment, arrastrando las páginas desplegadas de un viejo periódico y haciendo que una de ellas se enredase en las piernas de un hombre alto y frágil que llevaba un abrigo de *tweed*.

Después del té dormitó mientras veía una vieja película de Peter Sellers en el King's Road Classic, cenó un *biryani*, dormitó mientras veía una vieja película de Tati en el Baker Street Classic y subió sigilosamente las escaleras de su apartamento, justo a tiempo para tropezarse con Mounce, que bajaba de su estudio en el segundo piso.

—¡Vaya, pero si ha vuelto el hijo pródigo! Hay una cosilla que quería

comentarte, muchacho.

—De acuerdo —dijo Bob. Se rendía. Ya no tenía fuerzas para seguir luchando.

Mounce abrió con su llave la puerta del apartamento transformado en bar. Iluminó los fluorescentes que había detrás de las botellas, encendió la estufa eléctrica y sirvió dos grandes vasos de whisky. Bob se encaramó a un taburete, con el abrigo aún puesto. Hacía frío, y el aire olía a mohó y a cerrado.

—El caso —dijo Mounce; se había inclinado hacia delante, apoyado sobre el mostrador del bar, y estaba dándole vueltas al whisky del vaso— es que paso mucho tiempo fuera, como ya sabes. No me queda más remedio. Soy un hombre casado; tengo responsabilidades. ¿Me entiendes?

—Sí —respondió Bob. Le vinieron a la mente ciertos episodios de su infancia, que le recordaron lo mucho que dolían los puñetazos en la nariz.

—El caso es que mientras papaíto está fuera de casa ganándose el pan, podría suceder que ciertas cosas pasaran a su espalda. No estoy diciendo que eso esté ocurriendo. Pero ya sabes por dónde van los tiros, ¿verdad?

—Sí —dijo Bob. O tal vez Mounce le daría un puñetazo en el ojo. Un destello de luz..., luego la oscuridad... y, quizá, quedarse con la visión dañada para siempre...

—O sea —siguió Mounce—, no voy a contarte esa chorrada de que yo soy puro como la nieve. Nada de eso. Pero, con todo, hay ciertos límites. Hay ciertos límites, joder. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en eso, ¿no?

—¡Oh, sí! —respondió Bob—. Sí, claro que sí.

Mounce empezó a dar sorbos a su bebida con cara de pocos amigos. Se tomó su tiempo, como si estuviera intentando decidir qué hacer a continuación. «Si me golpeará de repente, sin previo aviso —pensó Bob—, casi seguro que me caería de espaldas, y, teniendo el pie como lo tengo, enganchado a la barra del taburete, me abriría el cráneo contra el suelo. Eso seguro»

—¿Ves mucho a Glenda cuando yo estoy fuera? —preguntó Mounce.

—No —respondió Bob, con demasiada rapidez—. No, no. Casi nada.

—¿Nunca te has dejado caer por nuestro apartamento?

—¡Nunca!

—¿Alguna vez la has invitado al tuyo a tomar un trago?

—¡No!

Mounce frunció el ceño. «¡Ay, Dios! —pensó Bob—. Aquí viene.»

—Eres un jodido cabrón —dijo Mounce.

—En serio, Reg... —empezó Bob, mientras intentaba sacar uno de los pies de la barra del taburete y ponerlo en el suelo.

—No, Bob, eres un jodido cabrón.

—Reg, te aseguro...

—Eres un jodido y puñetero cabrón. Podrías pasarte a verla de vez en cuando. Ya sabes, para animarla un poco. Para asegurarte de que no se meta en líos. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Bob dio un largo trago a su whisky; parte del líquido se le derramó por la barbilla.

—Nunca me lo había planteado de ese modo —dijo.

Dyson esperaba encontrarse con los estudios de televisión sumidos en una actividad frenética, ya que aquella era la hora punta de la emisión vespertina. Había supuesto, con toda humildad, que lo tratarían como una pieza sin importancia dentro de la maquinaria; que los actores, músicos y operadores lo empujarían sin consideración en los pasillos; que los técnicos y profesionales le dedicarían resoplidos ofensivos en el estudio. Pero cuando salió del coche que habían enviado para recogerlo —un lujoso Humber Snipe —, vio que el edificio estaba a oscuras y, en apariencia, desierto. Tan solo se veía algo de luz en el vestíbulo. Y allí no había más que una sola persona: una joven con apariencia ansiosa y una carpeta en las manos; lo estaba esperando para darle la bienvenida en persona. Se mostró muy complacida por la habilidad con que Dyson había logrado que el conductor de la empresa lo encontrase y lo trajese a los estudios. Luego guio a su invitado por una serie de pasillos desiertos, en los que sus pasos reverberaban generando ecos. Dyson comprobó que no había ni rastro de ningún tipo de actividad en el enorme edificio, aparte de los pocos preparativos necesarios

para aquel pequeño programa. Todo lo demás que se emitiría aquella noche ya se había filmado o grabado con anticipación, o consistía en material suministrado por otras cadenas.

Los preparativos para *El ángulo humano*, según descubrió Dyson, se desarrollaban en una sala del primer piso decorada con una alfombra azul celeste, cuadros discretamente abstractos y un aparador de madera de nogal. Allí había cerca de una docena de individuos de modales exquisitos, vestidos con trajes oscuros —algunos de ellos, según constató Dyson con interés, llevaban corbatas Brigade—; todos bebían ginebra y respondían con una sonrisa agradable a las bromas de sus interlocutores. Algunos de ellos se acercaron a Dyson con deferencia, se presentaron y le ofrecieron bebidas y cacahuetes salados. Al igual que la chica de la carpeta, todos parecían sentir una enorme gratitud y una gran admiración por la facilidad con que Dyson había conseguido llegar hasta allí.

—¿Le ha costado mucho encontrar el camino? —le preguntaban, inquietos—. ¿El conductor lo ha localizado sin incidentes? ¿Ha tenido usted algún problema para subir las escaleras?

La única persona a la que Dyson reconoció era De Sousa, el productor de la cadena, que parecía ser el menos importante de todos los presentes. Había una mujer —presumiblemente, la señorita Drax, la asistente social— y un hombre de piel bastante oscura —a todas luces, Williamson, el abogado de Trinidad—. Dyson no tenía modo de adivinar cómo se llamaban los demás ni a qué se dedicaban —aparte de a beber la ginebra de la empresa con una alentadora destreza—. Asumió que se trataba de productores, banqueros y consejeros financieros; todos tenían un aire de modesta integridad y una dignidad humana que, en opinión de Dyson, solo podía adquirirse mediante el contacto diario con enormes cantidades de dinero ajeno. Descubrió que aquellos hombres le agradaban. Le gustaban su deferencia y su ginebra, y en menos de diez minutos ya les estaba explicando con todo lujo de detalles cómo se mantenía el suministro diario de crucigramas en un periódico. Todos estaban fascinados.

—¿Ah, sí? —decían—. ¡Eso es de lo más interesante!

Dyson empezaba a albergar la convicción de que todo iba a salir a pedir de

boca. Había traído los bolsillos llenos de comentarios, y una botella de bismuto por si el nerviosismo le provocaba indigestión. Empezaba a sentir que no iba a necesitar ninguna de las dos cosas.

Entonces llegó lord Boddy. Era un hombre de grandes dimensiones y movimientos lentos, con unas tupidas cejas grises y un montón de caspa sobre los hombros.

—Debo decirle, lord Boddy —le dijo Dyson, con deferencia—, lo mucho que me gustó esa colección que hizo usted de los papeles de su padre. Por supuesto, soy un gran admirador de todos sus libros.

—¿Ah, sí? —respondió lord Boddy, levantando las cejas con no menos deferencia que su interlocutor—. Qué gentileza por su parte. Es usted muy pero que muy amable.

La deferencia engendra deferencia. Mientras lord Boddy alababa la grandeza del antiguo primer ministro Asquith con un *gin- tonic* en la mano derecha, metió la izquierda en el bolsillo del pantalón. Al momento, Dyson notó que todos los oyentes de lord Boddy hacían lo mismo con la mano izquierda. La suya propia, según comprobó, estaba también en el bolsillo. La sacó de inmediato —no fuera a ser que lord Boddy se diera cuenta y pensara que se estaba burlando de él— y la introdujo en el bolsillo de la chaqueta. Al instante, lord Boddy hizo lo mismo, y todos los demás, mientras lo escuchaban y asentían, repitieron el gesto, uno por uno. Sintiéndose verdaderamente incómodo, ahora que comprendía lo que estaba pasando, Dyson sacó la mano de la chaqueta y la deslizó con discreción detrás de la espalda. Boddy —que describía con gran énfasis y parsimonia cómo Asquith había muerto justo antes de que él pudiese llegar a conocerlo en persona— imitó la maniobra, y, una a una, todas las manos izquierdas desaparecieron tras las espaldas de sus respectivos dueños. Parecía que la deferencia mutua no podía llegar a mayores extremos.

Sin embargo, sí que podía, como quedó de manifiesto cuando apareció Norman Ward Westerman. Dyson podía imaginarse tanto a lord Boddy como a los ejecutivos congregados a su alrededor dejando a un lado la deferencia de vez en cuando; por ejemplo, para ponerse manos a la obra con algún tema de jardinería o para disciplinar a algún miembro de la guardia

real que se mostrase demasiado remiso en el ejercicio de sus funciones. Pero Norman Ward Westerman era la viva encarnación de la deferencia. Cuando su famoso rostro curtido se inclinaba desde las alturas y su fuerte mandíbula descendía al nivel de las personas normales y corrientes, no lo hacía con intención de expresar sus propias opiniones ni de referir anécdotas personales. Lo hacía para prestar un oído reverente a lo que cualquiera pudiera decir.

—Exacto —murmuraba—. *Exacto*.

Y Dyson comprendió, por la profunda humildad y deferencia que destilaba su tono, que aquel hombre cobraba unos honorarios aún mayores que lord Boddy. Se sintió sobrecogido ante él. A decir verdad, también se sentía sobrecogido ante lord Boddy, y, en general, ante todos los presentes. Incluso estaba sobrecogido ante sí mismo. Todos eran dioses sumidos en divina conversación.

Se dirigieron a la sala contigua y allí se sentaron a cenar. Varios camareros con chaquetillas blancas circulaban a su alrededor. Se movían en silencio y con reverencia. Sirvieron vino blanco del Rin con las gambas descongeladas y un clarete de etiqueta afrutada y con mucho cuerpo para acompañar el asado de cordero recalentado.

—Gracias —le susurró Dyson con sentido respeto a un camarero que se encontraba junto a su codo.

—Gracias a usted, señor —respondió este.

—No, gracias a usted —replicó Dyson.

—O toma, por ejemplo, a Baldwin, el antiguo primer ministro —le estaba diciendo Norman Ward Westerman a lord Boddy—. Lo considero... una figura enigmática. ¿Crees que esa es una valoración adecuada, Frank?

—En efecto. En efecto, en efecto, lo es. Creo que esa es una valoración muy adecuada sobre su persona. De hecho, resulta bastante interesante que menciones a Baldwin, porque no llegué a conocerlo en persona.

—¿En serio? Qué circunstancia tan interesante.

—No, no llegué a conocerlo.

—Me interesa mucho lo que has dicho, Frank, porque es un hecho que ignoraba por completo.

Uno de los financieros se había inclinado sobre la mesa para dirigirse con deferencia a Williamson.

—No conocerá usted por casualidad a un hombre que se apellida Firmead, ¿verdad?

—¿Firmead? —respondió Williamson con la misma deferencia—. Por extraño que resulte, no creo conocerlo.

—David Firmead, para ser exactos.

—Por extraño que resulte, no creo que nos hayamos cruzado nunca.

—El año pasado estuvo un tiempo en Trinidad. Por algo relacionado con el petróleo, creo.

—¿Ah, sí? Eso es muy interesante.

—Yo pensaba que quizá usted podría haberlo conocido. Es una persona de lo más agradable. Fuimos juntos a la escuela.

—¿Ah, sí? Eso es verdaderamente interesante.

—Se casó con una chica de lo más agradable. Vive cerca de Guildford.

—Eso es extraordinariamente interesante.

El financiero giró levemente la cabeza para incluir en la conversación a la señorita Drax.

—¿No lo conocerá usted, por casualidad? ¿A un hombre llamado Firmead? ¿David Firmead?

—A decir verdad —respondió la señorita Drax—, no creo estar en condiciones de afirmar que lo conozca.

—Es un hombre de lo más agradable —dijo el financiero.

Dyson consideró que ya había comprendido bastante bien los principios generales de la conversación entre Boddy y Westerman como para arriesgarse a participar en ella.

—Creo que Halifax, el antiguo primer ministro, es una figura fascinante —comentó, aprovechando una pausa—. No sé si ustedes estarán de acuerdo conmigo.

Westerman se giró en redondo para dedicarle a Dyson toda su atención.

—Me parece una apreciación excelente —dijo—. Halifax es una figura que a mí también me fascina. ¿Y tú, lo encuentras fascinante, Frank? ¿O piensas que no es digno de interés?

—No, yo creo que, como bien dice el señor Dyson, Halifax es una figura extraordinariamente fascinante. Fascinante a más no poder. Pero ¿sabes una cosa, Norman? Durante el tiempo que Halifax estuvo en el cargo, no llegué a conocerlo en persona.

—¿En serio? —dijo Westerman—. Eso es absolutamente fascinante.

—Sí. No coincidí con él ni una sola vez.

—Eso sí que es increíblemente interesante —comentó Dyson.

La cena se desarrolló como si fuera un sueño. Dyson sentía que aquella pequeña sala, rodeada por la oscuridad y el vacío de los estudios, era el único lugar habitado y cálido en medio de un universo despoblado. Aunque, por supuesto, si uno se paraba a pensarlo, se daba cuenta de que también existían otros asentamientos subsidiarios en él. Por ejemplo, en algún punto del edificio debía de haber una estancia en la que un chef contratado para la ocasión se encargaba de descongelar las gambas, recalentar la carne y abrir la lata de macedonia de frutas de tamaño familiar. En algún otro punto debía de haber un estudio con cinco sillones de cuero negro, esperando a que ellos vinieran a ocuparlos. Pero la verdadera riqueza de la vida se concentraba allí: una conversación brillante, una cálida estima mutua, un hombre que no había conocido a Baldwin ni a Halifax y un buen clarete, calentado por los discretos camareros en algún aparato oculto a la vista. Dyson sintió que todo a su alrededor le brindaba una cálida bienvenida; comprendió que aquel era el sitio que le correspondía; aquel era el tipo de vida que verdaderamente se acomodaba a su forma de ser y a su educación.

—Norman —dijo De Sousa mientras servían el café y el brandy—, me pregunto si no deberíamos comentar un par de cosas sin importancia acerca del programa.

—Creo que esa es una idea fantástica, Jack —respondió Westerman. Sacó del bolsillo unos papeles impresos a ciclostilo y les echó un vistazo—. Bien, según entiendo (dime si me equivoco, Jack), abrimos con los créditos en telecine, ¿es así?

—Así es —confirmó De Sousa, que se estaba encendiendo un cigarrillo.

—Luego me enfocáis a mí en el estudio. Y digo: «Buenas noches. La película que están ustedes a punto de ver representa un magnífico

experimento sobre bla, bla, bla...».

—Todo eso está en el teleprónter.

—Todo está ahí. Después ponemos la película. Luego me enfocáis otra vez en el estudio y digo: «La película que acaban de ver es un intento de bla, bla, bla... Esta noche tenemos aquí, en el estudio, a cuatro personas vital y estrechamente relacionadas con los problemas que supone vivir en una comunidad multirracial. A mi derecha está lord Boddy, que formó parte de la Comisión Real para bla, bla, bla...».

—Y sigues presentándolos a todos en el orden en el que están sentados.

—Y sigo presentándolos a todos en el orden en el que están sentados. Después me giro hacia ti, Frank, y digo: «Lord Boddy, ¿qué piensa usted del experimento que acabamos de ver? ¿Cree usted que arroja un rayo de esperanza sobre los problemas que tanto nos desconciertan hoy en día?».

—Y yo digo «bla, bla, bla...» —replicó lord Boddy.

—Tú dices «bla, bla, bla». Luego nos dedicamos todos juntos a decir «bla, bla, bla». Después, cuando el realizador me haga la señal de acabar, resumo y digo: «Bien, parece que esta noche hemos llegado a una serie de conclusiones, que son bla, bla, bla...».

—Todo eso está en el teleprónter.

—Todo está ahí. Pues parece que ya lo tenemos todo atado y bien atado, ¿no, Jack?

—Eso parece. ¿Todos contentos?

—En efecto. En efecto —dijo Dyson—. Creo que no he disfrutado tanto en toda mi vida.

Bajaron todos juntos al estudio para realizar los últimos preparativos, llevándose consigo los vasos de brandy. El ambiente festivo pareció evaporarse un poco cuando vieron los asientos que les habían asignado alrededor de una mesita baja de café, ubicada en una esquina de aquel gran hangar. Williamson comenzó a carraspear. La señorita Drax se dedicó a sí misma una sonrisa lastimera. Incluso Boddy, que mientras bajaban por las escaleras le había estado contando a Westerman que en 1938 había estado en Bad Godesberg justo dos días después de que Hitler y Chamberlain se marcharan, se sumió en el mutismo. El único que no había perdido ni un

ápice de su entusiasmo era Dyson. Cuando el regidor le pidió que dijese algo para probar el micrófono, recitó los primeros versos de *El naufragio del Deutschland*, acompañando la declamación con los gestos apropiados. Aquello pareció divertir al equipo técnico. Dyson pensó que todo estaba saliendo a pedir de boca. Sin duda, aquella iba a ser su noche.

Tras pasar por maquillaje, volvieron a subir las escaleras para tomar otra copa. Para entonces, todos los presentes comenzaban a mostrar una evidente inquietud. A los individuos de las corbatas Brigade y a sus amigos se les estaban acabando los potenciales conocidos mutuos a los que referirse. La señorita Drax parecía haber cogido la carraspera que antes había tenido Williamson. Y este, que acababa de volver de su segundo viaje al baño, adelantó a Boddy mientras corría de camino al tercero. A Westerman, que no dejaba de revolver sus apuntes impresos a ciclostilo, se le cayeron las gafas, y se derramó el brandy en los zapatos. Dyson los observaba a todos lleno de estupor. Él, por su parte, estaba muy emocionado, pero no se sentía nervioso en absoluto.

—El público no se da cuenta —le comentó Williamson con pesimismo— del enorme trabajo que hay que llevar a cabo para sacar en antena media hora escasa de programa.

—¿Trabajo? —dijo Dyson—. ¡Pero si es puro placer! No me había divertido tanto en mi vida. Casi no puedo contenerme. ¡Estoy deseando empezar de una vez!

—¡Santo Dios! —exclamó Williamson.

Uno de los financieros, que todavía sonreía con deferencia, les sirvió más brandy.

—Me pregunto si alguno de ustedes podría intentar mantener a lord Boddy lejos de la botella —les dijo en voz baja—. Creo que es posible que ya haya bebido suficiente.

Qué interesante, pensó Dyson, qué extraordinariamente fascinante resultaba comprobar que, de entre todo el equipo, él era el único que se mantenía entero.

—Creo que tal vez deberíamos ir bajando —dijo De Sousa.

—No puedo verlo —dijo Jannie. Las secuencias de la película que estaban proyectando en la primera parte del programa en el que iba a participar John pasaban sin ningún sentido ante sus ojos—. En serio, Bob, no puedo. Sé que va a suceder algo espantoso. Ay, ¿y si ha bebido demasiado?

—Lo hará bien, Jannie. Deja de preocuparte.

Ella se aferró a los brazos del sillón, como si intentara impedirse a sí misma levantarse de un salto.

—¿Qué narices están poniendo ahora? —preguntó con tono irritado.

—La película sobre la que van a hablar.

—¡Ay, Dios, sé que se va a poner en ridículo! Lo sé, lo sé, lo sé.

Cuando la película terminó y la cara del presentador volvió a aparecer, Jannie se tapó los ojos con las manos, incapaz de mirar a la pantalla. El moderador del debate estaba presentando a lord Boddy. Se imaginó a John encorvado sobre su asiento, como hacía en casa cuando algo iba mal, con aspecto sombrío, adusto y desdichado. ¡Pobre John! ¡Pobre! Pero ¿dónde estaba? El moderador llevaba ya un buen rato presentando a gente, y aún no había ni rastro de John. Se lo imaginó en uno de esos lavabos institucionales de baldosas blancas, con náuseas provocadas por los nervios. ¿Se había llevado el bismuto? Aunque quizá fuera preferible que estuviera en el aseo a que apareciera en el programa... ¡Por favor, Señor, que no se pusiese malo delante de las cámaras! Aunque, claro, en ese caso enfocarían hacia otro lado...

—Y a su izquierda —dijo el presentador— tenemos al señor John Dyson, periodista y locutor radiofónico, que vive en...

¡Ahí estaba! En un gesto involuntario, alargó el brazo y aferró la mano de Bob. Por Dios, ¿qué estaba haciendo John? ¡Sonreía y saludaba con la mano!

—Pero ¿cómo se le ocurre? —exclamó, mortificada—. ¡No es el tipo de programa en el que la gente actúa así!

—No sé si lo habrás notado —comentó Bob—, pero estaba fumando.

—¿Fumando?

—¿No lo has visto? Tenía un cigarrillo en la mano.

—No digas tonterías, Bob. John no ha vuelto a fumar desde la universidad.

—Pues ahora está fumando.

—¡Ay, Dios! —exclamó Jannie, mientras apretaba con fuerza la mano de su acompañante—. ¡No puedo verlo!

—No pasa nada, Jan. Lord Boddy es quien lleva la voz cantante.

Pero alguien se había puesto a hablar al mismo tiempo que Lord Boddy, lo que provocó que este se equivocara y, al final, se callara a mitad de su exposición. Las cámaras giraron hasta recorrer el equipo al completo, intentando localizar al intruso.

Jannie observó que todos estaban fumando, pero John —según vio cuando la cámara, al final de la búsqueda, se detuvo en él— era el que lo hacía con más ahínco. Fumaba y hablaba al mismo tiempo, lanzando pequeños resoplidos melodramáticos entre frase y frase.

—Si se me permite una intromisión —dijo (resoplido)—, tan solo una momentánea intromisión (resoplido, resoplido), me gustaría señalar que, en mi opinión, lo que lord Boddy está diciendo resulta extraordinariamente interesante. *Extraordinariamente interesante.*

Inhaló con fuerza y exhaló una densa nube de humo a la cámara, al mismo tiempo que lord Boddy reanudaba su discurso.

—¡Ay, Dios! —exclamó Jannie.

—¡Chsss! —dijo Bob.

Dyson había vuelto a tomar la palabra.

—Eso es fascinante —decía—. De lo más fascinante. ¡Lo encuentro absolutamente fascinante!

Jannie apretó la mano de su acompañante con tanta fuerza que Bob se encogió de dolor.

—Pobre John —dijo ella.

Cuando llegó el turno de la señorita Drax, Dyson también se mostró fascinado por su tesis.

—En efecto —murmuró—. En efecto, en efecto.

—¿Por qué se comporta así? —exclamó Jannie—. ¿Por qué está fumando? ¿Y por qué agita los brazos de esa forma tan espantosa?

—A veces agita los brazos así cuando estamos en la oficina —comentó Bob—. No veo inconveniente en que lo haga.

—Pero ¿a qué viene eso de «extraordinariamente interesante» o «en

efecto, en efecto»? Nunca le había oído hablar así.

—Yo tampoco le he oído decir nunca «en efecto, en efecto», lo reconozco.

Williamson estaba hablando. Resultó que Dyson también estaba extraordinariamente interesado en su punto de vista.

—En efecto... En efecto... ¡Por Dios, en efecto!

Jannie se hundió en el sillón. Intentó calcular quién estaría viendo el programa. Toda la familia de John, por supuesto. Y su propia familia. Además, sus padres habían invitado a unos vecinos para que lo vieran con ellos. Su amiga Belinda Charles; la había llamado para decirle que había visto el nombre de John en un artículo sobre el programa publicado en el periódico. De repente le vino a la mente la idea de que su antiguo novio, Lionel Marcus, también podría estar viéndolo. ¡Dios, por favor, Lionel Marcus no!

—John Dyson —decía el moderador—, como periodista, ¿está usted de acuerdo con la idea de que la prensa debería asumir una firme guía moral y no conceder excesiva importancia a las noticias sobre relaciones interraciales?

Dyson no respondió de inmediato. Frunció el ceño; luego se inclinó hacia delante y apagó su cigarrillo en el cenicero, con aire pensativo.

—Desde luego, sabe cómo crear expectación —dijo Bob.

—No puedo soportarlo —dijo Jannie.

Dyson volvió a reclinarsse en su asiento y juntó las yemas de los dedos, como si estuviera a punto de emitir su veredicto. Pero, en el último momento, cambió de opinión; en vez de hablar, volvió a inclinarse hacia delante y sacó otro cigarrillo de la cajetilla que había sobre la mesa.

—¡Ay, Dios, Bob! —dijo Jannie.

Dyson agarró el mechero de la mesa y encendió el cigarrillo sin que le temblara el pulso. Después bajó la tapa del mechero con un golpe seco, inhaló una bocanada y expulsó el humo de forma lenta y meditativa.

—Creo que es una idea extraordinariamente interesante —respondió.

Jannie se tapó los ojos con la mano libre. Parecía que estuviera intentando protegerlos del sol, pero lo que quería en realidad era evitar que siguieran contemplando a su marido.

—Estás exagerando —dijo Bob.

Al cabo de un rato, comentó:

—Seguro que a la gente que no lo conoce le produce una impresión totalmente distinta a la nuestra.

Al cabo de otro rato, añadió:

—En serio, Jannie, nadie ve estos programas; solo los familiares de los participantes.

A ella le parecía que el ruido que hacía John al expulsar el humo del cigarrillo ahogaba casi por completo la conversación. Siguió tapándose los ojos con la mano hasta que, al fin, Westerman dio por concluido el debate e hizo un resumen. Realizó una pausa antes de despedirse y, desde fuera de la pantalla, una voz la aprovechó para interrumpirlo:

—Eso es absolutamente fascinante, Norman.

Jannie apoyó la cabeza sobre el hombro de Bob y se echó a llorar.

Dyson recorría el dormitorio de un lado a otro, aún con el abrigo puesto. Gesticulaba de forma ostentosa e iba dejando a su paso una estela que apestaba a alcohol. Jannie estaba acostada y lo observaba por encima del embozo de las sábanas. Era más de medianoche.

—En serio, Jannie —le decía con tono excitado—. Me he dejado asombrado a mí mismo. No sabía que era capaz de tanto. ¿Qué tal lo he hecho?

—Muy bien, John.

—¿De verdad? ¿No lo dices por decir?

—No, John.

—Estaba disfrutándolo, Jannie, esa es la cuestión. Ha sido algo asombroso: ¡todos los demás temblaban de lo nerviosos que estaban! Incluso los más asiduos a los programas de televisión, como Norman y Frank. Pero, en serio, yo podría haber seguido así toda la noche. Ni siquiera he tenido que usar mis notas.

—No, no creo que las hayas usado.

—Ni las he tocado. ¡Ni siquiera he pensado en ellas! Me sentía como pez en el agua. ¿Qué tal lo he hecho, Jannie?

—Ya te he dicho que muy bien.

—¿No he interrumpido demasiado para llevar la contraria a los demás?

—No lo creo.

—Pensaba que quizá había alimentado la controversia un poco más de lo debido.

—Nada de eso.

Dyson se detuvo y le dedicó a su esposa una larga mirada, cargada de seriedad.

—Siento que por fin he encontrado lo que quiero hacer en la vida, Jannie. Esto es mucho más activo, está mucho más lleno de vitalidad que el periodismo. De verdad, me siento eufórico.

Se puso a pasear otra vez de un lado a otro del dormitorio, sonriéndose a sí mismo. Al pasar frente al espejo, se miró en él y se enderezó las gafas.

—¿Qué le ha parecido a Bob? ¿Cómo cree que he estado?

—Cree que has estado muy bien.

Dyson se detuvo de nuevo. Sonreía pensativo.

—Frank Boddy es un verdadero encanto —dijo con efusión—. Y tanto que sí. ¡Ay, Jannie, adoro la televisión! No puedes ni imaginarte cuánto. ¿De verdad crees que he estado bien?

Al rato, mientras su marido, en ropa interior, se arrastraba por el suelo buscando sus zapatillas bajo la cama, Jannie le preguntó:

—¿Por qué estabas fumando, John?

Él se enderezó y la miró con inquietud, por encima del borde de la cama.

—¿Te parece que ha quedado extraño?

—Nada de eso.

—No creerás que tenía algo de afectado, ¿no?

—Claro que no, John. Solo me preguntaba cómo se te ha ocurrido esa idea.

Él sonrió con agrado al recordarlo.

—Ha sido pura inspiración, algo que me vino en ese mismo instante —dijo—. Vi el paquete de cigarrillos sobre la mesa, vi que todos los demás estaban fumando y en mi interior supe, con absoluta certeza, que yo debía fumar también. Creo que ayudó a realzar mi actuación.

Se quedó dormido casi en el mismo segundo en que apagó la luz. Una hora

más tarde volvió a despertarse, con la boca reseca y un profundo desasosiego. Le había venido a la mente, de forma tan vívida como si estuviera ocurriendo en ese mismo instante, el momento en que había dicho: «Eso es absolutamente fascinante, Norman». Acababa de darse cuenta de que se suponía que esa intervención del moderador debía marcar el final del programa. ¿De verdad había hecho eso? ¡Qué horror! ¡Qué espantosamente horrible!

Se sentó en la cama y bebió un poco de agua. De todas formas, aquello no había sido más que un pequeño desliz en una actuación que, por lo demás, había resultado impecable... Entonces le vino a la memoria, con absoluta claridad y profunda angustia, el momento en que Westerman le había dirigido la pregunta sobre la guía moral de la prensa y cómo, en vez de responder enseguida, se le había ocurrido inclinarse hacia delante y apagar juiciosamente el cigarrillo en el cenicero. ¡Pero si apenas se había fumado una cuarta parte! Volvió a tumbarse en la cama con un movimiento lento y apesadumbrado.

De todas formas, tras apagar el cigarrillo había dado una respuesta acertada y pertinente... ¡No, nada de eso! ¡Había cogido otro cigarrillo! En completo silencio, a la vista de toda la población del Reino Unido, ¡había apagado un cigarrillo del que solo había fumado una cuarta parte para encenderse uno nuevo!

Se giró hacia la derecha, luego hacia la izquierda, atormentado por la vergüenza que le producía aquel recuerdo. Qué extraño; durante el programa, todo lo que hacía le había parecido lógico y lleno de sentido, pero, ahora que miraba hacia atrás, todas aquellas supuestas conexiones lógicas se habían desvanecido, como una escritura secreta que desaparece cuando se apaga esa lámpara especial que sirve para revelarla.

¿Y qué decir de cuando había interrumpido a lord Boddy y luego, en el momento de hablar, se había dado cuenta de que lo único que quería decir era que aquello le resultaba interesante? *Extraordinariamente interesante...* ¿De verdad había dicho eso? ¿Él? ¿El ocupante de ese cuerpo tenso que ahora yacía, en privado y oculto a la vista, en la oscuridad del dormitorio de una ruinosa casa en Spadina Road, en el distrito postal 23? ¿Era ese mismo

caballero de aspecto ligeramente achacoso que tanto gesticulaba con los brazos y que (¡Ay, Dios!) le había dicho a lord Boddy que su punto de vista era absolutamente fascinante y que (¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!) encendía otro cigarrillo propiedad de la cadena televisiva —con el mechero de plata que también pertenecía a la misma compañía— cada vez que veía que la cámara miraba en su dirección con la luz roja encendida? ¿Era aquel individuo, tan eufórico y bochornoso, idéntico al mortal angustiado que ahora estaba acostado en aquella cama, en la oscuridad, tan tenso como una cuerda de piano?

—Jannie —gimió—. ¿Estás despierta?

No hubo respuesta. Dyson se giró hacia la derecha. Volvió a girarse hacia la izquierda. Enterró la cara en las sábanas. De todas formas, Westerman, Boddy, Williamson y la señorita Drax habían estado sentados a su alrededor, conversando con él. Repasó toda su actuación, segundo a segundo; desde que Westerman lo había presentado y él había saludado a la cámara hasta que el mismo Westerman había leído el resumen final y él le había dicho que aquello era absolutamente fascinante. Lo repasó todo una y otra vez, intentando introducir pequeñas mejoras en la memoria ante la evidencia de que los otros cuatro iban recibiendo sus intervenciones con creciente hostilidad. Cuando se hizo de día, estaba convencido de que había permanecido despierto toda la noche, aunque, para entonces, le parecía recordar con absoluta claridad que toda aquella actuación había tenido lugar no en un estudio de televisión, sino en un enorme urinario público; que sir William y su esposa, lady Paice, formaban parte de la multitud sentada alrededor de aquella mesa baja, y que, para su humillación definitiva, al final del programa se había dado cuenta de que durante todo ese tiempo había estado sentado en uno de los váteres, con los pantalones bajados hasta las rodillas.

En la ventana de la oficina, las gotas de lluvia temblaban, se fundían unas con otras y resbalaban hacia abajo por el cristal, dejando estelas que contrastaban, como si de rastros plateados de caracoles se tratara, contra la luminosidad del cielo. Dyson las contemplaba con aire ausente, mientras se iba mordiendo, según un estricto orden, cada una de las bien cortadas uñas de la mano derecha. Bob estaba sentado, chupando sus *toffees* y observando a Dyson. El viejo Eddy Moulton, que estaba despierto y de un humor inusitadamente comunicativo, iba mirando de forma alternativa a Dyson y a Bob a medida que hablaba.

—Yo conocía a Stanford Roberts —decía—. Bueno, en realidad los conocía a casi todos. Walter Belling, Stanley Furle, sir Redvers Tilley... Cualquiera al que se os ocurra nombrar. Los conocía a todos. Stanley Furle llevaba un bastón con una empuñadura de oro macizo; no iba a ninguna parte sin él. La empuñadura podía desenroscarse y el interior del bastón estaba hueco. Stanley solía llevarlo lleno de whisky: nada menos que tres pies de Johnnie Walker. Una noche estaba en el viejo *ring* de Blackfriars viendo combates de boxeo. Al final de cada asalto, sacaba la empuñadura y levantaba la caña. Estaba con un hombre llamado Naylor; no Freddie Naylor, el del *Mail*, sino Allington Naylor, el que después trabajaría para A. W. Simpson en el *Morning Post*. A. W. Simpson era uno de los grandes. También Allington Naylor. Y también Stanford Roberts, de hecho. Periodistas de verdad. Profesionales de verdad. Stanford podía redactarte un párrafo impecable sobre cualquier tema que se te ocurriera en menos que canta un gallo. Te

podría hacer uno sobre la mina de su lápiz, si se lo pidieras, o escribirte media columna, lo que necesitaras. Y todo lleno de ingenio y erudición.

Dyson seguía contemplando las gotas de lluvia sin decir nada.

—En serio, John —dijo Bob—, estuviste muy bien. No sé de qué te preocupas.

Dyson no dio muestras de haberle oído.

—En fin —continuó el viejo Eddy Moulton—, que cuando Stanley Furle salió del *ring* al final de la velada, se cayó por las escaleras ¡y se dejó el ojo morado con la empuñadura de su bastón! Yo estaba en el *pub* Kings and Keys la noche en que J. D. Maconochie le contó a Bentham Miller que esa historia de O. M. Pargetter, la del terror tibetano, era un bulo. ¡Lo más cerca que Oswald estuvo del Tíbet fue cuando caminó hasta el final del embarcadero de Folkestone! Y yo estaba en el *pub* Feathers la noche en que Sandy MacAllister le dio a Laurence Uden un puñetazo en la nariz por decir que Stanford Roberts había ido borracho al funeral del viejo Sidney Cunningham.

—Vamos, John —dijo Bob—. ¡Anímate!

—De hecho —seguía el viejo Eddy Moulton—, Stanford sí que estaba borracho en el funeral de Sidney Cunningham. Después me encontré con R. D. Case (en esa época él trabajaba en la *Westminster Gazette*) y me confirmó que Stanford estaba tan bebido que estuvo a punto de caerse dentro del hoyo. Al parecer, lo agarró a tiempo George Watson-Forbes, el que después escribiría una excelente serie de artículos en el *Daily News* sobre el tema de la autonomía política de Irlanda respecto al Reino Unido.

Dyson se desperezó y suspiró.

—¿Tendría alguien la amabilidad de llamar a Morley, Bob —preguntó, abriendo la boca apenas lo suficiente para dejar que las palabras salieran de ella—, y averiguar dónde está su texto? Me siento incapaz de hablar con él hoy.

—Vamos, John, no seas tonto —dijo Bob—. Tanto Jannie como yo pensamos que estuviste estupendo.

—El último trabajo que cubrí con Sidney Cunningham —proseguía el viejo Eddy Moulton— fue la explosión de una tubería de gas que mató a trece

personas, en Newark. Viajé en tren desde la estación de King's Cross con Sidney, Daryl Bligh del *Graphic*, K. B. D. Clarke del *Times*, «Tibby» Tisdale del *News* y Stanford Roberts, claro. Y me parece que también estaba Norton Malley, que por entonces debía de trabajar para el *Morning Post*, aunque después volvería al *Irish Times*. En fin, que al día siguiente de que llegáramos a Newark, Tibby nos dijo que era su cumpleaños, y a Stanford se le ocurrió la idea de reservar un comedor privado en el Ram...

Dyson se giró con brusquedad hacia el viejo Eddy Moulton, que se quedó callado ante la expresión agria que se leía en el rostro de su jefe de sección.

—Nunca fuiste a Newark a cubrir la explosión de una tubería de gas —gruñó, malhumorado—. Te estás confundiendo con una de esas columnas tuyas de «En tiempos de antaño».

El viejo Eddy Moulton lo miró fijamente, con la boca entreabierta.

—Escribiste sobre la explosión de una tubería de gas que ocurrió hace cincuenta años en Newark en tu columna de hace dos semanas —dijo Dyson—. ¿No te acuerdas?

—Pero también fui a Newark cuando pasó lo de la explosión.

—Te estás confundiendo, Eddy.

—Lo que puse en la columna fue la misma historia que yo escribí en su día —insistió con testarudez el viejo Eddy Moulton.

—¡Por el amor de Dios! —explotó Dyson. Se levantó de un salto y salió de la oficina casi a la carrera, dando un portazo a su espalda.

El causante de aquel estallido miró a Bob, que desvió la vista.

—Yo solo intentaba animarlo —dijo el viejo Eddy Moulton.

Casi había parado de llover, pero gruesas gotas de agua chorreaban desde los tejados sobre las aceras de Fleet Street; cayeron sobre Dyson, mojando los cristales de sus gafas e impidiéndole ver por dónde iba. Había decidido mostrarse en público y sumergirse de lleno en la humillación que le aguardaba.

Caminó cohibido y a buen paso en dirección sur, hacia Temple Bar. Miraba de frente a todos los que pasaban en sentido contrario, desafiándolos a que le mostraran una sola señal de lástima y menosprecio. Era difícil saber si lo reconocían o no. Cada vez que se quitaba las gafas para secarlas —pues

se le iban mojando con la lluvia—, notaba que todos se aprovechaban de su falta de visión para mirarlo, sonreírse y señalarlo. Pero en cuanto se volvía a poner la montura, a todos se les borraba de la cara esa sonrisilla nebulosa y desenfocada, y fingían estar concentrados en sus propios asuntos. Varias veces se giró sin previo aviso para comprobar si la gente se volvía a mirarlo por la espalda. No parecía que lo hicieran, pero era difícil saber si no se las habrían arreglado para volver los ojos al frente justo a tiempo. Al pasar por delante de la Sociedad de la Observancia del Día del Señor, sorprendió a una chica alta y de cara rojiza que lo estaba mirando, pero ella desvió la vista tan pronto como sus ojos se encontraron. Dyson volteó la cabeza casi con la misma rapidez, aguijoneado por una oleada de vergüenza. ¡Lo había reconocido, vaya que sí! ¡Por Dios, si aquello era el equivalente a un comentario incisivo! A menos que aquella mujer hubiera pensado que era él quien la estaba observando... Se detuvo, confundido. Estaba frente a la parada de autobús de la Sociedad de la Verdad Protestante y se puso a mirar la lista de rutas, sin verla. De repente se dio cuenta de que todos los que formaban la cola lo estaban contemplando con sincero interés y marcada hostilidad. ¡Así que se trataba de eso! ¡Lo odiaban! Había intentado elevarse por encima de ellos y había vuelto a caer a su nivel. ¡Por eso lo detestaban: primero, por intentarlo, y segundo, —y con doble animadversión— por fallar! Se marchó a toda prisa, con el corazón desbocado dentro del pecho, afectado —y, al mismo tiempo, sintiendo una oscura satisfacción— por aquella revelación. Ya había cruzado a la otra acera y había recorrido la mitad del camino hacia Fleet Street cuando se le ocurrió que quizá lo estuvieran mirando así porque creían que estaba intentando colarse y ponerse a la cabeza de la fila.

Entró en un bar y se tomó un café. Nadie se giró para mirarlo. No cabía duda de que era un fracasado. El fracaso, se le ocurrió, era el equivalente laico del pecado. El hombre laico moderno nacía en un mundo cuyo entramado moral no se componía de leyes y obligaciones, sino de pruebas y comparaciones. No había estándares absolutos externos, así que tenían que generarse desde el interior, de forma relativista. El propio sentimiento de incompetencia solo podía evitarse mediante actos piadosos de éxito

reiterado. Y el fracaso resultaba más aterrador que el pecado. Uno podía arrepentirse y expulsar de sí el pecado mediante un acto de libre albedrío, pero no podía deshacerse del fracaso con la misma facilidad. Todo el mundo podía evitar el pecado, si así lo decidía, pero no todo el mundo podía evitar el fracaso, pues, por cada uno que triunfaba, debía haber otro que fracasaba; no existía alguien mejor si no había alguien peor. Y aquel que era peor tenía su función. «Sin alguien como yo —pensó Dyson—, o, por lo menos, sin la posibilidad de lo que yo soy, Norman Ward Westerman no recibiría admiración, amor ni recompensa alguna.»

—A usted lo he visto yo en alguna parte, ¿verdad, jefe?—comentó un joven de aspecto cansado que llevaba una chaqueta blanca con manchas de café y limpiaba las mesas, sin demasiado interés.

—Es posible —respondió Dyson, ruborizándose al instante, con una mezcla de aprensión y placer.

El joven se sentó con calma en la silla que había frente a la de Dyson y sacó un cigarrillo.

—Sí, a usted lo he visto yo en alguna parte, no hay duda. Pero no aquí.

—No. Es la primera vez que vengo.

—Entonces, ¿dónde lo he visto yo, capitán? ¿En el Oasis?

—No, no lo creo.

—En el club, entonces.

Dyson descubrió que deseaba que aquel joven lo identificara por su aparición en pantalla más de lo que deseaba que no lo hiciera.

—He hecho alguna que otra cosilla en televisión —dejó caer, con una ligera sonrisa que parecía querer quitarle importancia al asunto.

El joven seguía mirándolo fijamente. Se diría que la idea de haber visto a Dyson en la televisión se le antojaba demasiado descabellada como para tomársela en serio.

—No, yo lo he visto en otra parte, capitán.

La ligera sonrisa de Dyson, la que parecía querer quitar importancia al asunto, se desvaneció por completo.

—Sí —respondió, con un tono bastante irritado—. En la *televisión*.

El joven se levantó con parsimonia, recogió la taza de café vacía de Dyson

y se la llevó a la barra. Durante un rato observó a través de la ventana la vista que ofrecía Fleet Street, con mirada triste.

—¿Y en la pista de patinaje sobre hielo de Streatham?—sugirió.

A Dyson le pareció que el hecho de no haber conseguido ni siquiera que lo reconocieran como a un fracasado era mucho peor que el fracaso en sí mismo. Tuvo la sensación de que había fracasado incluso en fracasar.

Cuando Dyson volvió a la oficina, el viejo Eddy Moulton había vuelto a caer en su letargo.

—Gracias a Dios —le musitó a Bob, con intención—. No creo que hubiera podido soportar más de *eso* esta mañana.

Se sentó y se sumergió en el trabajo. En lo más alto de la pila de faenas pendientes que se acumulaban sobre su mesa había una nota escrita por su propia mano, en la que ponía: «Straker sagrd — revis Daw 1° 2 pts cursiler d Pelling». ¿Qué diablos se suponía que quería decir eso? Levantó la vista, con el ceño fruncido, y vio que Bob lo estaba mirando con aprensión.

—Por si te interesa, te diré que he estado paseando por Fleet Street para ver si aún puedo mostrar la cara en público. ¿Ha recibido alguien el texto de Morley?

—Ha prometido que estará aquí mañana —respondió Bob.

—Estoy harto de Morley. No es un verdadero profesional.

—Es un canónigo, John.

—Más bien es un puñetero idiota. No volveré a trabajar con él. Está decidido.

Revolvió con furia el montón de papeles y galeradas de su escritorio hasta que encontró un cuaderno de notas, y escribió: «Morley puñtr idiot. Record n trabaj cn él».

¿Qué estaba haciendo cuando lo había interrumpido Bob? Ah, sí, mirando su nota sobre Straker. ¿«Cursiler d Pelling»? Por el amor de Dios, ¿qué podía significar aquello? Bien, pues no le sobraba el tiempo como para malgastarlo desentrañando las tonterías de Pelling. Arrugó la nota y la arrojó sin mirar hacia la dirección en que debía de estar la papelera. Bob

seguía con la vista clavada en él.

—¿Qué tal si vamos a comer algo, John? —le preguntó con inquietud.

—No me apetece una mierda ir a comer —respondió Dyson. Estaba pensando en la cuadrilla que solía reunirse en el Gates a esas horas. No le importaba ponerse en ridículo ante desconocidos; ahora se daba cuenta. Y probablemente tampoco fuera demasiado malo hacer el ridículo delante de los amigos. Lo vergonzoso era hacerlo ante desconocidos y que los amigos observaran el proceso.

Volvió su atención al objeto más sobresaliente de entre los que había en su escritorio, un mensaje apuntado en un cuaderno de notas que decía: «Morley puñtr idiot. Record n trabaj cn él». ¿Qué clase de estupidez era aquella? Arrancó la página del bloc y la arrojó a la papelerera. Lo siguiente era un memorándum escrito por Bill Waddy, el redactor jefe de la sección de noticias, que decía: «Creo que esto le toca a tu departamento». Detrás de aquel mensaje, sujeta con un clip, había una carta en cuyo encabezamiento se leía: «Agencia de viajes Alfombra Mágica: consultores especializados en organización de viajes de todo tipo».

«Estimado señor —rezaba la misiva—, la compañía Alfombra Mágica se enorgullece de anunciar la inauguración de una ruta recién incorporada a nuestro catálogo, ideal para disfrutar de unas soleadas vacaciones: la Riviera de la Tregua. Las exóticas playas de Omán de la Tregua, bañadas por las cálidas y centelleantes aguas del golfo Pérsico, envueltas en ese romántico ambiente de *Las mil y una noches* que ofrece el Oriente Medio, brindan la oportunidad de una experiencia vacacional única que permite a nuestros viajeros una escapada total de la rutina y el día a día...

»Para celebrar esta extraordinaria y grandiosa novedad en el mundo de las vacaciones británicas, invitamos a la prensa a que se una a nosotros en un viaje especial de ida y vuelta a Sharjah, la perla del golfo Pérsico, el próximo mes de...»

¿A quién le tocaba aprovecharse de este viaje promocional? El mes pasado, Bob había disfrutado de la diversión a cuenta de la Fundación Estatal Búlgara para los Metales No Ferrosos. El propio Dyson se había beneficiado de la inauguración de la nueva línea aérea que Cosmosair había

abierto hasta Saarbrücken. Era el turno de Eddy.

—Eddy —dijo—, ¿te gustaría irte de viaje a Omán de la Tregua? ¿Eddy?

No hubo respuesta. Bueno, si optaba por dormirse cuando se repartían las piruletas, él se lo perdía. No podía esperarse que Dyson actuara como niñera de sus empleados; ya tenía demasiados asuntos de los que ocuparse. De hecho, decidió que él mismo aprovecharía la oferta de la Riviera de la Tregua. Necesitaba desesperadamente unas vacaciones. El viaje a Saarbrücken había sido un desastre; había estado lloviendo sin parar. A decir verdad, más que un descanso había supuesto una molestia añadida. Y ahora estaba enfermo a causa del exceso de trabajo. Enfermo de verdad. Sufría de insomnio e hipertensión. Y encima su *aparición televisiva* —su mente se negaba a pensar en ello con todas las letras— había supuesto la gota que colmaba el vaso. Su salud se deterioraba; notó que estaba al borde del colapso.

—No podría tragarme un almuerzo ni aunque me pagaran —dijo.

—Podríamos ir al Mucky Duck, para variar —sugirió Bob.

Dyson seguía en su asiento, apretando y soltando los puños como un hipertenso. Estaba intentando pensar en un titular con no más de diez caracteres para una columna sobre los peligros que entrañaban las tendencias litúrgicas exageradamente indiferentes de las iglesias ecuménicas.

Hubo un tiempo en que caía dormido en cuanto su cabeza se posaba sobre la almohada, en que siempre estaba sano y tenía buen apetito. Cada día, hacia las doce y media, el estómago empezaba a dolerle, reclamando comida. Ahora también sentía un dolor de estómago que, irónicamente, parecía casi idéntico al que le daba cuando tenía hambre. Pero él sabía que se trataba de algo distinto: era la irritación causada por los nervios. Los tenía a flor de piel. Los ácidos estomacales, al no tener comida que atacar, habían empezado a digerir y ulcerar poco a poco las paredes del estómago.

—Quizá debería intentar comer algo —dijo— para dar a los ácidos del estómago algo con lo que trabajar. —Se levantó de un salto, hecho un manojo de nervios.

—¿Vamos al Mucky Duck, entonces? —preguntó Bob, incorporándose

también.

Dyson negó con la cabeza, impaciente.

—Al Gates, al Gates, al Gates —dijo—. Acabemos con esto de una vez.

Pero ninguno de los que estaban en el Gates había visto el programa.

—No sabía que ibas a salir por la tele, John —exclamó Ralph Absalom—. No sabía que iba a salir. ¿Y tú, Lucy?

—Yo sí lo sabía —señaló Gareth Holmroyd—, pero pensaba que había dicho que iba a ser esta noche.

—Por cierto —preguntó Mike Sparrow—, ¿cómo te fue todo, John?

—Horrible —dijo Dyson.

—Lo hizo muy bien —comentó Bill Waddy, que venía con más bebidas para todos—. Muy pero que muy bien.

—Tú sí lo viste, ¿verdad, Bill? —inquirió Andy Royle.

—No, por desgracia me lo perdí. Me lo ha contado el viejo Harry Stearns.

—John estuvo muy bien —confirmó Bob, que era quien le había dicho eso mismo a Harry Stearns.

—Tú sí lo viste, ¿verdad, Bob? —preguntó Ted Hurwitz.

—Sí. John estuvo muy bien.

—Sí —afirmó Bill Waddy—, el viejo Harry Stearns me ha dicho lo mismo.

—Sí que lo estuvo —señaló Bob—. Muy bien.

—Estuve horrible —dijo Dyson.

—Estuviste muy bien, John —comentó Bill Waddy—. El viejo Harry Stearns me lo ha dicho.

—Bien por ti, John —lo felicitó Pat Selig.

—Bueno, ¿y de qué iba el programa? —preguntó Gareth Holmroyd.

—De los problemas raciales —dijo Dyson.

—Bueno, sea como sea —comentó Gareth Holmroyd—, me alegro de que hicieras un buen trabajo.

Durante buena parte de la tarde estuvo lloviendo de forma intermitente.

Dyson se pasó largo rato mirando por la ventana. Bostezaba, recostado en la silla de oficina, con las manos en la nuca. Estaba de bastante mejor humor. Jannie, Bob, el viejo Harry Stearns, Bill Waddy, Gareth Holmroyd...No era posible que todos estuviesen equivocados. De hecho, si se consideraba el asunto de forma objetiva, lo más probable era que ellos estuviesen en disposición de emitir un juicio mucho más acertado sobre su aparición de lo que lo estaba él mismo. Uno mismo no podía evitar ser demasiado crítico al juzgar su propia actuación. Uno sabía cuánto trabajo y esfuerzo le había supuesto. Uno sabía con exactitud cuándo había habido dificultades y cuándo se habían hecho concesiones detrás de las cámaras. Pero Jannie, Bob, el viejo Harry Stearns, Bill Waddy y Gareth Holmroyd habían visto tan solo lo que les habían mostrado, y eso era, al fin y al cabo, lo único que contaba. Y, por supuesto, él había actuado de forma absolutamente relajada y natural; eso era evidente. Había hablado con total desenvoltura y se había expresado con enorme destreza.

—¿Crees en el éxito y el fracaso, Bob? —preguntó, con un bostezo.

—Supongo —respondió el aludido, sin levantar la vista de su trabajo.

—¿Crees que la competitividad es un aspecto más de la sociedad en la que vivimos? ¿O crees que es algo endémico del hombre?

—No lo sé, John.

Dyson volvió a bostezar.

—Creo que la competitividad es algo que está en mi naturaleza —dijo—. Siento el profundo, el enorme impulso de hacerme notar y labrarme mi camino en el mundo. ¿Tú sientes lo mismo, Bob?

—No.

—Bueno, claro, tú eres escritor. Para ti es distinto. Yo no soy más que un administrador, un organizador. Para mí es natural presionar, actuar de forma más agresiva. Y no pienso disculparme por ello.

Bostezó de nuevo, sin poder evitarlo.

—Por Dios, de verdad que voy a tener que decidirme de una vez a no tomar más cerveza en las comidas —dijo.

Así eran las cosas, pensó; luchabas, forcejeabas. A veces te asaltaban dudas terribles sobre lo que estabas haciendo. Pero intentabas poner al mal tiempo

buena cara y guardarte las dudas para ti mismo. No podías permitirte admitir tu propia debilidad; la competencia era demasiado feroz. Una vez que tropezabas, nadie volvía a tenderte la mano para ayudarte a levantarte. Bien. Le gustaba que las cosas fueran así. Se alegraba de que fueran así.

¿Y qué pasaba si no superabas los estándares requeridos? Que terminabas como el viejo Eddy Moulton, como una cabeza de ganado sacada a pastar, abandonado en algún aburrido departamento en el que nadie se molestaba en hablar contigo; ocupándote de pequeñas tareas sin ningún valor y dormitando durante toda la jornada. Miró al viejo Eddy, con la cabeza inclinada tras una pila de periódicos polvorientos; solo sus alborotados cabellos canosos sobresalían por encima de ellos. ¿Quién recordaba hoy en día —o a quién le importaba siquiera— lo que el viejo Eddy hubiera hecho en sus buenos tiempos? ¿Había llegado a escribir mejores historias que las del gran Stanford Roberts? ¿Era siquiera verdad que Stanford Roberts había sido tan grande? Bueno, se le ocurrió a Dyson de improviso, pues a él sí le importaba. El viejo Eddy significaba algo para él. Esa misma tarde lo llevaría al Gates y hablaría con él de algunas cosas. Le preguntaría por Stanford Roberts, y por Walter Cunningham y Sidney Naylor. Y lo escucharía con atención mientras el viejo Eddy desenterraba su vida entera de entre las arenas del tiempo y la reconstruía ante sus ojos.

Aunque había algo en el aspecto de Eddy que, desde hacía unos minutos, lo inquietaba de forma inconsciente. Ahora, de repente, comprendió de qué se trataba.

—¡Eddy! —exclamó con brusquedad. Se inclinó hacia delante con tanto ímpetu que las patas delanteras de su silla golpearon el suelo con fuerza. Bob levantó la vista, sobresaltado.

—¡Eddy! —repitió Dyson. Se incorporó, enredándose en sus propios pies, y se dirigió a toda prisa hacia el escritorio de su viejo empleado—. ¡¡Eddy!!

Dudó un momento. Temía estar cometiendo un embarazoso error. Al final se decidió y tocó la mano arrugada y pálida de Eddy, que descansaba sobre su mesa.

—¡Que venga alguien, Bob! —exclamó—. Creo que Eddy no se encuentra bien.

Por el miedo que traslucía su voz, Bob comprendió que lo que Dyson quería decir era que creía que Eddy estaba muerto.

Después de que retiraran el cadáver, el teléfono no dejó de sonar durante toda la tarde. Dyson y Bob trabajaban a la carrera, intentando responder y, al mismo tiempo, acabar la edición, que tendrían que mandar a las rotativas ya entrada la noche.

—He oído que anoche saliste por la tele —decían las voces del auricular, con tono jovial—. Me han dicho que estuviste muy bien.

—Eres muy amable —respondía Dyson, avergonzado y sin saber muy bien qué hacer, aparte de dar la espalda a Bob y al escritorio vacío del pobre Eddy—. Me alegro de que a tu mujer le gustara... Sí, fue divertido hacerlo... Pues creo que salió bastante bien, aunque, claro, uno nunca está seguro del todo con estas cosas...

Los eventos se devoraban entre sí, pensó Dyson; las situaciones de la vida se atropellaban unas a otras. Eliminó cinco líneas de la prueba de «El día a día del campo» y luego volvió a añadirlas, al darse cuenta de que había leído mal la plantilla. Temblaba de la cabeza a los pies. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Eddy había muerto hasta que él se había dado cuenta? El teléfono volvió a sonar...

—Hola, David... Sí, quería comentarte algo sobre lo que has redactado para el «Campo». Aquí pone: «Contemple a una pareja de jilgueros dorados...». ¿Qué? Ah, eres muy amable... Bueno, pues creo que la cosa no fue demasiado mal...

Después fueron al Gates a tomarse un whisky. Era tarde. Los dos estaban agotados y muy afectados. Dyson pensó que debía decir algo. ¿Pero qué? Se sentaron en un reservado, con la mirada fija en el vaso, intentando averiguar qué era lo que se suponía que debía decirse en aquella situación. La cabeza de Dyson daba vueltas al asunto sin descanso: «Se me hace extraño pensar que esta misma mañana el pobre Eddy ha mencionado el funeral de Stanley Cunningham...»; «Se me hace extraño pensar que esta misma mañana estábamos intentando convencer al pobre Eddy de que se

fuese de viaje al golfo Pérsico...»; «Se me hace extraño pensar que esta misma tarde se me había ocurrido traer al pobre Eddy al Gates y preguntarle sobre su vida...». Pero, en realidad, lo más extraño de todo era que, hasta hacía unas pocas horas, Eddy había estado allí, y ahora ya no estaba. Eso, pensó Dyson, era, realmente, lo más extraño de la muerte; eso era lo que más le costaba aceptar.

Levantó la vista y se encontró con la mirada de Bob.

—Dios ataca de nuevo —dijo este, pensativo.

Tessa se bajó del tren en la estación de Paddington. Para entonces ya era dolorosamente consciente de las implicaciones eróticas que traía consigo la gran ciudad. Entre Newbury y Reading, un individuo de mediana edad había apretado la rodilla contra la suya, y ella se había tenido que cambiar de compartimento, intentando aparentar que no pasaba nada, como si estuviera acostumbrada a bajar la maleta del portaequipajes entre estación y estación para seguir recorriendo el tren en plena marcha. Una vez en el pasillo, había pasado frente a vagones en los que grupos de hombres jóvenes jugaban a las cartas; al notar el movimiento, ellos levantaban la vista y evaluaban la cara y el cuerpo de la viajera sin demasiado interés. Al fin encontró un asiento libre en un compartimento junto a otras tres mujeres que también viajaban solas a Londres; todas llevaban maletines, vestían trajes elegantes y estaban cuidadosamente maquilladas. El tren avanzaba a toda velocidad por las tierras llanas del valle del Támesis, con decidida impaciencia. Tessa tuvo la impresión de que, al igual que ella, todos los que iban a bordo se dirigían a la gran ciudad para tener algún tipo de encuentro sexual.

En Paddington cambió de tren. Todas las veces en que había venido a la capital con anterioridad —acompañada de su madre o para quedarse en casa de algún familiar o alguna amiga del colegio—, había sentido un nerviosismo inocente al imaginar que la esperaban los grandes almacenes y sus restaurantes; que comería en Marshall and Snelgroves o tomaría el té en Fortnum and Mason. Ahora la inocencia de la ciudad se había desvanecido; estaba atestada de urbanitas, gente de mundo dedicada a asuntos

sofisticados. Eran las cuatro y media. Hombres de apariencia autosuficiente, ataviados con abrigos oscuros de buen corte, atravesaban la explanada a grandes zancadas; tenían el aspecto de quien va a pasar la tarde en un pequeño hotel de Bayswater en compañía de la esposa de otro. Muchachas de cara pálida y ojos maquillados de negro caminaban apresuradamente hacia Praed Street, como si tuvieran prisa por llegar a su cita en una sórdida clínica abortiva situada tras Edgware Road. Los taxistas que esperaban en la cola la llegada del próximo cliente consultaban los resultados de las carreras en los periódicos vespertinos, doblados en cuatro; tenían el aspecto cómplice de quien está dispuesto a sugerir a cualquier pasajero sospechoso la dirección de un bar o de una prostituta.

Tessa no se subió a un taxi. La habían educado para ser ahorrativa y cuidadosa. Nunca usaba taxis si podía recorrer el trayecto a pie. Nunca tiraba la ropa usada si tenía un agujero que podía zurcirse o si la prenda podía apañarse con un arreglo para dar la impresión de que estaba a la última moda. Antes de ir a Londres a encontrarse con su amante, había sacado de su cuenta quince libras; había pensado en una historia convincente de cara a sus padres; había elegido un buen libro para leer en el tren —la *Trilogía USA* de John Dos Passos; había llegado a leer cuatro páginas y media antes de que la rodilla de su vecino de viaje la interrumpiera— y había mirado la dirección de su amante en el callejero.

Salió de la estación caminando con brío y se dirigió hacia Bayswater. Cada cien yardas más o menos se detenía para dejar en el suelo su maleta azul oscura de marca Revelation —sus padres se la habían regalado por Navidad— y cambiarla de mano. No quería pararse durante demasiado tiempo para descansar el brazo. Tenía miedo de que uno de esos individuos que frecuentaban las estaciones de Londres a la espera de chicas de provincia recién llegadas a la capital se le acercara y se ofreciera a llevarle la maleta. No es que Tessa pensase acceder, claro está, pero le habría resultado complicado negarse con educación.

Se detestaba por el hecho de que Londres la impresionase y asustase tanto, pero eso no impedía que siguiese sintiéndose impresionada y asustada. Esas casas estucadas que se extendían en largas hileras, adosadas unas a otras,

¡parecían tan autosuficientes, tan inalcanzables, tan urbanas...! El tráfico también tenía algo como «muy londinense». Los vehículos fluían sin descanso, sin prestarles la menor atención ni a ella ni a su maleta. Fords Cortina, Minis, furgonetas Volkswagen, Rovers..., todos tenían un aspecto extraño en medio de aquellas calles grises, mientras circulaban con una inescrutable seguridad, conociendo su dirección y su destino. Incluso la luz grisácea y un poco neblinosa de la tarde parecía tener algo de impersonal e inequívocamente metropolitano. Y lo más metropolitano, lo que más la impresionaba y la asustaba de todo, era que allí, en Londres, vivía Bob. Al pensar en él, en su sonrisa impredecible y enigmática, sintió la boca reseca y el estómago revuelto por los nervios y la impaciencia.

Pasó junto a mujeres de pelo rubio que llevaban gorros de esquí y paseaban a sus perros. Y junto a chicas jóvenes de piel olivácea que llevaban gabardinas con cinturón y portafolios o fundas de violín. Sabía que todas eran más atractivas que ella. A cada instante veía pasar figuras delgadas y menudas, rodillas ligeras, pantorrillas tostadas y esbeltas, cabellos frondosos y exuberantes. Se sentía incómoda; no encajaba en aquel lugar. Su gabardina no tenía cinturón, su falda era demasiado larga, los cabellos castaños le caían por la espalda y llevaba un pañuelo azul atado a la cabeza; se lo había puesto para que el pelo no se le manchara en el tren. ¡El suyo era un caso sin remedio! Se sentía como una pueblerina. Por supuesto, podría cortarse el pelo y comprarse ropa nueva. Pero tenía la complexión equivocada. Era alta, de huesos grandes, de piernas gruesas y fuertes, y grandes senos que rebotaban cuando caminaba. No sabía qué hacer con ellos. Si intentaba comprimirlos hacia arriba, la parte superior sobresalía como un estante, y le dolían. Si intentaba comprimirlos hacia abajo para parecerse más a un chico, el resultado era que seguían sobresaliendo, solo que un poco más abajo, y le dolían. Y su complexión inadecuada no era más que un mero síntoma. Era inadecuada como persona; ahí estaba el verdadero problema. Era torpe, ingenua, demasiado ahorrativa, poco leída y, además, cursi. Tenía una cara grande y cuadrada, una gran mandíbula y unas mejillas siempre rojas. No tenía derecho a alguien como Bob. No tenía derecho a nadie; no en un mundo como aquel, lleno de criaturas delgadas y menudas, de huesos

delicados y rostros delgados y juveniles. Ella no se parecía en nada a una chica, en ninguno de los aspectos que podían verse en las revistas de moda. No era más que un joven ejemplar del sexo femenino, adecuada para ser tan solo la prima o la tía de alguien.

Tardó mucho más de lo que había previsto en llegar a Leominster Gardens, donde vivía Bob. Las calles, que vistas en el mapa parecían cortas, se hacían interminables cuando había que recorrerlas cargando con una maleta. Se perdió; habían construido apartamentos nuevos que no aparecían en su callejero y que la obligaron a cambiar su recorrido, y era difícil encontrar a alguien que hubiera oído hablar de Leominster Gardens y pudiera guiarla. La luz se volvía cada vez más gris, más neblinosa. Las tiendecitas de barrio empezaban a cerrar.

Cuando por fin encontró la calle, se le antojó curiosamente familiar. Bob nunca se la había descrito, pero se notaba a primera vista que resultaba apropiada para él. Esas casas estucadas de color crema, los porches con pilares imponentes, los peldaños de baldosas blancas y negras... Se sentía como si ya hubiera visto todo aquello antes, en un sueño. A través de la ventana del piso bajo de una de las casas vio una estancia empapelada de libros polvorientos. De espaldas a ella había un hombre inclinado sobre una gran mesa cubierta de papeles; su cabello plateado recogía la luz de una lámpara que colgaba del techo. Supo que, si aquel hombre se giraba hacia ella, su rostro le resultaría conocido. A través de otras ventanas pudo ver mesas con servilletas de papel dobladas y vinagreras plateadas. Eran pequeños hoteles particulares. Sabía exactamente cómo olían aquellos comedores, y el aspecto que tendrían a las siete de la tarde, cuando se encendieran las tenues luces de aquellas lámparas de pantallas marrones y unos ancianos grandes y desgarbados se dirigieran renqueando hacia las mesas, apoyados en sus bastones.

Cuando estuvo ya más cerca del número 86, sintió que la boca volvía a secársele y que el corazón empezaba a latirle de forma dolorosa. Se detuvo y dejó la maleta en el suelo durante un momento, intentando recomponerse; un temblor incontrolable se había adueñado de sus manos, agotadas tras haber cargado con tanto peso durante tanto tiempo. En realidad, todo

aquello era una estupidez. Había sido una tontería venir si al final iba a aparecer ante él tan temblorosa, con un aspecto tan desamparado. Además, lo más probable era que Bob no hubiera vuelto a casa aún. Su plan era localizar su edificio y, después, ir a algún sitio a tomar un té mientras esperaba a que él regresara.

Se recolocó unos mechones rebeldes que se le habían escapado del pañuelo, recogió la maleta y subió los peldaños que conducían al porche. «Apartamento 4», leyó en la placa, «R. Bell». ¡Era su nombre! Por alguna razón, verlo ahí escrito la conmocionó. Las mejillas le ardían; sabía que las tendría rojas como la grana. Los botones del timbre que normalmente había junto a los nombres de los inquilinos estaban vacíos, así que empujó la puerta, y esta se abrió. Dentro había un pasillo con una lúgubre moqueta bermellón y una enorme mesa de comedor de madera contrachapada, cubierta de viejos panfletos electorales, cupones de descuento para jabón y folletos de empresas especializadas en la compra de joyas de segunda mano. Tessa se dirigió de puntillas hacia las escaleras; se preguntaba qué explicación podría dar si se topaba con alguien. Uno de los escalones crujió bruscamente bajo su pie. Oyó cómo, a su espalda, se abría la puerta de uno de los apartamentos del bajo. Cuando llegó al recodo de la escalera, alcanzó a ver, a través de la rendija que se había abierto, un ojo y una maraña de pelo gris.

En el descansillo del primer piso no había ventanas, y resultaba difícil identificar los números de las puertas en la oscuridad. Avanzó muy despacio de una a otra, agarrando con fuerza la maleta, y acercó los ojos tanto como pudo a cada uno de los dos timbres. Su mente albergaba un cúmulo de incertidumbres absurdas. ¿Había echado al buzón la carta en la que avisaba a Bob de su llegada? ¿Le había puesto sello? Mientras aún dudaba, oyó un golpe sordo al otro lado de la puerta, un sonido metálico como el que haría una sartén que alguien colocara sobre el hornillo de una cocina, y, luego, el de la llave del gas que se abría. ¡Era él! ¡Estaba en casa! Llamó de inmediato al timbre, sin saber muy bien cómo sentirse. Hubo un momento de silencio; después se oyeron unos pasos rápidos y ligeros que se dirigían hacia la puerta. ¡Venía corriendo! «¡Ay, Bob! —pensó—. ¡Ay, Bob!»

La puerta se abrió.

—¡Ay, Bob! —exclamó, desolada.

—Pero entra, querida —dijo la mujer vivaz y menuda que había aparecido en el umbral, entornando sus ojos perspicaces para protegerlos del humo de tabaco que había exhalado al hablar—, me pillas preparándole la cena a este buen hombre. Podemos tener una pequeña charla íntima mientras lo esperamos.

—Quita esas sábanas de la silla y siéntate, querida —la invitó la señora Mounce. Estaba pelando patatas en el fregadero.

—Estoy bien así, gracias —respondió Tessa con las manos a la espalda, mientras fingía examinar las fotos que Bob tenía en el apartamento.

—Puede que no vuelva antes de las once, cielito. Vamos, siéntate. Estaba aireándole las sábanas, querida, ya lo ves. Nunca las airea como es debido; menos mal que yo me encargo de hacerlo de vez en cuando. Venga, sírvete una copa, cariño. Pareces hecha polvo. ¿Sabes dónde guarda la botella? Está ahí arriba, en la estantería.

—No, gracias.

—Entonces haré té para las dos.

Pobre chiquilla, pensó la señora Mounce; sí que parecía hecha polvo. Después de entrar en el apartamento, por un instante la cara se le había agarrotado, como si intentara contenerse para no echarse a llorar. Bob era un canalla. Al menos podría haber estado en casa para recibirla.

—Podría haber estado aquí —dijo—. Tampoco se habría muerto por estar aquí por una vez.

—Supongo que estará ocupado.

—Supongo que estará empinando el codo.

Tessa la miró con reprobación.

—¿Usted cocina y limpia para el señor Bell? —preguntó.

—Así es, querida —respondió la señora Mounce. Movié la cabeza hacia arriba y hacia los lados, de modo que el humo que le salía de la comisura de la boca no le diera en los ojos—. No soy más que una humilde sirvienta.

Hago las comiditas, saco al gato, ordeno los cachivaches del escritorio del buen hombre... todo con la esperanza de que mi amo me dirija una palabra amable de vez en cuando. Así soy yo, cariño.

Y cuando él llegaba a casa a las once de la noche, apestando a cerveza y a *curry*, tenía que intentar mantenerse fuera del alcance de las manos del señorito. Sí, ya sabía lo que a él se le pasaba entonces por la cabeza. Tenía que tener mucho cuidado para no decir ni hacer nada que él pudiera malinterpretar. Y ahora se suponía que ella tenía que entretener a sus amiguitas hasta la hora en que a él se le antojase recordar que lo estaban esperando en casa. Bueno, en cualquier caso, sabía quién era esta amiguita en particular: la famosa Tessa que le escribía cartas de doce páginas que él se dejaba abiertas encima del escritorio. Esta era la famosa amiguita que iba por ahí llevando las cartas de Bob debajo de la blusa. La verdad era que daba la impresión de que aquella chiquilla llevara embutido bastante más de un fardo de doce páginas bajo el jersey. O eso, o es que se había puesto dos jerséis, uno encima del otro. Aunque la gente hablara de las muchachas de hoy en día como si todas fuesen modelos de Dior, lo cierto era que todas tenían su acné y su regordeta cara de bebé, como siempre había sido y siempre iba a ser. Pobre chiquilla, daba tanta pena verla sentada así, al borde de la silla, rígida y erguida, como la reina de una tragedia antigua, pensando «¡Ay de mí! Mi adorado Bob ha caído en las garras de esta calculadora mujer». Bueno, pues resultaba que arreglarle la habitación y hacer que se sintiera cómodo en casa era una forma mucho mejor de conseguir lo que ambas perseguían; mucho mejor que escribirle cartas de doce páginas, como la querida Tessa llegaría a comprender algún día.

—El agua casi está hirviendo —señaló—. Por cierto, sé lo que estás pensando. Y no, no estamos liados.

Tessa enrojeció por completo, desde el cuello hasta las sienes.

—No estaba... —balbuceó—. Yo no...

—No soy más que un hada buena, cariño. Eso es todo. Vivo en el piso de abajo, ¿sabes? Solo me paso por aquí de vez en cuando para ver si Bob está bien.

—Pues... claro..., es usted muy amable.

—Solo lo estoy cuidando para ti, querida.

—Gracias.

Pobre chiquilla. Sí que estaba fuera de su terreno.

—¿Has podido comer algo por el camino?

—He tomado un bocadillo cuando el tren ha parado en Taunton.

—¡Pero querida! ¡Si debes de estar muerta de hambre! Voy a sacar de la nevera los restos de la tarta que le hice a Bob para su cumpleaños. Aunque te confieso que yo misma apenas como nada; solo un pequeño bocado en la comida. Tengo que pensar en mi figura.

—Tiene usted un tipo precioso... —dijo Tessa, con educación.

—¿De verdad lo crees? —La señora Mounce se giró sobre los talones y adoptó la clásica pose de modelo, sacando la cadera izquierda hacia fuera y extendiendo la mano del cigarrillo. La gente siempre le decía que con aquella figura podría haber sido una profesional de la pasarela; incluso bailarina, si hubiera asistido a clases de danza.

—Parece usted una modelo —comentó Tessa—. ¿Lo es?

—Podría haberlo sido. Pero ya sabes cómo funcionan estas cosas. Aunque tengo que mantenerme delgada para mi maridito, claro. Se enfadaría mucho si empezara a ganar peso. Una vez engordé cinco libras durante unas vacaciones en Torremolinos y no dejó de darme la tabarra con eso durante un buen tiempo. Que si estaba segura de no haberme quedado embarazada y cosas así... Ya sabes.

—Pues ya me gustaría a mí tener esa figura que usted tiene.

—Resultas absolutamente encantadora tal y como eres, cariño.

De hecho, pensó la señora Mounce, la chiquilla no tenía tan mal aspecto. Con una dieta a base de café y zumo de naranja y una buena faja, probablemente quedaría bastante presentable.

—¿Vas a la universidad, querida? —preguntó.

—Estoy en un colegio privado para señoritas, en Bath.

—¡Vaya, cariño! Suena como algo para chicas muy inteligentes.

—Bueno, en realidad no lo es.

—¿Estudias economía y ese tipo de cosas?

—Algo parecido. Tenemos Historia de las Ideas.

—¡Qué maravilla!

—Y una asignatura llamada Literatura Universal. El pasado trimestre estudiamos la de Rusia. Ahora tocan las de la India, China y Japón.

—¡Qué estupendo, querida!

—No sé... En realidad, parece que nunca abarcamos lo suficiente...

—Lo sé, cariño. Una vez que una empieza a empollar, parece que hay tanto que aprender que es imposible acabar nunca... En realidad, eso es lo que me empujó a dejar los estudios. ¿Y estudiáis cosas más normales, como Ciencias Domésticas?

—Bueno, tenemos Nutrición y otras asignaturas así, como Comprensión de la Cultura Contemporánea o Formación para Situaciones Sociales.

—Fantástico.

—Todas pensamos que resulta de lo más tedioso. Y es que muchos de los profesores son aburridísimos.

La señora Mounce estaba terminando de preparar el té.

—¡Oh, tendría que estar ayudándola! —dijo Tessa—. ¡Qué desconsiderada soy!

—No pasa nada, cariño. ¿Por qué no haces la cama? Así podrás tumbarte un rato y descansar los pies mientras hablamos. Pero remete bien las sábanas, cielo. Asegúrate de que las esquinas están dobladas igual que en los hospitales, si no, uno de los dos podría caerse al suelo en mitad de la noche.

Tessa volvió a enrojecer. La señora Mounce la observaba con discreta curiosidad. Ella nunca había sabido ruborizarse tanto ni tan bien. Se veía que las jovencitas de ahora no eran tan fuertes como las de antes; al contrario, eran más sensibleras. Bueno, aquella chiquilla ya aprendería, y tanto que sí. Solo necesitaba que alguien se interesara por ella, alguien capaz de sacarla del cascarón y enseñarle el mundo que había ahí fuera.

La señora Mounce sacudió los pies para quitarse los mocasines bordados con abalorios, y se sentó en el sillón hecha un ovillo, con la taza de té en la mano. Luego empezó a contarle cosas a Tessa: sobre su maridito y su trabajo en el periódico, sobre Dotty y los esfuerzos que estaban haciendo para remodelar la casa, sobre sus amigos... Al principio, su oyente estaba sentada al borde de la cama; tenía las rodillas juntas, los pies cruzados, las

piernas echadas ligeramente hacia un lado, la espalda recta y la taza y el platillo a la altura del pecho, como había aprendido en su Formación para Situaciones Sociales. Para cuando se sirvieron la segunda taza de té, la señora Mounce había pasado a describir la relación que ella y su marido tenían con su director bancario, y Tessa se había quitado los zapatos y, tras subir las piernas a la cama, se había sentado sobre ellas, en actitud más amigable. Para la tercera taza de té ya se había tumbado sobre el colchón, había dejado el platillo y la infusión sobre el estómago y movía los pies en el aire, oteando con un solo ojo, justo por encima de los dedos enfundados en las medias, los distintos objetos repartidos por la habitación.

—¡Qué espanto! —murmuraba de vez en cuando, cada vez que su interlocutora le refería una nueva desgracia, un nuevo malentendido—. ¡Qué cosa tan espantosa!

—Y ahí estaba yo —seguía contando la señora Mounce; la humareda azulada de su cigarrillo se iba haciendo más y más densa a medida que el sol se iba poniendo—, en serio, cariño, totalmente en cueros, y ese lunático seguía aporreando la puerta y gritando que iba a despertar a gritos a todo el hotel si no le abría...

»En fin, que le dije a Dotty: “Dotty, cielo, ese terrible sentimiento de posesión que tienes para con la casa es algo enfermizo, un verdadero problema psicológico”. O sea, tenía que ser franca con ella: “Dotty, preciosa, ese es justo el tipo de síntoma por el que encierran a la gente en un sanatorio mental...”.

»Pues estuve en clínicas, visité a especialistas, me manosearon, me escudriñaron, me pincharon, me obligaron a pasar por rayos X, me hicieron todo tipo de cosas; no se dejaron ni una prueba sin hacer. Y, al final, todos me dijeron lo mismo: “Señora Mounce, no tiene usted ningún problema; ninguno en absoluto”. Pero, cariño, yo sabía que sí había *algo*... ¿Entiendes a lo que me refiero?»

A las ocho y media una llave giró en la cerradura y Bob hizo su aparición. Tessa había encendido la lamparita de la mesilla de noche; por lo demás, el

apartamento estaba a oscuras. Bob se quedó un momento en la puerta, estirando el cuello hacia delante mientras intentaba hacerse una idea de cuál era la situación.

—Lástima que te hayas tomado la molestia de venir a casa, cariño —le dijo la señora Mounce—. Por aquí estábamos teniendo una charla muy íntima.

—Ah, eres tú... —respondió Bob. Se acercó a la cama haciendo pantalla con la mano para protegerse los ojos de la luz de la lamparita. En su vano intento de ver algo, tuvo que acercarse tanto que resultó hasta cómico. Tessa pudo notar que su aliento olía a whisky.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Soy yo, Bob —dijo Tessa con un hilo de voz.

—¡Ay, Dios! —exclamó él—. ¡Tessa! Pero ¿qué haces aquí?

—¿No recibiste mi carta?

—¿Tu carta? ¡Ah, sí! Sí, claro que la recibí.

—¿Ves? ¡Ya te lo había dicho yo! —intervino la señora Mounce—. Se le había olvidado por completo.

—No, es que me ha surgido algo en la oficina y he tenido que quedarme.

—Eres un canalla, cariño —dijo la señora Mounce—. De verdad que sí. Si yo no le hubiera abierto la puerta, la pobre habría tenido que esperar tres horas sentada en el vestíbulo.

—Lo siento, es que me ha surgido algo en la oficina...

Se inclinó para darle un beso a Tessa, que estaba medio incorporada en la cama, sin saber muy bien cómo reaccionar.

—De cualquier manera —dijo Bob—, es maravilloso que estés aquí.

Ella lo abrazó con fuerza.

—Has estado bebiendo —observó.

—De camino a casa tuve que tomar una copa rápida con John Dyson —explicó él—. Me ha sido imposible zafarme.

Tras decir eso, se incorporó. A Tessa le habría gustado esconder la cabeza bajo las sábanas y echarse a llorar.

—Bien, bien —dijo él—. Entonces, ¿dónde te hospedas?

—¡Bob! —exclamó la señora Mounce—. ¡Serás sinvergüenza!

—No, yo solo... Es que en este momento se me ha ido de la cabeza...

—¿Se queda aquí contigo, por el amor del cielo! ¿Dónde creías que iba a hospedarse?

—Bueno, no hace falta ponerse así. Eso es todo lo que quería saber...

—Mejor me voy a buscar un hotel —dijo Tessa.

—Eres un verdadero canalla, ¿sabes, cariño?

—Mirad, Tessa puede quedarse aquí perfectamente... Es que no sabía qué planes tenía...

La señora Mounce saltó del sillón y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Bueno —dijo—, pues yo os dejo solos. Hay cena para dos en el horno. Tessa, cielo, sé firme y déjale las cosas bien claras a este canalla. Y si ves que te deprimes, aunque solo sea un poquito, vente al piso de abajo y charlamos.

Cuando la señora Mounce se marchó, Tessa se quedó callada. No se le ocurría nada que decir. Estaba sentada al borde la cama, con la vista fija en el regazo, y notó que las lágrimas le resbalaban de los ojos. Le corrieron por las mejillas y cayeron sobre sus manos, salpicándolas como grandes gotas de lluvia estival.

—Oh, Tess. —Bob se sentó en la cama y le pasó el brazo alrededor de los hombros—. No llores. Siento muchísimo que todo se haya fastidiado así. Seguro que leí mal tu carta.

—No creo que la leyeras siquiera.

—Sí que lo hice, Tess. De verdad que sí. Pero es que hoy todo se ha ido fastidiando por momentos...

—De todos modos, no importa. Siento haberme echado a llorar. Es que todo ha resultado ser tan distinto a como me lo imaginaba... No dejaba de pensar en venir a Londres para verte. Y ahora que lo he hecho... —sollozó—, resulta que nada es como me esperaba. Por ejemplo, llegar aquí y encontrarme con la señora Mounce...

—Siento muchísimo que hayas tenido que aguantarla durante tanto rato. Es una mujer horrible.

—Nada de eso, ha sido de lo más amable. Al principio sí que he pensado que era una mujer horrible. Bueno, supongo que lo es... bastante. Pero, Bob, es que ha tenido una vida... —Volvió a estallar en lágrimas—. Acabo de darme cuenta de que todo el mundo tiene una vida muy triste aquí.

Bob se puso en pie y empezó a preparar la mesa para cenar. Tessa dejó de llorar; se le escapó un profundo suspiro, parecido a un bostezo. Se levantó y agarró a Bob mientras él se dirigía de la mesa al horno. Apoyó la cara en su hombro y lo abrazó con todas sus fuerzas. Le hubiera gustado disolverse en él, convertirse en parte de su ser, para no volver a tener que sufrir su indiferencia ni soportar su mirada impersonal.

—A veces no te portas nada bien conmigo —dijo.

—Lo siento, Tess —respondió él.

La besó en la coronilla y se acercó al horno para sacar una cacerola. Ella lo volvió a sujetar cuando regresaba a la mesa. Lo abrazó otra vez, hasta que se dio cuenta de que él tenía el brazo extendido, porque estaba haciendo un gran esfuerzo para mantener la cacerola caliente lejos de ella. Cuando se sentaron a cenar, no pudo probar bocado. Agarró con ambas manos la mano izquierda de Bob, por debajo de la esquina de la mesa, y lo miró fijamente a los ojos.

—¡Bob! —dijo.

—¡Tessa! —respondió él, mientras se llevaba a la boca un poco de estofado, manejando el tenedor con la mano libre.

Sonó el timbre. Era la señora Mounce.

—Siento molestaros; querido —le dijo a Bob—, pero os he traído una botella de Sauternes para acompañar el guiso. Así podréis brindar. Porque me imagino que a ti ni se te había pasado por la cabeza traer vino a casa.

Después de cerrar la puerta, Bob llenó dos vasos de vino.

—Por nosotros, Tess —brindó.

Ella le agarró la mano otra vez.

—Por ti, Bob. Independientemente de lo que pase entre nosotros, espero que las cosas siempre te vayan bien.

Él volvió a dejar el vaso en la mesa.

—Tess —dijo—. No te merezco, en serio.

—Eso que dices es una tontería.

—Es la pura verdad. Eres generosa y desinteresada, y yo nunca podré estar a tu altura. —Tomó el tenedor y probó a pinchar el estofado. Tras varias tentativas infructuosas, extrajo su mano izquierda de entre las de ella—. Solo

quiero cortar este trozo de carne, Tess.

—Te quiero, Bob. Nunca antes había querido a nadie de verdad.

El timbre volvió a sonar.

—Bob, querido —dijo la señora Mounce—, acabo de recordar que se me ha acabado la sal. He pensado que podría llevarme una pizca. No os preocupéis, después de esto os dejaré en paz. ¿Qué tal está el guiso?

—¡Bob! —dijo Tessa, cuando él se sentó a la mesa otra vez.

—¡Tessa! —respondió él.

* * *

Bob estaba tumbado en la cama. Observaba el techo —en el que se reflejaba la luz rojiza de la estufa— vagamente. No podría asegurar si estaba dormido o despierto. Sentía un dolor sordo en el bíceps izquierdo, en el que Tessa se había apoyado a modo de almohada. Liberó el brazo con cuidado. No habría sabido decir si llevaban en la cama una hora o cuatro.

—Pobre señora Mounce —comentó Tessa.

—Hummm.

—Me alegra que no sea tu amante, Bob.

—¿Qué?

—En realidad, yo no pensaba que lo fuera, claro. Mi primera impresión ha sido que se trataba de la señora de la limpieza.

—Ni siquiera yo sé muy bien qué es esa mujer.

—Creo que, si quisieras acostarte con otras, lo entendería. Sé que para los hombres es distinto. Aun así, me alegro de que no lo hagas con la señora Mounce. A esa mujer la persiguen las desgracias. Acabaría arrastrándote al hoyo.

—Sí.

—¡Pobre señora Mounce!

Bob dormitaba.

—... ayer a Taunton... —Pasado un tiempo, se percató de que Tessa estaba diciéndole algo—... a recoger un nuevo antibiótico especial para Jester. ¿Te

conté en la carta que Jester se había caído?

—Hummm.

—¡Pobrecito Jester!

Bob sintió que se hundía en la enorme y suave oscuridad del sueño. Allí abajo, chocó contra la masa indefinida pero dura de los hechos reales, y ascendió con ella a la superficie.

—Ah, John Dyson salió anoche en televisión —dijo—. ¿Lo viste?

—¿El gigante Dyson?

—¿Cómo?

—El que sometió al tirano Cox.

—Ni idea —dijo Bob, mientras volvía a hundirse en las profundidades.

—... asustadísima al llegar hoy a Londres —oyó que decía Tessa en algún momento. El tiempo había dejado de ser secuencial: estaba formado por meros instantes aislados, sin relación con el antes o el después—. Un sentimiento estúpido, lo sé... En el tren... Coches en la calle... Como una niña...

Tessa se giró, destapándolo con el movimiento. Él rodó sobre el costado para recuperar las sábanas. Apenas había espacio para moverse. Era sorprendente lo obstinadamente individual que podía ser una cama individual.

—Estoy justo en el borde —dijo—. ¿Estás segura de que no puedes moverte hacia allá un par de pulgadas?

No hubo respuesta. Ahora que él estaba totalmente despierto, era ella la que estaba totalmente dormida. Intentó empujarla con cuidado, pero pesaba demasiado. Así que se quedó tumbado de lado, sin poder cubrirse del todo por mucho que tirase de los bordes de la sábana. Su mirada cayó sobre unos ejemplares de *Vogue* que Tessa había estado ojeando y después había dejado en la alfombra, cerca del fuego; lanzaban reflejos rojizos y rosados. Pensó en las nalgas de las modelos. Sentía la corpulencia de las de Tessa, apretadas contra sus riñones. ¡Qué curioso! Parecía destinado a no poder conocer a chicas... Por alguna razón, les resultaba poco atractivo a las mujeres... Los ejemplares de *Vogue* empezaron a deslizarse lentamente hacia los lados y hacia arriba, hasta desaparecer en la oscuridad...

—... me ha dicho —comentó la voz de Tessa en cierto momento; era imposible saber si habían pasado minutos u horas— que le han pedido al banco un préstamo enorme para reformar su apartamento.

—Hummm —musitó Bob—. ¿Sííí?

—La señora Mounce y su marido. Él es impotente. ¿Lo sabías?

—Vaya. No.

—Pero terriblemente celoso. Ella tiene aventuras con otros hombres y cuando su esposo la descubre, le da capirotazos.

—¿Que hace qué?

—Darle capirotazos. Al parecer, es algo que hace con los dedos. Ella dice que duele horriblemente.

De repente, Bob se sintió despierto del todo. Acababa de acordarse del pobre Eddy Moulton.

—Esta tarde ha muerto un tipo de la oficina —comentó. Pero en ese mismo instante empezó a sentir dudas sobre lo que acababa de decir. ¿En serio había ocurrido aquella misma tarde? «... ha muerto... un tipo...» Le vino a la mente el pobre Eddy, inclinado sobre su escritorio como un borracho, haciendo visera con la mano en la frente para protegerse los ojos de la luz. ¿De verdad podía referirse a él con aquella fórmula tan impersonal y abstracta? Parecían términos sacados de una leyenda, remotos y formales.

—¿Lo conocías bien? —preguntó Tessa.

—Era un hombre muy viejo que trabajaba en la misma oficina que John Dyson y yo.

—¿Por eso has llegado tan tarde hoy?

Bob consideró aquella posibilidad.

—Supongo que sí —dijo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Bob intentó recordar por qué no lo había hecho. Probablemente por ese aire viciado que había notado al entrar en el apartamento, por esa atmósfera azulada y llena de humo de cigarrillo, y por la falta de luz, y por las voces, y por el terrible sentimiento de culpa, y por los gritos de la señora Mounce y por las lágrimas de Tessa. Todo eso debía de haber borrado de su mente la muerte del pobre Eddy. Pero, en realidad, tampoco podía recordar que

hubiese habido una razón concreta. El recuerdo ya se había perdido por sí solo; no era más que uno más en la pila de despojos que formaban todas aquellas cosas indignas de ser recordadas, las que se desechaban e iban quedando atrás. Hora a hora, la propia vida se nos escapaba y se disolvía en la bruma, antes de que tuviéramos tiempo de percibirla debidamente.

—Supongo que no se me ocurrió —respondió.

—Mira que eres tontorrón, Bob.

Él no respondió. La palabra «tontorrón» parecía diez años más joven que él. Mejor ni pensar en ello...

Tessa se giró con cuidado hacia él, haciendo que la sábana bajera se saliera de su sitio bajo las piernas de Bob.

—Puedo quedarme tres semanas, si quieres —le dijo—. ¡Ay, Bob! Tres semanas juntos, a solas...

—Maravilloso —respondió él.

—Al final, todo resulta ser siempre más complicado e incómodo de lo que una se imagina. —Volvió a apoyar la cabeza en el bíceps izquierdo de su compañero y cerró los ojos—. Siempre te querré, Bob, sin importar lo que nos ocurra.

—Yo también te quiero, Tessa.

Sonó el timbre.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Bob, desvelado por completo, mientras escudriñaba la habitación en busca de su bata—. ¡Por Dios bendito! ¡Otra vez! ¡Y a estas horas! ¡Condenada mujer! ¡Ya es la quinta vez que viene! ¡Juro que voy a tirarla por las escaleras y a romperle el cuello!

Efectivamente, era la señora Mounce, y ahora venía con su camisón de volantes, pero Bob no la tiró por las escaleras ni le rompió el cuello.

—Hola —la saludó, con perfecta educación.

—Uy, pero si ya estábais en la cama —dijo ella, estirando el cuello para intentar examinar la estancia por encima del hombro de Bob.

—Sí.

—¡Ay, cariño, lo siento! Es que se me acaba de ocurrir... Reg no viene a casa esta noche, así que, ¿por qué no bajáis Tessa y tú a dormir en nuestra cama de matrimonio? Hay una individual en uno de los apartamentos de

arriba, y yo puedo acostarme ahí. Estaríais mucho más cómodos, cielo... No tienes que explicarme lo engorroso que es que dos personas intenten dormir juntas en una cama individual.

—Estamos muy cómodos aquí, gracias.

—Bueno, solo era una idea.

—Sí. Gracias.

Bob cerró la puerta.

—Pobre señora Mounce —comentó Tessa.

—¡Pero es que son las cuatro de la mañana!

Bob miró su reloj a la luz de la chimenea. Eras las doce menos cuarto. Pues a él le parecían las cuatro. Así que cuando, cuatro horas y cuarto más tarde, esa hora llegó de verdad, y tanto las sábanas superiores como las bajas se habían convertido en fardos arrugados, y las robustas nalgas de Tessa lo habían empujado hasta el borde de la cama, y él estaba frío y rígido de la cabeza a los pies, y no había modo de estar ni dormido ni despierto... entonces Bob sí que se sintió como si el mecanismo del sistema solar se hubiera ido ralentizando hasta detenerse por completo y se hubiera agotado la fuente del tiempo —la que lo renovaba eternamente, para que siempre siguiera siendo puro y fresco— para siempre jamás.

«**B**ien sabe Dios que soy un fracaso, una mota insignificante de vacuidad humana pisoteada con indiferencia por todo el que pasa —pensó Dyson. Había salido de la cocina detrás de su esposa, de camino al salón, con los puños apretados dentro de los bolsillos del pantalón y el ceño contraído en un gesto inflexible—. Pero hay una cosa en el mundo que no pienso tolerar: que mi mujer me toque las narices. No he caído tan bajo como para aceptar *eso*.»

«Y bien sabe Dios —siguió pensando— que no diría nada si me tocase las narices de forma medianamente razonable. Ya estoy acostumbrado a que me traten como basura; no es algo de lo que esté orgulloso. Lo que no pienso aguantar es que lo hagan sin decir ni una palabra, comportándose de esa forma tan terrible y pseudorracional, haciendo como si nada, con total normalidad, como si no me molestara en absoluto. Es una estupidez dejarme así, intentando adivinar qué he hecho para que me esté fastidiando. La verdad, no pienso pasarme toda la mañana del sábado soportando este tipo de cosas. Me iré de casa sin decir ni una palabra y me quedaré unos días en el club. O eso haría si tuviera un club al que ir.»

—Mira, Jannie —dijo, intentando ser razonable, mientras la seguía en su camino de regreso a la cocina—, dime tan solo qué es lo que te molesta tanto. Es todo lo que pido.

—No hay nada que me moleste.

—Sí que lo hay, Jannie.

—No, John.

—Mira, los dos sabemos que estamos teniendo una discusión. ¡No empecemos otra sobre el hecho de si estamos discutiendo o no!

Jannie inspeccionaba el armarito de la comida. Sacó varios paquetes de cereales y los agitó para comprobar si necesitaban reemplazarse.

—La cafetera está preparada. Si fueras tan amable de encender el fuego de la cocina...

Dyson obedeció sin darse cuenta. Aquella forma de fastidiarlo no le daba la mínima oportunidad de reaccionar, pensó. «Eso es contra lo que protesto. Si no tengo ni la más remota idea de qué he hecho para que me esté tocando las narices así, ¿cómo se supone que voy a poder arreglarlo?»

—Calienta también un poco de leche, ¿quieres?

Obedeció con un suspiro. «¡Pero bueno! —pensó—. Noto que está enfadada por algo, eso está claro. No soy tan estúpido. Es como esa técnica de lavado de cerebro que usan los interrogadores, los sacerdotes y los psicoanalistas. “Creo que hay algo que quieres contarme.” Esa es la técnica, luego solo tienen que esperar a que te incrimines a ti mismo.»

Jannie se sentó en una de las esquinas de la mesa que usaban para comer y se puso a redactar la lista de la compra.

Dyson se quedó junto a los fogones, serio, mirándola con intensidad.

—Jannie...

—¿Sí, John?

Él se detuvo y frunció aún más el ceño.

—¿Por qué me llamas «John» con ese tono de voz?

—¿No te gusta que te llame «John»? —preguntó ella, sin levantar la mirada de la lista de la compra.

—Normalmente no vas por ahí llamándome «John» sin venir a cuento.

No hubo respuesta. «Por Dios —pensó Dyson—, por una vez, me gustaría hacer algo que le diera un buen susto.» Se imaginó a sí mismo golpeando la mesa con los puños cerrados, o agarrando un tarro de porcelana y arrojándolo al otro lado de la cocina. Resultaba absurdo que Norman Ward Westerman y lord Boddy escuchasen con tanta deferencia sus opiniones sobre Halifax y que aquí, en casa, su propia esposa no le prestase la menor atención. Y ahí estaba, escribe que te escribe. Huevos, mantequilla, té, café...

¡Por Dios, qué *banales* eran todas esas cosas! Las continuas e insignificantes exigencias de la vida... Llovían sobre él como polvo negro escapado de un saco de carbón, llenando el aire de una ceniza asfixiante que se posaba lúgubrememente sobre todas las cosas y hacía que el mundo entero oliese a gris.

—Es esa mancha de moho que hay en el techo de la habitación de los niños, ¿verdad? —dijo—. Eso es lo que te molesta tanto, ¿no?

«Cereales de arroz, hilo azul marino, atún...», escribió Jannie.

—Bueno, pues hoy no puedo ocuparme de eso —continuó Dyson—. ¡Y no hay más que hablar!

«Una botella de quitamanchas Thawpit, cigarrillos, un regalo de cumpleaños para la cuñada de John...»

—Mira, Jannie, sé razonable. Este fin de semana ya estoy hasta el cuello de trabajo. Tengo que redactar un texto para el Servicio de Ultramar de la *bbc*. Tengo que escribir un obituario sobre el pobre Eddy Moulton para el *Journalist*. ¿Cómo esperas que pueda hacer carrera si no haces más que darme la lata, todo el día erre que erre, por una simple manchita de moho en el techo?

Jannie miró por la ventana mientras mordía la goma del lápiz con aspecto pensativo.

—La leche está hirviendo y se ha salido —dijo.

—¡Ay, Dios! —gritó Dyson. Se apartó de los fogones de un salto, pero enseguida dio otro salto para volver donde estaba y apagar el gas—. ¡Estas cosas son responsabilidad tuya! Lo sabes, ¿no?

—El paño está en el fregadero, John.

—No veo por qué narices tendría que ser yo el que limpiara esto. ¿Dónde dices que está el paño?

«Limpiador para hornos», añadió Jannie a la lista.

—Está sonando el teléfono —dijo.

«Pues que suene. ¿A mí que me importa?», pensó Dyson, mientras corría hacia el recibidor para llegar al aparato antes de que dejara de sonar. Parecía que aquella mañana Dios había invadido su hogar por todos los frentes; sobre todo, por el del matrimonio. Por eso lo consideraban algo sagrado,

comprendió de pronto, porque era otro instrumento divino para generar entropía, como las humedades, la trombosis coronaria o la carcoma.

—Soy Dyson. ¡Diga! —estalló al descolgar—. ¡Bob! —saludó con jovialidad una fracción de segundo después, sonriendo cordialmente al auricular—. Me alegra oírte... No, no es un mal momento, en absoluto... ¿Quién está contigo...? ¿Tessa? ¿Tu novia, la de Somerset? Pues salúdala de nuestra parte... ¿Que si puedes hacer qué...? Ah, ya veo... Sí, por supuesto... Por supuesto, Bob...

Dyson regresó a la cocina con una amplia sonrisa. ¡Ah, la soltería! La idea de estar soltero, de tener aventuras propias de un hombre soltero, se le antojó de repente tan dulce que casi le resultaba insoportable. Una chica que venía a quedarse en tu apartamento... Se imaginó a una joven esbelta, de rostro tierno y largos cabellos oscuros que le caían en cascada por la espalda, vistiendo un pijama prestado cuyas mangas y perneras, demasiado largas, le cubrían las manos y los pies...

—La novia de Bob ha venido a pasar un temporada con él —le contó a Jannie, aún sonriendo, cuando volvió a la cocina. Se sentó a la mesa y, con aire ausente, comenzó a dar sorbos a la taza de café que se había materializado por arte de magia—. Se llama Tessa. Parece que los padres de la chica creen que se queda en casa de unas amigas... Bob quería saber si podía darles nuestro número de teléfono y decir que se está alojando aquí. Le he dicho que estaríamos encantados de ayudar. Si alguien llama y pregunta por ella, tenemos que responder que ha salido y darle el mensaje a Bob para que Tessa pueda devolver la llamada.

Dyson volvió a sonreír para sí mismo. La chica esbelta de los largos cabellos se estaba dando una ducha —los apartamentos de soltero tienen ducha—, echando la cabeza hacia atrás y dejando que el agua cayera en cascada entre sus pechos... Por la tarde harían el amor, con las ventanas abiertas de par en par hacia el cielo, mientras caía una cálida y abundante lluvia estival que golpeaba las flores y esparcía por el aire el aroma de las rosas...

—¿Los has invitado a venir? —preguntó Jannie.

—No. ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿No es mejor dejarlos a su aire?

Jannie volvió a la lista de la compra sin decir palabra.

—¿Crees que deberíamos invitarlos? —preguntó Dyson—. Si es lo que te apetece, encárgate tú.

«Pierna de cordero para seis», apuntó Jannie.

Al verla escribir en silencio, Dyson recordó que, antes de la llamada, su mujer lo había estado fastidiando.

—Mira, Jannie —dijo. Su buen humor se había desvanecido por completo—. No voy a llamarlos para eso. Lo de mandar invitaciones y gestionar la vida social de la pareja es cosa de la esposa, no del marido.

«Servilletas de papel, flores», escribió ella.

—¡Por Dios, Jannie! Ha sido idea tuya, no mía. Si quieres satisfacer tu curiosidad y conocer a la novia de Bob, llámale tú misma. Hoy estoy demasiado ocupado para andar perdiendo el tiempo con esas cosas. ¡Y no hay más que hablar!

—John Dyson ha vuelto a llamar —dijo Bob, mientras colgaba el teléfono—. Nos ha invitado a comer mañana domingo. Le he dicho que sí; espero que no te importe. Sus hijos son encantadores, ya lo verás.

Tessa se lo quedó mirando, completamente absorta en él. Bob se había vuelto a sentar a la mesa, con aspecto desalentado. Tras localizar el azúcar moreno entre los restos del desayuno, había metido una cucharilla en el azucarero y se había puesto a lamerla. Tessa estaba en el sillón, enroscada en la misma postura en la que solía sentarse la señora Mounce, apurando los restos de una taza de Nescafé frío.

—Les tienes mucho cariño a los Dyson, ¿verdad? —preguntó.

—Supongo que sí —contestó Bob. Pensó en la vida de casados que tenían, tan sólida, tan ligada a la costumbre; aquella idea lo llenó de nostalgia. Ellos no tenían que hacer esfuerzos agotadores para saber si estaban enamorados o no, o para decidir qué deberían hacer si al final resultaba que no se amaban. No estaban abrumados por la mecánica del día a día. Las parejas casadas y felices, pensó, no se quedaban mirándose entre sí, absortos el uno en el otro, sino que se daban la espalda mutuamente mientras cada uno de

ellos contemplaba el mundo que había más allá. Observó la habitación con desesperanza. Los restos del desayuno aún estaban en la mesa; las sábanas, enredadas en el suelo; la maleta de Tessa, abierta, y su contenido, esparcido sobre la alfombra. Ella ni siquiera estaba vestida; llevaba puesto sobre el pijama un viejo abrigo de *tweed* de Bob. Para cuando recogieran todo aquello y estuvieran listos para salir serían ya las doce. Para cuando hubieran terminado de hacer la compra, hubieran vuelto al apartamento y Tessa hubiera preparado la comida —porque insistía con afán en hacer las cosas de la casa para él—, serían, casi con toda seguridad, las tres. Bob sintió que un mundo lleno de confusión y desorden lo aprisionaba como una jungla. Se frotó los ojos y bostezó.

—¿Has podido dormir algo? —le preguntó Tessa.

—Creo que he debido de echar una cabezada sobre las seis de la madrugada o algo así.

—¡Pobrecito!

Bob volvió a sacar otra cucharada de azúcar. Para él, aquello no había sido una simple noche, sino la Edad Media al completo, con todo su oscurantismo y sus siete siglos llenos de guerras, opresión, visiones y turbulencias. El peor momento de todos, pensó, había llegado aquella mañana a las nueve menos cuarto, cuando el timbre de la puerta lo había arrancado de las más recónditas simas de un sueño profundo e inquieto; él se había levantado a tientas y había atravesado la habitación tambaleándose, sin saber muy bien quién era ni qué estaba ocurriendo. Y, al abrir la puerta, se había encontrado frente a frente con la señora Mounce, que había llamado para preguntar si querían que les hiciera la compra.

Tessa se acercó y le dio un beso. Bob abrió los ojos, sobresaltado. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se había quedado dormido.

—Voy a darme un baño —le dijo—. ¿Dónde está la bañera?

—Pues... es un poco raro —respondió él—. Solo hay un baño en todo el edificio, y está en el descansillo entre este piso y el bajo. ¿Estás segura de que quieres bañarte?

—No si eso te avergüenza, Bob.

—No, si a mí me da igual. Yo lo decía por ti.

—A mí no me importa. A estas alturas, siento como si ya hubiera quemado todas las naves.

—Supongo que sí.

Bob la acompañó al lugar indicado y le abrió el grifo de la bañera.

—¿Por qué no te bañas conmigo? —le preguntó ella, ruborizándose mientras lo decía.

—Bueno, creo que será mejor que me encargue de fregar las cosas del desayuno, si no te importa. Si no, no nos pondremos a comer hasta la hora del té.

—Ah, claro. Me había olvidado de las cosas del desayuno.

Bob casi había terminado de recoger cuando sonó el timbre. Dejó caer la bayeta al suelo y se quedó quieto, agarrado al borde del fregadero. Se pensó muy bien lo que debería decir: «Señora Mounce —se imaginó declarando, con tono calmado, casi cordial—, si vuelve usted a llamar al timbre, avisaré a la policía y la acusaré de causar molestias...». No. «... avisaré a mi abogado para que inicie contra usted un proceso por allanamiento...» No, no. El timbre volvió a sonar. Apretó el paso hacia la puerta. Las palabras «... a no ser que me asegure usted que buscará ayuda psiquiátrica de inmediato...» aparecieron en su mente con una gran y terrible cordialidad.

Pero no era la señora Mounce, sino la señora Hennessy, la mujer de la limpieza. Bob se quedó mirándola con la boca abierta.

—Se le había olvidado que me tocaba venir esta mañana, ¿a que sí, querido? —le dijo con amabilidad. Entró en la habitación arrastrando su gran volumen, bamboleándose sobre los pies enfundados en pantuflas de bayeta y remolcando a su paso todo un convoy de escobas y cepillos, además de una aspiradora. Dejó caer todo el equipo en el suelo, respirando pesadamente.

—Quizá hoy podría dejarlo sin limpiar, si quiere... —insinuó Bob, incómodo. Puso un pie sobre el ligero de Tessa, para ocultarlo a la vista, y con el otro empujó uno de sus zapatos de tacón bajo el sillón.

—No se preocupe por mí, querido —respondió la señora Hennessy—. No tardaré más de diez minutos. ¿Qué le ha pasado a la cama? ¿Ha tenido usted pesadillas?

—Pues sí. Sí, he pasado una noche bastante mala.

La recién llegada vio la maleta abierta.

—Se va usted fuera el fin de semana, ¿verdad?

—No —dijo Bob. Pero luego siguió el curso de la mirada de la señora Hennessy y se corrigió—. Quiero decir... sí. Sí me voy, sí.

—Pues que se divierta usted mucho.

—Eso haré.

La señora Hennessy se agachó y empezó a recoger las sábanas. Bob también se agachó y empezó a retirar con discreción los artículos femeninos más evidentes de entre los que había dispersos por el suelo de la habitación. Le habría gustado no dar mayor importancia a todo aquello, pero no podía evitar dársela. Le habría gustado que su primer instinto no fuese el de borrar las huellas de Tessa, pero lo era. No se trataba de que lo avergonzase el hecho de que la señora Hennessy descubriese que tenía a una chica en casa, se dijo a sí mismo. Ni siquiera el hecho de que la propia Tessa pudiese sentirse avergonzada. Los dos eran ya bastante mayorcitos como para preocuparse de lo que los demás pudiesen pensar de ellos. En realidad, estaba intentando proteger a la señora Hennessy. Ella sí se sentiría avergonzada si llegaba a saber aquello o, para el caso, si llegaba a saber que él sabía que ella había llegado a saberlo.

—Muy bien, querido —gritó la señora Hennessy para hacerse oír por encima del ruido de la aspiradora—. Si me quita usted del suelo todas esas cosillas podré acabar con esto en un periquete.

Bob lo amontó todo dentro de la maleta y la cerró a presión, ignorando los tirantes varios y los retazos de nailon traslúcidos que aún sobresalían de ella. Mientras inspeccionaba la habitación en busca de un rincón en el que dejar la maleta, oyó un débil sonido por encima del ruido de la aspiradora: el timbre. ¡Por Dios, sería Tessa, que volvía del baño! Corrió hacia la puerta, con la maleta aún en la mano.

—¡Adiós, querido! —gritó la señora Hennessy—. Que se divierta.

—Sí. Lo haré, gracias —gritó Bob.

Abrió la puerta. No era Tessa, sino la señora Mounce.

—Bob, cariño —susurró de forma dramática. Lo tomó de la mano y lo sacó

del apartamento, para llevarlo fuera del alcance del oído de la señora de la limpieza—. Tenía intención de decirle a la señora Hennessy que no os molestase. ¿Quieres que la eche?

—No —dijo él—. No pasa nada.

—Se me había ocurrido que podía hacer eso por ti, cielo.

—No hay problema. No te preocupes por nosotros.

La señora Mounce miró fijamente la maleta.

—¿Vais a alguna parte, cariño? —preguntó.

—No, nada de eso. Bueno, ya sabes, a lo mejor sí podríamos irnos a algún sitio.

—Muy bien. No olvides que estoy en el piso de abajo, por si me necesitas.

—Descuida.

Bob cerró la puerta y volvió a la habitación con la maleta a cuestas. La señora Hennessy lo miró sorprendida y apagó la aspiradora.

—Pensaba que se había ido usted, querido —dijo.

—Bueno, no del todo.

—¿Qué problema hay? ¿Se le había olvidado el pijama? Aquí lo tiene. Justo iba a colocarlo debajo de la almohada.

—Vaya, gracias —respondió Bob. Abrió la maleta y lo embutió dentro.

—Ya lo tiene todo, ¿verdad? —preguntó la señora Hennessy—. ¿Y las cosas del afeitado? No, las estoy viendo ahí, sobre el lavabo.

Se bamboleó con gran esfuerzo hasta llegar allí, lo recogió todo y se lo trajo a Bob.

—Gracias —dijo él. Y lo embutió en la maleta.

—¡Uno de estos días se le va a olvidar a usted la cabeza!—comentó la señora Hennessy—. ¿Hay algo más que se haya dejado por aquí? ¿Y las pantuflas? Mire, pero si están ahí, en el suelo.

—No me apetece llevármelas, gracias.

—¿Cómo que no? Puede usted pillarse un resfriado de aquí si el suelo está frío. Vamos, a la maleta. ¿Y la bata? ¡Pero si está colgada detrás de la puerta! Pues aquí la tiene. ¿Y está seguro de que lleva calcetines de repuesto?

—Sí, sí.

—¿Y suficientes jerséis para estar bien abrigado?

—Que sí, que sí, que sí.

Sin parecer muy convencida, la señora Hennessy se agachó y encendió otra vez la aspiradora. Casi al mismo tiempo, el timbre volvió a sonar. Bob se precipitó hacia la puerta, intentando cerrar la maleta a la fuerza mientras corría.

—Ahora sí que se marcha usted, ¿verdad, querido? —gritó la señora Hennessy—. ¡Adiós! ¡Que se divierta!

—Gracias —dijo Bob—. Eso haré.

Ahora sí que era Tessa. Traía el pijama en la mano y no llevaba puesto nada más que el abrigo de *tweed*, bien apretado sobre las formas de su cuerpo.

—Tess —susurró Bob. La empujó hacia el descansillo y cerró la puerta del apartamento a su espalda—. Ahora no es buen momento. La señora Hennessy está aquí.

Ella lo miró, seria.

—¿Quién es la señora Hennessy?

—La señora de la limpieza.

—¿Hay *otra* mujer que te limpia, Bob?

—Bueno, la señora Hennessy solo es..., ya sabes..., la asistente. Mira, he puesto todas tus cosas en la maleta. Llévatela al baño y vístete allí.

Tessa lo miró fijamente en la penumbra del rellano. Sufrió un ligero estremecimiento.

—No creo que tengas que avergonzarte de mí ahora que estoy aquí —dijo.

—No estoy avergonzado, Tess.

—Pues yo *tampoco* lo estoy, Bob.

—Ya lo sé. No lo hago por ti ni por mí, sino por la señora Hennessy. Creo que no deberíamos avergonzarla a ella. Mira, toda tu ropa está en la maleta. Iré a avisarte cuando las cosas se hayan calmado un poco.

Observó cómo Tessa empezaba a bajar de nuevo las escaleras, aún reacia, mientras mantenía abrazada la maleta abierta. Entonces regresó al apartamento, deseando que volviera a ser de noche.

—¿Otra vez aquí? —preguntó la señora Hennessy, al tiempo que apagaba la aspiradora—. ¿Qué se le ha olvidado ahora, querido?

—Pues, bueno, ya sabe... He pensado que a lo mejor estaría bien comprobarlo todo y asegurarme.

Empezó a registrar vagamente los cajones y a abrir los armarios mientras inspeccionaba el suelo con el rabillo del ojo por si aún quedara por allí alguna pertenencia de Tessa. En un determinado momento, sus ojos se cruzaron con los de la señora Hennessy. Bob desvió la mirada y ella encendió la aspiradora.

Sonó el timbre.

—Ahora sí que se marcha usted, ¿no? —dijo la señora de la limpieza al verlo correr hacia la puerta—. Adiós, entonces.

—¡Bob, tengo que entrar! —susurró Tessa—. La señora Mounce está en el baño.

Él volvió a empujarla hacia el descansillo y cerró otra vez la puerta del apartamento a su espalda.

—Pero podemos esperar aquí un rato, ¿verdad? —preguntó—. La señora Hennessy no tardará nada, Tess. Déjame la maleta, yo te la sujeto.

Se quedaron allí, sin mirarse. Bob sostenía la maleta. Tessa se puso a temblar.

—El dios George ataca de nuevo —musitó él.

—¿Qué?

—El dios George. Nos la tiene jurada.

—¿Quién es el dios George? —preguntó Tessa. Le castañeteaban los dientes.

—¡Ya lo tengo! —susurró Bob de repente—. El señor Mounce no está, así que, si la señora Mounce sigue en el baño, eso significa que su apartamento está vacío. Y lo más probable es que se haya dejado la puerta abierta. Ve y vístete allí.

La siguió con la mirada mientras Tessa bajaba las escaleras, sintiéndose angustiado por ella. Y su angustia aumentó cuando, tras perderla de vista, se le ocurrió que por lo menos podría haber bajado con ella para llevarle la maleta.

—¡Hola! —lo saludó la señora Hennessy, apagando una vez más la aspiradora al verlo entrar de nuevo en la habitación—. Me recuerda usted a

los rábanos, por eso de que siempre vuelven a aparecer. Pero ahora ya sé por qué ha venido, querido.

—¿Ah, sí? —dijo Bob—. ¿Por qué?

—Se ha dejado usted la cartera en la mesilla de noche.

—Ah, pues sí.

—No se puede ir muy lejos sin dinero, ya se sabe.

—No, no se puede.

La señora Hennessy empezó a recoger todo su equipamiento.

—Bueno, pues adiós, querido —se despidió—. No se le olvida ninguna otra cosa, ¿verdad? ¿Lleva usted el billete?

—Sí.

—Estupendo. Pues que se divierta.

Se dirigió hacia la puerta bamboleándose, arrastrando tras de sí sus mangos y palos varios. Bob se le adelantó corriendo y le abrió la puerta del apartamento. Allí, en el quicio, impidiéndole la salida, estaba Tessa; seguía aún con la maleta en los brazos, sin llevar encima nada más que el abrigo de *tweed*. Los miró con desesperación; primero a Bob, después a la señora Hennessy, y luego otra vez a él.

—Lo siento, Bob —dijo, desconsolada—, pero el señor Mounce está en casa.

—Vístase usted enseguida, querida, o cogerá un resfriado de aúpa. —La señora Hennessy se dirigió a Tessa con tono reprobatorio—. Si está buscando su ropa interior, la he doblado y se la he dejado sobre el televisor. Adiós, queridos. Que se diviertan.

Fue Damian, el hijo menor de los Dyson, el primero que sacó a colación el tema del matrimonio.

Se pasó toda la comida sin sentarse, de pie sobre su sillita. La salsa le caía a chorretones por la cara roja y por el babero, e iba salpicando las ropas de los demás comensales según blandía la cuchara a diestro y siniestro. Aderezó sin descanso la conversación ajena con el incesante ruido de sus preguntas y comentarios. Su hermano Gawain lo ignoraba; mantenía la mirada fija en el salero o la ventana durante minutos enteros, mientras masticaba con aire

imperturbable. También lo ignoraba su padre, concentrado en cubrir la apretada agenda de temas a tratar ante aquel comité: el cordero asado, el estado de la industria periodística, las bellezas de Somerset —la tierra natal de Tessa—, la segunda ración de cordero, las carencias de la educación primaria, la edad exacta del pobre Eddy Moulton, el pastel de manzana y lo extraño que resultaba que justo la mañana en que el pobre Eddy murió pasase esto y aquello. Parecía no percibir en absoluto el ruido que Damian estaba haciendo. A Bob le dolía la cabeza. Le parecía que su cerebro echaba humo en su esfuerzo por filtrar la conversación adulta del escándalo montado por el niño.

—¿Están casados Bob y Tessa, mamá? —oyó que repetía el pequeño, una y otra vez—. ¿Están casados Bob y Tessa, papá? ¿Están casados Bob y Tessa, mamá?

—No, Damian, no lo estamos —respondió Bob al final, a ver si dejaba el tema de una vez.

—¿Y por qué no? —preguntó el niño.

—Pues porque no —dijo Tessa—. No todo el mundo está casado.

Damian dedicó un tiempo a meditar sobre aquel asunto mientras se rascaba con la cuchara sus partes privadas.

—Mamá y papa sí están casados —dijo.

—Siéntate y tómate la comida, Day —le ordenó Jannie.

—Jack sí está casado —comentó el niño.

—No, no; nada de Jack, Damian, por favor —dijo Dyson.

—¿Quién es Jack? —preguntó Tessa.

—Es algo imposible de explicar en pocas palabras —respondió Bob—. ¿Y con quién se ha casado Jack, Day?

—Jack se ha casado con su mamá —dijo Damian. Pareció sorprendido de que los demás estallaran en carcajadas ante aquella respuesta. Pero luego se sumó a ellos, con risotadas roncadas y sonoras que hicieron que todos se echaran a reír otra vez.

—Jack se ha casado con su mamá —repitió en cuanto las risas se acallaron, y volvió a lanzar otra risotada que hizo que Bob y Tessa empezaran a reírse de nuevo.

—Por el amor de Dios, no lo animéis —gruñó Dyson, malhumorado—, o se tirará horas y horas con lo mismo.

—Jack se ha casado con su mamá —insistió Damian, sonriendo de oreja a oreja y mirándolos a todos con la confianza del vendedor que se sabe en posesión de un producto ya testado y avalado por estudios de mercado.

—Ya basta, Day —dijo Dyson con aspereza.

—¿Sabías —le preguntó el niño a Bob, en un tono especialmente cómico y con una expresión atrevida en su carota redonda— que Jack se ha casado con su mamá?

—¡Day! —exclamó Jannie.

—¿Sabías...? —empezó a preguntarle el niño a Tessa.

—¡Damian! —gritó Dyson.

—¿Sabías... —El niño se inclinó cómicamente sobre la mesa en dirección a su hermano, que estaba mirando como transfigurado el botón superior de la chaqueta de Bob— que Jack se ha casado con su mamá?

Gawain emergió de su aturdimiento.

—Deja de repetirte, Damian —dijo con frialdad.

Damian volvió a sentarse, despacio. Aquel reproche lo había sumido en un completo silencio. Miró fijamente a Gawain, como si estuviera intentando comprender el proceso mental que había llevado a su hermano a decirle aquello.

—Tengo que señalar que yo estoy completamente a favor del matrimonio —dijo Dyson, con notable buen humor, mientras se cortaba otra tajada de carne del asado—. Creo que todo el mundo debería casarse. Casarse con cualquiera, quiero decir. No tiene sentido esperar a que aparezca tu alma gemela. Lo que cuenta es el hecho de estar casado.

—Yo no me pito —protestó Damian en voz baja, mirando a su hermano.

—Eso es una tontería, John —señaló Jannie—. Un mal matrimonio es mucho peor que no estar casado.

—Yo no me pito —repitió Damian, en tono un poco más alto.

—Adaptarse a la idea misma del matrimonio —respondió Dyson—. Eso es lo único que cuenta.

—Sí que lo haces —le dijo Gawain a Damian—. Sí que te repites.

—¡Que *no* me pito!

—Tan solo tienes que mirar a tu alrededor. Piensa en los matrimonios que conocemos —rebató Jannie— y verás que eso no es cierto.

—Damian se está repitiendo otra vez.

—¡Que yo *no* me pito!

—Por Dios, Jannie, considéralo desde un punto de vista estadístico. ¿A cuántas chicas casaderas conoce un hombre? O viceversa. ¿A veinte? ¿Cincuenta? ¿Cien? Muy bien, digamos que a cien...

—Damian se está repitiendo. ¿A que sí, papá?

—... y pensamos, según nuestros principios románticos, que una y solo una de ellas es nuestra pareja ideal. Muy bien. Ahora consideremos que la población total del mundo es de tres mil millones de habitantes. Dividámoslo entre dos para quedarnos solo con los miembros del sexo contrario: mil quinientos millones...

—Sabes que todo eso es absurdo, John. Solo estás intentado irritarnos. Y lo haces adrede.

—Yo no me pito. ¿A que no, mamá?

—... así que prorrateando, incluso siguiendo nuestro criterio romántico de emparejarnos con una sola chica de entre las cien que conocemos, aún nos quedan mil quinientos millones de personas en el mundo que podrían ser nuestra pareja ideal... ¿Qué narices pasa, Gawain?

—Damian se está repitiendo, papá.

—John, solo quieres crear polémica —comentó Jannie—. ¿Qué opinas tú, Tessa?

—¿Sobre qué?

—¡Day se está repitiendo!

—¡No me pito!

—Sobre el matrimonio.

—¡Day se está repitiendo!

—¡No me pito! ¡No me pito! ¡No me pito!

—Pues... sí que me gustaría mucho...

—¿Que te gustaría qué? —gritó Dyson—. ¡Cállate ya, Damian!

—Papá, Damian no sabe decir «repito». ¿A que no?

—... casarnos...

—¿Que os casáis? ¡Cállate ya, Damian..., digo Gawain! ¡Vaya, enhorabuena!

—Sí que sé decir «pito».

—Recomiendo encarecidamente... —gritó Dyson.

—¡Damian se va a echar a lloraaar!

—... no tener niños..., vivir la vida... ¿No te parece, Bob?

—¡Mira, papá, Damian está llorando!

Después de la comida, todos pasaron de la cocina al salón. Jannie se quedó para preparar el café, y Bob la acompañó, saboreando la repentina calma que se respiraba allí. Sentía algo parecido a la fatiga del combate: un tremendo deseo de tirarse al suelo y quedarse allí, tapándose los oídos con las manos, negándose a seguir tomando parte en aquella guerra. Ahora se acordaba: siempre sentía lo mismo en este preciso punto de la visita; siempre que iba a ver a los Dyson de día, claro, cuando los niños no estaban acostados. Entre visita y visita, la naturaleza borraba aquellos recuerdos, igual que suprimía los del horror del combate y el dolor de dar a luz, de forma que la guerra, los nacimientos y las visitas sociales a los Dyson pudiesen seguir produciéndose.

—Me gusta mucho Tessa —comentó Jannie mientras encendía el fuego de la cocina y apilaba los platos.

—¿Ah sí? —replicó Bob, demasiado exhausto como para poder pensar en una respuesta inteligente—. Bien, bien.

—Vas en serio con ella, ¿verdad?

—Pues sí. Jannie, ¿puedo cogerte un par de aspirinas? Me está viniendo un dolor de cabeza terrible.

—Creo que están en ese armario, junto a las especias. Tessa está muy enamorada de ti. Lo sabes, ¿no?

—Sí. Sí, lo sé. ¿Este armario?

—Sí, ese. Están en la parte de atrás. Sería horrible hacerle daño a una muchacha como ella, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—¿*Supones* que sí?

—Quiero decir que sí. Claro que sería horrible. ¿Puedo tomarme cuatro, Jannie?

Cuando Bob entró en el salón, comprobó con asombro y admiración que Tessa había conseguido calmar a los niños. Estaba contándoles un cuento. Los pequeños estaban sentados en el sofá junto a ella, uno a cada lado, con la boca entreabierta. Gawain, con aspecto meditativo, se había enrollado en el dedo un mechón del cabello largo y oscuro de Tessa; Damian la miraba con aire ausente mientras se rascaba sus partes íntimas. De vez en cuando, uno de ellos se ponía de pie en el sofá y daba vueltas sobre sí mismo, como un perro buscando postura en el lugar donde va a tumbarse. Bob se dejó caer entre los apretados brazos de un viejo sillón, se puso una mano sobre los ojos y los contempló a través de los dedos entreabiertos. Se sintió conmovido por aquella escena, y notó una súbita ternura hacia Tessa. Si aquello no era amor, entonces, ¿qué era? Había estado agrio desde el momento en que ella había llegado —ahora lo admitía—, pero solo porque todo había ocurrido de forma demasiado inesperada y confusa. Le gustaba que la vida fuera predecible y ordenada. Le gustaba tener tiempo para pensar en cómo se sentiría cuando algo ocurriese antes de que el suceso en cuestión ocurriera.

Cuando Tessa salió del salón para ver si podía ayudar a Jannie en la cocina, los niños se lanzaron sobre Bob con su habitual desenfreno. Se pusieron a saltar en su regazo, a darle puñetazos en el pecho y a intentar arrancarle los zapatos.

—¡Ay! ¡Ay! Conque esas tenemos, ¿eh? —exclamó Bob, con la simpatía propia de un tío para con sus sobrinos; o, al menos, lo más parecido a ese sentimiento que fue capaz de invocar. Fingió lanzarles puñetazos, los puso cabeza abajo e intentó no gritar ni doblarse de dolor cuando Damian le pisó los genitales.

—Échalos sin contemplaciones si ves que te molestan —dijo Dyson, arrellanado en el menos desvencijado de los sillones con el *Observer* y el *Sunday Times*.

—No, no me molestan —respondió Bob, apretando la cabeza todo lo posible contra el respaldo del sillón para que las tremendas embestidas que

sufría su cráneo no se lo arrancasen de cuajo—, ¿verdad, chicos?

—¡Puñetazo, puñetazo, puñetazo! —gritó Damian, que había encontrado la forma de llegar hasta la nariz de Bob.

—¿Has leído algo de Brooks? —preguntó Dyson.

—¿Te refieres a la agencia inmobiliaria? No. ¿Debería?

—Supongo que empezarás a leerlos a partir de ahora. Lo importante, Bob (si puedo darte un consejo basado en mi larga y dura experiencia en este tema), es que no empieces pagando un alquiler si puedes evitarlo.

—¡Puñetazo, puñetazo, puñetazo! —gritó Damian.

—Si pagas un alquiler, estarás malgastando unos años preciosos. Compra algo y entra en la dinámica del mercado inmobiliario. Así al menos no te quedarás descolgado mientras los precios van subiendo.

—Supongo que no.

—¡Golpe, golpe!

—Y, sobre todo, sé práctico. Mucha gente empieza con las ideas poco claras, por ejemplo, pensando que podrán encontrar una casita georgiana en pleno centro por cinco mil libras. Lo que hay que hacer, Bob, es aceptar desde el principio que será un edificio victoriano o eduardiano, y en un distrito un poco menos elegante.

—Supongo que sí. ¡Ay! ¡Gawain, eso ha dolido!

—No sé si conoces bien esta zona...

—Bueno, pues...

—¡Pellizco, pellizco, pellizco!

—Está llena de ventajas, Bob. Para empezar, tiene la atmósfera de un pueblecito, y eso resulta de lo más agradable. Ya sabes, con tiendecitas de barrio que aún mantienen su individualidad. Además de cierto espíritu de comunidad que no se encuentra en sitios como Chelsea o South Kensington. Llegaste a conocer a nuestros vecinos, Ecosse y Princess St. George?

—Sí.

—Y además está junto a la boca de metro, o casi. Y es un área que, con toda seguridad, va a ir a más con el tiempo.

—¡Mordisco, mordisco!

—¡No, Damian, nada de mordiscos! Sí, recuerdo que ya me has comentado

eso otras veces, John.

—Va a ir a más, seguro. *Tiene* que ir a más. Casas grandes y espaciosas..., ¿ves? Justo lo que necesitan las familias de clase media que quieren tener hijos. La gente tiene que ir a alguna parte. Esta zona irá a más, sin lugar a dudas.

—Supongo que sí.

—¡Corte, corte! ¡Soy un peluquero!

—Échalos sin contemplaciones si ves que se desmadran demasiado. Bueno, pues entonces le diré a Jannie que empiece a mirar en las agencias inmobiliarias del barrio y mantenga los oídos bien abiertos.

—Pues... ¡No, Gawain, suelta...! Gracias, John.

Bob encendió la estufa y se dejó caer en la cama sin quitarse siquiera el abrigo.

—Has estado estupenda con los niños, Tess —dijo mientras se cubría los ojos con la mano.

—Lo único que hace falta es un poco de sensatez —respondió ella. Encendió el fogón y llenó de agua la tetera, también con el abrigo puesto—. ¿Qué te parecen unos huevos revueltos para la cena, Bob? Son unos niños muy buenos, pero esos padres tan tontos que tienen dejan que se desmadren.

—No creo que ellos sean conscientes del ruido que arman los niños —comentó Bob, un poco irritado por el hecho de que ella se atreviera a calificarlos de «tontos» cuando, al fin y al cabo, eran amigos suyos—. Ya están acostumbrados a ese jaleo.

—Y yo estoy acostumbrada al ruido que D y Baby arman en casa, pero no por eso dejo que se comporten así cuando están conmigo.

—Quizá sea un poco más complicado cuando se trata de tus propios hijos.

—Pues yo tampoco dejaría que mis propios hijos se comportasen así.

Bob se quedó en silencio unos instantes, reflexionando.

—A Jannie le caes muy bien —comentó al final—. Me lo ha dicho ella misma.

Tessa cascó tres huevos en un cuenco, con el ceño fruncido.

—Pues no estoy segura de que ella me caiga bien a mí—dijo—. Me ha parecido que estaba empeñada en casarte.

—No digas bobadas, Tess. No ha sido más que un estúpido malentendido que ha habido en la comida.

—¿Seguro?

—Claro que sí. Y, en cualquier caso, nosotros tenemos voluntad propia. No vamos a lanzarnos a hacer algo solo porque a otra gente le parezca que es una buena idea. Lo que decidamos hacer será cosa nuestra y de nadie más. ¿No crees, Tess?

Ella no respondió. Estaba batiendo los huevos. Un par de gotas salpicaron la solapa de su abrigo; se las limpió con los dedos.

—Pues, para serte sincera —dijo por fin—, a mí me parece que tu amiga, la señora Dyson, está un poco enamorada de ti.

Bob se incorporó hasta quedar sentado en la cama. La miró anonadado.

—¿Que quiere casarme contigo —preguntó— y que a la vez está enamorada de mí? ¿Qué diablos estás diciendo, Tess?

Ella siguió manejando las sartenes con gesto malhumorado, haciendo más ruido del debido.

—Tu amiga cree que no soy una verdadera rival para ella —explicó— porque cree que tú no estás verdaderamente enamorado de mí.

—¿Eso te ha dicho?

—Claro que no. Es la impresión que me ha dado.

Bob recogió uno de los ejemplares de *Vogue* que tenía junto a la cama y se sumergió en el mundo de los anuncios. Uno de ellos mostraba un par de piernas esbeltas y desnudas, cortadas apenas una fracción de milímetro por debajo de la ingle, que corrían por un prado de hierba cubierto de rocío y acianos de color azul pálido. Publicitaban una crema depilatoria. Sintió un profundo anhelo por aquellas piernas, con toda su inocencia y simplicidad, igual que se siente un profundo anhelo por la infancia perdida.

—¿Y a qué venía todo eso de una casa? —preguntó Tessa.

—Ni idea —respondió Bob.

Se metió en la boca un caramelo de menta y se hizo un ovillo, sin dejar de

mirar aquellas piernas. ¡Qué no daría por resultar atractivo a los ojos de las mujeres!

Dyson había recibido una invitación para volver a salir en televisión. Él y Bob estaban desbordados; intentaban sacar adelante durante la mañana el trabajo de toda la jornada, para así poder asistir por la tarde al funeral del pobre Eddy. Fue entonces cuando una mujer llamada Samantha Lightbody llamó desde la bbc. Dijo que lamentaba terriblemente molestarlo. No lo molestaba en absoluto, respondió Dyson. Giró en redondo su silla de oficina y apoyó los codos, con toda comodidad, sobre las pilas de textos aún sin corregir y pruebas pendientes de maquetación. Ella respondió que estaba segura de haber llamado en el peor momento posible; que siempre llamaba a la gente importante en el peor momento. El momento no podía ser mejor, respondió Dyson mientras el mensajero le entregaba otra remesa de trabajo pendiente.

—El caso —dijo Samantha Lightbody— es que estoy buscando candidatos para un programa... Bueno, sobre relaciones raciales, me temo. Sí, ya lo sé: otro más sobre lo mismo. No me extrañaría recibir gruñidos, refunfuños y otras respuestas por el estilo... Apenas si me atrevo a preguntar.

—Parece algo absolutamente fascinante —dijo Dyson.

—Bueno, hemos pensado que podría ser bastante divertido si consiguiéramos que un par de caras nuevas, personas realmente interesantes como usted, vengan para ofrecer una visión diferente sobre el tema. Sé que usted toma parte de vez en cuando en programas que tratan sobre relaciones raciales, pero que no es uno de esos participantes asiduos a los que todo el mundo está cansado de ver. ¿Comprende lo que quiero decir?

En fin, ¿cree que podríamos llegar a convencerlo de que se una a nosotros?

—Pues —respondió Dyson, henchido, mientras apretaba la punta del lápiz contra la superficie de un cuaderno de notas—, como ya se imaginará, apenas tengo tiempo disponible. ¿Cuándo sería?

—El día 18, viernes, a las siete de la tarde, si sus obligaciones le permiten asistir. El programa se llama *Nuevas perspectivas*.

Dyson empezó a pasar con parsimonia las páginas en blanco de su agenda.

—Esa semana me temo que estaré de viaje en el golfo Pérsico —comentó.

—¡Oh, vaya...!

—Es una verdadera lata, pero resulta que me ha surgido algo allí. No creo que pueda zafarme del viaje.

—Así que ¿no hay ninguna posibilidad de que pueda usted asistir al programa?

—Sí, creo que sí. Es decir, volveré de ese viaje el día 17. Así que, de hecho, no me impediría estar ahí el 18. Pero me ha parecido que, aun así, debía mencionárselo.

—¡Maravilloso! Es usted de lo más amable. Sé que aquí todos estarán absolutamente encantados. Me encargaré de que nuestro departamento de contratación contacte con usted para tratar el tema de la tarifa.

Dyson se recostó en su silla de oficina. No cabía en sí de gozo.

—¿Sabe con quién deberían contactar para un programa de este tipo? —sugirió—. Con lord Boddy.

—Ya lo hemos hecho.

—¿Ah, sí?

—Forma parte del equipo. Usted lo conoce, ¿verdad?

—Sí, conozco muy bien a Frank Boddy. Muy pero que *muy* bien.

—Supongo que es un mundo pequeño, ¿verdad? Me refiero al de los expertos en cuestiones raciales...

—Muy pequeño, sí. Muy pequeño.

Había una cuestión a la que Dyson no dejaba de darle vueltas. La planteó justo cuando Samantha Lightbody se disponía a colgar.

—Solo por curiosidad: ¿no habrá visto usted, por casualidad, mi aparición de la semana pasada en *El ángulo humano*?

—Me da vergüenza admitirlo —respondió ella—, pero me temo que me la perdí.

—¿Hay alguien en el programa que la haya visto?

—No estoy segura. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada —dijo Dyson—. Nada en absoluto.

Aquella mañana, Dyson apenas tuvo tiempo para pasearse por la oficina y aleccionar a Bob sobre la importancia de la televisión. Pero, aun así, se sentía en plena forma. Aunque Bob estuviera demasiado ocupado para darse cuenta, Tessa también estaba allí; intentaba no estorbar a nadie mientras escribía una carta a sus padres. Dyson decidió dirigir hacia ella su excedente de buen humor.

—Es usted incorregible, monseñor. Lo sabe, ¿verdad?—dijo al teléfono—. Tendré que ir a visitarle con un enorme palo si el texto no está listo para mañana.

Y le hizo una mueca cómica a Tessa, para darle a entender lo que realmente pensaba de los obispos. Ella se ruborizó.

La mirada de Bob también se cruzaba con la de Tessa cuando le tocaba hablar por teléfono, pero desviaba rápidamente la vista. La joven comprendía que Bob se sintiera avergonzado porque ella estaba ocupando el escritorio del viejo Eddy Moulton; allí era donde su excompañero había reclinado la cabeza para morir. Tessa se había colocado allí porque Dyson la había invitado a hacerlo, y la había invitado porque no había ningún otro sitio en el que sentarse. Pero cuando ella vio la expresión que reflejaba la cara de Bob, se levantó de inmediato, ruborizada, y cruzó la oficina como si estuviera buscando algo. Se quedó un rato junto a la ventana, mirando hacia abajo. Vio cómo un individuo con aspecto de vagabundo avanzaba por Hand and Ball Court tocando las paredes, mientras intentaba evitar el contacto visual con el resto de los transeúntes. Comprendía lo que aquel hombre debía de estar sintiendo, y se compadeció de sus esfuerzos. Cuando le pareció que ya no podía seguir mirando por la ventana de forma que su curiosidad pareciese natural, se volvió y comenzó a inspeccionar los

deteriorados ejemplares para reseñar que se habían ido acumulando durante años en las estanterías de la oficina: «¡Lleva tu coche al norte de África!», «¡Pensamiento activo hacia una vida dinámica y saludable!», «Rudimentos prácticos para trabajar la madera», «¿Deuda nacional o duda nacional? La conjura de los banqueros al descubierto». Tomó un par de ellos y se puso a hojearlos, intentando convencerse a sí misma de que los estaba leyendo. Pero las palabras y su significado huían de ella, como un banco de peces, a medida que insistía en avanzar, y lo único que consiguió fue sentirse aún más incómoda. Bob y sus amigos daban por sentado que cualquier persona tenía a sus espaldas una enorme cantidad de lecturas. Ella nunca conseguiría ponerse al día, nunca.

—Tessa, Tessa, Tessa —dijo Dyson en tono jovial. Colgó el auricular y volvió a marcar otro número—. Siéntate y ponte cómoda. No soporto a la gente que se pasa el tiempo caminando de un lado a otro de la oficina.

—Lo siento —se excusó ella. Se ruborizó y volvió a sentarse en la silla de oficina en la que había muerto el viejo Eddy.

—¿Estás bien, Tess? —le preguntó Bob entre llamada y llamada.

—Sí —respondió ella—. De todos modos, voy a marcharme enseguida.

—¿Ah, sí? Muy bien.

—Solo quería saber si te parece bien que vaya contigo al funeral del señor Moulton.

La cara de Bob palideció.

—¿Hola? —le dijo al auricular—. ¿Hablo con el canónigo Morley? Llamo de la oficina del señor Dyson. Mire, sobre el texto que nos ha dictado por teléfono..., cuando dice «Tan solo sé que tengo una *faz* profundamente satisfactoria, que irradia un fulgor superior a cualquier resplandor de este mundo...», ¿no querrá decir «fe»? Y cuando dice «... así es como Él manifiesta Su deseo *de vino...*», usted...

—Bob —insistió Tessa, una vez que él hubo colgado el auricular—, ¿quieres que vaya al funeral o no?

—Eso depende de ti —respondió Bob. Los dos cuchicheaban sin alzar la voz, para no molestar a Dyson, que seguía al teléfono.

—Iré si quieres que lo haga.

—De acuerdo.

—¿Crees que voy vestida de forma adecuada? Esta es la ropa más oscura de entre toda la que me he traído.

Bob se pasó la mano por el pelo.

—Tú quieres ir, ¿no? —preguntó, dubitativo.

—Solo si tú quieres que vaya. Ni siquiera conocía al señor Moulton.

—Si prefieres no ir, no tienes por qué hacerlo.

—Pero, dime, ¿qué es lo que quieres tú?

El teléfono de Bob sonó. Mientras él respondía, Dyson, que estaba sentado esperando a que alguien respondiese al otro lado de la línea, cubrió el auricular con la mano y preguntó:

—¿Vas a ir al funeral, Tess?

—Justo le estaba preguntando a Bob si él cree que debo ir.

—¿Y por qué no? Los funerales son divertidos. Bueno, tal vez «divertido» no sea la palabra más adecuada en este caso. Pero el lenguaje que se usa en misa es maravilloso: «El hombre nacido de mujer no posee más que una breve vida, llena de sufrimiento...». ¿Hola? ¡Hola! ¿Hablo con sir William?

Bob colgó.

—Lo que pasa... —dijo en tono dubitativo— es que si todo el mundo empieza a llevar a sus novias a los funerales...

—Bob, no quiero avergonzarte de ninguna de las maneras.

—No es eso. Pero es que, si, de repente, todo el mundo empezara a llevar a sus novias...

—Muy bien; entonces no iré.

—Quiero decir que, por lo que a mí respecta, no habría ningún problema. Pero, de alguna manera, no me parece que sea exactamente una reunión social...

Tessa dobló la carta que tenía a medio escribir y se la guardó en el bolso.

—Si alguna vez quieres que te acompañe a alguna parte, Bob, no tienes más que decirlo. La verdad es que me da igual ir o no ir. Para empezar, ni siquiera habría venido a la oficina si no me lo hubieras pedido.

—No, si me alegro mucho de que hayas venido... Pero no te irás ahora, ¿verdad?

—He pensado que podría ir de compras o visitar la catedral de San Pablo.

—Bueno, si es lo que te apetece... Pero no te sientas de ningún modo...

El teléfono de Bob sonó. Dyson colgó el suyo al poco rato y, mientras Tessa miraba a su alrededor en busca de sus guantes, le dijo:

—Se me ha ocurrido una idea. Pareces un poco perdida, como si no supieras muy bien qué hacer. ¿Qué te parecería convertirte en periodista durante una hora, ponerte con los archivos y copiarnos un par de columnas de «En tiempos de antaño»? Nos ayudarías a salir de un terrible aprieto.

Cuando Bob colgó el teléfono, Tessa ya estaba hojeando aquellas páginas amarillentas y de bordes destrozados, en busca de la fecha correspondiente.

—Creía que me habías dicho que te ibas —comentó él.

—John me ha pedido que lo ayudara con una cosa antes de marcharme.

—Ya veo.

—¿No te importa, Bob?

—Claro que no. ¿Por qué iba a importarme? Lo que hagas es asunto tuyo. No tiene nada que ver conmigo.

Dyson había venido al trabajo en coche especialmente para la ocasión. Todos los que almorzaron aquel día en el Gates le pidieron que los llevara al funeral. Con seis orondos periodistas a bordo —bien llenos, además, de cerveza y bocadillos—, Dyson apenas tenía espacio para girar el volante o manejar la palanca de cambios sin clavarle el codo en el estómago a Ted Hurwitz.

—Quizá haya sido mejor para Tessa no haber venido —señaló Bill Waddy.

—Podría haberse sentado en mi regazo —comentó Gareth Holmroyd.

—¡Y que lo digas! —respondió Ted Hurwitz.

—Me ha parecido una chica muy agradable, Bob —comentó Gareth Holmroyd.

—¡Y que lo digas! —respondió Ted Hurwitz.

Laurence Evenden se puso la mano delante de la boca y eructó.

—Lo siento —dijo.

Dyson bajó a segunda accionando con brusquedad la palanca de cambios,

y el coche se detuvo en seco frente a un semáforo.

—El caso —explicó— es que un periodista ya debería estar especializado en algo al cumplir los cuarenta. Esa es la razón de que me guste tanto esta propuesta de la bbc. Me parece que ya me aceptan como a un integrante asiduo de la plantilla televisiva. ¿Entendéis lo que quiero decir?

—El semáforo está en verde —señaló Ted Hurwitz.

Dyson mantuvo pisado el embrague y el coche arrancó con un tremendo tirón, lo que provocó que algo duro y pesado cayera de la guantera, golpeará a Bill Waddy en una de las rodillas y desapareciera rodando bajo el asiento delantero.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó Bill Waddy, mientras se frotaba la rodilla—. ¿Qué ha sido eso?

—El caso —continuo Dyson— es que no creo que uno pueda pasarse la vida entera llevando bártulos de acá para allá sin acabar rompiéndose la espalda. ¿Veis adónde quiero llegar?

—Creo que estás en el carril equivocado —murmuró Bill Waddy.

Dyson giró el volante hacia la izquierda, y luego, bruscamente, hacia la derecha, para evitar un camión que intentaba adelantarlo por el interior.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¡la de lunáticos con los que se encuentra uno en la carretera hoy en día! Disculpad que insista tanto en el tema de la bbc, pero es que me parece importante.

Laurence Evenden eructó.

—Lo siento —dijo.

Se sentían como si estuvieran de vacaciones, atravesando en coche los barrios residenciales durante la tarde de una jornada de trabajo. De vez en cuando el sol salía de entre las nubes e iluminaba a mujeres que iban por la calle empujando cochecitos de bebé o sillitas para niños.

—Ahí está el restaurante Royal Oak —dijo Bill Waddy—. ¿Te acuerdas de la que se armó ahí en 1947, Gareth, cuando al encargado se le cruzaron los cables y se pegó un tiro en el reservado? Usó una pistola de bengalas, una Verey del antiguo Ministerio de la Guerra. Y luego se puso a lanzar llamadas de socorro a través de la ventanilla por la que servían las comidas, disparando a todo el que se acercaba...

—Es verdad —respondió Gareth Holmroyd—. Entonces tú estabas en el *Mail*, ¿no, Bill? Tú y yo fuimos a cubrir la noticia. Y también estaban Freddie Samuelson del *Express*, y Walter Edgworth del *Mirror*...

—¿Sabías que el bueno de Walter ha muerto?

—¡No! ¿En serio? ¡Pobre Walter!

—Sí, se fue a un periódico de algún sitio de África Oriental y pilló una de esas enfermedades que tienen por allí.

—¿Qué vas a hacer ahora que el pobre Eddy ya no está, John? —le preguntó Laurence Evenden—. ¿Crees que te traerán a alguien nuevo?

—*Necesito* que venga alguien nuevo. Tal y como estaban las cosas, ya tenía a mi cargo más de lo que podía abarcar. Y parece que ahora, además, tendré que acudir a eventos televisivos con bastante regularidad.

—Sabes que Harry Stearns quiere endosarte también el «Horario de encendido de las farolas» y las «Fases de la luna», ¿no, John? —dijo Gareth Holmroyd.

—Lo sé. No puedo con todo; no sin que me asignen más personal. Ya se lo he dicho al director.

—Charles Baker está intentando deshacerse de la sección de «Tráfico de navíos» —comentó Ted Hurwitz—. Apuesto a que, al final, conseguirá endilgársela al pobre John.

—No lo hará —dijo Dyson—. No puede. Porque yo no doy abasto.

—Ya intentó endosármela a mí —señaló Gareth Holmroyd—. Le dije que creía que John Dyson era el hombre apropiado para ese trabajo.

—Pues no lo soy —dijo Dyson.

—Seguro que John encuentra la forma de sacar adelante esa sección —afirmó Bill Waddy—. ¿Por qué no cambias de marcha, John? Estamos casi parados.

Bob, que había permanecido en silencio desde el principio del viaje, estrujado en el asiento trasero entre Gareth Holmroyd y Laurence Evenden, suspiró con aire meditabundo.

—Se me hace extraño pensar que estamos de camino al funeral del pobre Eddy —comentó.

—Mirad, Dancy Street —dijo Bill Waddy—. ¿No fue aquí donde el

encargado de una panadería se puso un turbante, fue diciendo por ahí que era un potentado de no sé qué país de Oriente y convenció a media docena de mujeres de que se unieran a su harén? Creo que fue en el cuarenta y nueve.

—En el cincuenta y uno —lo corrigió Gareth Holmroyd—. El viejo rey murió al día siguiente y acaparó todos los periódicos, dando al traste con la otra historia. Y ahí está el almacén de la casa de subastas Holt's. ¿Os acordáis de lo que le pasó? Unos niños con fuegos artificiales dispararon un cohete a través del tragaluz y prendieron fuego a todos los muebles. ¿Recordáis quién cubrió esa historia? Jimmy Mulholland, del *Guardian*. Ahora trabaja como relaciones públicas para la Junta Nacional del Carbón.

—No —dijo Ted Hurwitz—. ¿No lo sabías? Murió.

—¡No!

—El verano pasado, de cáncer de pulmón. Me encontré con su hermano en el Cock hace un par de meses.

—¡Vaya! ¡Quién lo hubiera pensado! Tan alto y tan fornido como era... ¡Pobre Jimmy!

—Volviendo a lo de antes... No puedo evitar pensar —comentó Dyson— que la televisión es más adecuada para mí, que es mi *métier*. Estoy convencido de que uno puede presentar sus ideas de forma más convincente y precisa cuando las expresa en el momento, teniendo a mano todos los recursos de la conversación.

—¡Pobre Jimmy! —repitió Gareth Holmroyd.

—Es extraño —dijo Bob, saliendo otra vez de su mutismo—. Estaba pensando que el pobre Eddy habría disfrutado de este viaje que estamos haciendo juntos, ¿sabéis?

—No creo que hubiera disfrutado yendo a su propio funeral, Bob —respondió Laurence Evenden—. No era tan morboso.

—No es eso lo que quería decir...

—¿Te acuerdas del funeral de Basil Merriman, Gareth?—preguntó Bill Waddy—. Estaba cayendo una buena tormenta de nieve, y nos perdimos vete tú a saber dónde, más allá de Aylesbury.

Dyson dio un volantazo para esquivar un boquete que había en la calzada,

pero solo logró meterse en él de lleno. La ventanilla de Bill Waddy se bajó con gran estruendo.

—No te preocupes —lo tranquilizó Dyson—. Pasa muy a menudo. Cierra y sujétala con esa cuña de papel.

Laurence Evenden eructó.

—Lo siento —dijo.

Tessa se pasó toda la tarde sentada en la mesa de Bob, en la oficina vacía, frente a una pila de periódicos antiguos, mientras intentaba terminar el trabajo que Dyson le había asignado. No le resultaba fácil; no era una gran lectora. Trabajaba de forma intermitente; de vez en cuando se levantaba y se dirigía a la ventana para observar cómo la pálida luz del sol aparecía y desaparecía sobre las molduras y cornisas de las oficinas que había al otro lado de Hand and Ball Court. En un determinado momento, se dio cuenta de que, desde una ventana del piso superior, dos jóvenes en mangas de camisa la miraban. Le sonrieron y la saludaron con la mano. Ella volvió al escritorio a toda prisa, sonrojada.

En la oficina vacía todo era calma y silencio. De vez en cuando sonaba alguno de los teléfonos, y Tessa contenía la respiración hasta que el imbre paraba. A veces aparecía algún que otro recadero, revisaba las bandejas de envíos vacías y volvía a marcharse sin decir palabra. Otras dejaba papeles en el escritorio que había detrás de ella: rollos de galeradas o páginas húmedas y dobladas.

—Gracias —decía ella, sin atreverse a mirarlos a la cara.

Pero durante la mayor parte del tiempo, lo único que le recordaba el mundo exterior eran los sonidos remotos que no hacían más que enfatizar el propio silencio de la habitación: el murmullo del tráfico en Fleet Street, una máquina de escribir en la que alguien tecleaba, las risitas de un grupo de jovencitas, el ruido que causaban las botellas de leche al caer, el silbido de un chico...

Examinó los cajones del escritorio, deseosa de explorar incluso los detalles más nimios de la vida de Bob. Encontró una bolsa de papel en la que

quedaban dos *toffees*; un libro sobre Birmania, con una página de notas escritas por él en el interior; folios polvorientos que empezaban a amarillear; hojas de papel carbón arrugadas; cintas para máquina de escribir caducadas; una vieja pipa de brezo, ya gris por los años —que quizá había dejado allí alguno de los anteriores ocupantes de la mesa—; un polvoriento zapato marrón, con un agujero; tres cuchillas de afeitar oxidadas; un ejemplar de la revista *Queen*; una carta que ella le había escrito...

La abrió y se puso a leerla. «Mi queridísimo y adorado Bob —empezaba—, recibe una infinidad de besos y abrazos de tu Tessa, que te idolatra como una loca, porque hoy brilla el sol y sé que mañana recibiré una carta tuya, y porque, de todos modos, lo único que deseo es mandarte una infinidad de besos y abrazos...»

Se tapó los ojos con la mano, demasiado avergonzada como para seguir leyendo. ¿Cómo había podido escribir aquello? ¿Cómo? Era como encontrarse con una vieja y embarazosa fotografía de sí misma. La carta estaba fechada cuatro semanas antes. Le parecía que hubieran pasado cuatro años. Sentía que había cambiado por completo desde que la escribió y, sobre todo, durante los tres días que había pasado en Londres.

¿Cómo le escribiría a Bob, a día de hoy? Apoyó los brazos sobre la pila de periódicos viejos, manchándose las mangas de polvo gris, mientras miraba por la ventana al cielo, que, en retazos de azul pálido, aparecía y desaparecía entre las nubes, sobre los tejados de los edificios. «Querido Bob», así empezaría su carta. Nada de encabezados recargados ni efusivos. No, ni siquiera eso. La comenzaría con un simple «Bob». «Bob, ahora entiendo que nada en la vida es tan fácil como parece a primera vista, y que estar enamorada es algo que puede causar un tremendo sufrimiento. Ya lo sabía antes, por supuesto. Pero creía que no se trataría más que del dulce dolor de la añoranza, de la dulce incertidumbre de lo que “puede llegar a ser”. Pero ahora veo que la dulzura desaparece y que todo lo que queda es un dolor ordinario y nada inspirador: el de la sensación de carencia, de vergüenza, de humillación. Me has hecho mucho daño en los últimos tres días, y creo que me harás aún más en los que están por venir. Es evidente que no me quieres mucho. Quizá no me quieras nada en absoluto. ¿Y por qué deberías, la

verdad? Ahora veo que soy completamente inadecuada para ti. Lo único que hago es malinterpretar lo que dices y echarme a llorar. Pero tú nunca tendrás la fortaleza necesaria para poner fin a nuestra relación; eres *tan débil*, Bob, que hasta me da vergüenza. Y, al final, tendré que ser yo la que tome la decisión, la que ponga fin a lo nuestro. ¡Qué terrible responsabilidad la que cargas sobre mis hombros! Sé que la voy posponiendo día a día porque me compadezco de mí misma. Y es que, pese a todo, tú estás presente en cada uno de mis pensamientos. Vaya a donde vaya..., ahí estás tú. Doy vueltas a tu alrededor, aturdida y desgraciada, con los ojos fijos en ti, y todo en vano. ¡Mira la carta que te he escrito! Guardo todo esto dentro de mí, para que no lo veas nunca, para que ni siquiera lo puedas intuir...»

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos y resbalaron por sus mejillas. Se levantó y se paseó por la oficina. Se odiaba por compadecerse de sí misma. Miró por la ventana, releyó con atención los títulos de todos los libros de la estantería, desde «¡Lleva tu coche al norte de África!» hasta «¿Deuda nacional o duda nacional? La conjura de los banqueros al descubierto», y dejó de llorar. Se sentó otra vez y volvió a los periódicos antiguos. El teléfono siguió sonando de vez en cuando; los recaderos siguieron apareciendo. En un par de ocasiones, asomaron cabezas por la puerta para preguntar si «La meditación del día» ya estaba lista, o si sabía que la página doce medía cuatro pulgadas menos de lo normal.

—Lo siento —les respondía Tessa a las cabezas, manteniendo la mirada apartada de ellas—. El señor Dyson y el señor Bell están en el funeral. Yo no trabajo aquí.

—Ya veo —replicaban las cabezas, aunque no veían nada, y se retiraban con gesto indeciso.

La única persona que apareció y se quedó durante algo de tiempo más no dijo ni una palabra. En cierto momento, Tessa cayó en la cuenta de que una cara rojiza y llena de manchas la observaba, y de que la mitad derecha de un cuerpo voluminoso y de corta estatura estaba encajada en la jamba de la puerta, dejando a la vista una rodillera y una codera raídas. Cuando Tessa levantó la vista hacia él, aquel hombre sonrió con timidez y asintió con la cabeza. Ella le comentó dónde estaban Dyson y Bob, y él volvió a asentir y

sonreír, como si ya lo supiera. Después se quedó mirando un rato por la ventana, parpadeando con aire ausente.

—¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó Tessa, cada vez más inquieta ante aquella silenciosa presencia—. Bueno, a decir verdad, no trabajo aquí. Es decir, ahora mismo sí estoy trabajando. Pero este no es mi puesto ni mi lugar de trabajo.

El hombre asintió y sonrió.

—En realidad, solo estoy esperando a Bob —dijo ella—. Soy su... su prometida.

Se ruborizó al decirlo. Pero se sentía obligada a darle alguna explicación a aquel hombre.

El desconocido asintió y sonrió de nuevo; esta vez, de forma más alentadora. Después, con otra sonrisa —ahora, con aire de despedida—, salió despacio, desenchajándose de entre el marco y el batiente de la puerta. Tessa oyó cómo respiraba durante largo rato al otro lado del umbral, como si estuviera intentando reunir el valor necesario para volver y decir algo.

Era mucha la gente que llevaba veinte años trabajando en el periódico y nunca se había encontrado cara a cara con el director.

* * *

Dyson observaba la ventana oriental de la capilla del crematorio con el ceño fruncido. Intentaba concentrarse en aquellos radiantes haces de luz y en una continua contemplación de la muerte. Luces, flores, objetos de bronce, entonación solemne y, en el féretro, los restos ya en descomposición de un hombre que, desde el momento en que Dyson se había hecho cargo de la sección, había ocupado cada día el escritorio de la esquina de su despacho. El pobre Eddy no había sido más que una maraña de frágiles circuitos eléctricos que estaban conectados para generar pensamientos, recuerdos, dolores y somnolencia, como una pizarra en la que se traza con tiza el teorema del binomio o la historia de la cuarta cruzada. Ahora, aquellas leves diferencias de potencial eléctrico habían desaparecido, igual que desaparece

la tiza de la pizarra cuando se usa el borrador al final de la clase. Al pobre Eddy lo habían borrado por completo. Dyson intentó visualizar unas minúsculas partículas de tiza que, al usar el borrador, volaban por el aire, colmaban el ambiente, se posaban en la superficie de los objetos brillantes, total y eternamente desprovistas de teoremas o cruzadas, o de cualquier huella perdurable de ese tipo de cosas.

Había una docena de familiares entre los asistentes sentados en los bancos delanteros de la iglesia: mujeres de rizos grises que llevaban gafas ligeras; un anciano apoyado en un bastón, con la cabeza proyectada hacia delante sin llegar a rellenar el cuello del abrigo, como una tortuga; un niño en edad escolar con una gabardina militar de color azul marino que sujetaba en la mano un gorro granate. Mujeres con abrigos de *tweed*, hombres con abrigos oscuros de lana *melton*... Todos parecían tener más de abrigo que de persona; parecían el tipo de gente cuya personalidad no es lo bastante fuerte como para imponerse a su ropa de calle. Dos de los abrigos de señora estaban sollozando y sonándose la nariz con infinita discreción. «Tengo un nudo en la garganta —pensó Dyson—. Lo tengo, sin duda alguna. Me invade una profunda y solemne tristeza. Sí, sí, estoy sobrecogido por la conciencia de la mortalidad. ¿La *conciencia*? ¿O la *sensación*? ¡Ay, Dios, a veces incluso los propios pensamientos necesitan un editor! Más bien parece una *conciencia*, enclavada entre estas flores, estos penetrantes haces de luz, entre las frases solemnes del sacerdote y el indiscutible nudo que tengo en la garganta.» La lectura pertenecía a la Primera epístola a los corintios: «Si por motivos humanos luché en Efeso contra las bestias, ¿qué provecho saqué? Si los muertos no resucitan...». ¡Qué palabras! ¡Qué sonoridad! ¡Cómo rompían, como un océano oscuro ribeteado de plata, contra esta orilla de abrigos tan poco prometedora!

«Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido devorada en la victoria.» «Sí —pensó Dyson—. ¡Al oír esto siento un escozor en el interior de los párpados! ¡Al oírlo me siento casi a punto de llorar! Y, con todo... ¿de verdad creo que el pobre Eddy se vestirá de inmortalidad? ¿No es terrible que lo que me causa ese escozor en

el interior de los párpados no sea la muerte del viejo Eddy, ni siquiera la idea de la mortalidad humana en general, sino unas simples pinceladas de retórica? Las aliteraciones, las repeticiones, la sonoridad... son algo que no tiene un significado *real* para mí. ¡Me conmueve más el estilo literario que lo que describen las palabras!

»Ese nudo que tenía en la garganta..., ¿dónde está? Dios mío, ¿acaso se me ha olvidado cómo el pobre Eddy, sentado en su escritorio de Hand and Ball Court el último día de su vida, estuvo hablando de los tiempos pasados, los más importantes para él, y nadie le prestó atención? ¿Se me ha olvidado que a nadie le importaba, que nadie lo conocía en realidad? ¿No provoca eso que vuelva el nudo a la garganta, si uno lo piensa bien? Sí, ¿verdad? ¿Y acaso no es conmovedor ver a todas estas personas afectadas por la muerte del pobre Eddy? Lo bastante afectadas, por lo menos, para dejar sus trabajos diarios y venir aquí para escuchar que la trompeta sonará y el pobre Eddy se alzará incorruptible de entre los muertos?» Era angustioso pensar en el sufrimiento que debía de haber en el interior de aquellos abrigo. Y en los corazones de algunas de las personas más importantes y reputadas de la oficina, como Gareth Holmroyd y Laurence Evenden. Y en el corazón de ese hombre, cuya cara le resultaría familiar a cualquiera, pues era una cara que, sin duda, los asistentes de los bancos delanteros reconocerían si se girasen, por haberla visto en las pantallas de sus televisores...

«Pero yo *sí* sentí algo en ese terrible momento en el que miré al otro extremo de la oficina y me di cuenta de que el pobre Eddy estaba muerto; sentí algo, claro que sí. Me sentí asustado, físicamente asustado. ¿Y qué más? Sentí incredulidad, y cierta indignación ante el hecho de que aquello me estuviera ocurriendo a mí. Sí, claro que sentí *algo*.»

Y cuando el sacerdote entregó el cuerpo del pobre Eddy a las llamas, Dyson sintió algo más. Porque el ataúd empezó a desviarse hacia los lados, despacio, como si lo empujase una fuerza invisible. Y así siguió hasta llegar al muro de la capilla. Allí se abrió una trampilla y, entre sacudidas irregulares, el hombre nacido de mujer desapareció entre bastidores. Dyson se quedó anonadado por la vulgaridad de todo aquel espectáculo. ¡Que el pobre Eddy hubiese llegado a eso! ¡Que desapareciese de la vista así,

arrastrado entre sacudidas fuera del escenario por la maquinaria teatral, como el barco de cartón en *Dick Whittington!* Dyson casi se esperaba que volviese a aparecer, dando sacudidas, para que se repitiera la primera colecta. Habría sido distinto si en vez de por una trampilla hubiese salido por la puerta del horno crematorio; o si hubieran sido operarios humanos los que transportasen el ataúd; o si se hubiera desplazado con suavidad, como si lo moviese la mano de Dios o alguna irresistible fuerza física. Pero así... Así, Dyson había sentido una verdadera conmoción, y después, una segunda, al pensar en la primera y caer en la cuenta de que la vulgaridad lo horrorizaba más que la muerte.

Con gran discreción, los abrigos de los bancos delanteros se sonaron la nariz. Con gran discreción, Laurence Evenden dejó salir el exceso de gas que le presionaba el duodeno. Con gran discreción, Dyson bostezó, forzando los músculos para hacerlo con la boca cerrada. Volvió a bostezar sin poder evitarlo, ocultando el gesto con la lista de los rezos y cánticos que le habían dado antes del servicio religioso. «Dios mío —pensó—, sí que tengo que dejar de tomar esa cerveza en la comida.»

Reg Mounce irrumpió en el departamento de Dyson dando una patada en la puerta.

—¡Ah, eres tú! —le dijo a Tessa, mientras registraba la oficina con una mirada agria—. Esos dos están en el funeral, ¿verdad?

Dudó, y miró con el ceño fruncido la hoja que traía en la mano.

—Esto me lo ha enviado uno de esos dos amiguitos tan listos que tienes, ¿a que sí? —preguntó, arrojando el papel ante ella. Tessa lo recogió y lo leyó.

«Del director a R. Mounce. PRIVADO Y CONFIDENCIAL.

No tengo constancia de haber recibido respuesta suya al memorando que le remití a día 12 del presente mes, relativo a su talento y a su lugar correspondiente en esta oficina. Dado que se trata de un asunto de suma importancia, me pregunto si le supondría un problema volver a remitirme su respuesta, indicando en particular si las gestiones que está

usted realizando le permitirán dar comienzo a sus actividades en una fecha más temprana de la que, de otro modo, cabría esperar. Algunas de las gestiones que yo debo realizar dependen, naturalmente, de eso.

Confío en que esas gestiones que está usted realizando se desarrollen de forma satisfactoria.»

—Es una broma, ¿verdad? —preguntó Mounce con aspereza.

—No lo sé, me temo. Parece un comunicado del director.

—«Uy, si parece un comunicado del director» —repitió Mounce, con ironía.

—Aquí pone que es él quien lo envía.

—«Uy, si pone que es él quien lo envía.» En el último también ponía lo mismo. ¡Pero no era verdad! No son más que un montón de gilipolleces enviadas por algún idiota. ¿Y toda esa chorrada sobre las «gestiones que estoy realizando»? ¡Menuda gilipollez!

—¿Ah, sí? —respondió Tessa, que empezaba a plantearse que su interlocutor tal vez tuviera razón. Intentó concentrarse en la expresión «las gestiones que está usted realizando». Bueno, «gestionar» era lo mismo que «disponer». Y «disponer» equivalía a..., bueno, pues a «gestionar». Aunque tenía la impresión de que las palabras habían pasado por su cabeza sin dejar tras de sí ningún poso ni significado...

—Sí, ¿verdad? —replicó Mounce—. En este periódico no se le pide a nadie que realice ningún tipo de gestión, ¿a que no? ¿Has oído que alguna vez se le haya pedido a alguien de esta oficina que «realice gestiones»?

—Pues no...

—Así que, evidentemente, esto es una sarta de gilipolleces. Todo el mundo opina lo mismo. Al fin y al cabo, esto no es el *Express*. —Le quitó la nota a Tessa y se puso a leerla otra vez, mientras se frotaba la barbilla con cierta inquietud—. Entonces, tú no crees que esta sea una carta del director, ¿verdad?

—Para ser sincera, no tengo ni la más remota idea.

—O sea, es justo el tipo de chorrada que el director escribiría. «Las gestiones que está usted realizando» es la típica frase estúpida con la que él

se expresaría...

—Creía —apuntó Tessa con timidez— que acababa de decir usted que en este periódico no se le pide a nadie que realice ningún tipo de gestión...

—No, pero lo que quiero decir es que, *si* se le pidiera a *alguien* que realizara *algún tipo* de gestión, es justo así como el gilipollas del director lo expresaría. —Mounce levantó la nota para observarla a contraluz, como si buscara en ella alguna filigrana—. Me pregunto... —añadió en tono pesimista—. Vaya, ahora me has hecho dudar.

—Supongo que podría usted llamar a la secretaria del director y preguntárselo... —sugirió Tessa, vacilante.

Mounce la miró sin verla, mientras sacaba hacia fuera el labio inferior.

—Supongo que podría hacer eso, sí...

Volvió a leer la nota, con el ceño fruncido. Luego se acercó a la ventana y se quedó mirando Hand and Ball Court durante largo tiempo, arrugando el entrecejo y sacando el labio inferior alternativamente.

—Sí, supongo que esa sería una de las posibles maneras de hacer frente a esta situación... —comentó.

Repasó otra vez el papel mientras intentaba sacarse con un dedo un molesto trozo de comida que se le había quedado incrustado entre las muelas. Después se encaminó hacia la puerta a paso lento, sin dejar de leer la nota ni de hurgarse entre los dientes.

—Lo tendré en mente —dijo en tono abatido, sin volver la cabeza, mientras salía.

—Hola —saludó Bob a Tessa al volver a la oficina a la par que le tendía una bolsa de caramelos—. Toma un mentolado. ¿Qué tal ha ido todo por aquí?

—Bien. ¿Qué tal ha estado el funeral?

—Estupendo.

Bob revisó el correo y los mensajes que había sobre su mesa. Al momento sacó de entre ellos un pequeño sobre de color marrón, dirigido «Al señor don R. Bell».

—¡Ay, Dios! —dijo—. Tengo una nota del director.

Rompió el sobre y leyó:

«Del director a R. Bell. PRIVADO Y CONFIDENCIAL.

Felicidades.»

—¿Qué pone?— preguntó Dyson—. Estás pálido como el papel.

Bob sacudió la cabeza con cara de no entender nada.

—Tan solo dice «Felicidades». Pero ¿por qué, por el amor de Dios?

Dyson se quedó pensativo durante un instante, y después se echó a reír.

—¿Pues por qué va a ser, hombre? —respondió, en tono de reproche—. ¡Por tu *compromiso matrimonial!*

Una mañana en la que Bob llegó a la oficina antes que Dyson, se encontró con un hombre al que no había visto nunca antes. Estaba trabajando en la mesa del pobre Eddy. A grandes rasgos, tenía el aspecto de un individuo de mediana edad. O eso parecía indicar su cara, extremadamente pálida y aseada con una pulcritud fuera de lo normal. Tenía una mandíbula que parecía estar rellena de carne extra y un pelo marrón y lacio cepillado sin brío, que dejaba adivinar la forma de la cabeza. Pero su vestimenta parecía propia de una persona joven: llevaba una chaqueta muy oscura de cuatro botones que dejaba a la vista un triángulo de camisa de color canela oscuro, la tira de una corbata de ante negro y como pulgada y media del puño de la camisa. Sus ojos eran neutros y parecían no tener edad.

—Hola —saludó, y volvió a concentrarse en su trabajo.

—Hola —respondió Bob.

Se quitó el abrigo y se sentó en su escritorio, sin dejar de mirar al desconocido. Le parecía que debería hacerle algunas preguntas sobre por qué estaba allí —y, en especial, sobre por qué se había sentado en el escritorio del pobre Eddy—. Pero todo parecía indicar que aquel hombre tenía todo el derecho —tanto como él mismo, si no más— a estar en aquel lugar. Además, Bob se acobardaba ante la perspectiva de plantar cara a un hombre de mayor edad. Sin quitarle los ojos de encima, abrió el cajón de su mesa y lo recorrió con la mano hasta encontrar un *toffee*. El hombre seguía trabajando. Estaba escribiendo algo a mano, con el papel colocado de forma transversal; su pluma redactaba una línea tras otra a gran velocidad. Tenía

la mano izquierda apoyada en el escritorio; en el meñique lucía un anillo de plata con una gran piedra marrón y sostenía un cigarrillo entre el dedo índice y el corazón, del que se elevaba una fina línea vertical de humo azulado. Las puntas de sus dedos tenían una pálida tonalidad ambarina, mientras que el resto de la mano era blanca como el mármol y un poco carnosa. Mientras Bob la observaba, aquella mano realizó un súbito movimiento, como el de un prestidigitador que ejecutara uno de sus trucos. Puso la palma hacia abajo y, al volver a levantarla, había aparecido en ella, como de la nada, un paquete de cigarrillos americanos, uno de los cuales sobresalía de la caja y apuntaba en dirección a Bob. La mano derecha seguía escribiendo, imperturbable. El humo que salía de la izquierda se retorció, reptó por el aire dibujando curvas y recuperó la verticalidad anterior, convertido en una línea que parecía elevarse desde la parte inferior de la mano.

—¿Un cigarrillo? —preguntó el desconocido.

—No, gracias —respondió Bob.

—Me llamo Erskine Morris —se presentó el hombre, haciendo desaparecer la cajetilla de tabaco con la misma destreza con que la había hecho aparecer. Seguía escribiendo mientras hablaba. Se diría que estuviera trabajando en una especie de obra de teatro; por lo menos, eso le pareció a Bob desde su posición. Había tres nombres en el margen, todos ellos seguidos por dos puntos y una frase corta que terminaba en puntos suspensivos—. Soy el sustituto de Moulton.

—Ah, ya veo. Pues bienvenido a la sección. Yo soy Bob Bell.

—Muy buenas, Bob —dijo Morris, con un tono y un rostro totalmente inexpresivos. Aquel saludo desenfadado sorprendió a Bob. Se preguntó si se trataría de un inglés que fingía usos americanos o de un americano con acento inglés. ¿Era un joven americano con las características de un inglés de mediana edad, quizá? ¿O un inglés de mediana edad con las maneras de un americano de mediana edad? ¿O...? De repente, le vino otra idea a la mente.

—¿Sabe Dyson que formas parte del equipo?

—Dímelo tú, Bob.

—A mí no me ha comentado nada al respecto.

Morris seguía escribiendo en silencio.

—No creo haberte visto nunca antes por las oficinas —añadió Bob al final.

—No —dijo Morris.

—¿Acabas de llegar al periódico?

—Claro.

—¿Y dónde trabajabas antes?

—Estaba en la universidad.

Bob lo miró fijamente; mejor dicho, miró su nuca, porque Morris tenía la cabeza ligeramente vuelta hacia el lado para poder seguir escribiendo mientras hablaban. Su pluma seguía cruzando el papel de un lado a otro, a toda velocidad.

—¿Quieres decir que acabas de terminar la carrera? —preguntó Bob, intentando, con toda la educación posible, que su tono no reflejara su incredulidad.

—Claro.

—¿Pero que la *acabas* de terminar *de verdad*?

—El año pasado.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿cuántos años tienes?

—Veintidós.

La mano izquierda de Morris se estiró, dejando atrás su pulgada y media de puño de camisa, para apagar el cigarrillo a medio consumir que tenía en el cenicero. Luego, mientras la derecha seguía escribiendo, la izquierda conjuró de nuevo la cajetilla de tabaco, extrajo otro cigarrillo e hizo aparecer la llama de un mechero de butano que, de repente, sostenía entre los dedos. Bob seguía con la mirada cada uno de sus movimientos.

—¿A qué universidad fuiste? —preguntó.

—A Cambridge.

—¿Sí? Yo fui a Cambridge.

—Claro.

—Y John Dyson también fue a Cambridge.

—Claro, claro.

Morris parecía sentir una especial querencia por aquella expresión tan

desenvuelta. La administraba con un tono especialmente apaciguador; cada «claro», cada «claro, claro» era como una palmadita que se le da en la cabeza a un chiquillo inoportuno. A decir verdad, al hablar con él, Bob se sentía como un niño. Se dirigió a la ventana y contempló Hand and Ball Court. Algunas caras reconfortantemente familiares, como Gareth Holmroyd y Pat Selig, estaban llegando para iniciar su jornada de trabajo, siguiendo el trillado recorrido que atravesaba la plaza en diagonal, desde el final del Hand and Ball Passage hasta la puerta principal de la oficina. Parecían tan inocentes, tan poco sofisticados al lado de Morris... La comparación resultaba casi vergonzosa.

—¿Estás en el programa de prácticas que tiene el periódico para los recién graduados?

—Claro.

—Así es como entré yo en la empresa.

—¿Ah, sí?

Bob intentó imaginarse a Morris completando el programa de prácticas, acogéndose al fondo de pensiones y siguiendo durante treinta años —mañana y noche— la misma ruta que todos los demás, la que atravesaba Hand and Ball Court en diagonal. Por alguna razón, la imagen no le parecía muy plausible.

Erskine Morris...

—¡Qué coincidencia! —dijo Bob—. Tienes las mismas iniciales que el pobre Eddy Moulton.

—Claro.

—Te ayudaré a quitar del escritorio todas las cosas del pobre Eddy, para que puedas poner las tuyas.

—Gracias, Bob. Ya lo he hecho yo.

De regreso a su mesa, Bob echó una discreta ojeada por encima del hombro de Morris. La única página del manuscrito que alcanzó a ver empezaba así:

BENNY: Si Patrick dice que hay que acabar contigo, aca baré contigo, amigo. ¿Qué dices, Patrick?

VIEJO: ¡No! ¡No!

PATRICK: De acuerdo, acaba con él.

BENNY: ¿Lo ves, amigo? Voy a acabar contigo. Es lo que dice Patrick...

[La cámara se mantiene sobre el viejo en PCM, se acerca hacia sus ojos aterrorizados. Barrido hacia un PP del cuchillo que patrick lleva en la mano.]

—¿Qué has hecho con las cosas del pobre Eddy? —preguntó Bob.

—Oh, las he tirado a la papelera —respondió Morris.

Dyson y Morris empezaron con mal pie. Y eso que este, en todo un alarde de educación, había dejado de escribir mientras Bob los presentaba y se había sentado correctamente en la silla para mirar a su jefe de sección.

—Muy buenas, John —lo saludó, con un ligero asomo de benevolencia en el tono, como si fuera él quien estuviera recibiendo a Dyson en el equipo, y este llegase con un expediente carcelario a sus espaldas.

—Erskine acaba de aterrizar en el periódico. Está en el programa de prácticas para estudiantes recién graduados —informó Bob—. Parece que nos lo han asignado como sustituto del pobre Eddy.

Dyson estaba visiblemente irritado.

—No me han informado de nada de esto —dijo—. Creo que debe de haber un error. ¿Estás seguro de que te dijeron que vinieras a esta oficina?

—Claro —dijo Morris.

—Pues a mí no me han informado. Por supuesto que estaba esperando a que me mandasen a *alguien*. Dios sabe que *necesito* a alguien. ¡Pero a alguien *con experiencia*! Un aprendiz en periodo de prácticas no me sirve absolutamente para nada.

Dyson se quitó el abrigo y se dirigió a su mesa, con el ceño profundamente fruncido. Morris no respondió. Se llevó el cigarrillo a los labios, inhaló una bocanada, permaneció unos instantes en un silencio impasible y luego expulsó el humo por la nariz en dos columnas grises, tan imperturbables como él.

—Puedes quedarte en ese sitio de momento —dijo Dyson, mientras abría el correo que le había llegado a su bandeja de recepción—, mientras aclaramos este asunto, y mirar lo que hacemos. No tengo tiempo de ponerme a enseñarte cómo trabajamos aquí. Pero puedes aprender un par de cosas si nos observas. Supongo que todo es cuestión de tener suficiente experiencia. ¿Ha entregado Morley lo suyo, Bob?

El aludido negó con la cabeza.

—¡Por Dios! —exclamó Dyson, con los puños apretados—. ¡Por Dios, por Dios, por *Dios!* —Miró a Morris—. Esto es una casa de locos —le dijo—. ¿A qué universidad has ido?

—A Cambridge —respondió él. Bob observó que, cuando no estaba escribiendo ni fumando, Morris se quedaba sentado sin moverse en absoluto. Su inmovilidad era tan completa que el humo de su cigarrillo se elevaba en perfecta verticalidad, sin desviarse ni un ápice, hasta una altura de dos o tres pies por encima de su mano.

—¿En qué colegio universitario estabas?

—En el King's.

Dyson se quedó impresionado. Resultaba que aquel joven había cursado sus estudios en uno de los centros más reputados de todo el Reino Unido.

—Yo estuve en el Sidney —reconoció, en un tono de voz muy diferente. Por supuesto, pese a pertenecer a la misma universidad, el renombre de su antiguo colegio no podía compararse con el de Morris—. Vaya, vaya. Pues, de hecho, resulta que yo también llegué a este periódico con un contrato de prácticas. Esta sección no es un mal sitio donde recalar. Aunque, claro, no es nada *típica*. Eso sí, pensándolo bien, no creo que exista ninguna sección de ningún periódico a la que pueda tildarse de *típica*. Es un negocio extraño, este del periodismo.

—Claro —dijo Morris.

—Un contrato de prácticas te proporciona una buena introducción general a todo lo relacionado con este negocio. Probablemente te asignen a la sala de redacción durante los primeros seis meses; luego, otros seis al departamento de corrección; después, quizá otros seis al departamento comercial...

Se detuvo bruscamente a mitad de la explicación. Miraba con el ceño fruncido un papel que había sacado de un pequeño sobre marrón dirigido «Al señor don J. Dyson».

—Qué raro —comentó, malhumorado—. Pues sí que te han asignado a esta sección. Te envía el director en persona.

—Claro —dijo Morris.

—No sé por qué no me lo habían comunicado antes —protestó Dyson—. Tendrían que habérmelo consultado. El director sabe cuál es la situación de esta oficina.

—Claro, claro —dijo Morris, en tono apaciguador. Hizo aparecer otra vez, como por ensalmo, su cajetilla de tabaco—. Toma un cigarrillo, John, y dime lo que se supone que tengo que hacer.

* * *

Dyson encargó a Morris que se pusiera a copiar los extractos necesarios para la columna de «En tiempos de antaño». La opinión que le merecía su nuevo subalterno —y que había aumentado notablemente al oírle decir que había estudiado en el King's— había vuelto a descender a niveles mínimos. El hecho de haber pertenecido a un reputado colegio universitario quedó anulado por el hecho de haber tenido razón al decir que lo habían asignado a aquella sección.

Después surgieron algunas dificultades respecto a la forma en que debía copiar los extractos.

—Eddy siempre lo hacía a mano —dijo Dyson.

—Yo preferiría usar una máquina de escribir.

—Pues..., bueno..., supongo que podrías. Pero me temo que aquí no tenemos más que una.

—La usaré por ahora. Luego pediré que nos manden otra.

—Me temo que no podrás conseguir otra —dijo Dyson—. Tendremos que apañárnoslas con la que tenemos y compartirla. Pero es que el pobre Eddy escribía a mano, ¿sabes?

Morris se pasó toda la mañana mecanografiando. Aunque tecleaba solo con dos dedos, lo hacía a una velocidad increíble; movía el carrito de la máquina de escribir tan rápido como el desvencijado aparato se lo permitía. Trabajó sin tomarse un respiro, descansando apenas lo necesario para buscar un nuevo texto en los archivos o para recoger del cenicero su cigarrillo a medio fumar, apagarlo, encender otro y volverlo a dejar en el mismo sitio. Dyson parecía molesto tanto por el sonido de la máquina como por la neblina que iba formándose con el humo del tabaco. No dejaba de pasear la mirada entre el cenicero y la máquina de escribir, frunciendo el ceño. La presencia de Morris lo distraía incluso cuando hablaba por teléfono.

—Buenos días, sir William. Espero no molestarlo —decía, mientras dirigía una sonrisa servil a su lejano interlocutor. Entonces recordaba que Morris lo estaba observando; fruncía el ceño y se metía un dedo en el oído izquierdo para acallar el ruido de la máquina de escribir—. ¿Qué acaba de decirme, sir William? ¿Que estaba usted haciendo qué? —Entonces caía en la cuenta de que estaba sonriendo otra vez para complacer a su oyente, y giraba en redondo su silla de oficina para que Morris no pudiera verlo.

Pero cuando Morris dejó de mecanografiar, justo antes de la hora de comer, y volvió a sentarse en su sitio para repasar su trabajo, resultó que el silencio molestaba a Dyson aún más. Miró a Morris con reprobación, como si este se hubiera pasado toda la mañana holgazaneando.

—¿Qué tal vas? —le preguntó.

—Tengo lo necesario para cubrir la semana entera, John.

—¿Los sucesos de hace un siglo o los de hace cincuenta años?

—Todos.

—¿Y los de los cuartos de siglo y las décadas?

—Claro, claro.

—Déjame ver.

Morris grapó los papeles y los lanzó a la mesa de Dyson. Por alguna razón, este se había imaginado que su subalterno se las entregaría en mano y se quedaría de pie junto a él, esperando mientras se las corregía. Pese a todo, se puso a leerlos, con el ceño fruncido. Se había pasado la mayor parte de la

mañana con aquel gesto en la cara, exceptuando los momentos en que había estado hablando por teléfono con sir William Paice y el resto de la cuadrilla. Morris se encendió otro cigarrillo.

—Está bastante bien —dijo Dyson. Se esmeró en repasar con un poco de tinta un par de caracteres que habían quedado algo borrosos y alguna que otra mayúscula fuera de sitio, a falta de otra cosa que corregir—. Está muy pero que muy bien. Buen trabajo.

—¿Qué hago ahora, John? —preguntó Morris.

Dyson miró los papeles y se los pasó de una mano a otra mientras intentaba pensar.

—Redacta también el material para la próxima semana —dijo.

A la hora de la comida, Morris acompañó a sus dos compañeros de oficina al Gates. Bob lo había invitado a ir con ellos. Dyson recorrió todo el camino hasta allí con el ceño fruncido, y se separó de los otros en cuanto atravesaron la puerta.

—Cada periódico tiene su *pub* particular —explicó Bob—. El nuestro es el Gates.

—Claro —dijo Morris, repasando el local con su mirada indiferente.

—Bueno, algunos de la redacción van a El Vino o al Falstaff. Pero unos cuantos venimos aquí con bastante frecuencia. Puedes contar con que normalmente encontrarás aquí a Bill Waddy, sentado ahí frente al mostrador, y a Gareth Holmroyd rondando por esa zona de allí.

—Claro, claro —dijo Morris.

Bob le presentó a algunos de los habituales y Morris le pidió un Pernod a Bill Waddy, que era quien invitaba a aquella ronda. Todos se lo quedaron mirando por encima de sus medias pintas de cerveza. Él pareció no darse cuenta.

—¿Quién es ese payaso del fondo? —le preguntó a Bob en voz baja—. ¿Uno del equipo?

—¿Ese que está inclinado sobre el mostrador? Es Reg Mounce, el responsable de la sección de imágenes.

—Está borracho, ¿verdad?

—Es posible que un poco. En realidad, le ha pasado algo muy raro. ¿Ves

ese papel tan manoseado que les está enseñando a Gareth y a Mike? Es una nota de despido que el director le mandó el otro día.

—Entonces, ¿por qué lo está exhibiendo ante todo el mundo?

—Bueno, es que está sorprendido. El caso es que en este periódico nunca se despide a nadie, ¿sabes? Es una empresa de esas. Así que Mounce va por ahí preguntando a todo el mundo qué creen que debería hacer.

Mounce miró a Bob con cara inexpresiva.

—¿Y? —dijo.

—Pues todo el mundo cree que debería ignorar el papel. Fingir que no lo ha recibido. No creen que el director tenga el valor necesario para plantarle cara.

—Ese Reg es un tipo muy popular, ¿no?

—No, por Dios. Todo el mundo piensa que es un verdadero capullo. Solo es cuestión de solidaridad.

—Ya. Eso.

—Estamos en una oficina de esas.

—Claro.

—En realidad no es un mal sitio en el que estar.

—Claro —dijo Morris, mientras hacía aparecer de la nada otro cigarrillo—. Oh, claro, claro.

La relación entre Dyson y Morris se deterioró aún más cuando volvieron de la comida. Morris se marchó del Gates nada más terminar su Pernod. Cuando Dyson y Bob regresaron al trabajo, él ya estaba en su puesto, tecleando en una máquina de escribir. No era el deteriorado artilugio que tenían en la oficina, sino un flamante aparato portátil y eléctrico. Dyson se detuvo en seco y se quedó mirándolo fijamente. Estaba tan furioso que apenas acertaba a hablar.

—¡Ni hablar! —dijo—. ¡Esto no voy a tolerarlo! Bob y yo llevamos años y años apañándonos entre los dos con una máquina que es una auténtica basura. ¡Y el mismo día en que llegas consigues agenciarte esta! No pienso consentirlo.

Dyson se arrancó el abrigo, y le rompió de paso el forro de la manga derecha. Se sentó en su puesto sin dirigir ni una mirada hacia su nuevo subalterno, con el rostro rígido de ira. Morris, inexpresivo, fijó sus ojos en él.

—Puedo dejártela si quieres —dijo.

—¿Que puedes *dejármela*? —estalló Dyson—. ¿Acabas de decir que *puedes dejármela*?

—Claro. Siempre que quieras.

Bob se metió en la boca un caramelo de menta, sin atreverse a mirar a ninguno de los dos, hasta que Dyson fue capaz de volver a hablar.

—Vas a devolver esa máquina ahora mismo —decretó, sin reparar en lo disparatado de aquella orden.

Morris dio una calada a su cigarrillo, mantuvo el humo durante unos instantes y luego lo exhaló por la nariz.

—John —dijo, impasible—, esta máquina no es de la empresa.

—¿Cómo? —exclamó Dyson—. Entonces, ¿de quién es?

—Mía.

—¿Tuya? ¿De dónde la has sacado?

—La he comprado.

Bob desvió la mirada otra vez. Resultaba muy vergonzoso ver a un amigo en plena descarga de adrenalina cuando uno conservaba el control; tanto como verlo borracho cuando uno estaba sobrio.

—¿«Comprado»? —inquirió Dyson, como si aquella palabra fuese un extraño pretérito en sánscrito.

—Claro.

—¿En una tienda?

—Claro.

—¿Durante la hora de la comida?

—Claro.

—¿Una máquina de escribir *eléctrica*?

—Claro, claro.

Dyson mantuvo los ojos fijos en Morris durante unos instantes, con la boca entreabierta. De repente, y sin decir palabra, se giró, cogió un borrador

y empezó a corregirlo con movimientos breves y violentos, haciendo espirales con la pluma. Morris giró un poco la cabeza y sus ojos se cruzaron con los de Bob, que al momento dejó de remover el caramelo de menta en la boca.

—Si la declaras como parte de los gastos de trabajo —dijo Morris—, al parecer es deducible.

Durante los días siguientes, Bob puso un gran empeño en ayudar a Morris, en un intento de compensar la hostilidad de Dyson. Le trajo una toalla para el lavabo; le contó con quién tenía que hablar para afiliarse al sindicato; le explicó cómo rellenar los justificantes de gastos, solicitando la cantidad de cinco peniques y seis chelines por cada día de la semana en concepto de «tareas administrativas», como se establecía en el convenio entre el sindicato y la dirección. Bob aún recordaba lo solo y aislado que se había sentido al empezar a trabajar en el periódico. Morris no parecía sentirse solo ni aislado, pero su dura capa exterior podía ser indicio de que en el interior de aquel caparazón se ocultaba una gran vulnerabilidad.

Los compañeros también ponían un gran empeño en ayudar a Bob. Gareth Holmroyd, Ted Hurwitz, Mike Sparrow, Ralph Absalom..., todos estaban atentos por si aparecía alguna vivienda que pudiera interesarle. Cada día le traían folletos de las agencias inmobiliarias que operaban en sus respectivos barrios, así como los números de teléfono de los familiares de sus amigos que tenían algún familiar con algún amigo que había visto un anuncio en alguna parte. Bob se sentía obligado, por pura educación, a visitar algunos de aquellos lugares. Pidió mañanas libres en el trabajo para ir a ver «casas con carácter propio» en Ealing, residencias imponentes en Hendon o propiedades preciosas en distritos selectos que quedaban a treinta minutos escasos de Waterloo. Miraba las cosas que le enseñaban sin verlas en realidad: habitaciones con despacho incorporado, hermosos patios, calderas de la marca Ideal o árboles frutales maduros. Preguntaba a los jóvenes agentes inmobiliarios si las cañerías eran viejas o nuevas y si los terrenos eran calizos o arcillosos; no se le ocurrían otras preguntas. Lo único en lo

que podía pensar con claridad mientras miraba paredes de azulejos holandeses y suelos de baldosa era que, de acuerdo con su último extracto bancario, tenía en la cuenta 67 libras, 12 chelines y 9 peniques. No hacía más que darle vueltas en la cabeza a aquella cifra. Y se sentía agradecido porque, pasara lo que pasase, por muy lejos que lo arrastraran las fuerzas externas, estaba convencido de que era imposible que un hombre con tan solo 67 libras, 12 chelines y 9 peniques pudiera adquirir una gran propiedad o un chalet de primera clase. Al final de todo aquel proceso, saldrían a la luz las 67 libras, los 12 chelines y los 9 peniques. Le quitarían la pluma de la mano antes de que pudiera firmar sobre los timbres fiscales que formalizarían la transacción, y le indicarían con amabilidad el camino de regreso al cómodo, desvencijado y sombrío apartamento 4 del número 86 de Leominster Gardens.

Jannie también ponía un gran empeño en ayudar a Tessa. La invitaba a ella, y no a Bob, a visitar las viviendas que encontraba para ellos en el distrito postal 23 del suroeste de Londres. Las casas en cuestión no tenían patios hermosos ni rosales ya crecidos. La mayoría no contaba ni siquiera con un simple despacho, y ninguno de los agentes inmobiliarios utilizaba términos como «imponente» o «precioso» para describirlas. Sin embargo, sí tenían algo: potencial. Eso y ocupantes que todavía vivían en ellas.

—Tan solo es cuestión de negociar con ellos una compensación adecuada —dijo Jannie. Las habitaciones por las que iba llevando a su acompañante estaban impregnadas de una miseria y una sordidez que Tessa nunca se habría imaginado que pudiesen existir—. Todo el mundo hace eso. Probablemente el propietario actual se encargaría de cerrar el trato en tu nombre, si a ti te resulta demasiado violento hacerlo.

—Sí —respondió Tessa, esforzándose en hacer respiraciones rápidas y cortas para que aquel aire agri dulce no le llegara a los pulmones.

—Podríais tirar esta pared y dejar una sola habitación que fuera desde la parte delantera hasta la trasera.

—Sí.

—O añadir a la cocina el apartamento que hay al fondo y transformar el sótano en una habitación para alquilar...

Jannie proyectaba para la casa de Bob y Tessa todas las reformas y mejoras para las que John y ella nunca habían tenido ni el dinero ni la energía necesarios. Cuando acompañaba a Tessa a visitar una casa, su mente convertía a la familia antillana del segundo piso en una chica *au pair*; los grifos de cobre y los hornillos grasientos de la trascocina del piso bajo se transformaban en una hilera de blancos electrodomésticos resplandecientes. Ella nunca había tenido en casa a una *au pair*, ni un cuarto para la lavadora. Su visualización eran tan generosa para con Bob y Tessa como desconsiderada para con los actuales ocupantes de las viviendas. Tessa no hacía más que ruborizarse. Se sentía sonrojada todo el tiempo: por las condiciones de vida en las que se inmiscuían, por los planes de Jannie para aprovecharse de ellas, y por el evidente afecto que esta le mostraba. Parecía que Jannie le tenía verdadero cariño, a su manera distraída e indirecta. Tal vez porque ella era la prometida de Bob..., aunque Tessa sentía que también la apreciaba por sí misma. Le habría gustado poder corresponderle y sentir el mismo afecto por Jannie. Sus cualidades eran evidentes; comprendía por qué Bob la estimaba. Pero, aun así, cuando Jannie hablaba con ese acento de universidad de élite, tan propio de la gente que había estudiado en Oxford y Cambridge, a Tessa le parecía de lo más remota y excéntrica... Una mujer de una generación muy diferente. Además, estaba enamorada de Bob y era vergonzosamente vieja para eso. Era como si tu propia tía estuviera intentando competir contigo.

—Sería estupendo que vinierais a vivir cerca de nosotros cuando os caséis —dijo Jannie, con cierta tristeza—. No te niego que aquí una se siente un poco aislada.

Todo aquello era ridículo, por supuesto. Bob y Tessa no se iban a casar; debería ser evidente para todo el mundo. No *podían* casarse. Bob no estaba enamorado de ella. Y nadie se casa con quien no está enamorado de uno. Pero si Jannie no era capaz de verlo por sí misma, ¿cómo iba a explicárselo ella... y más ahora que habían estado recorriendo el barrio entero, visitando casas? ¿Cómo podría explicárselo Bob a John, o a Gareth Holmroyd, o al director? Y ella y Bob... ¿cómo podrían decírselo el uno al otro?

—Bueno, en realidad —añadió Jannie—, aquí estamos muy cerca del centro.

Pero, aun así, a veces te sientes un poco..., bueno, no sé. Bob y tú podéis conseguir una hipoteca sin problemas, ¿verdad?

—Sí, eso creo —respondió Tessa, sonrojándose otra vez. A decir verdad, no sabía si podrían conseguirla o no. Y se resistía a ir a preguntar, igual que otras conocidas suyas se negaban a saber cómo una chica podía quedarse embarazada, con la incongruente esperanza de que, mientras lo ignorasen, aquello no pudiera ocurrirles a ellas.

También la señora Mounce ponía un gran empeño en ayudarla. Pero a Tessa esto le parecía más fácil de sobrellevar; en parte porque aquella mujer tenía tantos problemas propios que a ella no le resultaba difícil responderle con la misma amabilidad; en parte porque el mundo y los consejos de la señora Mounce se le antojaban todavía más remotos e irreales que los de Jannie.

—Te lo digo en serio, querida —le decía la señora Mounce—, no os carguéis con una casa y una hipoteca desde el principio. Alquilad un buen apartamento en algún sitio que sepáis que podéis permitirlo con total seguridad. Así, además, no tendréis ninguna responsabilidad en absoluto. Y siempre podréis arreglar un par de cosillas para mejorar vuestro nidito.

A Tessa le gustaba aquella mujer, de una manera un tanto indolente, igual que podría gustarle morderse las uñas o quedarse tirada en la cama toda la mañana. Las dos se pasaban horas y horas tomando té en el apartamento que la señora Mounce tenía en el piso inferior, mientras la anfitriona le contaba las aventuras que había tenido con hombres bigotudos que se dedicaban al negocio de la importación y exportación, y Tessa miraba ese «par de cosillas» que su interlocutora había arreglado en su propio nidito. Muchas de ellas parecían hechas a base de paneles de conglomerado de madera de color crema y con hierro negro esmaltado. Se imaginó a sí misma enseñándoles a sus padres una casa decorada de la misma manera:

—Y esta es la barra de bar, papá. Bob y yo la hemos hecho con paneles de conglomerado y formica... ¿Te gustan las repisas para botellas de hierro forjado que hemos colocado justo detrás? Bob se encargó él mismo de atornillarlas al espejo...

Aquel pensamiento hizo que se sonriera, por causas que, según se

reconoció a sí misma, eran puro esnobismo. Se alegró de comprobar que aún era capaz de sonreír, aunque fuese por razones como aquellas. Le parecía que llevaba meses sin esbozar una sonrisa.

Constante y silencioso con su máquina eléctrica, Erskine Morris mecanografiaba un artículo de «En tiempos de antaño» que se publicaría dentro de varias semanas. Nunca habían tenido tantas columnas de aquella sección preparadas por adelantado, ni tantas esperando en la cola. Cada día cambiaban sutilmente los tonos oscuros de las camisas, las corbatas y los trajes de botones altos de Morris. Pero él seguía con la misma cara pálida e imperturbable, y su cigarrillo esperaba en el cenicero, consumiéndose ritualmente, como el palo de incienso de un inescrutable pebetero. Por lo demás, su presencia seguía fastidiando a Dyson. El silencioso tamborileo de la flamante nueva máquina de escribir lo irritaba más si cabe que el estruendo de la antigua. Era difícil saber con exactitud cuándo se dejaba de teclear con ella, y a Dyson le gustaba saberlo. Cada día, hacia las cuatro de la tarde, podía llegar a olvidarse de Morris y reclinarsse en su silla de oficina con las manos en la nuca, mientras bostezaba y miraba al techo, tal y como acostumbraba a hacer antes de la llegada de su nuevo empleado. Pero entonces advertía que el tecleo de la máquina de escribir había cesado, y, temiendo que Morris se hubiera parado para observarlo, volvía a ponerse a trabajar al instante e intentaba ocultar sus bostezos con la mano. Otras veces se quedaba sentado en actitud pensativa y filosófica, y le preguntaba a Bob si creía que la gente debería imprimir su nombre en la cabecera de su propio papel. La máquina de escribir de Morris se detenía de inmediato.

—Olvidalo, Bob —murmuraba entonces Dyson.

Así, entre los tres fueron adelantando mucho trabajo.

Dyson empezó a tratar a Morris de forma muy distinta a la que era habitual en él. Cada vez que este recibía una llamada de teléfono y sus lacónicas respuestas daban a entender que podía tratarse de un asunto privado, Dyson fruncía el ceño y lo miraba como si le estuviera dando un toque de atención. También empezó a merodear por su mesa de vez en

cuando. Pasaba, como por casualidad, por detrás de la silla de Morris, y miraba con el rabillo del ojo por encima del hombro de su subalterno. Fue así como descubrió que «En tiempos de antaño» no era lo único que este escribía en su máquina.

—¿Qué es eso? —le preguntó un día—. «Terry estuvo cuatro años con las infusiones antes de pasarse al caballo.» ¿Qué demonios es eso?

Morris dio un par de caladas a su cigarrillo.

—Es un artículo sobre hierba —dijo.

—¿Hierba?

—Sobre drogas. Es para el departamento de reportajes.

—¿Te han pedido ellos que lo escribas?

—Claro.

Dyson se puso a pasear por la oficina como un maestro que vigilara el aula.

—¿Has escrito alguna otra cosa para otros departamentos? —preguntó.

—Un par de editoriales. Alguna que otra columna.

Dyson seguía patrullando.

—Si quieres volver a escribir para otra gente —le dijo con aspereza—, hazlo en tu tiempo, no en el mío.

—Vale, John —respondió Morris.

Dyson sabía que estaba teniendo una actitud bastante estúpida, lo que lo empujaba a comportarse de una forma aún más grosera. Bob intentó sacar aquel tema a colación una vez que estuvieron solos, tomándose un bocadillo en el Gates.

—Tienes que asignarle más tareas, John —le dijo—. Ya lleva cinco semanas de adelanto con «En tiempos de antaño».

—¿Y qué otra tarea puedo asignarle? —se quejó Dyson—. Está en periodo de prácticas. No sabe hacer nada.

—Puede aprender, John, igual que lo hicimos tú y yo.

—Bob, no puedo dejar que corrija ningún texto porque entonces yo tendría que revisarlo a fondo y volver a corregirlo otra vez. Y dime la verdad, ¿te lo imaginas llamando por teléfono a sir William Paice? ¿O al obispo? ¿O tan siquiera al canónigo Morley?

—Pues...

—No da el tipo, ¿verdad? De todas formas, el pobre Eddy se estuvo encargando de «En tiempos de antaño» durante una década. No veo por qué Morris no puede ocuparse de lo mismo durante un par de semanas.

—Morris no es como el pobre Eddy, John.

—¡Y que lo digas! En serio, Bob, esta oficina era un sitio alegre hasta que él apareció. Ese hombre me arruina el día.

—Estás siendo demasiado dramático, ¿no crees, John? Es un poco tímido, eso es todo.

—¿Sabes cómo lo llama Bill Waddy? «Erskine Absenta». ¡Vaya una forma de empezar! ¡Llega aquí, haciéndose el elegante, y el primer día se pide un Pernod! ¡Y ni siquiera pagó una sola ronda...! ¡Se limitó a tragarse su Pernod y se largó!

—Está un poco a la defensiva, John.

—¡Nunca ha invitado a una ronda! ¡Y esa forma de actuar que tiene, como si no hubiera diferencias de clase, ni un escalafón...! En serio, Bob... ¡Si estudió en el colegio de Rugby! ¿Lo sabías? Se lo pregunté al director de personal. Tú y yo fuimos a una escuela secundaria normal y corriente, no a uno de los mejores internados del Reino Unido... y no vamos por ahí fingiendo que no existen diferencias de clase. ¡Si estudió en Rugby! ¡Por el amor de Dios, Bob! ¡Por el amor de Dios!

* * *

Bob recordaba todas las ocasiones en que había ido a comer con los Dyson cuando vivía solo y decidió corresponder e invitar a Morris a su casa para que Tessa cocinase para él. Ella estaba muy nerviosa; nunca había hecho de anfitriona en aquel apartamento, excluyendo las veces en que había recibido a la señora Mounce. Le preocupaban terriblemente el aspecto del lugar, sus habilidades como cocinera y su anómala posición en aquel hogar. Pero resultó que a Morris no le interesaba ninguna de aquellas tres cosas. Cuando llegó se limitó a tomar durante un momento las manos de ella entre las

suyas, frías y pálidas.

—Hola, Tessa —dijo, como si supiera que ella siempre había estado allí, formando parte de la decoración. Después, la ignoró durante el resto de la velada.

Sacó de su maletín una botella de whisky sin abrir, llenó tres vasos hasta el borde y preguntó si podía encender el televisor.

—Van a emitir algo que me interesa mucho —comentó, manejando con dedos expertos los controles del aparato.

—¿Algo que has escrito tú? —le preguntó Bob, recordando el guion que había visto en el escritorio de Morris.

—Claro.

—¿Una obra de teatro?

—Una canción.

—¿De qué tipo, Erskine? ¿Pop?

—Claro, claro. Solo quiero ver qué tal sale.

Había un programa dedicado por entero a la música pop. Morris se repantingó en un sillón con su whisky en la mano y se dedicó a seguir la emisión con aspecto impasible. Cada vez que empezaba una nueva canción, Bob lo miraba.

—¿Es esta? —le preguntaba.

Morris negaba con la cabeza, sin demasiado interés. Bob empezó a notar toda la inquietud que su acompañante parecía no sentir.

—Te lo estás tomando con mucha calma, Erskine —le dijo.

—¿Y por qué tendría que ponerme nervioso? —respondió Morris sin alterarse. Estaba recostado sobre los cojines, con la papada plegada sobre el cuello de la camisa—. No es más que una canción.

—¿Pero la echan por la tele! ¿O es que no es la primera vez?

—Bueno, ya han emitido otras cosas mías.

Bob lo miró fijamente.

—Eres un tipo de lo más extraño, Erskine —comentó.

La comisura del labio de Morris se elevó hasta la mejilla y volvió a descender. Bob se sintió avergonzado por su propia efusividad. Volvió la mirada a la pantalla y empezó a seguir el ritmo de la música tamborileando

con los dedos en el cristal de su vaso.

—¿Cómo se titula tu canción? —preguntó.

Morris expulsó el humo de su cigarrillo por la nariz.

—*No puedo dejar de llorar* —respondió.

Una chica rubia con los ojos delineados en negro y el pelo largo y liso apareció en pantalla. Se abrió camino desde el final del escenario a través del cúmulo de figuras abstractas que conformaban la decoración del estudio.

—«No puedo dejar de llorar» —cantaba, con tono lastimero—. «Durante toda la noche, no puedo dejar de llorar. Sé que no está bien, pero no puedo dejar de llorar así. No puedo dejar de llorar, porque lloro por ti.»

—¿Es la tuya? —preguntó Bob.

—Claro.

—«No puedo dejar de llorar» —cantaba la chica—. «Aunque sea algo tonto, sigo suspirando. Sé que soy tonta por no intentarlo. No puede estar bien llorar toda la noche así. No puedo dejar de llorar por ti.»

—Estupenda —dijo Bob cuando acabó—. Sobre todo me ha encantado la melodía.

—Yo solo he escrito la letra —respondió Morris—. La música la ha compuesto otra persona.

—Bueno, la letra también es estupenda.

Morris se encogió de hombros.

—Es lo que les gusta a los chavales de hoy —comentó—. No quieren nada nuevo ni extraño. Son muy conservadores.

Dejaron la televisión encendida durante la cena porque Morris quería ver un *western*. Creyendo que aquel tipo de películas le parecían divertidas a su invitado, Bob hizo algunas observaciones humorísticas sobre los personajes. Pero Morris no sonrió. Miraba el televisor en silencio y con gesto impasible mientras masticaba su filete demasiado hecho y cogía su cigarrillo del cenicero entre plato y plato. Bob captó el mensaje: su invitado no creía que un *western* fuese algo divertido.

Cuando la película acabó, vieron un episodio de una serie sobre médicos y hospitales. Y cuando este acabó, tomaron café mientras veían uno de una serie sobre abogados. Bob y Tessa estaban sentados en el suelo. Cada uno

tenía el brazo alrededor de los hombros del otro. Morris se había repantingado en el sillón y servía whisky para todos. La señora Mounce llamó al timbre y la invitaron a pasar.

—Hola, Glenda —la saludó Morris cuando Bob los presentó. Ella se enroscó en el suelo, apoyada contra el brazo del sillón en el que estaba Morris. Este le sirvió un vaso de whisky.

—¡*Bomboncito!* —exclamó ella, coqueta—. ¡Cualquiera diría que estás tratando de emborracharme!

—Claro, claro —respondió Morris con tono ausente, atento tan solo a la pantalla.

Se quedaron sentados en aquella posición. El teléfono sonó tres veces. Las tres eran para Morris.

—Claro... —le oían murmurar, entre el estruendo de los disparos y los neumáticos que chirriaban contra el suelo—. Podría interesarme... Lo usaría en un contexto completamente diferente, por supuesto... Claro, claro...

Tras la tercera llamada, Morris le anunció a su anfitrión:

—He invitado a algunas personas a pasarse por aquí.

—Estupendo —respondió Bob—. Todos son bienvenidos.

Pero cuando llegaron, Morris tampoco pareció interesado en ellos; al menos, no lo bastante como para dejar de mirar la pantalla.

—Estos son Lake, Brian y Andy —explicó, sin apenas levantar la vista del televisor—. Ellos son Tessa, Glenda y Bob. Sirve lo que queda del whisky, Andy.

Brian y Andy se acomodaron en un extremo de la mesa de la cena, detrás del resto del grupo. Se pasaban la mitad del tiempo viendo la tele y la otra mitad charlando entre ellos. Lake se sentó en el brazo del sillón de Morris, y se quedó mirando la pantalla. Era una *chica* —una de verdad, como las que aparecían en las revistas—; era *la chica* que había cantado *No puedo dejar de llorar*. Bob no apartaba la vista de ella; se la bebía con la mirada. Lake parecía resplandecer en la penumbra de la habitación. Resplandecían sus largos cabellos decolorados, resplandecía su elegante gabardina blanca, resplandecían sus botas del mismo color y sus rodillas desnudas.

—¿Qué tal ha estado? —le preguntó ella a Morris, sin apartar la mirada del

televisor.

—Bien —respondió él, con la vista también fija en la pantalla. Pasó el brazo alrededor de la cintura de la chica, en un movimiento evasivo, para poder expulsar el humo del cigarrillo de forma que pasara sobre la oreja izquierda de Lake, sin darle en la cara.

Bob no podía dejar de mirarla, aun teniendo el brazo alrededor de Tessa. Sin darse cuenta, apoyó la barbilla sobre su coronilla para poder observar a la chica por encima de la cabeza de Tessa. Sabía que ella y la señora Mounce también estaban mirando a Lake por el rabillo del ojo, tan silenciosas e intimidadas como él. Estaba seguro, sin siquiera haberlo considerado de forma consciente, de que su trasero sería como los de las modelos de las revistas; un trasero por el que no había que preocuparse en absoluto. ¡Dios todopoderoso! Una chica del mundillo del espectáculo, con botas blancas y sin trasero..., ¡en su apartamento!

—Ha estado bien, ¿verdad? —volvió a preguntarle ella a Morris; quizá se le hubiera olvidado que ya lo había hecho.

—Bien, bien. ¿Habéis cenado?

—Vamos a tomar algo en el Nick's. ¿Te apuntas?

—Vale —dijo Morris. Se puso en pie y se metió la cajetilla de tabaco en el bolsillo—. Gracias, Tessa. Gracias, Bob. Me lo he pasado muy bien. Adiós, Glenda. ¡Adiós!

Los cuatro habían desaparecido antes de que Bob se diera cuenta de que se marchaban.

—¡Cariño! —exclamó la señora Mounce, admirada—. No sabía que tuvieras amigos tan sofisticados.

Bob descorrió la cortina y miró por la ventana. Los cuatro se estaban montando en un deportivo rojo de dos asientos aparcado en doble fila, casi en el centro de la calle. Encendieron las luces largas de los faros delanteros y arrancaron con un rugido del motor. El estruendo fue en aumento a medida que se alejaban, y la gente se asomaba para mirar por las ventanas a lo largo de toda la calle.

Sin decir palabra, Tessa apagó la televisión y empezó a recoger la mesa.

Dyson recorría la zona de embarque del aeropuerto de Londres presa de un extraño estado de euforia. El avión de la agencia Alfombra Mágica salía con retraso. Él y el resto de los periodistas invitados a aquel viaje promocional deberían haber despegado con destino a la Riviera de la Tregua hacía diez minutos. Pero no le importaba. Le encantaban los aeropuertos. Le habría gustado que le trajeran sin cuidado, pero no los frecuentaba lo suficiente como para haber llegado a ese punto. Le bastaba con entrar en uno para sentirse entusiasmado. Le parecía que su percepción de la realidad se incrementaba. Las escaleras metálicas, las plantas artificiales, los asientos bajos de cuero negro... «El vuelo BE 4029 con destino a Copenhague y Estocolmo está a punto de despegar...» «Última llamada para los pasajeros del vuelo LH 291 con destino a Düsseldorf y Berlín...» Había comprado en el kiosco de prensa un par de revistas extranjeras: *Oggi* y *Neue Illustrierte*. No es que supiera italiano o alemán —de hecho, apenas podía leer una sola palabra de cualquiera de los dos idiomas—, pero el simple hecho de estar en el interior de un aeropuerto le hacía sentir que podía comprarlas. La zona de embarque, separada del resto de Gran Bretaña por controles de pasaportes y barreras de aduanas, era una radiante tierra de nadie, en la que no tenían cabida ni las nacionalidades ni el resto de las ataduras y limitaciones de la vida diaria. Allí Dyson se sentía como un «hombre de aeropuerto internacional»: pulcro, sofisticado, compacto; como alguien que solía llevar maletines ligeros y sedosas gabardinas de color azul; como alguien que se movía sobre la superficie terrestre como un espíritu libre, flotando de

Karachi a Atenas y Hong Kong, de Honolulu a Tánger y Nueva York, pero sin verse afectado por los problemas de tráfico de Karachi o la situación de la vivienda en Honolulu, sin que sus lazos emocionales en Atenas le impidieran dirigirse a Nueva York, o sus relaciones comerciales de Nueva York lo apartaran de Hong Kong. Aeropuertos y estudios de televisión; ese era el tipo de vida que se merecía.

Reconoció a algunos de los otros periodistas que formaban parte del grupo Alfombra Mágica, todos sentados en la sala de espera. Al igual que él, llevaban en las manos la carpeta de material publicitario que la agencia les había entregado. Se fijó en un fotógrafo que había estado justo delante de él en la cola de facturación. Parecía que se había traído al viaje a un par de modelos: dos chicas muy mal vestidas, con expresiones afligidas y piernas trágicamente escuálidas. Y aquel hombre alto y de voz cavernosa con chaleco oscuro y bigote de antiguo oficial militar... ¿no era del *Telegraph*? Y ese joven de rostro colorado, con el pelo lacio revuelto de mala manera..., ese debía de redactar diálogos humorísticos; Dyson lo había visto alguna vez por la televisión. Había un hombre con un traje azul de raya diplomática y elegantes canas rizadas que escribía artículos culinarios y reseñas sobre vinos para varios periódicos. Y una joven nerviosa de ojos oscuros, que mordisqueaba las tres vueltas de su collar de cuentas; se ocupaba de la sección de viajes de una revista de moda. Dyson los había visto a ambos en otros viajes promocionales. «¡Ay, Dios!», pensó, «¡los viajes promocionales! ¡Qué cosa tan horrible!» Ya se estaba imaginando el complejo vacacional que los esperaba en Sharjah: hoteles nuevos de hormigón, construidos a toda prisa, sin comodidades, con toda la miseria de la población local al otro lado de aquellos muros de cemento. Lo único que merecía la pena era el trayecto: el viaje de ida y el de vuelta. En lo que a él concernía, el avión podía retrasarse cuantas horas quisiera. Allí, en el aeropuerto de Londres, se sentía feliz. Podría pasarse el día entero viendo cómo los aviones despegaban y aterrizaban.

«¡Ah, los aviones!» Los contempló a través de la ventana de la zona de embarque. Allí estaban, alineados en el área de estacionamiento, brillando bajo el sol matinal. Un complicado y confuso equipo de tierra se desplegaba

a su alrededor: camiones, escaleras de mano, generadores, los coches de mala calidad en los que circulaban las tripulaciones, cobertizos prefabricados, pilas de materiales de construcción... Todo aquello no hacía sino enfatizar la fragilidad y la perfección de los propios aviones. Parecían cisnes que se alzaban sobre patas improbables en sus nidos enmarañados. Y, al igual que los cisnes, podían desplegar las alas y batirlas para lanzarse a volar por un cielo despejado y abstracto. Mientras Dyson miraba, uno de ellos se apartó de la formación; los motores resonaban, las ráfagas de aire que se creaban a la altura de su cola arrojaban hacia atrás el agua de lluvia del suelo, creando un millón de surcos que escapaban a toda velocidad... Y más allá, a una milla de distancia a través de la hierba, se veía cómo uno de los grandes aparatos a reacción iniciaba su despegue en la pista. Poco a poco, aquella gigantesca masa fue ganando velocidad; era como si el Banco de Inglaterra o la National Gallery empezaran a moverse e intentaran echar a correr. El avión alcanzó los edificios del aeropuerto, y el colosal estruendo que iba generando a su paso fue creciendo e imponiéndose a cualquier otro sonido. Entonces se dirigió hacia el oeste a toda velocidad, sin dejar de apisonar el suelo con su ingente peso. Parecía absolutamente imposible que fuese capaz de elevarse; se asemejaba a una enorme bestia que se dispusiera a embestir el centro de Middlesex. Entonces, de repente, levantó la cabeza por encima de la pista de despegue, observó el horizonte, olisqueó el aire durante un momento... y se impulsó hacia las alturas, como esa misteriosa criatura malévola a la que la gente llama «Jack el saltarín». Después se estabilizó y desapareció entre las nubes cambiantes. Cuatro estelas de humo marrón, curvadas en la parte superior, quedaron suspendidas en el aire, justo en el punto en el que el aparato había efectuado el salto.

Dyson dio media vuelta, aún emocionado por el espectáculo... y allí, apenas a tres pies de distancia, se encontró con Reg Mounce. Estaba hurgándose los dientes con aire distraído, intentado sacarse un trozo de comida que se le había quedado entre los incisivos. De vez en cuando se le contraía la nariz, como si se la estuviera sacudiendo una obstrucción oculta en las profundidades de las fosas nasales. Parte de esa perfección supraterrrenal de la zona de embarque se desvaneció.

—¡Vaya, vaya! —dijo Mounce. Se sacó el dedo de la boca, tan sorprendido como Dyson.

—Hola —saludó este, con aspereza.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me voy al golfo Pérsico —respondió Dyson con frialdad—. Para el periódico.

—¿Te vas de viaje con Alfombra Mágica?

—Sí.

—¡Joder, pues yo también!

De repente, a Dyson ya no le parecía que la zona de embarque estuviese más lejos de las imperfecciones de la vida que el propio Gates of Jerusalem, y el gran avión plateado no se le antojaba más excepcional ni más grato que los rojos autobuses londinenses.

—Yo voy para una revista de mierda llamada *Ocio y placer*—dijo Mounce—. No pagan mucho, pero ¡qué narices! Es una semana lejos de la puñetera oficina, sin más obligación que pedirle unas fotos a la agencia de viajes, redactar cualquier chorrada con textos sacados del panfleto y emborracharme a lo grande.

—Ya veo —dijo Dyson.

—Cargo mis dietas a la cuenta de la revista, claro. Y se las cargo también al periódico. Así, todo va sumando.

—Ya.

—Para serte sincero —le reveló Mounce, en tono confidencial—, ahora mismo me viene bien pasar una temporadita al sol. Todo ese asunto de las «gestiones que estoy realizando» me está afectando bastante. He pensado que sería mejor largarme durante unos días y así dejar que todo se olvidase.

Dyson no dijo nada. Acababa de hacerse a sí mismo la promesa solemne de que, mientras durase el viaje, trataría a Mounce sin la menor consideración. Cuando embarcasen, se sentaría sin dudarlo junto al redactor de artículos culinarios y reseñas sobre vinos, o junto a la joven que mordisqueaba su collar de cuentas, e ignoraría por completo a Mounce hasta que volviesen a Londres.

—Creo que con el tiempo todo se calmará, ¿no crees?

—¿A qué te refieres? —dijo Dyson.

—Al asunto de las «gestiones que estoy realizando». Todo se olvidará. De aquí a un mes nos estaremos riendo del tema, ¿no te parece?

—¡Por el amor de Dios! ¡Y yo qué sé!

Mounce se quedó en silencio. Intentaba, con aire pensativo, quitarse con la lengua los últimos restos del desayuno que le quedaban entre los dientes. Dyson aprovechó la oportunidad para alejarse y sentarse en el otro extremo de la sala de espera. Pronto se dio cuenta de que Mounce lo había seguido y se había sentado a su lado.

—Llevamos un retraso de veinticinco minutos —dijo.

—Sí —respondió Dyson.

—Estos puñeteros viajes siempre salen con retraso.

Un hombrecillo con un arcaico bigote de cepillo y el pelo de punta, revuelto salvajemente sobre la frente abombada, atravesó la zona de embarque a la carrera. Parecía que aquella enorme frente sumase la mitad de la altura total del individuo. Llevaba gafas de cristales gruesos, detrás de las cuales los ojos se movían con rapidez e intensidad, como pececitos de colores que buscaran la forma de escapar de su pequeña pecera esférica. Ya se había presentado antes al grupo, en la terminal de facturación. Se llamaba Starfield y era el director de transporte aéreo de la agencia Alfombra Mágica.

—¡Grupo Alfombra Mágica! —le gritó a la sala de espera. Había juntado las palmas de las manos, como si estuviera a punto de cantar el aria de un tenor—. Este es un aviso para el grupo Alfombra Mágica con destino a Sharjah. Chicos y chicas, tenemos una pequeña demora. A nuestro avión se le ha roto una rueda del tren de aterrizaje al tomar tierra en Ámsterdam, así que sufriremos un ligero retraso a la espera de que se solucione el problema. Me he encargado de que, mientras tanto, nos sirvan algo de beber en el bar. El coste de las bebidas corre a cargo de Viajes Alfombra Mágica. Y quiero que sepáis que en estos momentos estamos haciendo todo lo humanamente posible para que podamos partir tan pronto como sea factible. Gracias.

Mounce expulsó aire entre los dientes con lentitud.

—Ya estamos otra vez —dijo—. A la mierda la puñetera programación.

Como de costumbre.

La máquina de escribir eléctrica de Morris trabajaba sin descanso. Bob estaba sentado mirándolo, con las manos bajo el mentón, mientras chupaba un regaliz.

—Me temo que John la ha tomado contigo —comentó.

Morris siguió mecanografiando, sin decir nada.

—No sé qué le ha dado —añadió Bob—. Conmigo siempre se ha portado muy bien. Por alguna razón, parece que tú lo sacas de sus casillas.

Se recostó en su silla y se puso a observar a la gente de las oficinas que había al otro lado de Hand and Ball Court. No le apetecía mucho ponerse a trabajar. Dyson estaba fuera y brillaba el sol; se respiraba un ambiente casi vacacional que hacía que el simple gesto de inclinarse sobre el escritorio resultara físicamente difícil. Se tragó los últimos restos del regaliz y cogió otro.

—A ti todo eso no te afecta nada, ¿no es así, Erskine?—preguntó.

—¿A qué te refieres? —dijo Morris, sin levantar la vista de la máquina de escribir.

—Al comportamiento de John. ¿A ti no te afecta?

Morris dejó de teclear, cogió el cigarrillo del cenicero, inhaló y masticó el humo durante un momento, mientras leía lo que acababa de escribir.

—No —respondió. Y volvió a ponerse a mecanografiar.

Pasado un rato, Bob cogió un borrador de «El día a día del campo» que trataba sobre armiños y comadrejas, y lo arrojó sobre el escritorio de Morris.

Este lanzó al papel una mirada inquisitiva, sin dejar de trabajar.

—He pensado que podría apetecerte corregir algún texto ahora que John no está —apuntó Bob, con tono informal—. Para cambiar de aires.

Morris cogió el borrador con rostro inexpresivo y lo lanzó sobre el escritorio de Bob.

—Hazlo tú —le respondió—. Yo lo revisaré cuando termines.

Bob se sintió algo dolido. Había concebido la vaga idea de que podría enseñarle a Morris los rudimentos de la corrección de textos y algo de

maquetación, aprovechando que Dyson no estaba. Así, cuando este regresara, ya no tendría excusas para negarse a encargarle tareas a Erskine.

—Mira —insistió—, puedes tomarte un descanso de «En tiempos de antaño» durante un par de días. Si John dice algo, yo asumo toda la responsabilidad.

Durante un momento, Morris fijó sus pálidos ojos neutros en los de Bob.

—No estoy con «En tiempos de antaño» —dijo—. Estoy preparando un informe para el director sobre la nueva página para preadolescentes.

Bob lo miró fijamente.

—¿Qué página para preadolescentes? —preguntó—. No sabía que teníamos una.

—La tendremos cuando el director lea esto.

Bob seguía mirándolo.

—Las páginas para preadolescentes llevan mucha publicidad. Es el abecé de este negocio —comentó Morris.

Bob se encargó de corregir todos los textos que habían llegado esa mañana por correo interno. Cuando Morris terminó su informe y lo puso en la bandeja de envíos, se acercó al escritorio de Bob y se puso a revisar algunos de los borradores ya corregidos para aprender la técnica.

—No tiene ninguna dificultad —señaló Bob, con modestia—. Tan solo se trata de comprobar los hechos y revisar la ortografía, tachar la primera frase y eliminar cualquier comentario con apariencia de chiste o de broma.

—Claro —dijo Morris. Se inclinó y escribió algo en una de las hojas.

—¿Qué estás haciendo? —lo increpó Bob con brusquedad.

—«Desternillante» lleva dos eles, no una.

—Pues... sí, claro...

Morris revisó otra página e hizo otra corrección.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bob.

—El territorio de los cananeos estaba al oeste de Samaria, no al este.

—¿Ah, sí?

Morris empezó a marcar algo en varias páginas.

—¿Qué haces, Erskine?

—He tenido una idea. Voy a marcar todas las «Meditaciones» de esta

semana para que se impriman en cursiva.

—¿Que vas a hacer qué?

—Marcarlas para que se impriman en cursiva.

—Me temo que no podemos hacer eso, Erskine, porque...

—Creo que quedará muy bien, Bob. Lo encuadramos con unos márgenes gruesos, ponemos el encabezamiento en Old English de cuarenta y dos puntos y, al lado, una flor como las que se imprimían en los libros antiguos.

—Creo que quedaría precioso, Erskine, pero no depende de nosotros...

—Sería una especie de imitación de los manuscritos antiguos; algo parecido a la carta magna de la catedral de Guildford. Una recreación al estilo de Giles Gilbert Scott y su catedral neogótica, solo que en versión impresa —dijo Morris—. El tren está a punto de salir, Bob. Próxima parada: la sala de composición.

—Mira, Erskine, esta es la sección de Dyson. No podemos tomar decisiones de ese calibre cuando él no está.

—Claro, claro —respondió Morris, mientras introducía las páginas en uno de los sobres especiales marcados con el rótulo de «Sala de composición»—. No te preocupes, Bob. Si Dyson dice algo, yo asumo toda la responsabilidad. Por cierto, veo que el texto de Morley todavía no nos ha llegado. ¿Serías tan amable de llamarlo y averiguar dónde está?

Al final, el grupo Alfombra Mágica despegó.

—Dos horas de retraso —señaló Mounce con acidez. Lo repitió una y otra vez mientras los motores de propulsión de segunda mano atravesaban las nubes hechas jirones. Una vez superadas, quedó bajo ellos un paisaje de resplandecientes campos nevados.

—Por el amor de Dios, Reg, cierra la boca —replicó Dyson. Contemplaba por la ventanilla aquel infinito absoluto de blanco y azul.

—Sí, pero... ¡dos horas de retraso! En ese tiempo podría haber arreglado la puñetera rueda yo mismo.

No irían directos a Sharjah. Dyson se percató de que no debía de haber leído bien la invitación. Primero se dirigirían a París para recoger a otro

grupo de periodistas que se habían reunido allí, procedentes de toda Europa. El contingente continental ya estaba esperando en la zona de embarque del aeropuerto de Le Bourget cuando los ingleses llegaron. Por supuesto, llevaban esperando allí dos horas, bebiendo en el bar por cuenta de Alfombra Mágica. Eran unos treinta. Algunos cargaban con complejos equipos de grabación; algunos —como Dyson observó con aprobación— vestían sedosas gabardinas de color azul. Todos llevaban las carpetas de material publicitario suministradas por la agencia de viajes. Entre ellos había dos modelos, aún peor vestidas y con expresiones aún más afligidas que sus colegas británicas. Parecía como si ya se estuvieran preparando mentalmente para posar en una aldea árabe o en un campamento beduino, ataviadas con nada más que un bañador translúcido y una gasa sobre la cabeza, a modo de chador. El grupo de París miró con frialdad al de Londres; los culpaban por la rotura de la rueda y el consiguiente retraso que habían sufrido. El grupo de Londres miró con la misma frialdad al de París; solo pensaban en que ya estarían a mitad de camino de Sharjah si aquellos continentales no hubieran insistido tan egoístamente en que los recogieran de camino.

Mounce, sin embargo, empezaba a animarse un poco. Observó la zona de embarque con cierto interés y olisqueó el aire.

—Ah, el aroma de Francia —dijo—. Se percibe desde el mismo momento en que llegas. ¿Lo habías notado, John?

—Sí —respondió Dyson. Pero el aspecto y el olor de aquella zona de embarque le producían el efecto contrario al que había experimentado en Londres. El placer que le proporcionaban los aeropuertos, pensó con tristeza, estaba sujeto a la ley de rendimientos decrecientes.

—¿Crees que en el bar aceptarán libras esterlinas? —le preguntó Mounce—. Vamos a tomar un trago rápido antes de que vuelvan a hacinarnos en ese saco de inmundicia al que llaman «avión».

—No creo que haya tiempo para eso. Despegaremos ahora mismo.

Pero resultó que no iban a despegar en tan pronto. Por megafonía no hicieron ningún anuncio para que regresaran al avión. Y, por lo que parecía, Starfield había desaparecido. Los integrantes del grupo de Londres fueron

tomando asiento gradualmente, y los murmullos comenzaron a extenderse entre los distintos grupos lingüísticos. Alguien había oído —o deducido o inventado— que el grupo procedente de Escandinavia, que tenía que volar desde Copenhague hasta allí para unirse a la expedición, había aterrizado en el aeropuerto de Orly y no en el de Le Bourget. Poco a poco, la información fue atravesando las sucesivas fronteras lingüísticas hasta llegar a Dyson y a Mounce.

—Esto nos pasa por confiar en los suecos —dijo Mounce con acritud—. Sí, solo puedes confiar en que van a arruinarte los puñeteros planes.

—Pero ¿es que siguen en Orly *todavía*? —protestó Dyson, dirigiéndose al hombre que escribía artículos culinarios y reseñas sobre vinos.

—Eso parece —respondió el interpelado, mientras daba pequeños sorbos a un vermú de Chambéry ligeramente frío—. Parece que son ellos quienes nos están esperando a nosotros.

—*Où sont-ils?* —gritó Dyson con brusquedad a uno de los hombres que vestían una sedosa gabardina azul.

Este se encogió de hombros, en un gesto típicamente francés.

—¿Quién sabe? —respondió en inglés, con acento alemán.

—Eso nos pasa por confiar en los puñeteros suecos —dijo Mounce.

Starfield llegó corriendo a la sala de espera, visiblemente nervioso.

—Chicos y chicas —exclamó, mientras juntaba las palmas—, lamento tener que informaros de que tenemos un pequeño problema entre manos. Por desgracia, nuestros amigos escandinavos no han podido reunirse con nosotros porque les reservaron por error un vuelo al aeropuerto de Orly. En cuanto lleguen aquí, partiremos todos juntos según lo planeado, aunque, por supuesto, un poco más tarde de lo previsto. Mientras tanto, en el bar podréis disfrutar de bebidas y bocadillos, todo a cargo de Viajes Alfombra Mágica. Gracias.

Pero, apenas tres cuartos de hora después, cuando, tras comer aperitivos gratis, todos se dirigían a tomar champán gratis, llevando en la mano sus bocadillos gratis, Starfield volvió a aparecer, a la carrera.

—Lo siento, muchachos —dijo, juntando otra vez las palmas de las manos—. Lo siento, chicos y chicas. Ha habido un pequeño malentendido en las

comunicaciones telefónicas. Según parece, nuestros amigos escandinavos siguen en Orly, esperando a que *nosotros* vayamos allí. Dadas las circunstancias, creo que todo resultará más sencillo si proseguimos sin ellos, dejando que viajen de manera independiente y se reúnan con nosotros en nuestro destino. Así pues, dirigiós a la puerta de embarque y procederemos a subir al avión, ¿de acuerdo? Gracias.

Entre gruñidos, el grupo recogió sus carpetas de material publicitario y arrastró los pies hacia la puerta de embarque, apurando los vasos y engullendo los bocadillos a toda prisa. Las barreras lingüísticas empezaban a borrarse un poco gracias a los lazos comunes del descontento general.

—Esto es malo —le dijo a Dyson un fotógrafo holandés mientras sacudía la cabeza y fruncía los labios.

—*Ja* —asintió Dyson con énfasis—. *Ja, ja, ja.*

Mientras el avión avanzaba entre los edificios del aeropuerto de camino a la pista de despegue, a Dyson le pareció ver a un grupo de gente que saltaba y agitaba los brazos en la puerta de embarque. En su opinión, tenían pinta de ser periodistas escandinavos. Con todo, quizá tampoco se hubieran perdido mucho, porque, en cuanto el avión despegó, Starfield vino corriendo desde la cabina, juntando las palmas de las manos para cantar otra aria.

—Nuestro próximo destino, chicos y chicas —anunció—, es Ámsterdam.

Una oleada de indignación multilingüística se elevó desde las tripas del avión.

—¡Ámsterdam! —gritó Dyson, que no podía creer lo que estaba oyendo—. ¡Pero si eso está en dirección contraria a Oriente Medio!

—¿Qué te esperabas, John —dijo Mounce, cómodamente instalado en una benevolente neblina de alcohol—, de esta panda de imbéciles?

Starfield pareció desconcertado por las reacciones que había causado su anuncio. Sus cejas se elevaron, abandonando el refugio de las gafas, e intentaron trepar a través de su enorme frente. Empujadas por el ascenso de estas, las gafas perdieron el equilibrio y descendieron por el tobogán de la nariz. Starfield se las volvió a colocar en su sitio.

—Chicos y chicas —se quejó—, si queremos ir a la Riviera de la Tregua, tenemos que pasar antes por Holanda, debido al simple hecho de que el

avión que nos llevará hasta Sharjah nos está esperando en Ámsterdam.

El ruido de protesta continuaba.

—Allí habrá bebidas para todos —apeló Starfield—. Voy a hablar por radio con el aeropuerto de Schiphol para que ponga a vuestra disposición todos los productos del bar. ¡Todos los gastos correrán a cargo de Viajes Alfombra Mágica!

Y se marchó a toda velocidad en dirección a la cabina.

—¡Ay, Dios! —exclamó Dyson.

—Tómalo con filosofía, John —le dijo Mounce—. Piensa en la bebida. El alcohol es lo único bueno de estos puñeteros viajecitos. El resto siempre es una mierda, de un modo u otro.

Seguía estando de buen humor cuando desembarcaron en la terminal de tránsito de Schiphol.

—Siempre he querido venir a Ámsterdam —comentó, mirando a su alrededor con interés—. ¿Sabías, John, que aquí las chicas se exhiben en escaparates mientras esperan a que te decidas y elijas a la que más te gusta? ¿Qué te parece? ¡Se ponen en puñeteros escaparates mientras hacen su puñetera calceta!

Después de haber pasado por Heathrow y Le Bourget, estar en Schiphol ya no le producía a Dyson la sensación de ser un «hombre de aeropuerto internacional» que flotara libremente por encima de los problemas mundanos. Le hacía sentirse como un viajero del metro de Londres. Era igual que estar en la District Line y verse empujado por las agotadoras vicisitudes de aquel medio de transporte, y tener que hacer transbordo primero en Earl's Court y luego en South Kensington.

Empezó a sentir la terrible claustrofobia del viajero. Estaba atrapado en los canales de comunicación, asfixiándose en el vacío de quien no consigue llegar a ninguna parte.

Bob tenía la intención de invitar a Tessa a cenar fuera aquella noche. La iba a llevar a un restaurante indio para que pudieran contarse, el uno al otro, las últimas novedades de la búsqueda de casa mientras se comían un *biryani* y

se reían juntos del follón en el que estaban metidos. Por lo menos, de vez en cuando, aún podían disfrutar juntos de alguna que otra broma, pensó Bob; o, en cualquier caso, podían hacerlo siempre que él evitase cualquier alusión literaria y le explicase todas las referencias a la industria periodística, las personalidades famosas y el mundo de la política. Pero Morris insistió en que, en vez de eso, fuesen a cenar con él. A Tessa no le iba a gustar; Bob lo sabía. No le caía bien Morris. No le caía bien ninguno de los amigos de Bob, excepto la señora Mounce y, quizá, John Dyson. Aunque tampoco había mucho que ella pudiera hacer al respecto; Bob ya llegó a la cita acompañado de Morris.

—Hola, Tessa —la saludó este, sin mostrar ni mayor ni menor familiaridad que en su primer encuentro. Sin embargo, en esta ocasión no la tomó de las manos, sino que rodeó la espalda de Tessa con el brazo y lo dejó ahí durante un momento, apoyado, inerte, sobre la cadera femenina, como un miembro de plastilina que alguien hubiese modelado para representar un abrazo. Después, la ignoró durante el resto de la velada.

Para empezar, Morris los llevó a beber algo al Ritz. No le gustaba mucho aquel sitio, les explicó, mientras Bob y Tessa admiraban disimuladamente el mobiliario, pero tenían que encontrarse allí con Lake, porque ella venía desde el hotel Westbury, situado un poco más arriba en aquella misma calle. Acababa de hacer una aparición en una convención de fabricantes de máquinas para latas de conserva. Y cuando Lake llegó —con aquel largo cabello plateado, que casi parecía líquido por la forma en que rompía en regueros y rociaba su resplandeciente vestido negro al compás de sus movimientos—, Morris le dedicó el mismo saludo que ya había ofrecido a Tessa, depositando sobre su cadera aquel brazo de plastilina. Después los llevó a todos a lo que parecía ser un restaurante privado, ubicado en lo que parecía ser una casa privada de estilo georgiano, justo detrás de Park Lane.

Bob no recordaba haber comido nunca en un establecimiento de apariencia tan cara. Por todas partes se veían gruesas alfombras y recubrimientos de pino natural, como los que, según se imaginaba, debía de haber en los clubes de juego de las clases altas. También había una gran separación entre mesa y mesa. Al precio actual de los terrenos en el área de

Mayfair, seguro que los clientes pagaban un extra de penique y medio por cada bocado de comida para compensar el espacio vacío. Al mirar hacia el resto de las mesas, Bob reconoció a algunos de los comensales con los que compartían la carga de aquel aumento de precio. Los había visto en los escenarios de teatro y en las pantallas de cine, leyendo el excéntrico testamento del difunto en el primer acto de cierta obra, o cubriendo la huida del protagonista como cabecilla del grupo que organizaba un intento de fuga en el campo de prisioneros alemán de Stalag Luft, en el sexto rollo de cierta película.

—¿No es un poco caro este sitio? —murmuró.

Morris miró a su alrededor sin interés.

—No más que otros —respondió—. Queda muy a mano. Y odio tener que ponerme a pensar adónde voy a ir a comer.

Los precios de la carta confirmaron las suposiciones de Bob y le provocaron los síntomas de una ligera indigestión nerviosa. Pidieron y comieron algo que, por su coste, bien podrían haber sido raciones de billetes de banco a la parrilla, estofados o marinados, y se bebieron dos botellas de un vino tan caro que se diría que lo habían elaborado a base del zumo de soberanos de oro plantados al sol. Cuando trajeron el carrito de los postres y Lake pidió una pequeña ración de fresas salvajes —que además estaban fuera de temporada—, Erskine ordenó que les sirvieran el cuenco entero para compartirlo entre todos. Bob rechazó su porción, con el estómago revuelto, mientras rezaba por que Morris insistiera en pagar la cuenta. Deslizó la mano en su bolsillo trasero e intentó averiguar, palpando su contenido, cuánto dinero llevaba encima. Parecía que cuatro libras, a no ser que alguno de los billetes se hubiera doblado y lo hubiera contado dos veces.

Lake fue la única que habló animadamente durante la comida.

—¿Tú tienes problemas en los pies? —le preguntó a Tessa—. Yo tengo unos pies horribles. Se me reblandecen tanto que apenas puedo caminar. A veces noto un picor espantoso bajo la punta, justo detrás de los dedos. ¿Sabes a lo que me refiero? ¿A ti también te pasa?

—No —respondió Tessa.

—A veces noto unas cosquillas espantosas entre los dedos. Me entran unas

ganas terribles de quitarme los zapatos de un puntapié, sin importarme dónde esté, y empezar a rascarme y rascarme sin parar. Sí, realmente tengo unos pies horrorosos.

Morris no parecía tener ningún interés en la conversación. Pero saltaba a la vista que era alguien muy conocido en aquel restaurante, y varias personas lo saludaron al pasar junto a la mesa mientras entraban o salían del local. Una chica que llevaba algo parecido a un pijama de rayas que le dejaba la espalda al descubierto se acercó y se inclinó para que Erskine le besara la mejilla. Él lo hizo sin levantarse de la silla.

—Muy buenas —la saludó, sin mostrar el menor entusiasmo.

Un par de hombres se acercaron a la mesa para hablar de negocios con él. Parecía que uno de ellos quería que Morris organizara una exposición de cuadros de algún artista; el otro, que tomara parte en un complicado acuerdo que implicaba vender el capital social de un grupo de fotógrafos del mundo de la moda.

—Parece que tocas muchas teclas —comentó Bob, admirado, mientras Erskine pagaba la cuenta.

—Si tienes diez dedos —dijo Morris—, ¿por qué no tocar diez teclas a la vez?

Bob pensaba que la velada había terminado, pero, sin mediar palabra, Morris paró un taxi que pasaba y se los llevó a todos a un club de la Isla de los Perros; quería oír cantar a una joven novata que tal vez pudiera interesarle. El trayecto duró media hora y costó veinticinco chelines. La extravagancia de ir en taxi hasta el elegantísimo barrio del East End hizo que Bob se pusiera tan nervioso como en el restaurante. Para cuando llegaron al local, la chica ya había cantado y se había marchado. Bob intentó convencer a Morris para que se quedaran a ver la actuación de una imitadora.

—Es un tipo de espectáculo que está muy en boga ahora, ¿no? —comentó, en parte para justificar el enorme gasto de tiempo y dinero que había supuesto llegar hasta allí, y, en parte, con la esperanza de que aquella propuesta le pareciera interesante a Morris.

Pero este negó con la cabeza, sin mostrar el menor interés.

—Ya está pasado de moda —dijo.

Se subieron a otro taxi y deshicieron el camino en dirección a una especie de antiguo club nocturno ubicado en King's Road, con el mismo dispendio de tiempo y dinero que en el viaje anterior.

—Creo que este tipo de clubes nocturnos ya están un poco pasados de moda —comentó Bob, tratando de adelantarse a la valoración que, sin duda, haría Morris.

Este sacudió la cabeza.

—Aún están en boga —dijo.

Allí dentro había demasiado ruido como para poder hablar, algo que a Bob le pareció bastante conveniente, ya que no tenían nada que decirse los unos a los otros. Morris y él bebieron grandes cantidades de whisky, lo que provocó que Erskine actuara con una impasibilidad aún mayor, si es que tal cosa era posible. En cuanto a él, cada vez prestaba más atención a las rodillas de las chicas que salían a bailar, y a Lake, con su cabello decolorado, tan blanco como la luna, y sus pestañas postizas, tan negras como la noche. La invitó a bailar, agarrándola con el mayor de los cuidados, como si manejase un objeto tremendamente raro y frágil. Pero incluso aquel gesto tan delicado pareció sorprenderla. Se apartó de él como si la hubiese asaltado de forma indecente.

—¿Pero qué haces? —preguntó, recelosa.

—¿Qué pasa, Lake?

—¿Qué es lo que estás haciendo?

—Bailar. Esto es un foxtrot, ¿no?

—¿Un qué?

Los dos se movían separados por un brazo de distancia, sin saber muy bien qué hacer, mirándose entre ellos con incompreensión.

—Un foxtrot.

—¿Estás de broma?

Bob no entendía por qué Lake le decía aquello.

—¿No es un foxtrot? —dijo—. Lento, lento, rápido, rápido, lento... No... Lento, lento, rápido, lento... No, no...

Ella lo miraba sin pestañear.

—¿Pero cuántos años tienes? —le preguntó.

—Veintinueve.

—Ah, es que el foxtrot se bailaba cuando eras joven, ¿verdad?

La pobre Tessa no dejaba de dar cabezadas de puro aburrimiento. Y, aun así, al cabo de un rato todos se encontraban en casa de Morris, bebiendo más whisky y mirando al vacío con cara imperturbable. Erskine vivía en un apartamento ya amueblado de un edificio de preguerra, al lado de King's Road. Los muebles parecían ser de época, aunque daban la impresión de no pertenecer a ninguna época concreta, y tampoco parecían guardar ninguna relación con la inescrutable personalidad de Morris. Lake se quitó los zapatos de un puntapié, se bajó las medias y empezó a restregarse los pies el uno con el otro.

—Siempre he tenido unos callos terribles, incluso de niña —le confió a Tessa en tono amistoso—. ¿Y tú? Yo tuve una infancia espantosa. Granos, forúnculos..., el lote completo. Incluso la tiña. ¿Tú la has tenido alguna vez?

—Lo que no puedo entender, por mucho que lo intente —le dijo de repente Bob a Morris—, es qué te ha llevado a entrar en un periódico como aprendiz en prácticas por quince libras a la semana cuando salta a la vista que tienes otros negocios mucho más provechosos entre manos.

Erskine aspiró una bocanada de humo y la mantuvo en la boca durante un rato.

—Me interesan los periódicos, Bob. Creo que aún tienen un gran futuro por delante. Quiero aprender cómo funciona el negocio.

—¿De verdad te ves trabajando en un periódico durante el resto de tu vida?

—Me veo siendo dueño de uno.

Bob, que estaba reclinado en el sillón mirando al vacío, giró la cabeza para observar a Morris.

—Claro —dijo este—. ¿Por qué no? Todo periódico tiene un dueño, ¿no? O bien puedes hacerlo a través de las revistas. Compra una que esté en las últimas, como *Ocio y placer*, y adáptala para el mercado adecuado. Hay un montón de mercados sin explotar, Bob. Por ejemplo, los varones en la franja de los cincuenta: tienen el máximo poder adquisitivo; sus hijos ya se han

marchado de casa; les quedan diez años antes de la jubilación. Hay un montón de dinero en ese sector: se les pueden vender coches deportivos, suspensorios, botas de ante..., todo lo que les haga falta para que se sientan rejuvenecidos. A esa edad tienen el dinero necesario para volver a sentirse jóvenes.

Bob, que estaba algo atontado por el whisky, sintió un gran entusiasmo ante la idea.

—Eso podría hacerse —dijo.

—Claro.

—Tú podrías hacerlo, Erskine.

—Claro, claro.

—Tan solo necesitarías algo de dinero.

—El dinero no es problema, Bob. Lo que sí necesito es echarle una ojeada al negocio desde dentro, y también un núcleo de toreros jóvenes e inteligentes. ¿Te interesa?

—¿A mí, Erskine?

—Claro, Bob.

—Yo no soy un torero joven e inteligente.

—Podrías serme de utilidad en algún otro cargo. Serías una de las piezas clave del equipo. Se te da bien redactar. Y eres lento y sólido.

—Sí, pero...

—No te matas a trabajar, Bob. Eso es lo que me gusta de ti. Si formas un equipo compuesto por muchachos jóvenes deseosos de construir algo nuevo, se genera mucha presión y todos se echan una carga excesiva sobre los hombros. Se agotan trabajando y empiezan a cometer errores. Ya lo he visto otras veces.

—No sé qué decirte, Erskine. Bueno, te admiro en muchos aspectos, más que a nadie que...

—Claro. Solo te lo comento para que lo tengas en mente. Nada de esto va a ocurrir hasta dentro de un año, y eso como poco.

Cuando Bob despertó a Tessa para volver a casa, recordó que se había gastado casi hasta el último chelín al insistir en pagar la cuenta del club nocturno. Le preguntó a Morris si podía prestarle algo de dinero para el taxi.

Este, recostado en su sillón, le lanzó con gesto imperturbable un billete de cinco libras.

—Que sea un adelanto a cuenta de tu futuro sueldo, Bob —le dijo.

En la pared de la sala de espera del aeropuerto de Schiphol había un póster de una agencia de viajes que se iba cincelandando más y más en la memoria de Dyson a medida que transcurría la tarde. Representaba a una chica en bañador, retratada en el momento de entrar en una piscina. A Dyson le resultaba irritante. La modelo en cuestión parecía estar suspendida en el aire y miraba hacia el agua que había debajo de ella con una ligera sonrisa expectante, plena de anticipación. Y así se había quedado, en suspenso, sin subir ni bajar. La chica estaba allí a las seis, cuando todos creían aún que el grupo de Escandinavia al que esperaban estaba *en route* en algún punto entre París y Ámsterdam. Seguía allí a las siete, cuando los periodistas franceses, que estaban comenzando a manifestarse como la voz de la opinión pública de aquella expedición, empezaron a comentar que alguien había cometido un error y habían embarcado a los escandinavos no con destino a Ámsterdam, sino de regreso a Copenhague.

A las ocho de la tarde, cuando los franceses anunciaron que el avión de los escandinavos había tenido un accidente, la pobre chica todavía no había metido en el agua ni siquiera un dedo del pie. La anticipación que mostraba su sonrisa expectante seguía siendo igual de intensa a las nueve, cuando los franceses proclamaron que el avión de los escandinavos había aterrizado en Bruselas y desde allí venían en tren hacia Ámsterdam. La sonrisa en cuestión todavía no se había disipado a las diez, cuando todas las nacionalidades presentes dejaron de interesarse por sus colegas escandinavos e iniciaron un motín contra Starfield, que corría hecho un manojo de nervios desde el teléfono a la oficina de comunicación por cable y viceversa; lo amenazaron con pedir a sus respectivos gobiernos que revocaran todas las licencias y los derechos de aterrizaje de Alfombra Mágica si no encontraba en aquel mismo instante habitaciones de hotel para que todos los presentes pasaran la noche en Ámsterdam.

Despegaron, sin los escandinavos, a las diez de la mañana del día siguiente. Iban en otro turborreactor, de mayores dimensiones y con aspecto de ser aún más de segunda mano que el anterior. Durante el despegue, Mounce y Dyson vieron cómo se desprendía un pequeño panel del revestimiento de la cabina de pasajeros para quedarse balanceándose hacia delante y hacia atrás, colgando de un cable. Mounce, que se encontraba otra vez en pleno ataque de acritud matinal, lo miró con irritación.

—Este puñetero avión no va a llegar nunca a Oriente Medio —gruñó—. ¡Pero si parece que tiene cien años!

—¡Por el amor de Dios! —rezongó Dyson, que también tenía una ligera resaca—. ¡Si es un avión a reacción!

—¡Tiene las alas rectas, John!

—Muy bien; tiene las alas rectas. ¿Y qué hay de malo en eso, por el amor de Dios?

—Pues significa que este avión no es más que un montón de chatarra. ¡Está obsoleto!

—¿Obsoleto? ¿Cómo va a estar obsoleto si tiene propulsores a reacción?

—¡Por el amor de Dios, John! Esos puñeteros reactores se llevan utilizando desde hace un siglo. Eran nuevos cuando tú eras niño..., pero de eso hace una eternidad, joder.

Aun así, Dyson estaba en lo cierto. El avión no se averió.

El panel que se había desprendido de su sitio estuvo oscilando y bailando durante todo el viaje, colgando de su cable. Pero el chirriante avión sobrevoló Europa sin que eso lo afectara en lo más mínimo.

—De todas formas —comentó Dyson—, no sé de qué te preocupas. ¡Es más, soy yo el que debería estar preocupado! El viernes tengo que estar de vuelta en Londres para participar en un programa de televisión del que depende el futuro de mi carrera.

Sirvieron la ronda de bebidas de media mañana, luego la del aperitivo, luego un bocadillo con su dosis de alcohol correspondiente, seguido de las consabidas copas de sobremesa. Todo el mundo empezó a sentirse más animado, incluyendo a Starfield, que salió de la cabina para darse un paseo, repartiendo palabras amables por aquí y por allá. «¿Todo bien,

muchachos?» «¿Estáis contentos, chicos y chicas?»

—Aún está previsto que regresemos a Londres el jueves por la noche, ¿verdad? —le preguntó Dyson.

—Aquí el amigo ya está preocupado por el viaje de vuelta —exclamó Starfield con jovialidad, dirigiéndose a todos los presentes. Se giró otra vez hacia Dyson y le dio unas palmaditas de ánimo en el hombro—. Tranquilo, muchacho —le aseguró—, te devolveremos a casa a tiempo, no temas.

Tras la quinta ronda de bebidas, Mounce empezó a mostrar algo de interés por lo que había a su alrededor.

—Roma —dijo, mientras miraba hacia la ventanilla y echaba una vaga ojeada en dirección a tierra—. Me gustaría visitar Roma. ¿Has visto *La dolce vita*, John? En realidad es una porquería, aunque tiene un par de escenas de lo más jugosas...

Dyson intentó a su vez mirar por la ventanilla, por encima del hombro de Mounce, para ver si era verdad que estaban sobrevolando Roma. Pero su acompañante parecía estar considerando Europa desde una perspectiva más amplia.

—No me importaría echarle un vistazo a Hamburgo, ya que estamos —comentó—, para ver a esas mozas que luchan en el barro... O a Beirut. Jimmy Knowles, el del *Express*, me ha contado un par de cosas sobre esa ciudad. Me dijo que era fantástica. «¿Quiere usted niña pequeña, Sahib? Yo traigo a usted mi hermana pequeña por medio dólar.» Toda esa mierda, ya sabes.

Pero hubo un intervalo entre la ronda de copas de sobremesa y la de media tarde durante el que Mounce sucumbió de nuevo a la melancolía.

—No esperaba que este puñetero viaje fuera a durar tanto. ¿Cuánto tiempo crees que llevamos volando?

—No lo sé —reconoció Dyson.

—¡Ya son casi las dos y media! Pensaba que íbamos a volar en un avión de verdad, no en un asqueroso montón de chatarra de alas rectas que parece sacado del Museo de Ciencias. ¿Eso que se ve ahí abajo es el golfo Pérsico?

Dyson se inclinó por encima de su acompañante y miró por la ventanilla. Estaban sobrevolando un mar azul intenso salpicado de islas.

—No creo que haya tantas islas en el golfo Pérsico —respondió, dubitativo—. Me parece que debe de ser el Egeo.

—¿El Egeo? —exclamó Mounce, indignado—. ¿El que está junto a Grecia? No digas gilipolleces, John. Llevamos cuatro horas volando. Esto es un avión, no un carro tirado por caballos.

Sirvieron otra ronda de bebidas, y luego otra más. A eso de las cuatro empezaron a descender. Starfield apareció en la entrada de la cabina de pasajeros y juntó las palmas de las manos.

—En tan solo diez minutos, chicos y chicas —comenzó—, aterrizaremos para reponer combustible en Beirut.

Se detuvo, como si esperase las mismas quejas que se habían producido tras el anuncio de Ámsterdam. No hubo ninguna reacción; todo el mundo recibió la noticia en silencio. Dyson se preguntó si habría alguien más —aparte de Mounce y de él mismo— que se hubiera dado cuenta de que eso significaba que estaban solo a mitad de camino; o si —al igual que él mismo— estaban demasiado anonadados como para acertar a decir palabra; o si —al igual que Mounce— estaban demasiado borrachos como para que les importara. El propio Starfield pareció quedarse desconcertado por aquella falta de respuesta. Las gafas le resbalaron por la nariz, llenas de incredulidad.

—Bueno —dijo, mientras se las volvía a colocar en su sitio—, de cualquier forma, habrá bebidas gratis en la terminal de tránsito. Los gastos corren a cargo de Viajes Alfombra Mágica. Gracias.

Jannie detestaba que John se marchase fuera, aunque solo se tratase de unos pocos días. Lo hacía con tan poca frecuencia que a ella se le olvidaba cómo se sentía en esas raras ocasiones. Esperaba con impaciencia a que llegase el día de la partida, pensando que se sentiría libre para hacer un montón de cosas. Se veía a sí misma dispensada de la obligación de preparar cenas elaboradas y de quedarse sentada a la mesa al término de las mismas, conversando sobre lo que Gareth Holmroyd le había dicho a Harry Stearns, o sobre el último agravio de Reg Mounce o Erskine Morris. Se imaginaba

que, en lugar de eso, podría quedarse leyendo un buen libro, cosiendo ropa para los niños, arreglando los dobladillos de sus vestidos, reordenando los muebles de la sala de estar o pensando en cómo ganar algo de dinero para cubrir los números rojos de la cuenta bancaria. Pero luego no hacía ninguna de esas cosas. Siempre le quedaba mucho menos tiempo libre del que se había imaginado. Y el que le quedaba, lo malgastaba. No podía concentrarse en nada cuando estaba sola en casa por la noche.

Al final, encendía la televisión, con la intención de verla solo durante media hora para relajar un poco la mente, pero acababa quedándose frente a la pantalla durante toda la velada, con un creciente sentimiento de culpa y la sensación de estar desperdiciando el poco tiempo que tenía. Cuanto más rato pasaba frente al televisor, más difícil le resultaba levantarse del sillón y apagarlo. Hasta que, al final, la bbc tomaba la decisión por ella y clausuraba la programación vespertina. Ni siquiera era capaz de irse a la cama temprano. Una vez apagada la televisión, se quedaba hojeando los periódicos del día, leyendo por encima noticias que ya se habían quedado desfasadas por las más recientes, esas que había visto en la caja tonta durante la velada. Hacía la una menos cuarto, se arrastraba hacia la cama con sus últimas fuerzas, muerta de cansancio y odiándose a sí misma por su falta de voluntad. Había pensado lavarse el pelo ¡y ni siquiera había sido capaz de hacer eso! Se volvía una y otra vez hacia el lado de la cama de John para rodearlo con el brazo, en un gesto consolador, pero entonces se daba cuenta de que la cama estaba vacía. Y no solo eso. Toda la habitación —toda la casa— parecía estar sumida en un silencio irreal. Por la mañana se levantaba cansada, les gritaba a los niños y, por la noche, volvía a sucumbir a la tentación de la tele, sintiéndose aún peor que el día anterior.

Pensaba con asombro en las mujeres cuyos maridos se ausentaban durante semanas a causa de algún viaje de negocios; o incluso durante años, en la guerra o en la cárcel. ¿Cómo podía sobrellevarse la perspectiva de tal separación? La idea le vino a la cabeza cuando estaba fregando, y la sacudió de tal manera que se quedó paralizada durante un buen rato, mirando por la ventana con la bayeta y el plato inmóviles en las manos. Una podía olvidar durante años y años —viviendo en su mundo de pequeñas congojas y

pequeños resentimientos— los extremos a los que podía llegar el sufrimiento humano; tipos de sufrimiento que estaban más allá de la propia experiencia, incluso de la propia imaginación. ¿Era esto lo que su madre había sentido al quedarse viuda? ¿Esta desolación aterradora, como la que se siente cuando una se encuentra en medio del campo, en un lugar desconocido, y la luz del día comienza a desvanecerse en una tarde de invierno? ¿Este filtro gris que se apodera de los sentidos, absorbiendo el color y el sabor de las cosas? ¿Esta súbita conciencia de una misma? Cuando se es feliz, uno apenas nota que está ahí; no es más que un punto matemático en el que convergen los rayos de luz del resto del universo. Pero entonces, de repente, se rompe el equilibrio de las cosas, y uno toma conciencia de lo compleja que es la maquinaria espiritual que nos mantiene en funcionamiento. Era como empezar a percibir los latidos del propio corazón. La fragilidad de todo aquel mecanismo se volvía dolorosamente evidente.

Notó en las fosas nasales un olor gris y arenoso, como de humo; un humo que salía de las chimeneas para descender sobre las calles solitarias, llenas de viviendas adosadas, en una ciudad desolada en la que ella se sentía como una extranjera.

Tras aquella pausa, continuó fregando los platos, con los ojos empapados en lágrimas, y estuvo de un humor verdaderamente anómalo durante el resto del día. Por un lado, se notaba al borde del llanto; por el otro, se sentía exaltada por estar tan cerca de las lágrimas. Cuando recogió a Damian de la guardería, se lo llevó al parque infantil y estuvo jugando con él de forma salvaje y extraña. Lo lanzaba al aire, giraba y giraba con él y se reía sin parar. Cada vez que el niño se paraba y se quedaba pensativo, como si estuviese a punto de contar una anécdota sobre la vida de Jack, ella daba palmas y se ponía a perseguirlo para jugar a otra cosa. La repentina intensidad de aquellos juegos acabó alterando al pequeño. Primero alcanzó un estado de sobreexcitación, luego se puso irritable y al final lloró tanto que su madre tuvo que llevárselo a casa.

Por la tarde se le ocurrió que, tal vez, aquel extraño estado de agitación que había alterado su humor podía tener algo que ver con Bob. Al momento se sintió culpable por haber albergado una idea tan ridícula, que, de alguna

manera, parecía poner en tela de juicio sus sentimientos ante la ausencia de John y sus ideas sobre la separación en general. También hizo que se sintiera aún más agitada. Enseguida se imaginó consiguiendo a una canguro para quedarse con los niños, y saliendo a cenar con Bob a algún pequeño restaurante del Soho. Beberían vino —una botella entera entre los dos— y conversarían sobre esto y aquello. No tenían por qué hablar de nada profundo o importante. Tan solo charlar, con facilidad y plena confianza. Se contarían el uno al otro cómo se sentían. Lo cierto era que Jannie albergaba todo tipo de sentimientos. Deseaba poder contárselos a alguien. Se imaginó a Bob inclinado sobre la mesa, escuchándola, mirándola con aquellos ojos tan dulces y familiares.

Ya tenía el teléfono en la mano para llamarlo a la oficina y proponerle que fueran a cenar cuando le vino a la cabeza la imagen de Tessa. ¡Qué *horror*, ni siquiera se había acordado de ella! Se mordió el labio, espantada de sí misma. Pero una vez que se hubo acostumbrado a la idea, pensó que estaría casi igual de bien aunque Tessa los acompañase. Los invitaría a los dos a cenar a casa. Ya se veía a sí misma siendo sorprendentemente amable con la prometida de Bob, tanto que lo sorprendería a él, la sorprendería a ella y se sorprendería incluso a sí misma. Hablarían entre ellos con gran comodidad y sinceridad. Tessa, que siempre se mostraba tan tímida y tan poco comunicativa con ella, empezaría a sentirse segura en el seno de aquella amistad. Los tres podrían ser amigos, amigos íntimos. Quería sentirse cercana a Bob y a Tessa. Y quería que John también se sintiese cercano a ellos, claro.

Llamó a Bob. Pero, mientras esperaba a que la operadora la comunicase con él, su emoción empezó a desvanecerse. Se dio cuenta de lo incómodo que podría resultar si Tessa seguía mostrándose tan fría como siempre. Y cuando Bob respondió, parecía preocupado por otras cosas. Dijo que Erskine estaba esperando a que él terminase una tarea que tenía entre manos. Jannie le comentó que había visto una casa que a Tessa podría interesarle visitar, y luego no se le ocurrió nada más que decir. Al final, no los invitó a venir a cenar.

Se pasó la noche entera viendo la televisión y haciendo al mismo tiempo

los crucigramas del *Times* para convencerse a sí misma de que no estaba siendo totalmente indolente. En cierto momento, le pareció oír cómo arrojaban algo por encima de la tapia. Seguramente a esas alturas el jardín estaría lleno de basura. Haría un esfuerzo y lo limpiaría. Pero eso sería mañana. No, mejor cuando John volviera. Podría empezar a hacer cosas otra vez cuando él volviera a casa.

En Beirut, el avance de los viajeros de Alfombra Mágica se estancó por completo. Resultó que los escandinavos habían llegado allí antes que ellos y ya se habían marchado, pero el grupo no pudo seguirlos. Según Starfield, había surgido un pequeño problema técnico en el avión que se arreglaría en menos de una hora. Pero esa hora pasó, y luego otra más, y ellos seguían en la terminal de tránsito bebiendo a cargo de la compañía de viajes. Starfield les aseguró que despegarían pronto, muy pronto. El cálido atardecer mediterráneo iba cayendo al otro lado de las ventanas. Las luces de las pistas brillaban cada vez más a medida que el color del cielo se iba desvaneciendo —rojas para los aterrizajes, azules para los despegues, verdes para las zonas de tránsito—, como una visión de ensueño de un Oriente Medio engalanado con piedras preciosas.

Fueron los franceses los que obligaron a Starfield a buscar alojamiento para todos; el resto de los pasajeros estaban demasiado afectados por el alcohol y la fatiga del viaje para ponerse a discutir. Starfield los amenazó, asegurando que el avión despegaría tan pronto como estuviese preparado y que cualquier persona que no estuviese a bordo tendría que correr con todos los gastos del viaje de regreso a su país. Les rogó que tuvieran en cuenta que ya habían consumido 5000 libras por cortesía de Viajes Alfombra Mágica. Juró que los denunciaría a todos a los Consejos de Prensa de sus respectivos países, acusándolos de falta de profesionalidad. Les suplicó que consideraran la posición en la que él se encontraba. Pero los franceses se mostraron inflexibles, y al final Starfield tuvo que buscar hoteles para todos. Lo que no sirvió de mucho porque, cuando llegaron al aeropuerto la mañana siguiente, se encontraron con que el despegue tenía tan pocas posibilidades de

efectuarse como la noche anterior.

Resultó que el problema del avión no era de naturaleza técnica, sino financiera. En algún momento del pasado, a la compañía que había contratado aquel aparato se le había olvidado pagar los derechos de aterrizaje en el aeropuerto de Beirut, y ahora las autoridades libanesas habían embargado el avión; lo tendrían confiscado hasta que se pagara la deuda. Al principio Starfield negó que aquello fuese cierto. Pero a medida que el calor del día aumentaba y todos iban consumiendo las bebidas del bar —siempre a cargo de Alfombra Mágica— como si fuesen agua, su versión varió ligeramente; corroboró la historia, aunque siguió negando que la culpa fuera de su agencia. La responsable era la *Nederlandse Zonnenvaart Luchtbedrijfs de Ámsterdam*, la compañía a la que habían fletado el aparato. Les imploró que fuesen pacientes, porque despegarían en cuanto la *nzl* ingresara el importe exigido en la cuenta del Gobierno libanés. Se pasó la mañana corriendo entre el teléfono, la oficina de comunicación por cable y la comisaría de policía. Justo antes de la hora de la comida, les informó de que la *nzl* aseguraba no tener conocimiento alguno de aquella deuda. Al parecer, ellos ni siquiera eran los legítimos propietarios del avión. Tan solo gestionaban los vuelos de larga distancia para otra compañía, la *Overland en Overzee N. V. de Rotterdam*. En la terminal hacía un calor insoportable. Starfield se enjugó el sudor de las cejas y juntó las palmas de las manos, aunque también tuvo que enjugárselas mientras les explicaba todo aquello a los periodistas. Pero, según les aseguró con voz ronca, ya había cablegrafiado a O&O, y esperaba que aquel asunto se arreglase en cuestión de minutos.

Cuando iba por la mitad de su séptima cerveza rubia, Dyson se dio cuenta de que estaba sentado justo enfrente del mismo póster que había visto en el aeropuerto de Schiphol. La chica seguía en aquella postura que él tan bien conocía: entrando en la piscina, con aspecto de estar suspendida en el aire, con la misma sonrisa expectante, sin haberse mojado aún los dedos de los pies. Dyson se levantó y se cambió de sitio para darle la espalda a la imagen. Al hacerlo, se encontró cara a cara con Mounce.

—En serio —dijo este, mientras movía su gran vaso de whisky de forma

que el hielo tintineara contra el cristal—, para cuando acabe este follón, todo se habrá olvidado, ¿verdad?

Por las sienas le resbalaban gotas de sudor. Parecía cansado. La tensión de tener que pedir bebidas y mantener vigilada su carpeta de material publicitario estaba haciendo mella en él. Cada vez que Mounce volvía a preguntarle si él creía que, para cuando volvieran, el asunto de las «gestiones que estaba realizando» se habría olvidado o habría terminado estallando, Dyson no podía evitar pensar que preferiría que Reg le contase cómo, en cuanto llegasen a Sharjah, planeaba tener un lío con una de las modelos que los acompañaban en el viaje. Aunque, cuando Mounce abordaba este tema, Dyson llegaba a la conclusión de que, pensándolo mejor, prefería el asunto de las «gestiones que estaba realizando».

—En serio —repitió Mounce—, dime qué opinas.

Dyson apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla y se quedó mirando el techo.

—Incluso si despegáramos con destino a Sharjah en este mismo instante —se lamentó—, no veo cómo podría regresar a Londres con el tiempo suficiente para llegar a mi programa de televisión del viernes por la noche. No lo veo.

Se abanicó con la carpeta publicitaria, meditabundo.

—En serio —comentó Mounce—, ¿has visto a esa modelo a la que llaman Daisy-Claude? Mírala, orgullosa y traviesa, como a mí me gustan. Espera a que llegemos a Sharjah. En la primera noche de hotel me la cepillo.

Dyson se quedó observando cómo la sombra de la silla en la que estaba sentado Mounce reptaba, milímetro a milímetro, hacia la puntera de su zapato derecho.

—Si no llego a tiempo a ese programa de televisión —prometió—, juro por Dios que arrastraré a Starfield y a su agencia de crápulas a los tribunales y les sacaré hasta el último penique.

Mounce inclinó su vaso; los restos de hielo que había en el fondo se deslizaron por las paredes y cayeron al suelo.

—Deja ya de lloriquear por tu puñetero programa de televisión —le dijo—. Eres más molesto que un grano en el culo.

Starfield no volvió a aparecer hasta la hora del té. Por lo que parecía, los de Overland en Overzee no sabían nada de ninguna factura pendiente por derechos de aterrizaje en Beirut. En la época en que se había producido aquel supuesto incidente, ellos habían fletado el aparato en cuestión a las Líneas Aéreas Pan-Baleáricas de Palma de Mallorca, una empresa cuyos activos ya se habían liquidado. Cuando Starfield terminó de explicárselo, los franceses se mostraron firmes: insistieron en que Alfombra Mágica saldara la deuda enseguida y arreglara todos aquellos asuntos más tarde. Los belgas estuvieron de acuerdo. También los alemanes, los holandeses y, en general, todos aquellos que no estaban demasiado borrachos como para expresar su opinión. Todos excepto Starfield. Les explicó que su agencia no podría saldar la deuda hasta que recibiera la subvención que la Comisión Interdepartamental de Turismo de los Emiratos de la Tregua le iba a conceder por aquel viaje. ¿Y cuándo ocurriría eso?, preguntaron los franceses, apoyados por los holandeses, los británicos y los demás. Starfield contestó que cuando hubiera llevado a todos los periodistas a su cargo a la Comisión de Turismo en Sharjah.

Lentamente, el sol comenzó a declinar en el oeste, y el aeropuerto volvió a cubrirse de joyas rojas, azules y verdes. Starfield corría desesperado de un lado a otro, llamando por teléfono a sus superiores de Londres e intentando aplacar a los franceses.

—Escuchad, chicos... —lo oyó gemir Dyson. Tenía un aspecto ojeroso y totalmente demacrado—. Caballeros, os lo imploro... Despegaremos en cualquier momento... Amigos, os ruego que mantengáis la calma. Eso facilitará los procedimientos... Os lo suplico... Os prometo solemnemente... ¡Por el amor de Dios, hablad en inglés, no entiendo lo que decís...! ¿Por qué no os tiráis al mar, franchutes de mierda? ¡Estoy harto de vosotros!

Tuvieron que pasar otra noche en Beirut, con las ventanas de la habitación del hotel abiertas a la suave brisa del Levante y al ruido del tráfico de la ciudad. A Dyson le gustaba aquel sonido. Mientras yacía en su cama, incapaz de pegar ojo, aquel ruido lo reconfortaba, porque era una evidencia tangible de ese mundo real y romántico que existía más allá de los confines de los aeropuertos internacionales. Después de aquel viaje, esperaba no

tener que volver a pisar otro aeropuerto en la vida. Cada vez que cerraba los ojos veía ante sí los rostros blanquecinos de los demás pasajeros, esperando, y oía el rugido y los chirridos de los motores a reacción y de los turborreactores, y la voz impersonal que hablaba por megafonía, anunciando la salida del vuelo ME 731 con destino a Bagdad y Teherán y avisando a los pasajeros de que la llegada del vuelo ME 491 procedente de Estambul y Ankara se iba a retrasar aún más... ¡Por Dios, cómo odiaba los aeropuertos!

Y allá que volvieron a la mañana siguiente. Pero les esperaba una sorpresa. Starfield —sin afeitar, exhausto y triunfante después de haberse pasado la noche entera haciendo llamadas telefónicas y negociando— había encontrado otro avión disponible. Era aún más viejo y más de segunda mano que el anterior; tenía motores a pistón. Esto hizo que Mounce se lanzara a proclamar que aquel puñetero y asqueroso aparato se averiaría incluso antes de que terminasen de embarcar. Starfield tuvo la prudencia de esperar hasta que hubieron despegado para juntar las palmas de las manos y anunciarles adónde se dirigían. Les dijo que las azafatas pasarían enseguida sirviendo una ronda de bebidas a cargo de Viajes Alfombra Mágica y que el avión se dirigía de regreso a Ámsterdam. Dicho lo cual, se agenció una botella de whisky de la cocina y se encerró con ella en uno de los lavabos, mientras los franceses golpeaban la puerta en vano. Para Starfield, aquella guerra había terminado. Por fin.

Mounce hizo un par de comentarios indignados sobre el puñetero Starfield y su maldita cara dura, pero sonaron casi automáticos. Dyson tuvo la impresión de que su irritable compañero de periódico también se alegraba en secreto de volver a casa. Todo el mundo se alegraba, excepto los franceses, que tenían un gran sentido de la responsabilidad. Aquel viaje había sido una continua sucesión de desastres. Estaba claro que Dios no quería que fuesen a Omán de la Tregua, y no les quedaba otra opción que regresar a Ámsterdam de buen talante, bebiendo para mantenerse animados durante el trayecto.

Dyson se sentía profundamente satisfecho. Estaría en Holanda aquella misma tarde, y de camino a Londres a primera hora del viernes, con tiempo

de sobra para llegar al programa. Él estaba hecho para la televisión, no para los viajes. Recordó cómo, de niño, lo mandaban a aquellos interminables campamentos de verano que los Boy Scouts organizaban en las praderas pantanosas, y él, que echaba de menos su hogar, siempre pensaba en excusas para que lo mandaran a casa antes de tiempo. Lo que ahora notaba era esa felicidad que entonces esperaba sentir si, por una vez, llegaba a encontrar la excusa adecuada.

Aquel sentimiento le duró hasta la hora del té, momento en el que, frente a sus ojos incrédulos, la hélice exterior de estribor empezó a frenar a trompicones hasta pararse. Tuvieron que hacer un aterrizaje de emergencia en Liubiana, entre camiones de bomberos y ambulancias.

Todo el mundo pensaba que Bob debería intervenir en el programa si Dyson no regresaba a tiempo. Se pasó la mañana del viernes recibiendo llamadas en la oficina de distintas personas que lo instaban a participar.

—No soy la única que opina así, Bob —le comentó Jannie—. John piensa lo mismo. Me lo ha dicho esta mañana. Ha insistido mucho en el tema cuando me ha llamado desde Liubliana.

—¿Y él qué tal está? —preguntó Bob—. ¿Muy afectado?

—No, estaba sorprendentemente tranquilo.

—Pobre John.

—Llegará a tiempo casi con toda seguridad, Bob. Lo único que tienes que hacer es estar en el estudio, solo por si acaso. El problema es que esa tal Samantha Lightbody, la de la bbc, se ha puesto muy nerviosa por todo este asunto. No deja de llamarme por si tengo alguna novedad.

—A mí también me está llamando todo el rato.

—¿Y qué le has dicho?

—Pues que yo no sé nada sobre relaciones raciales.

—Vamos, Bob, no seas tan negativo. Sabes tanto sobre eso como John.

—No entiendo por qué tienes tanto interés en que lo haga, Jannie.

—Porque me gustaría verte en la tele. Estoy segura de que lo harías estupendamente.

Bob suspiró.

—Ya —dijo—. Bueno, tengo trabajo que hacer. Erskine está esperando a que le entregue un par de cosas.

Diez minutos después, Samantha Lightbody volvió a llamar para comentarle que, por lo visto, él sí sabía algo sobre relaciones raciales; había llegado a sus oídos que, cuando Bob estaba en la universidad, había tenido un compañero de habitación siamés.

Bob dirigió una mirada anhelante hacia los bocetos de la nueva página para preadolescentes que Erskine le había encargado revisar. Se acababa de dar cuenta de que, en aquel instante, no había nada en el mundo que le apeteciera más que ponerse a trabajar en silencio.

—¿Quién le ha contado lo del siamés? —preguntó.

—La señora Dyson —respondió Samantha Lightbody—. Acaba de llamarme para contármelo, ha sido muy amable por su parte. Le seré sincera: estamos un poco desesperados. Parece que todos los expertos en relaciones raciales de Londres están enfermos o de viaje, rumbo a alguna conferencia.

—Lo siento mucho.

—Solo recurriríamos a que usted apareciera ante la cámara en caso de extrema necesidad.

—Aun así...

—¿No podría decirme al menos que se lo pensará?

—Pues... de acuerdo. Me lo pensaré.

En cuanto Samantha Lightbody colgó, Tessa ya estaba al otro lado de la línea.

—Tu amiga la señora Dyson me ha estado llamando —le explicó—. Me ha dicho que intente convencerte de que salgas en el programa.

Bob se metió un caramelo de menta en la boca y restregó las yemas de los dedos sobre una galerada. Le gustaba la textura suave y a la vez áspera del papel recién impreso.

—Pues hazlo —dijo.

—¿Que haga qué?

—Intentar convencerme.

—Bueno..., ¿a ti te apetece hacerlo, Bob?

—No lo sé. ¿Crees que debería?

—Bob, no quiero que hagas nada que no te apetezca. Ya lo sabes.

—Ya.

—Solo quiero que hagas lo que de verdad te apetezca. Creo que deberías hacerlo solo si tú mismo crees que deberías.

Bob se sintió repentinamente exasperado.

—¡Tú nunca tienes una opinión propia sobre nada, Tess! Nunca hay nada que quieras hacer por *ti* misma.

—Eso no es verdad, Bob. Quiero que seas feliz y que hagas lo que realmente te apetezca. No quiero interponerme en tu camino. ¡El hombre eres tú! Tienes que vivir tu vida y tomar tus propias decisiones.

Bob se sintió avergonzado por discutir por teléfono en presencia de Morris, aunque este no dio muestras de haber oído una sola palabra de aquella conversación. Mecnografiaba sin descanso tras la vacilante línea azul del humo de su cigarrillo. Luego escribió un par de frases a mano, unió los papeles con un clip y los arrojó sobre la mesa de Bob.

—Erskine, ¿tú crees que debería participar en ese maldito programa?

—Claro —respondió el interpelado en tono tranquilizador, sin interrumpir su trabajo.

—Ya sabía yo que dirías eso —dijo Bob, desanimado—. ¿De verdad lo crees?

—Claro.

La señora Mounce también llamó.

—Tenía que hablar contigo, cariño. Tessa me lo ha contado todo. No irás a desaprovechar una oportunidad como esta, ¿verdad, bomboncito?

—Me lo estoy pensando...

—Bueno, no es que sea asunto mío, cielo. Pero, Bob, piénsalo seriamente, querido. Una oportunidad como esta no volverá a repetirse, ya lo sabes. Y pronto tendrás una familia a la que mantener. Es muy difícil intentar vivir exclusivamente del sueldo que paga el periódico. Sé de lo que hablo, te lo aseguro.

—Me lo estoy pensando...

—Tienes que empezar a hacer carrera, cariño. Tienes que mirar hacia delante. Tienes que intentar progresar un poquitín, por lo menos. Piensa en Tessa, Bob...

—Pero si ya estoy pensando en ella...

—Escucha, cielo, ¿me prometes que llamarás ahora mismo a los de la tele y

les dirás que sí?

—Me lo estoy pensando, de verdad...

—Bueno, pues ¿me prometes que vas a pensártelo muy pero que muy pero que muy seriamente?

Hubo un momento de la mañana en que Bob tenía a Samantha Lightbody por una línea, preguntándole si ya había tomado una decisión, y a Tessa por la otra, preocupada por haber dicho algo inadecuado en su conversación anterior.

—Tal vez debería presionarte más, Bob —le dijo, desconsolada—. Supongo que eres una de esas personas que necesitan que las presionen. La señora Mounce piensa que yo debería presionarte más. Y lo haré, si crees que es lo que necesitas para sacar lo mejor de ti mismo. Pero no quiero presionarte para que me digas que debería hacerlo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Jannie también volvió a llamar.

—Bob, creo que estarías fantástico en la tele —le comentó—. Solo quiero que salgas porque estoy segura de que lo harás estupendamente. ¿Te acuerdas de que detestaba la idea de que John participara en el programa, porque estaba convencida de que exageraría y acabaría poniéndose en ridículo? Pero tú tienes un talento innato para esto, Bob.

Él contempló el cielo blanquecino a través de la ventana.

—Para serte sincero, no creo que se me diera demasiado bien, Jannie.

—A veces me desespera lo mucho que te subestimas a ti mismo. Lo tuyo no es simple modestia, sino algo mucho más terrible y patológico.

Bob empezaba a sentirse acosado.

—Me lo estoy pensando —dijo—. He accedido a considerarlo. Me gustaría que todos me dejárais pensarlo en paz.

—¡Pero podría ser tu oportunidad!

—¿Mi oportunidad? ¿Mi oportunidad para qué?

—¡Por el amor del cielo, Bob...! Tu oportunidad para escapar de esa oficina, para empezar de nuevo. No tendrás intención de quedarte ahí durante el resto de tu vida y ser el burro de carga de John, ¿verdad?

—No lo sé. Supongo que en algún momento me iré...

—¿En algún momento? ¡Entonces será demasiado tarde! Seguirás ahí a los

cuarenta, Bob, en serio. John y tú...; los dos estáis atrapados en la misma rutina. Pero al menos él hace algún esfuerzo para escapar de ella. ¡Tú no haces nada! Te limitas a arrastrarte de acá para allá y a darlo todo por hecho, pensando que algún día llegará alguien y te servirá la vida en bandeja de plata.

Bob garabateó en el borde de la galerada a un hombrecillo calvo, con la cabeza en forma de huevo, que sacaba la lengua.

—Jannie, me parece que hoy estás un poco rara...

—Siempre estoy un poco rara cuando John se marcha de viaje.

—No es propio de ti insistir de esta forma.

—Pues sobre este tema sí que voy a insistir, Bob.

—Te comportas como si fueras mi madre.

—Alguien tiene que hacer de madre del pobre huerfanito.

Su voz tenía un tono enfadado y tierno a la vez. Tal vez estaba enfadada por la ternura que sentía, pensó Bob, igual que lo haría una madre.

—Estoy segura de que tu madre te diría lo mismo si estuviera viva. Te presionaría para que hicieras algo con tu vida.

Bob suspiró mientras observaba el humo azul que no dejaba de ascender desde el cigarrillo de Morris.

—Tal vez tengas razón —dijo—. De todas formas, me lo pensaré.

* * *

Jannie estaba un poco rara, y lo sabía; aún más rara que en días anteriores. La tensión y el ansia provocados por estar a la espera de que John regresara y su ávido deseo de ayudar a Bob y a Tessa se habían convertido en irritación ahora que ambos sentimientos se veían frustrados. Estaba molesta con John por montarse —¡qué típico de él!— en un avión que había resultado tener estropeado el conducto que llevaba el carburante al motor externo de estribor. Estaba molesta con Bob por ser tan blandengue y tan remiso a dejarse ayudar; era como intentar modelar un pudin de leche. Y, sobre todo, estaba molesta consigo misma, por sulfurarse de aquella manera tan inútil y

tan inapropiada.

Por supuesto, como estaba irritada, todo a su alrededor conspiraba para sulfurarla aún más. El teléfono no dejaba de sonar. Cada vez que lo oía, salía corriendo —literalmente— hacia él, esperando que fuese John desde Liubliana, o Bob, que llamaba para decirle que al final había decidido participar en el programa. Pero siempre se trataba de alguien trivial con algún mensaje banal: la bbc, que quería saber si había recibido noticias de su marido —a pesar de que ya le había dicho a aquella estúpida mujer que la llamaría en cuanto supiese algo—, o la tonta de la cuñada de John, que tan solo quería charlar un rato sobre las enfermedades de los niños, o el director del banco, dando la lata otra vez sobre los números rojos de su cuenta. Pero la más irritante de todos, por lo completamente carente de sentido e irrelevante que resultaba, era una vieja cretina de voz condescendiente que llamaba una y otra vez por conferencia y pedía hablar con la señorita Pennycuick. Nada de lo que Jannie le decía servía para convencerla de que en aquella casa no tenían escondida a ninguna señorita Pennycuick. Según parecía, la señorita en cuestión se había ido a pasar una temporada con unos amigos de Londres, y había escrito a casa para decir que su número de teléfono era VINcent 4763. Jannie podía imaginarse la escena: la pobre debía de haberse pasado un buen rato escudriñando con sus ojos miopes el teléfono de sus anfitriones, y había leído, por error, que el número era VINcent 4763; o tal vez había leído el número correctamente, pero luego, al apuntarlo con una desesperante y metódica lentitud en una hoja de papel, se había equivocado, incapaz de imaginarse que, por culpa de aquel desliz, le estarían dando la lata a una mujer inocente hasta casi volverla loca.

—¡Por última vez! —estalló Jannie al volver a escuchar a través del auricular aquella horrible voz condescendiente—. ¡Está llamando a un número equivocado! Aquí vive la familia Dyson. No conocemos a ninguna señorita Pennycuick. No estamos hospedando a ninguna dama soltera, ni nunca lo hemos hecho. ¿Quiere hacer el favor de dejar de llamar?

¡Ah!, pensó, ¡cuánto caos, cuánta fragmentación había en su vida! En un día como aquel, nada parecía estar en su sitio. Nada parecía tener continuidad, ni razón alguna para mantenerse estable o seguir un patrón.

John tendría que haber estado en casa, pero no estaba. Y no por algo achacable a su carácter, ni por una causa externa con un sentido propio, sino simplemente porque se había estropeado un pequeño componente del motor de un avión al que —para empezar— ni siquiera debería haber subido. Y Bob debería haber accedido a sustituir a John en el programa, pero no lo había hecho, y todo por una razón que *sí* era achacable a su carácter, pero que resultaba tan retorcida, oscura e insatisfactoria que habría sido preferible tener que buscar la causa en un conducto de carburante roto.

Pero, incluso si se pudiera extraer algún sentido de todo aquello, ¿cómo explicar los números de teléfono erróneos, la colección de basura del jardín, las tejas que se desprendían de su sitio...? Jannie se pasó la mañana deambulando por la casa, sin hacer nada, esperando a que sonara el teléfono, a que llegara la hora de ir a recoger a Damian de la escuela. La vida no hacía más que meter la pata; no era sino una larga serie de números erróneos.

—Supongo que debería hacerlo, ¿verdad? —le comentó Bob a Morris. La indecisión le impedía concentrarse en la página para preadolescentes que tenía entre manos.

—Claro —le respondió Morris, sin dejar de mecanografiar.

—En realidad, no es que quiera hacerlo. Ese tipo de cosas no me interesan en absoluto. Pero supongo que es una oportunidad que debería aprovechar, ¿no? ¿Tú qué opinas? Supongo que uno debe hacer un esfuerzo para avanzar en la vida y todo eso, ¿verdad?

—Claro.

—Ya sé que piensas eso, por supuesto. Pero ¿qué harías *tú*? ¿Participarías en ese programa?

—Claro. Sin dudarlo un instante.

Bob abrió un nuevo tubo de grageas de chocolate y lo inclinó para echarse una en la boca.

—Ya, supongo que sí —dijo.

El estado del motor externo de estribor no era lo único que había obligado al grupo Alfombra Mágica a demorarse en Liubliana: también había influido el estado de Starfield. Tendrían que devolverlo a un estado de sobriedad en el que fuese capaz de llevar a cabo una negociación, si es que querían que se arreglase el motor.

Por supuesto, la parada en Liubliana no estaba prevista cuando, al despegar de Beirut, Starfield se había encerrado en el lavabo con su botella de whisky. La primera dificultad con la que se habían topado había sido la de sacarlo del lavabo en cuestión, porque se había quedado sentado en el suelo con la espalda apoyada en la puerta y no respondía a ninguna de las súplicas que lo instaban a que se moviera. Una vez que lograron sacarlo de allí, la siguiente dificultad consistió en conseguir que bajara las escaleras, y, después de eso, resultó que incluso el hecho de mantenerse en pie era demasiado para él. Lo hicieron avanzar poco a poco a base de tirones y empellones; Dyson lo sostenía por un lado y el hombre del *Telegraph* por el otro. La opinión generalizada del grupo era que, al ser británico, caía bajo la responsabilidad de sus compatriotas.

—... os lo suplico, chicos y chicas... —iba musitando por el camino—. Os lo imploro, muchachos...

En la plataforma de estacionamiento había aparecido una partida de oficiales yugoslavos, y el grupo Alfombra Mágica avanzó en su dirección desde el avión, exhibiendo ante ellos a Starfield, como si fuera una reliquia sagrada o la mascota de un regimiento militar a la que se saca en procesión. Los dos bandos se detuvieron frente a frente. Sin mediar palabra, la prensa occidental mantuvo erguido a Starfield para que los yugoslavos pudieran inspeccionarlo; a aquellas alturas, ya estaban tan acostumbrados a verlo asumir la potestad del grupo que les parecía que su autoridad debía de saltar a la vista. Sin mediar palabra, los oficiales lo inspeccionaron sin dar señales de percibir ningún signo de la susodicha autoridad.

Dyson y el del *Telegraph* se pusieron a analizar la situación.

—¿Hablas algo de serbocroata? —preguntó este último.

Dyson negó con la cabeza.

—Entonces voy a intentar decirles algo en alemán —decidió el del

Telegraph, y se volvió hacia los yugoslavos, que los observaban en silencio—. *Dies ist unser Führer* —informó, dándole a Starfield un empujoncito hacia delante.

Los oficiales lo examinaron aún con mayor curiosidad.

—*Ever Führer?* —repetieron, con aire pensativo—. *Ah, so.*

—Despegaremos en unos minutos, muchachos —dijo Starfield. Sus cejas se elevaron, sus gafas descendieron y sus ojos se mantuvieron fijos en algún punto indeterminado a unos quince pies de distancia, detrás de las cabezas yugoslavas—. Os lo juro solemnemente.

—*Er ist ein wenig...* Argh, ¿cómo se dice? —intervino Dyson—. Bueno..., *malade.*

—*Ah, wirklich?* —preguntaron los yugoslavos, mientras inspeccionaban de nuevo a Starfield.

—*Nein, nein* —admitió el del *Telegraph* con franqueza—. *Die Fakt ist, unser Führer ist ein wenig getrunken...* No... *getrinken... getranken...*

—*Betronken* —dijo Dyson.

—*Betrunken* —corrigió uno de periodistas alemanes con amabilidad.

—*So, so* —musitaron los oficiales yugoslavos, pensativos.

—Se servirán bebidas para todos en el bar —dijo Starfield—. El coste corre a cargo de Alfombra Mágica...

Pero, por una vez, no hubo bebidas en el bar. Los yugoslavos insistieron en revisar los pasaportes de todos los viajeros, y después seleccionaron una muestra representativa del grupo, que incluía a Starfield, a los dos hombres que lo sostenían y al piloto del avión, que era libanés y no hablaba ni serbocroata ni alemán. Luego los condujeron a todas a las oficinas del aeropuerto para analizar la situación. A Starfield, que era el único con la potestad y la experiencia necesarias para negociar en nombre del grupo, lo sentaron en el puesto de honor, en el centro; tenía la cabeza un poco inclinada hacia un lado.

—Si esto es Ámsterdam —farfulló—, yo soy holandés.

Los yugoslavos demostraron tener claras sus prioridades.

—*Nun* —comenzaron—, *wer zahlt?*

—¿Quién paga? —tradujeron los alemanes.

—¡Él! —respondieron todos a la vez, señalando a Starfield—. *Er, lui.*

—*Jawohl* —dijeron los oficiales—. *Seine Papiere, bitte. Seine Ermächtigung, seinen Kreditbrief.*

—Su autorización y su carta de crédito —tradujeron los alemanes.

Alguien regresó al avión para traer el maletín de Starfield. Los oficiales lo abrieron y diseminaron su contenido sobre el escritorio. Muy despacio y con una enorme paciencia (y con la ayuda de todos los presentes), procedieron a examinar cada uno de los documentos.

—Se-gu-ro pers-onal de assi-den-tes —leyeron en voz alta, con lentitud.

—*Personalunfallversicherung* —tradujeron los alemanes. Despacio y con cierto pesar, los oficiales dejaron de lado aquel documento y escogieron otro.

Cuando las autoridades reunieron la documentación suficiente para quedarse satisfechas, llegó el turno de rellenar los formularios yugoslavos. Primero tuvieron que ir a buscarlos y traerlos desde una oficina lejana; después, los oficiales los rellenaron laboriosamente, lo que les llevó su tiempo. Dyson y el hombre del *Telegraph* tuvieron que despertar a Starfield —que se había quedado dormido en una postura muy incómoda, con la cabeza caída sobre el pecho— para que los firmara. Pero si despertarlo ya les resultó difícil, conseguir que escribiera lo fue aún más. Tenía los ojos legañosos y las manos le temblaban sobre el papel. Los oficiales compararon las líneas que había garabateado con las firmas que figuraban en los documentos de su maletín y negaron con la cabeza, llenos de pesar.

—*Nein, nein* —dijeron—. *Nicht gut.*

Lo volvieron a intentar. Esta vez el hombre del *Telegraph* iba guiando la mano de Starfield. Pero el resultado fue aún peor. Dyson les preguntó si le permitirían falsificar la firma.

—*Ja, ja* —asintieron, entusiasmados.

Pero cuando vieron el resultado, volvieron a negar con la cabeza.

—*Nein, nein* —dijeron, con gran pesar.

—*Er kann in die Morgen unterschreiben* —sugirió el del *Telegraph* con amabilidad—. *Er wird in die Morgen ganz ok sein.*

—*Nein, nein* —dijeron los yugoslavos, dogmáticos.

Dyson y el hombre del *Telegraph* sacaron a Starfield de allí y le echaron agua fría en la cabeza. El grupo británico se encargó de hacer turnos para llevarlo a pasear por el aparcamiento, con la esperanza de que, al moverse, su organismo asimilara el alcohol con mayor rapidez.

—Joder, en serio —dijo Mounce. Dyson y él se habían sentado a descansar en la hierba, junto al aparcamiento—, es una vergüenza que el puñetero organizador del viaje esté como una cuba.

—Adiós a mi programa de televisión —se lamentó Dyson, resentido—. Toda mi vida se ha ido al garete.

—Eso es robarnos la bebida a los demás, para empezar —comentó Mounce—. Es un comportamiento de lo más egoísta.

De vez en cuando volvían a llevar a Starfield a la oficina para que intentara firmar. Según pasaban las horas, la mayoría de los oficiales iba marchándose a sus casas para pasar la noche, pero los pocos que quedaban negaban amablemente con la cabeza. Dyson y el joven humorista británico que tenía el pelo revuelto de mala manera sostuvieron a Starfield mientras vomitaba junto a la parada de taxis.

—Ahora se sentirá mejor —dijo el humorista.

Pero no. Tras aquello parecía estar aún peor. Gimió, puso los ojos en blanco y volvió a vomitar sobre un arriate de flores. Después de eso se negó a seguir andando. Se tumbó en un rincón tranquilo, detrás de unos barriles de combustible, y no tardó mucho en dormirse. Lo taparon con su sedosa gabardina azul y dejaron que durmiera durante varias horas. Cuando se despertó, ya había oscurecido. Dyson, que lo vigilaba a una discreta distancia, oyó cómo se sentaba, gruñía y expulsaba varias veces el aire a través de los dientes, con desesperación. Se puso en pie y, al momento, se oyó el ruido de un ligero chorro a presión que rebotaba contra la pared de un bidón vacío y fluía sobre el pavimento. Starfield emergió bajo la luz de la luna y se lavó en un grifo que sobresalía de una pared. Luego levantó la cabeza y miró hacia arriba, pensativo, durante largo rato. Al principio Dyson pensó que estaba contemplando la luna, pero al seguir la dirección de su mirada comprobó que, en realidad, estaba estudiando un cartel que había a un lado de la torre de control, en el que se leía «Liubliana».

Starfield se dirigió a toda prisa a la sala de espera por la que se había desperdigado el resto del grupo Alfombra Mágica. Unos estaban tumbados en los bancos; otros, recostados en los sillones; todos intentaban arañar un par de horas de sueño incómodo e intermitente.

—Chicos y chicas —exclamó. Juntó las palmas de forma tan nerviosa y operística como siempre, y esperó hasta que todos se hubieron despertado—. Lamentamos el retraso; se debe a causas inevitables que escapan a nuestro control. Pero os aseguro, muchachos, que estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para facilitar nuestra inmediata partida en cuanto todo se arregle. Mientras tanto, se servirán bebidas gratis en el bar, a cargo de Viajes Alfombra Mágica. Gracias.

Todos le escucharon en silencio. Tal vez porque estaban medio dormidos o, tal vez, porque —como Dyson— se habían quedado mudos de asombro y admiración. El bar, por supuesto, estaba cerrado y cerrado siguió. Era imposible que la reparación del avión empezara en plena madrugada, y no quedaba nadie en la Putnik Office que pudiera buscarles alojamiento. Así que, al final, todos volvieron a sus posiciones anteriores para pasar la noche en los asientos de la sala de espera. Habían sido derrotados por el destino y estaban demasiado hundidos hasta para maldecir; demasiado agotados de cuerpo y mente hasta para protestar entre dientes.

Justo antes del alba, Dyson se levantó para estirar sus doloridas piernas. Salió hasta la carretera que pasaba frente al aeropuerto. Hacía frío; se puso a tiritar violentamente. Poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la luz grisácea que precede al amanecer; distinguió las siluetas de los coches aparcados en la cuneta, cubiertos por una espesa escarcha blanca, y los espumosos bancos de niebla que flotaban estancados sobre los campos de alrededor. Más allá de aquella niebla, el gris oscuro de las colinas circundantes empezaba a destacarse contra el gris claro del cielo. Todo estaba en silencio, completamente inmóvil.

Se subió las solapas y siguió el curso de la carretera, encogido de frío, con las manos en los bolsillos. Los bancos de niebla de los campos parecían más blancos cuando fijaba la vista en ellos, y unos extraños promontorios parecían surgir de sus entrañas. En el aire flotaba un ligero olor a abono;

abono humano —marrón, líquido, desconcertantemente acre—, como el que se extrae de los depósitos de los corrales. Poco a poco empezó a calentarse, a sentirse más vivo. Se detuvo y orinó en la cuneta, con gran satisfacción, sintiendo un estremecimiento de placer al subirse los pantalones. Después se lanzó a correr por la carretera, tan rápido como se lo permitieron sus piernas, hasta que el corazón empezó a latirle a un ritmo enloquecido; con cada respiración parecía que se le introducían piedras en los pulmones. Los ojos le lloraban a causa del esfuerzo y la fricción del aire helado.

Redujo la velocidad para que su pulso volviera a su ritmo habitual. Siguió caminando durante largo rato en aquella luz grisácea, mientras cavilaba. Pensó en Jannie y en los niños; en si se podría conseguir un desayuno en el aeropuerto; en su infancia; en los ejercicios nocturnos que hacía cuando estaba en el ejército; en el pobre Eddy Moulton; en cómo una vez, cuando estudiaba en la universidad, estuvo caminando durante toda una noche entre pueblecitos de montaña franceses, desde Murat hasta Salers, atravesando el paso de Peyrol. De eso hacía quince años. ¡Quince años! Quizá una cuarta parte de su vida.

Había un trozo de un muro de piedra seca a la izquierda de la carretera. Se aupó sobre él y se sentó. Al otro lado había un campo lleno de hierbajos y erráticos parches de niebla, en cuyo centro se alzaba un pequeño edificio de ladrillo sin ventanas, rodeado de alambre de espino y carteles de aviso. Era muy posible que albergase un transformador eléctrico o un aparato periférico que formara parte del sistema de radar del aeropuerto.

¿Qué había hecho con aquel último cuarto de su vida? Se había casado; había tenido dos hijos. Había conseguido progresar en una carrera honorable; tenía considerables expectativas de éxito en varios campos; era feliz. No cabía duda de que tenía una buena vida. Pero, aun así... La mitad de esa vida ya se había ido... como un sueño, deslizándosele entre los dedos. Y no había nada que diese cuenta de ello. Había malgastado su juventud como quien malgasta una herencia, y no tenía ni idea de qué había adquirido con ella.

Excepto a sí mismo, tal y como era ahora. Encorvó la espalda, frunció los labios y observó el pequeño edificio de ladrillo sin ventanas. Era un hombre

más bien tonto; lo sabía. Era vano, bilioso; se entregaba con pasión a la persecución de objetivos fútiles. Recordó ese programa de televisión en el que estaba tan ansioso por participar y no pudo evitar sonreírse ante la idea. Allí estaba, al despuntar el día, sentado en un muro a la luz grisácea de la mañana, mirando un campo lleno de hierbajos en el que se alzaba una absurda estructura de ladrillo de función desconocida, en alguna zona rural de Eslovenia, y se suponía que aquella noche tenía que estar en Londres, en un estudio de televisión, sentado bajo unos brillantes focos de luz artificial, dando caba al segundo barón Boddy, que era aún más tonto que él. No podía imaginarse a sí mismo llevando a cabo una transformación tan total y repentina, con independencia de lo que le ocurriera al avión. Aquellos eran dos mundos diferentes, y entre ellos existía una brecha mucho mayor de la podía salvarse con un DC-6 viejo y abollado, por mucho que tuviera sus cuatro motores a pleno rendimiento. En esos hierbajos, en ese muro y en ese feo cubo de ladrillo perdido en medio de la nada en Eslovenia, había algo indisolublemente sólido, apestoso y tangible. El segundo barón Boddy, los puntos de vista que Dyson podía intercambiar —o no— con el segundo barón Boddy, el *gin-tonic* y los sándwiches de salmón ahumado que Dyson podía compartir —o no— con el segundo barón Boddy antes del programa..., todo aquello era tan ficticio e insustancial como el país de las hadas. No pudo evitar reírse en voz alta ante la optimista presunción de un universo que creía poder contener tanto al Dyson-de-aquí como al Dyson-de-allí. Recordó con una mezcla de regocijo y pesar que había habido estadios precedentes del Dyson-de-aquí —como el Dyson-de-ayer o el Dyson-de-anteayer— que se morían de inquietud por convertirse en el Dyson-de-allí. De cualquier forma, en aquellos instantes el Dyson-de-aquí lo ocupaba por completo.

En algún lugar, más allá de la niebla y del paisaje lleno de montículos, se oyó el ruido de un motor de avión que se ponía en funcionamiento. Estaba muy lejos, pero se escuchó con toda claridad en aquel aire silencioso e inmóvil. Dyson se puso rígido. Por supuesto, no podía tratarse del avión de Alfombra Mágica. No necesitó pensarlo más de un momento para darse cuenta de que era imposible que lo hubieran arreglado ya.

El ruido descendió de volumen, después volvió a atronar a través de la niebla y se apagó casi por completo. El avión estaba rodando por la pista. Dyson aguzó los oídos. ¿No sería, por un casual...? No, era demasiado temprano para que los mecánicos hubieran empezado a trabajar... No había ninguna razón para apresurarse... Dyson contuvo la respiración mientras intentaba averiguar qué estaba pasando en la pista del aeropuerto. Una vez más, los motores sonaron, luego se quedaron casi en silencio, luego se oyeron de nuevo y rugieron, cada vez con más fuerza. Al momento, un avión sobrevoló a Dyson, casi rozándole la cabeza. Era un Dakota bimotor que se elevaba hacia el cielo opalescente. Sus luces de navegación parpadeaban con una calma tranquilizadora.

Pero Dyson siguió sentado, rígido e inmóvil a causa de la ansiedad, incluso después de que el avión pasara casi rozando las colinas orientales y desapareciera en dirección a Zagreb. El Dyson-de-aquí ya no era suficiente. Se bajó del muro dando un salto y se dirigió con premura hacia el aeropuerto, y hacia la posibilidad de tomar sándwiches de salmón ahumado con el segundo barón Boddy.

Ninguno de los integrantes habituales de la cuadrilla del Gates se había percatado de que Dyson volvía más tarde de lo previsto. En realidad, casi ni se habían dado cuenta de que se había marchado.

—Pero ¿dónde está John? —le habían preguntado a Bob, sin mucho interés, a lo largo de la semana.

—En el golfo Pérsico —había tenido que responder él al menos una docena de veces.

Y ahora, cuando resultaba que al final no había estado allí, sino en Beirut, y que ya no estaba ahí, sino en Liubliana..., cuando, en realidad, no tendría que estar en Yugoslavia, sino aquí, bebiendo sus medias pintas de cerveza amarga en el Gates... Ahora, por fin, la gente se había hecho a la idea de que estaba en Oriente Medio.

—Entonces, ¿sigue John en el golfo Pérsico? —le habían preguntado hoy a Bob.

Dyson había desaparecido de sus vidas casi tan completamente como el pobre Eddy Moulton. Eran como uno de esos depósitos de gasolina que se sellan automáticamente; cuando una sección se vaciaba, se cerraba sola para no dejar abierto ningún hueco por el que pudiera escaparse una sola gota del espíritu comunitario. Aunque, eso sí, ninguno de ellos —ni siquiera Bob— había notado la ausencia de Mounce.

Todos se divirtieron mucho con el relato de Bob sobre las andanzas de John, que, a pesar de sus lentos progresos, al final no había llegado a ninguna parte. Lo mejor, según dijeron, era la parte en la que al avión se le iban desprendiendo pequeñas piezas cada vez que despegaba.

—Eso nos pasa por confiar en John —se rio Bill Waddy—. Sí, solo se puede confiar en que se subirá a un avión que se hará pedazos en medio de Yugoslavia.

—Pobre John —dijo Gareth Holmroyd—. Nunca conseguirá que nos olvidemos de esto.

Y cuando Bob les preguntó si él debería acudir al programa de Dyson, todos le aseguraron que sí.

—Sin duda alguna —comentó Ted Hurwitz—. No creo que haya nada de malo en... Por cierto, Bob ¿qué vas a tomar...? No creo que haya nada de malo en que te hagas un hueco en la televisión.

—Puede que hasta sea lo más inteligente, si lo piensas bien —apuntó Mike Sparrow—. Tienes que calcular que hay que dejar atrás este trabajo... Una cerveza amarga, por favor, Ted... A los cuarenta.

—Eh, Mike, tranquilo —protestó Bill Waddy—. Yo tengo treinta y ocho, ¿sabes? Gracias, Ted... Treinta y ocho, Mike.

—Y yo cuarenta y seis —dijo Gareth Holmroyd.

—No me refería a eso... O sea... Lo que quiero decir es que vosotros sois especialistas —se defendió Mike Sparrow—. A lo que me refería es a que a los cuarenta tienes que haberte especializado o, si no, lo mejor es marcharte... ¿Es esta mi cerveza, Ted?

—¿Y qué hay de Laurence Evenden? —preguntó Gareth Holmroyd—. No está especializado en nada y tiene más de cincuenta.

—Bueno, Laurence es una excepción —respondió Mike Sparrow.

—El viejo Laurence está bien donde está —dijo Bill Waddy.

—Él es diferente —opinó Andy Royle.

—¿Y qué hay de Harry Stearns? —insistió Gareth Holmroyd—. No es lo que uno consideraría un especialista.

—El viejo Harry es un caso inusual, claro —dijo Ted Hurwitz.

Todos sorbieron sus cervezas en un silencio reflexivo.

—Lo que quiero decir —aclaró Mike Sparrow— es que yo tengo treinta y dos años, por el amor del cielo.

—Y yo treinta y cuatro —señaló Ted Hurwitz—. ¿Cuántos tienes tú, Bob?

—Veintinueve. Cumplo treinta el mes que viene.

Se sumergieron de nuevo en el silencio. Algunos miraban sus cervezas, otros hacia el suelo y otros, los anuncios que había en las paredes, a la altura de sus cabezas. Bob pensó que la última vez que habían tenido aquella misma conversación —hacia cosa de un mes— Bill Waddy tenía treinta y siete años. Y le vino a la mente otra ocasión anterior en la que el propio Bill Waddy había comentado que era necesario dejar el periodismo a los cuarenta. Según le parecía recordar, Bill tenía treinta y cinco por entonces. Mientras aún consideraba todo aquello, Bob se dio cuenta de que acababa de decidir que participaría en el programa.

Todo Hammersmith estaba atascado. Era la hora punta del tráfico vespertino. El taxi avanzaba penosamente yarda a yarda. Mientras tanto, Dyson, en el asiento trasero, se inclinaba sobre el respaldo delantero, intentando divisar algún hueco en medio del embotellamiento.

—¡Por Dios! ¡Por Dios, por Dios! —exclamaba—. ¡Solo quedan treinta y cinco minutos para que empiece el programa! Supongamos que tardamos diez minutos en llegar a Shepherd's Bush... Y esa zona también estará atascada, por supuesto...

—Te has pasado toda la mañana —dijo Mounce— repitiéndome que ya no te interesaba ese puñetero programa.

—¡Por el amor de Dios! —estalló Dyson—. ¡Entonces estábamos en Liubliana!

El tráfico de las filas que tenían a ambos lados empezó a fluir sin obstrucciones.

—¡Por Dios! —gritó Dyson—. ¡Si no empezamos a movernos de aquí a un minuto, juro que destrozaré este taxi con mis propias manos!

—No dejabas de darme la murga —prosiguió Mounce— con eso de que ya habías dejado atrás el puñetero negocio de la televisión.

Dyson se retorció los dedos, golpeó el suelo con los pies y se aporreó las rodillas con los puños cerrados.

—Si hubiéramos despegado de Liubliana tan solo veinticinco minutos más tarde —gruñó—, habríamos perdido el vuelo de conexión desde Ámsterdam y todo el problema se habría arreglado por sí solo.

—¡Hay que joderse...! —dijo Mounce—. En cuanto a la incoherencia del discurso, te llevas la palma.

Llegaron a los estudios de televisión de Road Lane unos diez minutos antes de la hora fijada para la emisión del programa. Al ver el edificio, Dyson tuvo otro ataque de ansiedad.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¡Ni siquiera sé lo que voy a decir! ¡No he preparado nada en absoluto!

Saltó del taxi en cuanto este llegó a la entrada y corrió hacia una de las chicas sentadas tras el mostrador de recepción, como si se dispusiera a estrangularla.

—¡Nuevas perspectivas! —vociferó—. ¿En qué plató? ¿En qué plató?

La chica se puso a examinar un listado. Recorrió con el dedo la primera hoja, de arriba abajo, muy despacio. Luego pasó la página y repitió la operación con la segunda.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Dyson—. ¡Que empieza en diez minutos!

—Aquí está —dijo la chica—. *Nuevas perspectivas*. No lo hacen aquí, sino en Lime Grove; saliendo por la verja negra y bajando por Frithville Gardens. Si va usted corriendo, solo tardará cinco minutos en llegar.

* * *

En efecto, todo se reducía a una carrera entre Bob y Dyson, aunque ninguno de los dos era consciente de ello. Pero, al final, tampoco importó mucho cuál de los dos llegó primero, porque fue Erskine Morris quien acabó ganando.

De hecho, Morris estaba en pantalla cuando Samantha Lightbody introdujo a Dyson y a Mounce en la sala de invitados número 8 de Lime Grove. Los dos resollaban tremendamente.

—Por Dios —jadeó Dyson—. ¡Él no!

La sala estaba llena de personas que bebían *gin-tonic* y mordisqueaban sándwiches de salmón ahumado. Varias de ellas se volvieron al oír al recién llegado.

—¡John! —exclamaron.

En un primer momento, Bob fue el único a quien Dyson reconoció.

—¡Bob! —gritó—. ¿Por qué les has permitido que dejen participar a ese capullo en mi programa?

—John —respondió rápidamente Bob—. ¿Conoces a Lake? Es amiga de Erskine.

Dyson apenas se dignó a mirarla.

—De verdad, Bob. ¿No podías haber ocupado tú mi lugar? Eres un canalla de la peor especie. En serio.

—John, ahora mismo no puedo explicártelo. ¿Por qué no saludas a Jannie?

Dyson se giró en redondo, anonadado.

—¡Jan! —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Chsss! —sisearon varias personas sentadas en una esquina de la sala. Tal vez fueran amigos y familiares de los otros participantes; observaban la pantalla del monitor como si realmente quisieran enterarse de lo que estaba pasando en el plató.

—He venido a ver a Bob —susurró Jannie—. Se suponía que era él quien iba a participar en el programa.

—Todos hemos venido a ver a Bob —exclamó la señora Mounce—. ¿Verdad, Tessa?

—¡Vaya, vaya! —dijo su marido—. No me esperaba encontrarte aquí.

—¡Reg, cariño! ¿De dónde has salido?

—Vengo del maldito Beirut y de la puñetera Liubliana, por si te interesa saberlo.

—¡Cariño! ¡Qué maravilla!

—¡Chsss! —volvió a sisear la facción sentada frente al monitor.

—Permítanme que les traiga algo de beber —les susurró Samantha Lightbody a Dyson y a Mounce.

—Si se suponía que era Bob quien iba a participar en el programa —dijo Dyson, intentando hablar también en voz baja—, ¿por qué no está en el plató?

—Es una larga historia —respondió Bob.

—Me temo que ha habido un ligero malentendido —intervino Samantha Lightbody—. Permítanme que les traiga bebidas a todos.

—Bob ha dejado que lo echen de su propio programa. Como de costumbre, se ha comportado como un pasmarote —dijo Jannie.

—¡Chsss!

—Eso no es justo, Jannie —protestó Bob—. Erskine debió de pensar que yo lo había invitado a participar en el programa en mi lugar. Después de todo el trabajo que el pobre se ha tomado para venir hasta aquí, no he podido decirle que no.

—¡Te ha echado de tu propio programa, Bob! —repitió Jannie.

—¡Chsss! ¡Chsss!

—No ha sido más que una de esas cosillas sin importancia que ocurren a veces —susurró Samantha Lightbody—. Vamos todos a tomarnos unas bebidas bien cargadas y a olvidarnos del asunto.

Con su vaso de whisky, Dyson se dejó caer sobre el asiento que había junto al de Jannie y cubrió la mano de su esposa con la suya.

—Jannie —murmuró, mientras se la presionaba.

—John —respondió ella, poniendo su otra mano sobre la de su marido.

Se quedaron mirando el monitor. Morris estaba otra vez en pantalla, hablando sobre ciertos desarrollos sociales en los que había reparado durante su visita a la región occidental de Nigeria, viaje que había realizado ese mismo año. Su voz fluía de la misma manera que el humo de su cigarrillo, de forma continua y carente de empatía, pero definitivamente

hipnótica.

—Adiós a mi futuro —comentó Dyson con tristeza.

Jannie le frotó la mano.

—Y adiós también al de Bob —añadió él—. No somos más que un par de fracasados.

Morris interrumpió a lord Boddy, que estaba perdido en una de sus reminiscencias, con un «claro, claro» hábilmente colocado. También le corrigió al moderador un par de datos erróneos.

—Es bueno —susurró Bob.

—Es un capullo asqueroso —opinó Dyson.

Mounce se inclinó hacia Bob.

—¿Cómo han ido las cosas por la oficina durante estos días? —indagó en voz baja—. ¿Se ha olvidado ya el asunto de las «gestiones que estoy realizando»?

—¡Ah! ¿Es que has estado fuera? —preguntó Bob.

Con aire pensativo, Mounce se quitó un trozo de sándwich de jamón yugoslavo de entre los dientes.

—Tal vez me vaya permanentemente, a ver si así alguien se da cuenta —dijo—. Tal vez debería darle un par de meses al tema, para que se solucione por sí solo.

Lake estaba hablando con la señora Mounce.

—Me duelen los pies como si me los hubieran prensado en una horma —susurró—. ¿Tú también tienes problemas de pies?

—Lo mío son las glándulas... —murmuró la señora Mounce—. En serio, querida, nunca creerías la cantidad de tiempo que me he pasado viendo a especialistas...

La puerta se abrió, y un conserje hizo pasar a una mujer alta y enjuta con un sombrero.

—¿La señorita Pennycuick? —llamó el conserje—. ¿Está aquí la señorita Pennycuick?

—¡Mamá! —exclamó Tessa. Se levantó de un salto, roja como la grana.

—¿Es usted la señora Pennycuick? —susurró Jannie, horrorizada.

—¿Qué estás haciendo aquí, mamá? —preguntó Tessa.

—He venido a buscarte, Tessa. Ya hablaremos luego, fuera de aquí.

—¡Ay, Dios mío! —dijo Jannie—. ¡Todo esto es culpa mía! No sabía cuál era el apellido de Tessa... No me había dado cuenta... No se me había ocurrido que...

—¡Chsss! —sisearon los entusiastas.

—Con su permiso, ya hablaré yo con mi hija después —susurró la señora Pennycuick.

—Sí, pero, por el amor de Dios, no piense usted... —dijo Jannie—. No se imagine... Bueno, al fin y al cabo, están *prometidos*.

La señora Pennycuick mantuvo la vista fija en la pantalla del monitor, como si no quisiera rebajarse a mirar a ninguno de los presentes. Tessa hizo lo mismo, para ocultar su confusión; al cabo de unos segundos, Bob y Jannie la imitaron. Todas las personas de la sala encontraron un sitio conveniente al que dirigir la vista, excepto Lake, que se había colocado el pie derecho sobre el regazo para examinar el estado de sus dedos, y Dyson, que se había quedado dormido con la cabeza caída hacia atrás y la boca abierta. En un gesto de reconciliación silenciosa, Bob le tendió su tubo de caramelos de menta a la señora Pennycuick, sin volver del todo la cabeza hacia ella para poder seguir mirando a Lake, que tenía la rodilla blanca y esbelta cerca de la oreja; el cabello largo y decolorado en cascada sobre la pierna doblada.

Morris les dirigió a todos una mirada impertérrita. La papada que le colgaba de la línea de la mandíbula tenía un aspecto casi judicial, como si estuviera emitiendo un veredicto.

—Claro —dijo, esbozando una sonrisa críptica—. Ah, claro, claro.

Índice

PORTADA

AL FINAL DE LA MAÑANA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

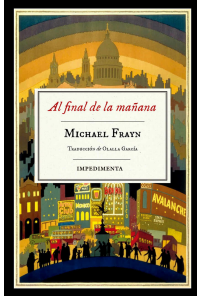
ÍNDICE

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE MICHAEL FRAYN

CRÉDITOS

Al final de la mañana



John Dyson trabaja en un periódico londinense que parece estar sumido en el letargo y en el que los periodistas se aburren soberanamente, alternando largas visitas al pub con siestas que duran toda la tarde. Editor de medio pelo (su sección se alimenta de noticias sobre el campo, reflexiones religiosas y crucigramas), casado con un ama de casa resignada, padre de dos hijos raros y vecino de un suburbio decadente, sueña con alcanzar la fama y la vida burguesa. Tiene la impresión de que su carrera está paralizada y se pasa el día compartiendo sus penas con Bob, su subordinado, un joven que no sabe muy bien cómo enfrentarse a sus propios problemas. Hasta que un buen día se le presenta su gran oportunidad: asistir a un programa de la BBC para participar en un debate sobre el conflicto racial.

Michael Frayn nació en Londres en 1933. Estudió Filosofía en el Emmanuel College (Cambridge) y comenzó su carrera como periodista en *The Guardian* y *The Observer*, donde se dio a conocer por su tono satírico. Ha sido traductor de autores rusos como Chéjov y Tolstói, y autor de numerosas novelas, entre las que destaca, unánimemente, *Contra la entropía* (1967), considerada una obra maestra de la literatura cómica inglesa. Asimismo, es un reputado dramaturgo y guionista.

Título original: *Towards the End of the Morning*

Edición en ebook: junio de 2018

Copyright © Michael Frayn, 1967

Copyright de la traducción © Olalla García García, 2018

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Gabriel Regueiro

Corrección: Ane Zulaika y Virginia de Castro

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 9788417115821

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.